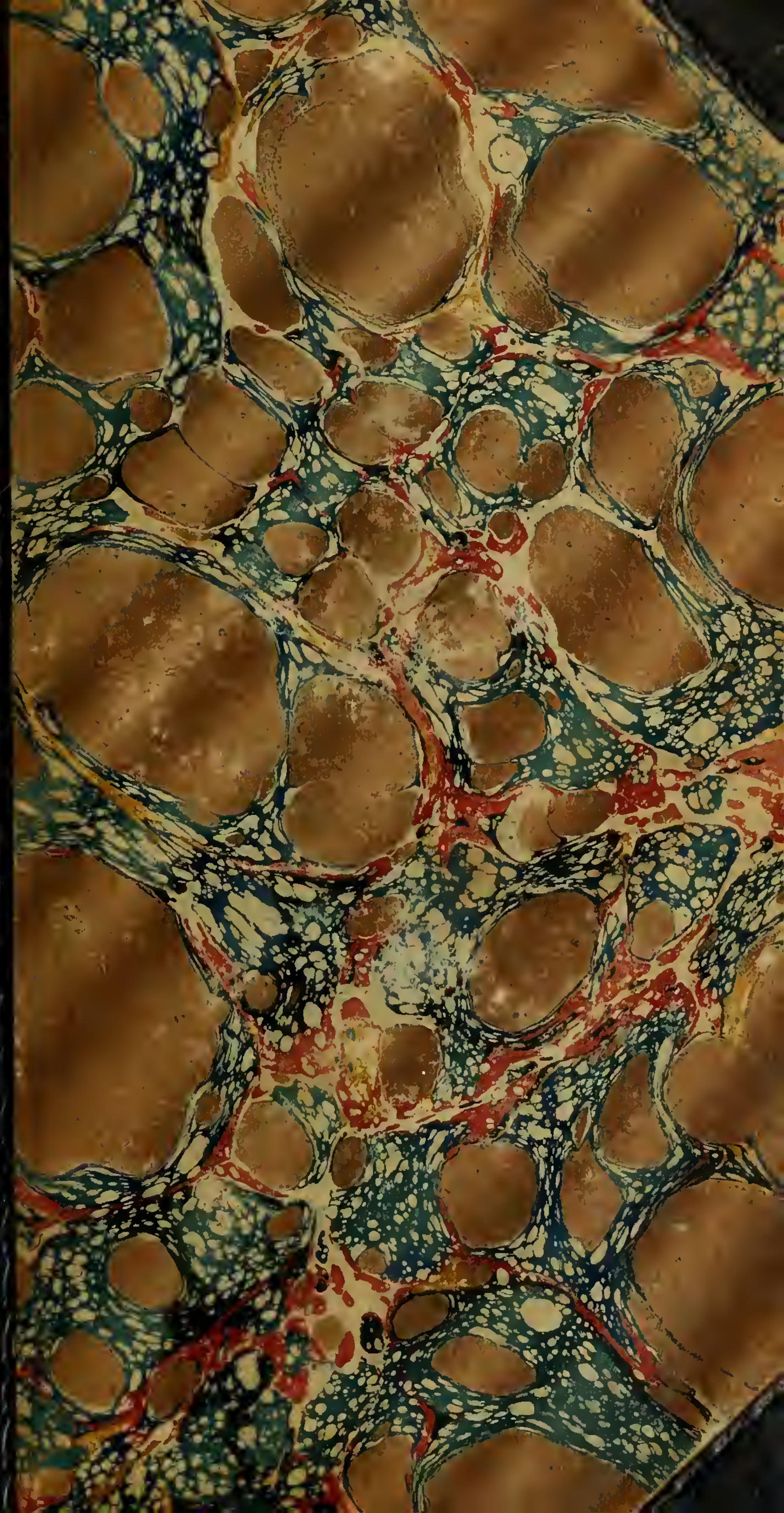


Richard M. Lucas.




John Fitz. John Harris.

# JUICIO LITERARIO

SOBRE ARTURO

# POR MR. SAINTE BEUVE.

El conjunto de novelas de Mr. Eugenio Sue ofrece una pintura fiel, es decir horrorosa de la generacion ilustrada, ambiciosa, incrédula y ahita qué vino á instalarse diez años ha en la sociedad elegante. Lord Byron era un tipo ideal y lo han traducido en prosa; han hecho positivo un don Juan, lo han dividido en mil partes, y lo han ido tomando cada dia en pequeñas dosis. Asi aparecen muchos personajes de Mr. Eugenio Sue. La desaprension sistemática, el pesimismo absoluto, esa jerga de artificiosidad de socialismo ó de religiosidad, la pretension aristocrática propia de las democracias recientes y de las fortunas improvisadas, ese empeño de imitar á sangre fria las costumbres de la Regencia, la brutalidad al lado de las mas exquisitas formas, todo nos lo ha presentado á menudo con alma y fantasía en sus personajes. Si llegase un dia á perderse la exactísima especie con sus variedades, volveria á encontrarse en sus escritos; y por esta razon digo que presenta á mi juicio la verdadera novela de costumbres en Francia.

Sin hacerse el eco de nadie en particular, se ha dejado ligeramente inspirar por los diferentes ensayos que le han precedido, produciendo alguna cosa á su manera. En una palabra, el diapason de la novela moderna se encuentra en él muy completo sin que por esto ningun tono demasiado predominante sofoque los demás.

¿Será una naturaleza verdadera y legítima, una sociedad pura, lo que ha trazado Mr Eugenio Sue? Cierto que no: él bien lo sabe. Sin embargo, me atrevo á afirmar que es una sociedad real. Gentes honradas unidas en familia, personas graves metódicamente ocupadas, hombres del mundo siempre placenteros y enemigos de ser contrariados, pueden muy bien decir: ¿dónde se muestran semejantes personajes? Unicamente existen en el drama moderno ó en la novela. No pretendo negar que su expresion es muchas veces abultada y aun exagerada; pero si echo mano de la mejor, segun creo de la mas hábil y mas refinada novela de costumbres de Mr. Eugenio Sue, de *Arturo*

por ejemplo, diré que el personaje es verdadero y que existe hoy dia mas de un Arturo.

Ante todo seame licito presentar una observacion que he tenido ocasion de hacer á menudo en estos tiempos en que en tal confusion se encuentran la literatura y la sociedad, y en que tan difícil es muchas veces distinguir la vida del artista de la del hombre de moda. Asi como seria vulgar el repetir que la literatura es la expresion de la sociedad, así no fuera menos cierto añadir que la sociedad se hace tambien voluntaria expresion y traduccion de la literatura. Todo autor, por poca que sea su influencia y moda, cria un mundo que le copia, le continua y muchas veces le excede. En sus observaciones llega á tocar un punto sensible, que excitado y como queriendo salir por su honra, se desplega á porfía y empieza á asemejarse mas. Tiempo hace que de esta manera influye lord Byron sobre los hombres. ¿Cuántas imaginaciones nobles, seducidas por uno de sus rasgos, le han tomado por modelo? Llególes despues á las mujeres su vez; entróles la emulacion de luchar seriamente con los tipos aparecidos apenas de Indiana ó de Lelia. Acuérdome haber presenciado una noche y en una casa de la mas escogida sociedad, un drama doméstico, real y enteramente imprevisto, que justificó todos los de Dumas. Refirióme un magistrado que habiendo hecho prender á una mujer casada que huia con un amante, nada pudo sacar del interrogatorio sino algunas páginas de Balzac, que alla decoraba por entero. En tiempo de D'Urfé una sociedad alemana empezó á vivir al modo de los pastores del Lignon. Nos hallamos todavia en el caso de decir, aunque hay tan pocos Menandros: *¡O ciel! et toi, Menandre, lequel des deux a imité l'autre?*

Son pues verdaderos muchos de los personajes de Mr. Eugenio Sue, en el supuesto de que de vez en cuando á lo menos tienen algunos modelos ó algunas copias en la sociedad que nos rodea. Mas, para alcanzarle facilmente con mi critica, la concentraré en Arturo, que es una novela del todo original y hay en ella mucho que encomiar, ya por su juicio moral, ya por su disposicion. Arturo, adornado de todas las prendas del nacimiento, de la fortuna y de la juventud; Arturo, dotado de una rara potencia de atraccion y del don inestimable de ser amado, ha recibido temprano de un padre misántropo un gusano roedor: la *desconfianza*; la desconfianza de si mismo y de los demás. Las lecciones mortiferas de ese padre demasiado amaestrado y endurecido por la experiencia, no son, hablando en general, sino muy verdaderas, son un La Rochefoucauld desarrollado y sentido, un Maquiavelo domestico; en muchas páginas del capitulo intitulado *el Luto* no deja de haber tambien ciertos acentos de melancólica elocuencia, pero aquella ciencia amarga, aquel residuo, aquella ceniza de la vida que ese imprudente padre siembra con moribunda mano en el corazon de su hijo, llegará poquito á poco á emponzoñarle. Aquel escepticismo corrosivo destilado gota a gota en el reciente vaso,

se hallará otra vez al fondo. Antes de abandonar la casa paterna, amaba Arturo á su prima Elena, pobre pero hermosa, grave, pura y al mismo tiempo enamorada. Se embelesa insensiblemente á su lado; los dos se comprenden sin hablarse, sigue la declaracion y van á ser desposados. En este momento una idea fatal atraviesa el alma de Arturo; reúnense los fúnebres avisos de su padre, el gérmen de desconfianza se agita dentro de su pecho: ¿le engañará quizás un fingimiento interesado? ¿Es, mas bien que no él, su fortuna lo que ama su prima Elena? Y Arturo desapiadado y odiosamente indiferente, quebranta de una vez aquel tierno corazon de doncella. Estó no es mas que el primer acto. Arturo llega á París: conocia ya la alta sociedad de Londres, y desde el primer dia nada encuentra nuevo en nuestro mundo elegante. ¡Cuántos retratos interesantes y graciosos de hombres y de mujeres, Mr. de Cernay, Mad. de Peñafiel! Esta, con su adorable rostro, mujer de moda, calumniada á la par que obsequiada, cautivó pronto á nuestro Arturo. Ya en la primera escena de la declaracion que ella misma le hace (como tambien le hizo Elena) su desconfianza, á pesar de su finura, estalla de una manera casi brutal; esto sin embargo se remedia; él es amado, cree y es felíz: los dias de sol se suceden, cuando repentinamente y en la cima de la felicidad aquella desconfianza incurable, aquel temor á alguna decepcion, se presenta mas feroz y derriba el ídolo como de un puntapie. Incurre dos veces mas en esta especie de crimen, y en una de ellas, no ya contra un amor de mujer sino contra una amistad de hombre. Los análisis que preceden y explican esos despertamientos frenéticos de egoismo están perfectamente deducidos y con una psicologia muy clara, sobretodo en los dos primeros casos. « Era en fin una perpétua lucha entre mi corazon que me decia: *cree–ama–espera....* y mi imaginacion que me decia: *duda–desprecia–teme.* » No puedo indicar de paso cuanto hay de perfecto en el estilo y de bien aducido en las observaciones y hablas del mundo introducidos en la narracion (1). El mismo Arturo prescindiendo de estos crueles instantes, es una hechura perfecta y su corazon es casi seductor: sin embargo (no se si me atreva á decirlo) como Vandrey en *el Vigía*, como los héroes menos buenos del autor, tiene algo de odioso; no se le puede seguir hasta el fin sin recibir una impresion destructora; despues de la reincidencia y desde el momento en que se le ve incorregible se hace inaguantable (2) Ello no es sufi-

(1) *La conversacion entre Arturo y Mr. de Cernay; la hermosa tertulia de* primasera; *y los jóvenes cristianos de salon, en la primera parte.*

(2) *En vano parece á lo último creerle corregido el autor en su vida feliz con María: no le ha faltado mas que el tiempo para romper otra vez; en uno ó dos años mas hubiéramos visto á Arturo tratar á esta María como habia tratado á Catalina, Margarita y Elena.*

ciente la realidad del sugeto para que se le deba describir. Perdóneme Mr. Eugenio Sue si lo expongo todo mi pensamiento. No, nunca fue permitido al arte humano ser verdadero de esta suerte; aun cuando se tuviera vivo al sujeto, y á la vista la especie social en persona, debiera emplearse todavía, si puedo hablar asi, el arte contra la naturaleza. Los grandes y eternos pintores, que en verdad conocian tambien el mal, los Shakspeares, los Molieres, ¿ han lo presentado jamás con esos refinamientos de escepticismo y con tan meditada corrupcion? ¿Guarda por ventura el mal este puesto primero y singular en sus grandiosos cuadros? ¿Una naturaleza mas pura, no se encuentra alli inmediata, para luego refluir, mitigar y dar consuelo? Arturo no nació perverso, pero labró su perversidad. Ahora pues, lo que de los héroes de la historia dice Bosuet, diré yo con mas razon de los del poema ó de la novela: « Lejos de nosotros los héroes inhumanos! Ellos podrán muy bien arrancar los respetos y arrebatar la admiracion, como sucede con los objetos extraordinarios; pero no poseerán los corazones. Cuando formó Dios el corazon y las entrañas del hombre puso en primer lugar la bondad, como carácter peculiar de la naturaleza divina, y como para que fuese el sello de aquella mano bienhechora de la cual salimos. Debia pues la bondad formar el fondo de nuestro corazon, y ser al mismo tiempo el primer atractivo que existiera en nosotros mismos para cautivar á los demás.... Tanto valen los corazones. » Lo que yo traduciré de esta manera: ¡ tanto vale la verdadera gloria del arte humano y legitimo!

No será esto decir que el bien, mucho mas que el mal, constituya el fondo de la humana vida, porque todo no es mas que mezcla y confusion. No solamente se encuentra el mal al lado del bien, sino que aun muchas veces nace el uno del otro. Por esto el arte ha sido dado é inventado precisamente para facilitar la separacion de las mezclas, para disponer y decorar la perspectiva, para adornar y cubrir de coloridos mas ó menos halagueños el muro de la prision. Cuando suceda que se tengan á mano muchas observaciones concentradas y como en estado de veneno, deberán desleirse y extenderse algun tanto; y se formarán colores, que son los que han de ofrecerse á los demás guardando el veneno para sí. La filosofia podrá ser árida ó deletérea; pero el arte no ha de serlo jamás. Aun permaneciendo fiel todo lo viste y lo anima; en esto consiste su magia; es fuerza que se diga de él: *Esto es verdadero*, y que sin embargo no lo sea.

Al que jóven todavia al escribir se siente instigado de amarga ironía, le entra pronto el deseo de abrazar toda la verdad, decir todo el mal que presiente y proferirlo desdeñoso y colérico á la faz del cielo y de la sociedad. Adelantado pero mas tarde en la vida, ve que no puede llegar á decirlo todo, que el fondo se le escapa siempre, y que es inútil darse demasiada prisa. Entonces se detiene, afloja y consiente

despues de decir mucho en envolverse si puede en la gracia, en una especie de ilusion si se quiere ideal. Véase sino la *Colomba* de Merinée, toda la ironia se ha encarnado allí para vestir el disfraz de la virginidad.

Tanto y mas que nosotros sabe todo esto Mr. Eugenio Sue, pues en el mismo Arturo y en dos ocasiones distintas ha fundado en tan buenas razones su preferencia por Walter Scott sobre Byron, y además nos dice en boca de su héroe que si el mundo penetra casi siempre los sentimientos falsos y criminales, nunca hace alto en los naturales, verdaderos y generosos. Mr. Eugenio Sue no niega los buenos sentimientos sino la probabilidad de su buen éxito en el mundo: por lo demás nos ha dejado seguir las varias transformaciones de su pensamiento acerca de esta misma cuestion. Ha empezado por una crudeza sistemática; en *Brulard de Atar Gull* ha expuesto la equivocacion violenta llevada hasta la rabia contra la humanidad en *Zaflic de la Salamandra* ha presentado la ironía calculada que llega á marchitarlo todo: ¿E intentará con esto, conforme nos dice en el prólogo del *Vigia*, emplear la misma crítica que de él se hiciera en llevar é inducir al partido liberal y filosófico á que reconozca *que no hay felicidad para el hombre sobre la tierra si le arrancan sus ilusiones?* Salta á la vista que seria esto seguir una senda muy extraviada para uno formarse otra vez aquellas mismas ilusiones. Seria llamar bastante recio para que le digeran: *No alborote V. tanto.* ¡Método extraño el de hacer andar al ilota embriagado delante del Espartano para que este huyera de la embriaguez! Es preciso ser primeramente muy espartano para que pueda sentirse la eficacia del remedio. Sea como quiera, en el prólogo de Arturo y ya antes en el de *Latreaumont*, parece tocar el autor á su enmienda; no cree por fin en el mal absoluto, ni en su triunfo inevitable sobre el bien; desde el punto de vista mas elevado en que juzga, « las ilusiones del vicio le parecen, dice, tan exorbitantes á su vez como se lo parecian en otro tiempo las de la virtud. » El autor llega evidentemente á su madurez de eclectícismo y de duda. Ese progreso, esa rectificacion que se manifiesta ya sinceramente en Arturo, debe servir á Mr. Eugenio Sue para las novelas de costumbres que componga en lo sucesivo. Bien que siga pintando las tristes realidades que conoce. procurará no forzarlas, no reducirlas, no presentarlas con demasiada desnudez, y así su estilo en fusion mejorará, y ganará hasta en los pormenores de la descripcion.

SAINTE BEUVE.

....Dios sobre todo....

A. D. P. C. M. B. D. V.

# PREFACIO.

A mediados del año 1837 la oscura gaceta de un departamento del mediodía de la Francia refirió la muerte trágica de una mujer, de un hombre y de un niño. Imperfectamente escrito aquel periódico, suscitó varias opiniones acerca de este acontecimiento fatal, atribuido ya á la imprudencia, ya al suicidio, ó quizás á la venganza; mas por la mediacion de una familia poderosa, gravemente interesada en sofocar el eco de aquella deplorable aventura, el mismo diario desmintió aquel hecho dándolo por una fábula que pronto cayó en el olvido.

El que esto escribe debió sin embargo á ciertas circunstancias el estar enterado de los verdaderos pormenores de esta tragedia que sirve á la vez de exposicion y desenlace en este libro.

La persona de Arturo no es pues una ficcion.... ni su carácter una invencion de escritor: los principales acontecimientos de su vida están expuestos con sencillez y casi todas sus particularidades son verdaderas.

Atraido hácia él por una fuerza tan inexplicable como irresistible; pero precisado á abandonarle muchas veces, ya con una especie de horror, ya con un sentimiento de dolorosa compasion; he conocido largo tiempo, consolado algunas veces, pero siempre profundamente compadecido á ese hombre singular y desgraciado.

Si para reunir estos recuerdos de ayer casi estereotipados en mi memoria, escogí este cuadro: — *Diario de un desconocido,* — es que he creido que este modo de afir-

macion, por decirlo así personal, daria mas autoridad é individualidad al carácter nuevo y extraño de Arturo íntima y fielmente reflejado en estas páginas.

Con efecto, *una potencia rara*: la atraccion; una *inclinacion poco vulgar*, la desconfianza de sí mismo, sirven de doble quicio á esa naturaleza excéntrica que debe toda su originalidad á la combinacion estrecha y por lo tanto irregular de estos dos contrastes.

En otros términos: que un hombre dotado de un grande atractivo tenga sino presuncion, á lo menos mucha confianza en sí mismo, nada mas sencillo; que un hombre sin ingenio ó sin dotes exteriores no fie de sí mismo, nada mas natural.

Que por el contrario, un hombre que casualmente reuna los dones del talento, de la naturaleza y de la fortuna, agrade y seduzca pero no crea en el embeleso que inspira; porque estando convencido de su miseria y egoismo y juzgando por si á los demás, desconfia de todos, pues duda de su propio corazon; que dotado sin embargo de inclinaciones generosas y elevadas, por las que se deja arrastrar algunas veces, pronto las repela desapiadadamente de sí por temor de verse despues engañado, porque asi juzga él al mundo; que las crea sino ridículas á lo menos funestas á quien se deja dominar por ellas ¿no son estos contrastes dignos de ser curiosamente estudiados?

Unánse por fin á esas dos bases primordiales del carácter hechiceros instintos de ternura, de confianza, amor y rendimiento, contrariados continuamente por una desconfianza incurable, ó marchitados en su gérmen por un conocimiento fatal y precoz de las llagas morales de la especie humana; un espíritu ahora displicente, inquieto, aburrido, analítico y ahora vivo, irónico y brillante, un orgu-

llo; ó mejor una susceptibilidad á la vez tan irritable, suspicaz y delicada que se exalta hasta rayar en una fria é implacable perversidad, siempre que se cree lastimada, ó se deshace en acentos tiernos y desesperados luego de reconocida la injusticia de sus sospechas; y se tendrán los principales elementos de esta organizacion.

En cuanto á los accesorios de la figura principal, y á las escenas de la vida del gran mundo entre las cuales se la ve obrar, el autor de este libro conoce de antemano su pobreza ó esterilidad; pero juzga que las costumbres y la sociedad actual no saben presentar otras, ó al menos confiesa no haber dado en ellas.

Hechas estas advertencias acerca de esta obra, ó mas bien de este largo y quizás larguísimo. estudio biográfico, vamos á otra cosa.

Como no tenga ordinariamente un escritor otro medio de contestar á la crítica de una obra, sino el prólogo de otra, diré dos palabras acerca de una cuestion promovida por mi última composicion (1) recibida por unos con lisongera benevolencia, y por otros con profunda y grave severidad; aqui con acritud, allá con ironía, mas allá con desden.

La cuestion es saber si yo renuncio á una conviccion, calificada de paradoja, de calumnia social, de triste verdad, de miserable broma, de thesis infecunda; la cuestion se reduce digo á saber si renuncio á esa conviccion: *Que la virtud es desgraciada y el vicio afortunado en el mundo.*

Y en primer lugar, aunque nada le sea tan sensible al autor como el hablar de si mismo, no podrá sin embargo repetir bastante que no tiene absolutamente ninguna de las pretensiones *filosóficas* que se le conceden, se le suponen

(1) Latreaumont.

ó se le reprueban. Que en sus obras, serias ó frívolas, trátese de historia, de comedia, ó de novelas, no ha querido jamás *formular un sistema.* Que en fin ha escrito siempre segun lo que ha sentido, visto ó leido, sin tratar de imponer á nadie sus creencias.

Unicamente lo que en otro tiempo fuera para él la prevision del instinto mas bien que el resultado de la experiencia, ha cobrado ya á sus ojos la imperiosa autoridad de un hecho.

Y por último, que si parece renunciar no ya á su triste creencia, sino á consignar, aun en sus propias obras, las observaciones ó las pruebas irrecusables que podria citar en apoyo de su conviccion, es que en este momento mas advertido en la vida, sabe que un talento mediano basta para hacer triunfar un error ... pero que el santo privilegio de consagrar, de justificar las verdades eternas está reservado al genio ó á la divinidad....

En una palabra, no queriendo aventurar aquí una comparacion fácil y sacrílega entre la vida sublime y la muerte infamatoria del divino Salvador (*verdadero símbolo de su pensamiento*), reconoce humildemente que solo Galileo podia decir desde su prision: *¡E pur si muove!*

EUGENIO SUE.

Chatenay 15 octubre de 1838.

# DIARIO DE UN DESCONOCIDO.

## INTRODUCCION.

### I.

### El camino de posta.

Una extraña casualidad hizo caer en mis manos este diario. Establecido por algunos meses en una ciudad céntrica de uno de nuestros departamentos meridionales, cuyo litoral baña el Mediterráneo, trataba de adquirir una propiedad en aquel pais maravillosamente pintoresco y accidental: con este objeto tenia recorridos ya varios puntos de aquel territorio, cuando un dia, el notario encargado de darme las luces necesarias para esta exploracion, me dijo: — Acaban de darme aviso de que á unas ocho leguas de aqui en la mas bella posicion del mundo, ni muy cerca ni muy lejos de la mar, está para venderse una hacienda: ignoro que tal sea; pero si quiere V. verla, puedo dar á V. los indicios necesarios al efecto: con el cura del pueblo de*** deberá V. verse para el ajuste.

— ¡Cómo! le dije, ¿con el cura? ¿Por supuesto que no será una rectoria que se trate de vender?

Yo no sé, me dijo el notario; pero por el precio tan subido que se pide, no creo pueda ser lo que V. dice.... Por lo

demás, añadió con aire de finura é inteligencia, parece que habrá medio fácil para convenirse amistosamente y con alguna ventaja; pues la venta se hace á consecuencia de cierta fuga precipitada, ó de cierta muerte repentina, no lo sé de fijo.... mayormente cuando han corrido rumores tan absurdos y tan necios, que temeria engolfarme en una ridícula novela refiriendo á V. esas pamplinas; pero lo cierto es, señor, que estas ocasiones son siempre las mejores para semejantes negocios, y mas aun cuando se han hecho, segun mi corresponsal, verdaderas locuras en esa propiedad.

— ¡Una fuga precipitada! ¡una muerte repentina!... ¿Quién pues habitaba este lugar?

— Nada me dicen de eso, absolutamente nada.... Mi corresponsal no me da mayor noticia.... ha sido por la mas rara casualidad del mundo que supo esta buena proporcion; pues entre cien personas del departamento, apenas podrá haber diez que conozcan el pueblo de***

No sé porque motivo estas noticias, aunque tan vagas, dispertaron mi curiosidad de modo que me resolví á marchar inmediatamente, y di órden de preparar caballos.

¡Oh! me dijo el notario, no le aconsejo á V. se exponga en carruaje por aquellos caminos... Con la posta se va muy bien, pero la parada mas inmediata á*** dista todavía cinco leguas y para llegar allá es preciso, dicen, cruzar caminos arenosos de que le costará á V. muchísimo el salir; créame V. y vaya V. á caballo.

Obedecí al notario, hice colocar una maleta en la grupa de un correo, y precedido de un postillon salí para el pueblo de*** distante ocho leguas de la ciudad en que me hallaba.

En una hora tuve andadas las tres primeras leguas tomé nuevos caballos en la parada, y entré de lleno en la travesía.

Eran mediados del mes de mayo, y una mañana deliciosa refrescada por una ligera brisa del norte, aquellos caminos

movedizos, cubiertos de una arena amarillenta, aunque intransitables para los carruajes que se veian hundirse hasta las trencas, eran bastante buenos para las caballerías. Cuanto mas me internaba por aquel pais inculto y despoblado, mas dilatada y majestuosa aparecia la naturaleza, aunque con cierta monotonía: delante de mi inmensas llanuras de florecidos brezos; al horizonte altos y azulados montes; á mano izquierda numerosas colinas cubiertas de bosques, y a la derecha una prolongada cortina de verdor formada por los sauces y los álamos tendidos á lo largo de un rio poco caudaloso y muy cristalino, vadeable de todas partes, pero de rápida corriente; que era preciso atravesar á menudo, porque una y otra vez el camino que tan pronto se encajonaba en unos altos barrancos salpicados de blancos espinos, de morales y rosas silvestres, tan pronto por el contrario salia de aquellas cavidades para extenderse en la llanura como un juego de mallo.

—¿Has estado alguna vez en*** ? pregunté á mi guia cuyo semblante varonil, traje limpio y aseado y soltura en los movimientos, recordaban un soldado de caballería licenciado del servicio; por otra parte, habia oido á sus compañeros de la posta llamarle el *husar*, y por último el todo de ese hombre formaba un gran contraste en aquel aire de abandono y ruidosa familiaridad de los demás meridionales.

Le pregunté pues, como dije: ¿Habeis hecho otra vez aquel camino?

—Si señor, dos veces en toda mi vida, respondió deteniendo á su caballo, y colocándose un poco á mis espalda: la primera ahora hace dos años, y la otra unos tres meses; pero, ¡voto á sanes! en nada se parecen las dos veces!

—¿Qué quieres decir con esto?

—¡Oh! la primera vez, añadió exaltado sin duda por un recuerdo de admiracion y agradecimiento, ¡esta si que no era broma! ¡á duro las agujetas! ¡un correo! ¡seis caballos de berlina!

Y por peroracion imitativa sacudió mi guia su látigo de modo que me hizo atolondrar.

No satisfaciéndome empero esta manera de apreciar y designar la moralidad de los viajeros, le pregunté:

—¿Y quién iba en ese coche? de dónde era aquel correo?

—Yo no lo sé, señor; las cortinas de la berlina estaban echadas; iban sentados en la trasera un hombre y una mujer ya de edad, que parecian criados de confianza....

—¿Y el correo qué decia?

—¿El correo? ¡ah! ¡qué hombre aquel! ¡un verdadero mudo con una facha atroz! ¡Todo lo que llegué á oir, fué cuando vino por los caballos, que no pudo ser muy largo, á fe mia! Puso pie á tierra, dejó dos luises de oro en la mano del dueño de las postas diciendo: «Seis caballos de berlina y una haca, las agujetas á veinte reales,» y acto continuo marchó á galope.

—¿Y no nombró á su amo?

—No señor.

—¿Y qué especie de librea llevaba? ¿no te acuerdas?

—Espere V. un poco, voy á ver.... sí.... levita verde, con galon de plata por todas las costuras, un casquete igual, cinturon de seda encarnado, placa con escudo, cuchillo de monte.... bigotes.... todo en fin muy bien puesto.... y de muy buen gusto.... pero su continente era demasiado fiero, en verdad sea dicho.

—¿Y no has podido saber despues á quien condujiste á***?

—No señor.

—Y ¿cuándo regresó el coche?

—Pero si el coche no ha vuelto, señor.

—¡Cómo! le dije sorprendido, ¿segun esto habrá muchas casas de campo en***

—No señor, dicen que no hay mas que una en toda la comarca, porque lo demás son verdaderamente casuchas de aldeanos.

— Entonces habrá otro camino para venir de***.

— ¡Oh! no señor; es preciso volver á pasar por aqui.

— ¿Y nadie ha regresado aun?

— No señor.

— ¡Cosa rara! ¿Y hace mucho tiempo que subió esta berlina?

— Pronto hará dos años.

— Y ¿el otro viaje que hiciste á***? dije á mi guia, esperando encontrar la aclaracion de este misterio.

— ¡Oh! ¡en cuanto á esta otra vez, me acordaré toda mi vida, Señor! ¡Ah! ¡pícaro viejo, viejo maldito, tunante, embrollon!

— Vaya, cuéntame eso, muchacho, paréceme que estás enojado, ¿no?

— ¿Enojado? y mucho que lo estoy.... y razon que me sobra para estarlo. No por lo que valga, sino por la jugada.... y luego porque me llamó su buen amigo: ¡viejo de Satanás! ¡su buen amigo!!! Ahora verá V., señor. Tres meses hace del viaje; me tocaba á mi marchar aquella vez, y me estaba calentando en la cuadra entre mis caballos, porque el frio apretaba todavia de recio: sobre las once de la mañana oigo unos chasquidos, pero chasquidos de aquellos que dicen veinte reales de agujetas, y en seguida la voz desalentada de Juan Pedro que grita: ¡Dos caballos de calesa! Bueno, dije entre mi, ese es viejo y me tiene cuenta. Salgo para ver al viajero, era un mal coche con cortinas de cuero, una especie de berlinota tan cubierta de barro, que era imposible se le distinguiese el color. Yo dije para mí: ¡Bueno! seguramente es un médico, que irá á visitar algun enfermo que se esta muriendo. ¡Pero zape! ved ahi que oigo una voz enteramente parecida á la de un moribundo que se desgañitaba desde dentro de la berlina y entre tosiendo y refunfuñando decia: ¡Ah, infame postillon! ¡ah, miserable! tú quieres matarme haciendome correr de esta manera! Ello es que Juan Pedro habia arreado tanto que las cubas humeaban. Esto para lo que vos pagais, paisano, dijo Juan

Pedro al de la berlina con ademan furioso.

— ¿No serán á menos de á duro las agujetas, no es verdad? dije á Juan Pedro que desenganchaba renegando como un hereje.

— ¡Un duro! contestó, sí.... ¡poco menos! ¡el maldito no da mas de cinco reales!

— ¿Cinco reales? ¿el precio de la tarifa? ¿y le llevas á ese paso, como se lleva á un príncipe?

— Sí, y lo que siento es no haberlo arrastrado mas de prisa.

— Vaya un excelente bestia, le dije á Juan Pedro.

— Verás como te sucede á tí otro tanto.

— Pronto lo sabrás contesto á Juan Pedro. Saco en fin mi caballo al que solia llamar *Delincuente* porque estaba siempre delinquiendo contra el pellejo ajeno: aquel diablo de bestia no tenia otra idea.... fuesen hombres ó caballos, que en eso no se miraba, mordia y tiraba coces á derecha é izquierda que era una bendicion. ¡Pobre *Delincuente*! añadió mi guia suspirando amorosamente. Despues prosiguió: Saco pues mi caballo, y antes de montarlo descubro una gran mano enjuta, descarnada y amarillenta que sale por entre las cortinas de la berlinota y paga á Juan Pedro cinco reales. Al ver que le pagan á Juan Pedro á cinco reales.... me estremecí.... y dije para mi capote: Buen viejo asmático, prepárate para echar un famoso paseo á cinco reales de portante. ¿Adonde se vá? pregunté á la berlina porque no veia á nadie, y ya la gran mano seca y amarillenta habia desaparecido.

— Vamos á ***, me dijo una voz débil y amortiguada cual si fuera de un agonizante, y en seguida la misma voz, ahogada por una tos continua, añadió: Quiero advertirte, mi buen amigo.... — ¡Su buen amigo! repitió mi guia con furor.... — Quiero advertirte, que el menor traqueteo me causa un daño horroroso. Estoy á morir de los horribles saltos que me ha hecho dar tu miserable camarada. Quiero ir despacito, muy despacio.... y al menor

trote posible, ¿oyes?... porque.... y volvió á toser como si rindiera el alma; porque la menor sacudida me mataria.... y yo no pago mas que la tarifa.... cinco reales de agujetas, amigo mio...., y en esto vuelve á toser como si fuera á espirar, aquel carcomido viejo.

—¡Hola! con que no pagas á mas de cinco reales! y me llamas tu buen amigo! vaya! con que no puedes ir de prisa! pues aguarda! ahora verás! viejo avaro, dije encajándome sobre *Delincuente*, pronto verás que paso llevamos! Y flan.... echo á volar zangoloteando la berlina á raja tablas; pero de un modo tal, tan á escape, que si el bribon del viejo me hubiese pagado á mil francos, como dicen que pagaba el gran Napoleon, no pudiera haber ido mas á escape; y á eso añada V. que para coronar la fiesta, no tuve que pasar ningun arroyo ni acequia alguna.... Así fui siguiendo á galope.... y flan! Era de ver los saltos de costado que daba el armatoste con tanto traqueteo; pero quiero hacer justicia á todo el mundo: ello es que la tal berlina habia de ser muy fuerte como no se rompió mil veces.

—¡Pero, desgraciado, dije á mi guia, tú te exponias á matar á aquel enfermo!

—¿Matarle? ¡ojalá!... ¡matarle! ¡viejo pillastron! no tuve la dicha de lograrlo. En fin, á tal paso anduvimos, señor, que á pesar de lo arenoso del camino, con solo un caballo de refuerzo, le conduje en hora y media hasta ***, y eso que hay poco menos de tres postas.

—¡Demonio! le dije, efectivamente es mucho andar.

—Pero escuche V. lo que siguió: la voz de la berlina me habia prevenido que no entrásemos en el pueblo, llegamos á una altura que está unos doscientos pasos de *** Desenganchо.... por última vez á *Delincuente*, pues se fatigó de modo, que le costó la vida aquella carrera; de tal manera, que por quince dias la estuve pagando á mi amo; mas de cien duros me cuesta la calaverada: ¡á mi que no tengo un ochavo! Pero confiese V. que cuando uno vé que

le pagan á cinco reales y sobre esto le llama á uno *buen amigo* semejante canalla, hay para perder el juicio.

—Ve siguiendo, le dije.

—En fin, señor, detuve el coche, y abro la portezuela creyendo encontrar á mi hombre desmayado, ó por lo menos muerto, porque hacia mas de una hora que no le habia oido resollar; pero ¡voto á una legion de demonios! ¡qué es lo que veo! ¡Un hombre que hacia chasquear su lengua contra el paladar, como si fuera un látigo, mientras volvia á tapar una botella de rom, y que me dijo con gruesa voz y con un tono que hubiera dado envidia á cualquier sochantre de catedral: —¿Qué tal te parece el medio que pongo para andar á paso de príncipe y sin gastar dinero? Desde París llevo siempre hechas tres leguas y media por hora, sin correo y sin que me cueste á mas de cinco reales. Y saltó el bribon de la calesa listo como un ciervo.

No pude menos de reir del medio singular para caminar mucho y barato, y exasperado mi guia continuó:

—V. bien lo comprende, ¿no es así, señor? Como estaba uno furioso de no ser pagado á mas de cinco reales y oirse llamar su buen amigo, cuanto mas el maldito viejo me encargaba ir despacito, tanto mas para vengarse uno y darle que penar iba á paso de infierno; y por el contrario, cuanto mas uno arreaba, mas gozaba el miserable viejo, ¡pues vaya un canalla! un verdadero bandido! Eso se llama no tener alma; fingirse de este modo enfermo, estando uno fuerte y macizo comó antiguo caballo de posta.... Pero no paró todo en esto: le pregunto á donde va, y me contesta: —Aguárdame aquí; si no he vuelto dentro de una hora, podrás irte. —¿Y el carruaje? le dije. —Si no vuelvo, te lo llevas á la casa de postas, á donde irán por él. —¿Y su equipaje de V.? —Aquí lo llevo.

Y me enseñó un cajon largo, chato, cuadrado y que parecia pesar mucho, el cual llevaba bajo su brazo, y en seguida desapareció en el bosque, que es bastante espeso en aquel punto.

Como en aquel maldito pueblo no hay posada, dí allí mismo el pienso á mi caballo, y aguardé; pero el pobre *Delincuente* estaba tan machacado que no probó siquiera de comer; lo contrario hice yo, y tomé un bocado, y al cabo de una hora el viejo embrollon no habia parecido; al cabo de dos horas, menos.... Entonces me dirijo al pueblo que está en una hondanada.... pensando que no podria encontrarle sino en la casa de campo de las personas de los seis caballos de berlina y de aquel correo. Llamo á una puerta pequeñita, despues á otra mas grande, porque la casa no podia verse desde fuera: nadie me contesta... empiezo á llamar recio, me llego á cansar, y dando la vuelta me aguardo otra media hora, pero nada. ¡Por vida de! Vuelvo entonces á la posta, colocamos la berlina en la cochera, y desde entonces no han venido á reclamarla. Probablemente que no le irá muy mal al viejo pillastron allí donde se encuentra y á donde V. tambien va, señor. ¡Pero tambien es un demonio de pueblo el de ***: ¡quien va.... no vuelve!

Quedé, como mi guia, sorprendido tambien de tal extravagancia que aumentó mas y mas mi curiosidad.

—Pero este hombre, le dije, el último que has llevado, ¿era ya muy viejo?

—Así, así.... unos cincuenta años.... seco como un palo, todo cano, ojos y cejas negros como el carbon. Y á mas me acuerdo que cuando le hablé del equipaje, y que me enseñó la gran caja aquella, se echó á reir; pero qué reir hizo tan extraño, me pareció verle como espuma en sus labios, y observé además que tenia los dientes muy puntiagudos y muy claros, que dicen ser prueba de gran maldad.... lo que no es extraño, en vista de que tuvo el descaro de no pagar á mas de cinco reales y de llamar aun al guia ¡su buen amigo!

— Y ¿cómo iba vestido? le pregunté llevado del interés que involuntariamente aumentaba en mí su relacion.

—¡Oh! bien tapado: una gran bata oscura, una corbata negra y la cruz de honor; con esto era su cara color de co-

bre y su cuerpo muy carnudo parecido al difunto comandante Calabaza, mi antiguo jefe de escuadron noveno de húsares.... una masa dura, todo nervio y hueso.

— ¿Y no has oido hablar mas de él ?

— No, señor.... ¡ Ah ! olvidaba decirle á V. que mientras le aguardaba, oí unos dos ó tres escopetazos. Le he dicho á V. cuanto pasó; probablemente se divertirian por allá en tirar á los tordos de las viñas....

Aquella caja pesada y cuadrilonga me vino otra vez á la memoria y me extremecí, pensando que quizás un desafío encarnizado y sin testigos habria ensangrentado aquella soledad ; pero la astucia burlesca empleada por aquel personaje para ganar tiempo en el camino y á poca costa, me pareció oponerse á esta idea de combate : semejante combinacion era poco natural á mi juicio en un momento tan grave. Mas que todo lo demás, me sorprendia el que nadie hubiese vuelto de aquel pueblo singular, « á donde se iba, como decia agudamente mi guia, y de donde no se volvia jamás. » Por otra parte, el notario me habia asegurado que la única habitacion decente en aquel punto era la que estaba en venta.... ¿Qué se hicieron pues los viajeros del primero y segundo coche ? En esto se me iba la cabeza, y me consumia para llegar á *** y poder averiguar este singular misterio.

Cuando habló mi guia de aquel carruaje de cortinas echadas, me habia acudido la idea de algun rapto; pero aquel posta, aquel paso convenian muy poco con el misterio que requieren esta clase de empresas. Además, aquel viejo pálido que llega dos años despues de los primeros viajeros, su aire singular, aquellos tiros y despues la súbita desaparicion de tanta gente.... tantas circunstancias extraordinarias, repito, excitaron hasta el colmo mi curiosidad.

— Ya estamos por fin en ***, me dijo el guia. ¿No le parece á V., señor, que tiene bonita vista? Pero, á lo que dicen, señor, aquí cerca de este plátano muerto fué donde bajó aquel canalla de la berlinota.

Nos encontrábamos, en efecto, sobre las alturas que dominan el pueblo de ***.

## II.

## El cortijo.

Visto de aquella altura el pueblo de *** presentaba un aspecto delicioso; las pocas casas que lo componian, situadas casi todas en declive, dejaban ver todavía las pajizas piedras de su construccion, mal encubiertas por la multitud de sarmientos que trepaban por sus paredones y besaban ya las tejas de un color rojo subido con que estaban cubiertas algunas de ellas, ya el sencillo techo de bálago de las otras sobre el que habia nacido una gran cantidad de muzgo verde y afelpado, entretejido de pomposas siemprevivas; y luego toda esta pintoresca y rústica perspectiva iba á perderse en una espesura de plátanos, de copudas encinas y álamos de Italia, sobre los cuales descollaba un humilde campanario en forma de aguja de piedra gris.

Inmediata al pié de una cuesta sinuosa y muy pendiente que bajé, se me presentó la pequeña plaza del pueblo: la puerta del cementerio estaba á mano izquierda, á la derecha el soportal de la iglesia; y viendo no muy lejos una casa algo mas grande que las otras, notable solamente por su aire de limpieza, parecióme descubrir la rectoría: apeéme pues y llamé.... No me habia equivocado. Abrióme una mujer jóven todavía, vestida de negro, horriblemente contrahecha y de extraordinaria fealdad, cuyo rostro empero tenia á mi juicio una gran expresion de bondad; y con un acento meridional muy pronunciado me preguntó que queria.

—Vengo, señora, la dije, para ver la finca que está para venderse en este pueblo. El notario V*** me ha dirigido al

señor cura, quien, me dijo, está encargado de la venta.

—Mi hermano tardará muy poco en volver, me respondió suspirando la mujer; y si V. quiere descansar entretanto, puede V. seguirme á la rectoría.

Acepté, y dejando á mi guia y sus caballos, entré en aquella casa.

Nada mas sencillo, mas aseado, y sin embargo nada mas pobre, que el interior de aquella modesta habitacion; por todas partes se encontraban señales de una atenta prevision hácia su dueño. Acompañé á la hermana del cura hasta una pieza baja, cuyas dos ventanas con cortinas blancas se abrian sobre un huertecito cubierto de verdor: los sencillos muebles de este cuarto relucian por su limpieza; una sola poltrona de antigua tapicería colocada junto á una pobre mesa que sostenia una biblioteca de madera negra y un cristo de marfil, parecia el puesto ordinario del sacerdote; inmediatos á la otra ventana estaban el torno de hilar y la silla de la hermana, la que sentándose en ella emprendió su tarea sin decir una palabra.

Temeroso de que no guardase silencio por reserva ó comedimiento, y deseando por otra parte satisfacer mi curiosidad, vivamente excitada por la relacion de mi guia, preguntéla si hacia mucho tiempo que se trataba de vender aquella finca.

La hermana del sacerdote me contestó con un nuevo suspiro: —Tres meses ha que está para vender.

—¿Y no la habitan ya sus amos, señora?

—¡Sus amos! me contestó con una grande expresion de tristeza; no señor, ya no la habitan. Y conociendo sin dupa que iba á hacerla mas preguntas, añadió con lágrimas en los ojos: Dispense V., señor, mi hermano le enterará á V.

Sorprendido cada vez mas, y sin atreverme á insistir, pasé á tratar, como sucede vulgarmente, de algunas cosas insignificantes sobre las vistas y la belleza de aquel sitio.

Al cabo de una media hora llamaron á la puerta; era el cura; salió su hermana para abrirla y regularmente le informaria del objeto de mi visita.

Este sacerdote, que podia contar unos treinta años, llevaba el vestido rigoroso de su profesion , y sin ser contrahecho, se parecia mucho á su hermana; la misma deformidad, la misma expresion de dulzura y de bondad, unidas á una apariencia mezquina y apesadumbrada; porque era pequeño, delicado y macilento, sin embargo de que sus modales eran finos, aunque reservados, y su acento meridional mucho menos pronunciado que el de su hermana.

Recibióme el cura con cierta frialdad que creí fundada en el temor de encontrar en mí algun importuno, únicamente atraido por una indiscreta curiosidad; pues por las pocas palabras que profirió su hermana, comprendí que habia sobrevenido algun acontecimiento fatal á aquella casa, y no era nada extraño supusiera el cura que vagamente informado del suceso, viniese solo en busca de noticias mas circunstanciadas.

Deseoso de inspirarle mayor confianza, le dije francamente que anhelaba desde mucho tiempo encontrar una finca enteramente aislada, tranquila y solitaria ; se me acababa de indicar la que estaba en venta como la única que reuniese todas aquellas condiciones; y sobre esto venia dirigido á él con el objeto de procurarme los informes que el caso requeria.

No se deshizo con esta manifestacion la frialdad glacial del sacerdote, sino que despues de proferidas mútuamente algunas huecas expresiones, me preguntó si queria ver la casa.

Contestéle que me tenia enteramente á su disposicion y nos levantamos para salir.

Sacó entonces su hermana un manojo de llaves de un armario, y se las entregó al mismo tiempo que una lágrima corrió por sus mejillas, diciendo: ¡Por Dios! ¡por Dios! José... mucho daño te va á hacer, pues que no has vuelto á entrar allí desde....

El jóven sacerdote le estrechó su mano con ternura y respondió muy resignado: ¿Qué puedo hacer, Juana?... Era

preciso que esto sucediese.... un dia ú otro.

Dicho esto, salimos.

El empeño que al parecer ponia el cura en mantener ocultos unos hechos que cada vez excitaban mas mi curiosidad me desagradó en extremo; pero conociendo al mismo tiempo que la menor pregunta sobre un objeto que parecia afectar tan profundamente aquellas dos pobres criaturas seria por ventura cruel y probablemente inútil, determiné concretarme al rigoroso papel de visitador y comprador.

Salimos de la rectoría, y siguiendo una calle sumamente pedregosa llegamos en frente de una puertecita seguida por ambos lados de un muro largo y elevado.

Mas que sencilla era su apariencia; aquella pared de piedras sin labrar unidas solamente por una mezcla solidísima, parecia arruinada y la puerta carcomida; mas luego que abierta por el cura, pude penetrar en aquel paraiso que el paredon encubria, comprendí verdaderamente y admiré cual nunca, el gusto tan sabio, tan egoista y bien entendido de los orientales, cuyas habitaciones presentan un esterior mezquino y aun muchas veces derruido mientras que por el contrario, vense interiormente adornados del lujo mas resplandeciente y exquisito.

Esta costumbre me ha parecido siempre deliciosa, en primer lugar como un contraste, y despues porque confieso no haber podido nunca penetrar el objeto de aquel aparato exterior de pinturas y esculturas tan generosamente ostentadas á los transeuntes que responden de ordinario á tan delicada atencion cubriendo de inmundicias aquellas bellezas arquitectónicas y como suele decirse monumentales.

Esto se llama tambien, si se quiere, un contraste, pero que no me satisface. En una palabra, ¿no es de mejor gusto ocultar un delicioso retiro y gozar por este medio de una felicidad ignorada, que ostentarla pomposamente á todo el mundo, excitando su envidia ó aborrecimiento?

Pero volvamos al paraíso de que hablaba, y en el cual, abierta la puertecita, entré con el cura, quien la volvió á

cerrar cuidadosamente diciendo: Esta es la casa, señor.

En seguida, absorto sin duda en sus recuerdos, y queriendo darme lugar á examinarlo todo, cruzó sus brazos sobre el pecho y permaneció en silencio.

Como dije, quedé sobrecogido de admiracion, y era tan seductor el espectáculo que se me ofrecia á la vista, que pronto hizo alejar toda idea extraña.

Figurémonos despues, colocada en el centro de una vasta alfombra de césped fino, igual, espeso y reluciente como un tapíz de terciopelo verde, una casa de mediano grandor de una construccion la mas irregular: en medio, un cuerpo compuesto de un solo piso bajo: á mano derecha una galería de toscos maderos formando un invernáculo y conduciendo á una especie de pabellon que no parecia recibir mas luz que la del techo; á la izquierda, volviendo al cuerpo principal del edificio y algo mas elevada que él, una galería con cuatro ojivas guarnecidas de cristales pintados de varios colores, que comunicaba con una torrecilla muy alta que dominaba mucho el resto de la habitacion.

Nada mas sencillo en apariencia que la disposicion de esta morada; pero adviértase que aquellas construcciones no eran, por decirlo así, mas que la armadura, el esqueleto; porque todo su lujo, toda su indecible elegancia, todo su brillo procedian de la innumerable cantidad de enredaderas, que exceptuando la abertura de las ventanas, que á veces tampoco respetaban en su brusca invasion los jazmines y madreselvas, cubrian con un manto de verdor y de flores de mil matices todas las enrejadas paredes de aquella deliciosa habitacion desde el piso bajo hasta la cima de la torrecilla, parecida á un inmenso tronco de árbol revestido de balsamina.

Una franja de geranios encarnados, de adelfas y girasoles se desplegaba á lo largo de las paredes, y ocultaban bajo grandes copos de vivos colores, los tallos siempre tiernos de aquellas plantas atrevidas que ostentaban mas arriba sus tesoros abigarrados.

La hiedra de Escocia, los rosales, la dulcamara, los gobéas de campanillas azules, la clemátida de estrellas blancas ceñian con espesa red los pilares sin desbastar que sostenian los travesaños del invernáculo y del tejadillo, tambien de madera, que defendia los diez escalones de la gradería, los cuales estaban cubiertos de una fina estera de Lima: sobre cada uno de ellos se veian en un inmenso jarro de porcelana del Japon, blanco, encarnado y color de oro, plantas extrañas de pétalos purpurinos y cáliz azulado, con hermosísimos convólvulos de Esmirna, de campanilla sanaranjadas que ocultaban con su bordadura verde y dorada el pie de aquellas gruesas plantas, por lo regular desnudo y arrugado; finalmente aquella gradería daba á una puerta de encina muy sencilla, en ambos costados de la cual habia dos anchos y profundos divanes de la China formados de juncos y bambúes.

Tal era por este lado el aspecto verdaderamente encantador de aquel Eden, de aquel oasis fresco y aromático, que se abria como flor magnífica y desconocida en medio de aquella soledad. Imposible es hacer ver con solo el recurso de las palabras toda la suntuosidad de aquel cuadro, cuya indecible magnificencia le prestaba únicamente naturaleza. ¿Quién podrá remedar los mil caprichos de la brillante luz del mediodía acariciando el vivo esmalte de innumerables colores? ¿Quién imitar el armonioso susurro de las auras meciendo con sus cariñosos besos tantas corolas desplegadas? ¿Y quién hará sentir ese perfume sin nombre, fresca y embalsamada combinacion de tan diversos olores y en que á la suavidad del césped y de la menuda yerba se reune el aromr penetrante del laurel del tomillo y de la majestuosa arboleda que todo lo domina?

Pero por ventura es mas difícil todavía describir los mil pensamientos distintos y opresores que invadieron mi espíritu al contemplar el mas hermoso retiro que el hombre harto de los placeres del mundo haya podido soñar jamás; porque, á pesar de tanto sol, tanta verdura y tanta abun–

dancia de flores, aquella morada deliciosa me parecia en aquel momento triste, desierta y abandonada; y porque un secreto instinto me decia que alguna desgracia horrorosa había venido á sorprender en ella y abrumar con su sangriento peso á los que tan deliciosamente se habian entregado al porvenir. La eleccion misma de un lugar tan apartado, tan distante de toda ciudad populosa, aquel lujo, aquel refinamiento de buen gusto, demostraban suficientemente que el habitador de aquel asilo esperaba pasar en él largos y apacibles años en la dulce meditacion de la soledad, únicamente agradable á las almas infelices, desengañadas ó pensadoras.

Dando treguas á estas ideas que á un tiempo me absorbian y contristaban, fijé los ojos en el cura, y me pareció verle mas pálido aun que lo ordinario y en ademan de profunda reflexion.

— ¡Hermosa casa, por cierto! señor cura, le dije.

Estremecióse bruscamente, y me respondió con finura pero con frialdad:

— En efecto es hermosa; y lanzando un profundo suspiro, añadió: ¿quiere V. ahora verla por el interior?

— ¿Está amueblada?

— Sí señor, y se vende como V. la verá, exceptuando algunos retratos que se quitarán: y de nuevo suspiró.

Entramos por la gradería de verdores de que hemos hablado.

Esta primera pieza formaba una antesala alumbrada por el techo, toda colgada de cuadros que parecian excelentes copias de los mejores maestros italianos, y sus ángulos guarnecidos de bajo-relieves y estatuas de mármol con cuatro admirables jarros griegos, llenos ¡ay! de flores secas.... porque en todas partes se encontraban flores, y allí habian debido mezclarse primorosamente con aquellos tesoros del arte.

— Esta es, señor, la antecámara, me dijo el sacerdote.

Seguimos adelante y entramos en otra pieza guarnecida

de muebles de nogal, exquisitamente labrados segun el gusto del renacimiento: cuatro grandes cuadros de la escuela española cubrian su paredes, y sin duda habian estado llenas de flores las enormes macetas que se veian al pie de las ventanas.

Estas piezas eran reducidas, pero en sus accesorios brillaban el gusto y la elegancia.

— Este es el comedor, me dijo el cura, continuando su nomenclatura glacial; luego por una puerta, cerrada solo por una mampara, pasamos á un salon, cuyas tres ventanas se abrian sobre aquel lado que me faltaba ver: á sus dorados frisos y colgaduras de damasco punzó, acompañaban muebles tambien dorados, que recordaban el hermoso siglo de Luís XIV, completando el adorno de esta estancia, varias repisas de taracea, atestadas de magníficas y variadas porcelanas. Pero lo que me agradó en extremo, fue que la esplendidez de aquel lujo ordinario en las grandes poblaciones, presentaba allí un contraste delicioso con la soledad casi agreste de la habitacion, y sobre todo con la risueña y grandiosa naturaleza que se descubria por las ventanas del salon.

Veíase una inmensa pradera de aquel fresco y verde césped que habia admirado tantas veces: al través de tan dilatada alfombra serpenteaba aquel rio cristalino y veloz que tan á menudo habíamos tenido que atravesar antes que llegásemos á***: en ambos lados de aquel campo de verdor se desplegaba un majestuoso lienzo de encinas y de tilos con ramas hasta los pies, y dos ó tres grupos de abedules de argentada corteza, estaban diseminados por aquella vasta pradería, en que se apacentaban muchas hermosas vacas de Suiza: luego al horizonte, dominando varias colinas ordenadas en forma de escala, se veia descollar atrevidamente la nebulosa y azulada cresta de las últimas montañas que cierran la cadena de los Pirineos orientales.

Está vista era altamente magnífica, y vuelvo á decirlo, aquella naturaleza tan grandiosa puesta en el marco de oro

y seda de este hermoso salon, tenia un carácter singular.

— Este es el salon, me dijo el cura, y entramos en la estufa, en que una infinidad de hermosas plantas exóticas, profundamente encajonadas, predisponian para el invierno un nuevo y delicioso paseo. Paróse el cura delante de una puerta que habia en la extremidad, y en vez de abrirla, retrocedió....

Pero señalándole esta puerta de madera hermosamente trabajada en el gusto gótico nueva y ligera como un encaje, le pregunté:

— ¿Y esa puerta, señor? ¿No podrémos ver ese cuarto?

— No hay inconveniente, si.... es que V. absolutamente lo requiera, me contestó el sacerdote con una especie de dolorosa impaciencia.

— Me haria V. favor, respondí; pues á medida que adelantaba en el exámen de aquella morada singular, mi interés iba en aumento, y revelándome cuanto habia visto en ella hasta entonces, no solo la elegancia mas exquisita, sino tambien nobles conocimientos en artes y poesía, me figuré que ninguna alma vulgar habia escogido ni engalanado su residencia de esta suerte.

— Si tuviera V. la bondad de entrar solo, me dijo el cura dándome una llave. *Era su....* luego prosiguió: Es un salon de labor.

Entré.

Esta pieza, al parecer ocupada de ordinario por una mujer, se conservara en el idéntico estado en que esta la dejara: sobre el lienzo de un bastidor se veia principiada una hermosa bordadura, y á poco trecho una arpa con un atríl delante, cargado de papeles de música; sobre una mesa, un pomo y un pañuelo desplegado, y junto á un canastillo de labor, un libro abierto que ví ser el segundo tomo de *Obermann*.

Profundamente conmovido al contemplar que alguna catástrofe espantosa habia sin duda tronchado repentinamente una existencia al parecer tan poética y felíz, continué

observando con devoradora atencion cuanto en torno descubria.... vi una gran biblioteca llena de los mejores poetas franceses, alemanes é italianos, un caballete al lado sosteniendo el mas delicioso bosquejo de un retrato de niño, un adorable rostro de ángel de tres ó cuatro años de edad con ojos azules y largo cabello oscuro.... No sé por que razon, me figuré que solo una madre podia pintar así, y que solamente así podia pintar á su hijo. Semejantes descubrimientos al paso que me entristecian, irritaban mas y mas mi interés y curiosidad: decidíme pues á emplear todos los medios que pudieran hacerme dueño de un secreto tan tenazmente guardado por el cura.

Como estuviese colocado aquel retrato de niño junto á una de las ventanas que iluminaban aquella pieza, descorrí maquinalmente la cortina. Colosal aspecto se presentó á mi vista. Á una legua á lo mas.... el mar.... el Mediterráneo.... que centelleaba como un inmenso y azulado espejo en que el sol reflejaba sus ardientes rayos.... el mar que asomaba por entre dos colinas de suave pendiente.

Magnífico panorama, cuyo encanto mas seductor comprendí debia estar únicamente reservado al alma poética y privilegiada que tantos vestigios habia dejado en esa mansion deliciosa de su naturaleza noble y elevada.

Por un instante retiré la vista de aquel espectáculo majestuoso para volver, despues de cobrada nueva fuerza, á descansarla en él: entonces apercibí un objeto en que no habia dado todavía: era un retrato de hombre colocado en otro caballete forrado de terciopelo azul. En la especie de óvalo que formaban en su extremidad los dos brazos del cabellete, ví una cifra compuesta de una A y una R, y encima una corona de conde. Este retrato estaba hecho al pastel.... Mis escasos conocimientos en la pintura me anunciaron fácilmente la misma mano que habia bosquejado la figura de niño.

La cabeza puesta sobre un cuello esbelto y elegante, se destacaba pálida y resplandeciente sobre un fondo encar-

nado oscuro muy subido, con el que se confundia el trage enteramente negro, arreglado, por capricho sin duda, á la moda de Vandyk.

Su rostro jóven y atrevido revelaba un carácter sorprendente de elevada inteligencia, resolucion y gracia, que no olvidaré jamás; era su faz prolongada, su frente ancha, proeminente, muy despejada y sumamente igual; á no ser por una sola arruga muy pronunciada que desunia las cejas, cuyo arco no menos que el de sus órbitas parecia imperceptible, tal era su rectitud; el cabello, de un castaño claro, se deslizaba fino y suave por detrás, ondulando ligeramente sobre sus sienes; los ojos, muy grandes, muy hermosos de un obscuro afelpado y de un iris anaranjado, eran quizá demasiado redondos; pero su mirar grave, profundo, contemplativo cargado de pensamiento, indicaba un talento de primer órden; en fin, su nariz aguileña y el hoyuelo de su barba salida y bien cuadrada hubieron dado á esta fisonomía una expresion altiva y casi feroz, si una fina é imperceptible sonrisa, llena de hechizo, asomando en torno de sus labios delicados y purpurinos, no hubiera suavizado, ó por mejor decir aclarado, la demasiada energía y desnudez de algunas de sus facciones.

Pasáronse algunos minutos en la contemplacion de aquella cabeza tan bella y expresiva, que me hizo preguntar á mí mismo si seria la del héroe cuya misteriosa aventura anhelaba descifrar.... Despues observé, á pesar de la diferencia extrema de los ojos, pues que el niño los tenia azules y muy rasgados, muchos puntos de semejanza, entre el retrato de este desconocido y el delicioso bosquejo de rostro angelical que estaba al lado.

Mas, pronto oí la voz alterada del sacerdote, que desde afuera me preguntaba si tenia *bastante con lo que llevaba visto....*

Volvi á él, y despues de haber cerrado la puerta, atravesamos otra vez la galería. Reparé una cosa, quizá pueril, pero que me estrechó cruelmente el corazon: en una palabra,

habia junto al salon una pajarera de rejas doradas, en la que ví muertos.... una porcion de pintados pajarillos.

Hondamente afligido y cada vez mas interesado, traté de ganarme la confianza del cura, manifestándole cuan dolorosamente me afectaba lo que estaba viendo sin conocer aun las personas que habitaban en aquel lugar; pero, ora le fuese imposible vencer la emocion que le oprimia, ora temiese profanar sus penas confiando su causa á la volubilidad de un extranjero, de nuevo eludió el sacerdote toda explicacion sobre este asunto y se esforzó para decirme:

—Señor, no falta ver sino la galería y la torre que forma otro gabinete de estudio.

Volvimos á la primera sala, atravesamos una biblioteca, luego una grande galería con cristales de varios colores, llena de caudros, de esculturas, de curiosidades de toda especie y llegamos á la torre que comunicaba con esta galería por medio de algunos escalones.

Entré: esta vez me acompañó el cura con grave resolucion, no obstante de tener que enjugar de vez en cuando sus ojos humedecidos de llanto.

En esta vasta sala circular todo revelaba un cierto estudio y esmero de buen gusto: veíase la precision en su menaje, muchas armas de valor, cuatro retratos enteros de familia que parecian abrazar un intervalo de cinco siglos, si bien separados por un vacío de unos ciento cincuenta años; pues el retrato mas antiguo recordaba el trage guerrero de la última mitad del siglo XIV mientras que los otros trages correspondian solamente los siglos XVII, XVIII y XIX; el retrato mas reciente representaba un hombre con su uniforme de oficial general del tiempo del imperio y un cordon encarnado en forma de arpa.

Observé tambien muchos mapas y planos tipográficos atestados de notas abreviadas, y por mejor decir geroglíticas: fijó sobre todo mi atencion un retrato de mujer, colocado en otro cabellete enteramente igual al que llevamos visto, á no ser por la corona que este no tenia en el lugar de

la cifra formada por el enlace de una M. y una V.

Por una sabia combinacion del pintor, este retrato abierto sobre un fondo dorado, recordaba en su carácter de magnífica sencillez algunas de esas figuras de vírgenes de la escuela italiana á últimos del siglo XVI, y cuanto soñó Rafael de mas cándido, mas puro y mas suave en la expresion de sus madonas, resplandecia dulcemente en esta fisonomía sobrenatural: su cabello oscuro, fino y brillante se desprendia de una cinta de oro ceñida á su linda frente.... y siguiendo la línea de sus sienes, en cuya extraordinaria blancura asomaba el tejido azul de las venas, alcanzaba la parte inferior de las mejillas ligeramente sonrosadas; en sus grandes ojos azules se pintaba una serenidad meditabunda y casi melancólica, sin sustraerme á su mirada, tranquila noble y bondadosa; sus labios débilmente encarnados, aunque no risueños, tenian una expresion graciosamente seria, calculada é indefinible y su forma así como la de su naríz delgada y recta, eran de una belleza exquisita y de una pureza antigua; en fin, una especie de bata de un azul muy claro que ofuscando apenas la nieve de sus espaldas, se replegaba en torno de su talle esbelto y elegante por medio de un cinto de oro bruñido, completaba esta figura de un candor, repito, lleno de elevacion, encanto y poesía.

A fuerza de examinar curiosamente la ideal perfeccion de sus facciones, encontré en su mirar una cierta expresion que me recordó el rostro de aquel niño, pues no se me olvidaba que los ojos de aquel ángel eran tambien muy grandes y de un azul terso y profundo si bien la parte inferior del rostro y su espaciosa frente traian mucho mas á mi memoria el retrato de hombre que tanto me habia interesado.

Figuréme sin saber porqué que aquel niño pertenecia á estas dos personas; pero ¿dónde estaba? ¿dónde se encontraban ahora su padre y madre? ¡su padre, de una belleza tan altiva y resuelta! su madre, de una belleza tan pura y apacible!

¿Será él, ella por ventura, serán los dos, los tres que se habrán visto alcanzar por una catástrofe horrorosa?

¡Oh! decia en mi mismo, si no me engaña el exterior tan expresivo de sus fisonomías, ¿en que májico Eden vivirian estas dos nobles criaturas? Poder vivir de esta manera con un hijo adorado en medio de esta deliciosa y profunda soledad, embellecida con los tesoros de la naturaleza y del arte! Poseer suficientemente la ciencia de la felicidad y de lo bello para aislarse en medio de un mundo de genios de todas clases! Poder gozar en silencio cuando la voz del corazon enmudece, de aquel éxtasis recogido, y distraerse de aquellas delicias; hablarse todavía de amor por medio de la sublime voz de los divinos poetas de todas las edades ó la celeste armonía de los grandes maestros, melodía maravillosa que hace vibrar en nuestro oido una mano querida; comparar en fin la exquisita belleza que se idolatra, la inimitable expresion de sus facciones, con todos los prodigios del arte, y decirse con orgullo: ¡Ella es mas hermosa! En una palabra, poder beber continuamente en este triple manantial de poesía, y ver á su amor, fecundado con este rocío divino, florecer cada dia mas radiante y epanuido! glorificar últimamente al Criador de todo, en la felicidad que sentimos, en la mujer que amamos, en las magnificencias que deslumbran unos ojos y una alma: ¡oh! ved aquí sin duda, decia entre mi mismo, ved ahí la mágica existencia de esos dos seres!

Pero la voz breve y triste del sacerdote me hizo abandonar estas ideas.

Extremecíme involuntariamente, y seguíle, bien decidido á penetrar aquel secreto.

Pronto se oscureció el sol, ofuscóse la mañana que habia estado tan hermosa, el cielo se cubrió de espesas nubes y cayeron algunas gotas de agua.

— Aquí no hay posada, me dijo el cura, V. viene á caballo, el tiempo amenaza gran borrasca, y si el aguacero es fuerte, verá V pronto convertido en rápido torrente el

pequeño rio que antes ha podido V. pasar fácilmente; acepte V. pues un pobre hospedaje en la rectoría hasta que calme la tormenta, y buscarémos lugar en que puedan acomodarse el postillon y sus caballos.

Acogí gustoso un ofrecimiento que tan útil podia ser á mi curiosidad, y nos dirigimos otra vez á la rectoría.

— ¿Y bien, José? dijo Juana á su hermano, profundamente conmovida.

— ¡Ay! Juana, hágase la voluntad de Dios! mucho he sufrido: tampoco he tenido valor para entrar *en el cuarto de ella....*

Juana enjugó una lágrima, y fue á disponer lo necesario para recibirme lo mejor posible.

Pronto estalló el huracan con tanta furia, que determiné pasar la noche en la rectoria de***

## III.

## La narracion.

A los tres dias de habitar en la rectoría de***, habia inspirado ya bastante confianza al cura para que me comunicase francamente lo que sabia de la historia de los huéspedes que tan singularmente me interesaba: procuraré reproducir aquí su grave y sencillo lenguaje.

Hacia cuatro años, me dijo, que desempeñaba las funciones de cura en mi ministerio en esta feligresía, cuando la finca que visitamos fue comprada en virtud de poder otorgado por el señor conde Arturo de***, cuyo retrato veria V. Ignoro el apellido de su familia; pero á lo que presumo el conde pertenecia á alguna casa noble y antigua, por lo que aparece almenos de su título y por el culto casi religioso que le he visto siempre tributar á los antiguos retratos que adornaban su gabinete.

Antes que viniese á este pueblo el conde Arturo (pues no sé que nunca le diesen otro nombre), vimos llegar una persona que nos parecia de su confianza, acompañada de un arquitecto y de muchos operarios de París, quienes convirtieron la vulgar habitacion que antes existia en la hermosa morada que acabamos de admirar. Concluido su trabajo, marcharon los trabajadores, y quedó aquella especie de mayordomo esperando solo á su señor. Aunque muy ageno por mi carácter y profesion de buscar informaciones sobre las personas que venian á vivir en este pobre pueblo, no pude evitar sin embargo que llegasen á mi noticia ciertos rumores, esparcidos sin duda por los operarios extranjeros. Segun estas voces, el conde, hombre muy acaudalado, venia á habitar entre nosotros con una mujer.... que no le pertenecia.... Decian tambien que la vida de este caballero habia sido tan inmoral, escandalosa y desenfrenada; que sin que se viera absolutamente forzado á retraerse de la sociedad, la especie de aversion que habia llegado á inspirar generalmente, con motivo de ciertas aventuras, le habia reducido á fijar su último asiento en esta soledad.

Nada tiene de extraño que mi primera impresion fuese, sino hostíl, por lo menos nada favorable á aquel extranjero aun antes de conocerle; porque á menos que semejantes rumores fuesen absolutamente infundados, pronto venia á darnos aquí un ejemplo escandaloso y funesto, pues la nobleza y la fortuna de semejantes huéspedes parecia autoriar á los ojos de estos labriegos su conducta criminal.

Esta idea me hizo desconfiar sobre manera del conde; y me propuse en caso que me anticipara algunas atenciones personales, protestar á lo menos con mi frio é inexorable continente contra la inmoralidad de una existencia tan depravada.

Dos años han pasado desde que el conde se estableció en medio de nosotros con una mujer y un niño, cuyos retratos V. ha visto.—A los pocos dias de su arribo, despues de pasarme una esquela solicitando tener conmigo una

escasa conferencia, que no pude negarle, se presentó en mi casa. A pesar de que mi propósito, mis hábitos, mi carácter, mis principios y una cierta conducta sobre todo reservada para ciertos casos y para ciertos hombres, me hubiesen fuertemente prevenido contra él, no pude menos de admirar de pronto su figura interesante, que en nada desmerecia del retrato que V. vió; luego la gravedad, cultura y esmero en sus modales, y sobre todo la extension de sus luces y la nobleza de su espíritu desplegada en la larga conversacion que tuvimos juntos este primer dia.

Comenzó por decirme, que viniendo á habitar en el pueblo de***, consideraba como un deber y una satisfaccion para él hacerme aquella visita; y que me agradeceria infinito tuviese á bien encargarme de la aplicacion de una suma de veinte y cinco luíses al mes, que ponia á mi disposicion, para atender tanto al socorro de niños pobres y desvalidos, como á las mejoras que yo creyese necesarias, suplicándome al mismo tiempo hiciese intervenir en ello al médico del pueblo, quien regularmente suele estar enterado de muchas miserias y padecimientos que nosotros ignoramos; esforzóse por último en persuadirme que toda demanda destinada al alivio de cualesquier dolencias ó á prevenir alguna desgracia seria acogida y otorgada por él con extraordinaria prontitud.

El conde mostró en fin una filantropía tan discreta, tan elevada, tan profundamente ilustrada, que á pesar de mis prevenciones, no pude menos de ver con sorpresa y con admiracion á un hombre, jóven todavía y que segun era fama habia cruelmente abusado de todas las voluptuosidades de los ricos y dichosos de la tierra, poseido de un conocimiento tan triste á la par que tan verdadero de las dolencias y calamidades secretas y de cuanto debia hacerse ó ensayarse para mitigarlas ó aplicarlas eficaz remedio.

Mas, ¡ah! no bien hubimos terminado esa conversacion, que me tenia como sometido á la influencia de un encanto

inexplicable, contra el cual confieso á V. habia luchado largo tiempo, cuando mis prevenciones brotaron con mas fuerza que antes; y este es el momento en que no sé si debia servirme de gloria ó de vergüenza, pues el conde me confesó sin rubor, aunque sin impía jactancia, que *no pertenecia á nuestras religiones;* pero que sin embargo, le merecian sobrado respeto para hacer mofa de ellas, y por consiguiente que á este solo motivo debia yo atribuir el no verle jamás en la iglesia.

¿Qué querria significar el conde asegurando: *que no pertenecia á nuestras religiones*? Lo ignoro. ¿Se referia por ventura á las religiones de Europa? ¿significaria con esto que no era católico, ni protestante, ni de ninguna otra secta disidente, que desviándose del catolicismo se mantiene siempre asida á él por una raíz cristiana? Esto es lo que me falta saber todavía, á pesar de haber visto al conde en una espantosa prueba....

Pero, como decia á V., su resolucion de no asistir jamás ni tomar parte en nuestros sagrados misterios, dispertó mi indignacion; pues que de súbito no ví en ella mas que un desdeñoso pretexto destinado á velar una indiferencia ó un alejamiento culpable, ni fué á mis ojos mas que una conmiseracion de poco mérito aquella fastuosa limosna que su brillante fortuna le ponia en el caso de hacer sin que por ello se expusiera á ninguna privacion.

Me equivoqué, pues no se habia limitado á darme únicamente oro: habia discurrido largamente sobre la miseria de los pobres y buscado conmigo el mejor medio de serles útil; pero vuelvo á decirlo, aquella falta absoluta de fe en los misterios de nuestra religion me hizo injusto.... sí, muy injusto, como va V. á ver, pues que hice recaer el golpe de mi santa indignacion sobre una persona del todo inocente.

El primer domingo despues de mi entrevista con el conde, ví arrodillada en la iglesia á la jóven que vivia con él, y que, segun decian, no llevaba su nombre. Esto era cierto,

como despues se ha visto. Aquella union era culpable á los ojos de Dios y de los hombres; mas ¡ah! si el crímen de estos desventurados fué grande, su castigo fué terrible!... Perdone V. si me enternece este recuerdo. Como decia, prosiguió el sacerdote enjugando sus lágrimas, un domingo ví á aquella señora arrodillada en la iglesia; y subiendo al púlpito para hacer la acostumbrada plática, me permití algunas alusiones directas, crueles si se quiere, contra la detestable inmoralidad de los grandes y poderosos de la tierra que piensan, decia yo, atenuar sus faltas arrojando á los pobres una desdeñosa limosna; exalté al desvalidó que ruega, cree y parte el pan de que está hambriento con otro mas hambriento que él, y encontré apenas un escaso elogio para el rico cuya beneficencia no es mas que una fácil superfluidad. Aun hice mas; ensalcé de nuevo la tranquila y virtuosa existencia del pobre que busca el olvido de sus males en las dulzuras de un lazo bendecido por Dios, y descargué mi violencia sobre los ricos que huellan al parecer toda moral recibida y encuentran una especie de infernal placer en insultar así los deberes que miran en su orgullosa impiedad como indignos de ellos y buenos tan solo para el miserable.

¡Ah! señor, yo no puedo echarme en cara la acritud de mis palabras, porque nacian del horror que me inspirára una conducta que encuentro ahora tan criminal como entonces; y sin embargo tuve la debilidad de arrepentirme.... Aquel dia, en fin, al oir nuestros montañeses aquellas expresiones proferidas con toda la energía de mi santa indignacion, fijaron al punto sus miradas sobre aquella infelíz mujer, que humildemente postrada en medio de ellos inclinó mas su cabeza, recogió los pliegues de su velo sobre el rostro, y segun pude inferirlo de los mal reprimidos movimientos de sus hombros, se deshacia en llanto.... Yo triunfaba, porque creia haber dispertado el remordimiento quizá hasta entonces adormecido en una alma delincuente. Concluido el oficio divino, entré en la rectoría. Aunque sin

ningun temor á la cólera del conde, que podia considerarse ofendido por aquellas alusiones, formaba sin embargo mil conjeturas sobre el efecto que en él producirian; de modo que al dia siguiente, al oir que mi hermana me anunciaba su visita, no pude sustraerme á una ligera conmocion; pero le ví tan afectuoso como siempre, y ni remotamente hizo mérito del sermon de la víspera. Pusímonos á conferenciar acerca de las necesidades de nuestros pobres; me habló de un proyecto que tenia formado para el establecimiento de una escuela de párvulos bajo mi direccion, y al comunicarme sus ideas sobre el particular, fijó una sabia y notable diferencia entre la educacion que se debe á la juventud consagrada á los trabajos físicos, y la que deben recibir las personas que se dedican á las profesiones liberales; y desplegando en esta conversacion, que de nuevo me sojuzgó, los designios mas elevados y extensos, mostró suma madurez y rectitud en su juicio.

En seguida se despidió.

¡Ah! señor, las miserias y debilidades de nuestra naturaleza son tan incomprensibles, que me sentí como agraviado de la indiferencia aparente del conde relativamente al sermon, en vez de descubrir en su mesurada conducta una atenta sumision á los deberes que me inspiraban mis convicciones y mi carácter.

Poco tiempo despues, se acercaba una de las principales solemnidades de la iglesia, y acudiendo un dia á oir las confesiones de nuestros aldeanos, ví no lejos del confesonario y entre mis feligreses á aquella misma mujer humildemente arrodillada como ellos sobre la piedra húmeda y dura: estuvo allí esperando mucho tiempo hasta que llegado su turno se acercó al tribunal de la penitencia. Muy lejos estaba yo de ser indulgente con mis lugareños; pero no sé porque razon me sentí dispuesto á mostrarme mas severo aun con una persona cuyo rango parecia colocarla sobre el comun nivel. La voz de esta mujer era trémula y conmovida, y su acento tímido y apacible; y sin revelar aquí uno

de nuestros mayores y mas sagrados misterios, porque ¡ay! señor yo no hablo sino de unos hechos ya públicos y puestos en evidencia por una catástrofe horrorosa, puedo asegurar á V. que desde aquel dia y en lo sucesivo, conocí una alma la mas noble y arrepentida, aunque la mas débil y criminal respecto á su culpable aficion en favor del conde; aficion que me pareció acompañada de cierta exaltacion, que llamaria santa y religiosa si no temiese profanar éstas palabras.

¡Aun mas! A los seis meses de habitar en estas comarcas, el conde y esta señora, á quien pronto llamaron nuestros montañeses el *Angel María* (porque nadie la oia llamar sino María) el conde y esta señora habian sido tan caritativos, que ya ningun desgraciado se contaba en la parroquia; y además tal era la extraña confianza que la beneficencia inagotable é ilustrada de aquella alma tan hermosa habia inspirado á todos los vecinos, que si alguna vez yo les reconvenia por lo temerário de sù caza peligrosa, recordándoles cual seria el triste porvenir de su familia si ellos pereciesen, solian responderme: *Padre, el Angel María proveerá!* En una palabra, esta señora habia venido á ser la Providencia de este pueblo, y todos esperaban en ella como en la de Dios. Al cabo de un año, esta persona tan querida, tan bendecida, cayó gravemente enferma, y al saberse tal novedad, no puede V. figurarse, los temores y la desesperacion de nuestros aldeanos, las oraciones, los exvotos que hicieron por su salud, la desolacion en fin que reinaba en todo este lugar.

Por no comprometer la rigorosa severidad de mi carácter, á pesar de que el conde casi diariamente me visitaba, nunca habia entrado yo en su casa; pero cuando estuvo aquella señora tan enferma, me hizo llamar por el mismo conde, quien vino á suplicarme fuese á verla de manera que no pude ya escusarlo. La encontré casi moribunda....

Momento terrible aquel: en ningun tiempo se reveló su devocion tan fervorosa y profunda á mi alma enternecida,

que por medio de una saludable exhortacion procuraba derramar sobre ella un bálsamo consolador y de vida; despues de ocho dias continuos de causar las mas crueles inquietudes, la salvó su juventud.

No hablaré á V., señor, de la ansiedad terrible del conde durante aquellos dias aciagos. Una noche particularmente en que se habia deshauciado á la enferma, el conde me aterrorizó.... porque por algunas palabras que se le escaparon.... comprendí que aquella muerte tan temida hubiera podido arrojarle otra vez de la esfera de los mas generosos sentimientos.... en el abismo de la mas atroz perversidad, y en aquel momento creí ver justificados los rumores que habian corrido con respecto al conde....

Restablecióse en fin el Angel María volviendo poco á poco á florecer la belleza en aquel rostro noble y hechicero en que luchaban sin cesar el remordimiento de una gran falta y la conciencia íntima de una felicidad bastante grande para contrarestar aquel remordimiento... ¡Ay! Señor, habia resuelto, como dije, no volver á aquella casa, temiendo comprometer la gravedad de mi carácter, y sin embargo volví otra vez... Fuí culpable, no hay duda, ¡pero quien sabe si no encontraré una escusa á los ojos del Señor! ¡Aquella mujer y el conde eran tan caritativos para con los desgraciados! Merced á entrambos, podia yo socorrer tantas miserias, que espero me perdonará Dios el no haber rechazado la mano que prodigaba sus limosnas con tanta discrecion y bondad!... Y además, yo, pobre sacerdote, tenia amor á la ciencia, al estudio, y no habia en el pueblo con quien pudiese entretenerme, mientras hallaba en el conde una de aquellas inteligencias mas sublimes que haya, no diré conocido, porque tengo muy poca experiencia de los hombres y de la vida, pero ni aun encontrado jamás en ningun libro. Sus conocimientos eran vastos, profundos, y casi universales; parecia haber visto y viajado mucho y no haberse mantenido extraño á los negocios públicos, porque reasumia las raras cuestiones políticas que la casualidad mezcla-

ba en nuestras conversaciones con una poderosa y enérgica concision; su juicio era claro, perspicaz, penetrando directamente hasta el fondo de las materias; pero ¡cosa extraña y singular! fuese por reflexion, por indiferencia, ó por desprecio, parecia libre de preocupacion y de toda simpatía á las causas ó á las personas: le aseguro á V. que tanta imparcialidad era á veces espantosa... Pero lo que mas me hacia temer por el conde, es que nunca le oí pronunciar palabra alguna que revelase la menor fe religiosa. Aunque hubiésemos tácitamente convenido entre los dos en no acometer jamás estas formidables cuestiones; si en el curso de la conversacion se le escapaban algunas palabras sobre este particular, parecian tan friamente desinteresadas, que quizás hubiera yo preferido por su bien una impugnacion ó una negativa en órden á las verdades eternas; porque con algunos principios religiosos, su conversion hubiera sido posible algun dia; al paso que esa indiferencia de hielo parecia negar la entrada á toda esperanza.

Y sin embargo, su conducta práctica era la mas vasta y magnífica aplicacion de los principios del cristianismo: era su espíritu sin la letra. Tampoco oí jamás entre el conde y el ángel María ninguna conversacion religiosa, á pesar de que su hijo fuese piadosamente educado por su madre en nuestras creencias. Muchas veces he visto sin embargo al conde, bañados sus ojos de lágrimas, observar á su amada, que juntando las manos del angelito le hacia dirigir á Dios sus oraciones: pero yo creo, señor, que enternecian mas al conde el delicioso rostro de este niño y los ingenuos acentos de su voz, que los pensamientos religiosos que esta misma voz excitaba.

Aquella señora poseia tambien una instruccion sólida y variada, un talento particular, y sobre todo una especie de inefable indulgencia que á todos se extendia. Si la palabra del conde, acerba muchas veces y picante, atacaba á algun personaje ó algun hecho histórico ó contemporáneo... ella procuraba encontrar siempre en el carácter mas negro,

en el hecho mas triste, un buen instinto, ó un sentimiento generoso que les valiese alguna escusa... Entonces las lágrimas acudian á mis ojos, pensando que era sin duda una triste consideracion de sí misma, un remordimiento contínuo que hacia á esta pobre mujer tan afectuosa para con todo el mundo, como si ella misma. ¡ay! sitiéndose sumamente criminal, no conociese ningun derecho para culpar á los demás.

Y el conde, señor, ¡si supiera V. con cuán profunda y casi respetuosa ternura la hablaba! ¡como la escuchaba!! con qué delicado orgullo sabia apreciar y dar realce á todo cuanto habia de noble y grande en el talento y en el corazon de la que tanto amaba! ¡qué radiante estaba su rostro al contemplarla! ¡Cuántas veces le he visto mirarla así en silencio y largo rato, y luego de repente, como si le faltasen palabras para explicar lo que sentia, levantar sus ojos al cielo juntando las manos con un ademan, con una expresion de felicidad y de admiracion imposible de describir!

¡Ah! señor, ¡cuán largas y apacibles tardes he pasado de esta manera en la intimidad de aquellas dos personas á la vez tan culpables y tan virtuosas!... ¡Cuántas veces este fatal y extraño contraste ha confundido mi razon! Y cuántas veces tambien, en verano, al anochecer, saliendo de su casa, en lugar de volver directamente á la rectoría, iba á dar un paseo en nuestros montes para meditar mas en silencio y mas á la presencia de Dios, si así puede decirse! ¡Oh señor!.. exclamaba, tus designios son impenetrables!.. Esta mujer es adúltera y criminal; tiene la conviccion de su falta, porque continuamente la está llorando; ella es muy culpable sin duda á los ojos de los hombres; y sin embargo, ¡qué vida mas ejemplar! ¡mas benéfica! ¡mas prácticamente edificante y virtuosa que la suya! ¡Cuántas veces tambien la he oido entonar himnos en tu nombre! y entonces su voz revelaba una fe tan profunda y tan religiosa, que esta fe no podia ser fingida!... ¡Oh Dios mio! ¿qué son pues el vicio y el crímen cuando se

visten de tan peligrosas apariencias? ¿Deben aborrecerse mas? deben ser compadecidos? ó deben ser mas bien perdonados? Y él, ese hombre singular, que dice no pertenecer á nuestras religiones: ¿cuál será pues la suya? cuál es esa religion ignorada que le impone una vida tan generosa y benéfica, que le hace tan bueno, tan estimado y bendecido de todos? ¿En qué manantial desconocido ha bebido estos principios de una caridad tan inteligente y elevada? Y sin embargo, dicen que nada ha respetado de lo que es santo y sagrado entre los hombres, que todo lo ha hollado y menospreciado.... Y es así.... porque su amor de hoy es criminal.... y en otro tiempo fué todavía mas culpable.... yo lo creo; porque á la manera que el resplandor del rayo hace vislumbrar á veces toda la inmensidad de un abismo, así tambien en aquel momento terrible en que sentia perder á aquella mujer.... he podido penetrar un instante las profundidades de su alma, y he palidecido de horror... Y con todo la nobleza de sus sentimientos jamás se ha desmentido. ¡Oh Dios mio! ¡cuán impenetrables son vuestros juicios, repetia yo cada vez mas indeciso, humillándome siempre ante los misteriosos designios de la Divinidad; por que dentro de poco habia de tener una terrible prueba de que su formidable sentencia alcanza inexorablemente á los culpables.

¡Ay de mí! señor, la historia llega á su término y este término es espantoso.... En una noche, hace tres meses, estaba hablando con mi hermana de un hecho que me parecia muy digno de cuidado: dos aldeanos aseguraban haber visto á un anciano de cabello blanco y cejas negras, de tez bronceada, pero de un vigor extraño á su edad, escalar la tapia del parque de la casa del conde; luego, algun tiempo despues habian oido dos tiros, y me disponia para ir en persona á informarme del hecho, cuando vinieron corriendo á buscarme para que acudiese á casa del conde. ¡Ah, señor, figúrese V. mi terror!... Los encontré á él y á ella traspasados cada uno de una bala.... Uno de los dos

tiros habia alcanzado tambien á su pobre hijo que habia muerto ya y parecia dormir en su cuna.

No le quedaban al conde dos minutos de vida; sus últimas palabras fueron estas: María os lo dirá todo.... Prodigadla vuestros cuidados.... Despues se volvió hácia ella y dijo: Adios.... ¡María!.... ¡Ah! ¡para siempre!... ¡Ay de mí! ¡la culpa es mia! *Si te hubiese creido*.... ¡Sin embargo!!! y murió.

Ella apenas le sobrevivió un cuarto de hora, y antes de espirar, me confesó el secreto de esta terrible aventura á fin de avisar á la justicia y evitar toda acusacion é inquietud á los inocentes.

En una palabra, como habrá V. tal vez comprendido ya, señor, el anciano era el marido de la desgraciada: usando del terrible derecho que le concede la ley, encontrando á su mujer con el conde sentados junto á la cuna de su hijo, les habia tirado á los dos á boca de jarro, y una misma bala habia atravesado á la madre y al desgraciado niño.

— Pero aquel viejo ¿qué se ha hecho? pregunté al cura, cuya narracion me habia tan dolorosamente impresionado.

— Lo ignoro, señor, todo lo que he podido saber es, que un pequeño barco genovés, anclado hacia ocho dias en la costa, á una legua de aquí, la misma noche de este triple asesinato habia dado la vela. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Fácil es de concebir el interés que dispertaria en mí semejante narracion, y quizá se comprenderá tambien porqué instruido de este terrible suceso, no pude resolverme á adquirir aquella mansion, en que debian vivir siempre tan horrorosos recuerdos, y que en aquel momento me pareció maldecida.

Permanecia en la rectoría hasta el dia en que vencido el plazo para la venta, aquella habitacion fatal fue adjudicada á un negociante retirado, quien encontrando gótico el ajuar lo vendió en pública almoneda.

Para memoria de aquella triste aventura, compré en esta

venta el arpa de María, un mueble de taracea perteneciente al gabinete del conde, y algunos objetos de poco valor, que el cura me hizo la fineza de aceptar; porque segun la voluntad del conde, que se halló consignada en su testamento, exceptuando todos los retratos que fueron quemados, el valor de la casa y de sus dependencias debia pasar al comun de *** y emplearse en socorro de los pobres.

Salí del pueblo muy ocupado con la idea de aquella narracion: habia remitido á mi casa de antemano el mueble que habia comprado en *** y al examinarle un dia con una triste curiosidad, descubrí en él un secreto, en el que encontré un manuscrito bastante voluminoso: era el diario del conde....

Estos fragmentos me han parecido notables por su espíritu analítico y por una sucesion de aventuras muy sencillas, muy naturales y dignas quizá de interés y de estudio, como que representan hechos comunes á la vida de casi todos los hombres.

Estos pues son los fragmentos que verá el lector, á quien los ofrezco con toda la naturalidad del extraño escepticismo que revelan.

Esta especie de memorias abrazan un período de doce años.

Aunque refieran la vida de este desconocido desde la edad de veinte años, y aparezca por su fecha que la continuan hasta el dia que precedió á su fin, vese por una nota, que la historia de los siete primeros años, fue escrita por el conde unos cinco antes de su muerte, mientras que los cinco últimos están escritos á manera de diario, casi dia por dia, y segun los acontecimientos.

La letra de este diario era hermosa, correcta, muchas veces veloz y atropellada, como si la mano y el pensamiento hubiesen sido arrebatados por la violencia de los recuerdos. Otras veces, aparecia, por decirlo así, lenta y pesada, como la hubiera trazado una mano de hierro. En las márgenes de este manuscrito se veia una infinidad de retratos,

de perfil dibujados con la pluma, con tanta facilidad como gracia, y que debian ser de una semejanza sorprendente; en fin intercalados en la relacion se encuentra de vez en cuando un considerable número de cartas de distintos caracteres, que eran, por decirlo así, los fragmentos justificativos de este singular manuscrito.

---

# DIARIO DE UN DESCONOCIDO.

## ELENA.

### IV.

### El luto.

Tenia yo veinte años, cuando al regresar de un largo viaje por España é Inglaterra, emprendido bajo la direccion de mi preceptor, hombre prudente, modesto, firme é ilustrado, encontré á mi padre en su antiguo retiro de Serval muy gravemente enfermo: nunca olvidaré el espectáculo que me sorprendió á mi llegada.

Esta casa sumamente apartada, y dominando una miserable aldea, se alzaba solitaria á la vera de un dilatado bosque; era un vasto y gótico edificio de ladrillos ennegrecidos por el tiempo; su interior se componia de grandes habitaciones sonoras y poco alumbradas por sus largas ventanas con pequeños cristales; nuestros criados llevaban luto por mi madre, á quien habia perdido durante mi viaje; casi todos eran antiguos servidores, y nada mas lúgubre que el verlos vestidos de negro caminando silenciosamente por aquellos sombríos é inmensos salones, y destacándose apenas de su fondo encarnado ó verde obscuro, color de todas las tapicerías de aquella antigua morada.

Al apearme del carruaje, me recibió un ayuda de cámara de mi padre sin hablarme palabra y teniendo sus ojos arrasados de lágrimas. Seguíle; atravesé una larga galería, terror de las noches de mi infancia y de mi gozo durante el dia, y encontré á mi padre en su gabinete, que para abrazarme quiso levantarse; pero como le faltaron las fuerzas, no pudo hacer mas que tenderme sus brazos.

Parecióme que estaba horriblemente demudado: le habia dejado ágil todavía y vigoroso, y le encontré flaco y abatido; su elevada talla se habia encorvado; habia desaparecido su gordura; estaba pálido, desfigurado, y una especie de sonrisa convulsiva y nerviosa, efecto de la continuacion de sus dolores, daba á su fisonomía arrogante y severa una indecible expresion de padecimientos habituales.

Yo habia conservado siempre un gran temor á mi padre. Su ingenio era vasto, grave, juicioso, y de vez en cuando frio é irónico; sus prodigiosos conocimientos en toda clase de materias, su carácter imperioso, sus maneras graves, reflexivas y taciturnas, su acceso glacial, sus principios de una rara solidez, su bondad para conmigo, extremada en hechos y nula en demostraciones; así es que me inspiraba mas bien una veneracion profunda y medrosa, una respetuosa gratitud, que un afecto de confianza y expansion como la que tenia á mi madre.

Retirado temprano del servicio militar, á pesar de las instancias de Napoleon que gustaba de su voluntad de hierro y de su infatigable actividad, habia mi padre vivido casi siempre en sus haciendas; pero, lo que es extraño, sin recibir á nadie.

El terror del 93 habia cercenado de tal modo la familia, que ningun pariente nos quedó, excepto una hermana de mi padre, y algunos deudos muy lejanos con quienes ni siquiera nos visitábamos.

Ahora que la edad y la experiencia me permiten apreciar y comparar los recuerdos, mi padre es á mis ojos el único hombre verdaderamente misántropo que haya cu-

contrado jamás; por que no era como los que envisten cada dia á los hombres para decirles que los detestan y que quieren huir de ellos, sino de los que habian roto absolutamente con todos. Asi es que por mucho que profundice en las memorias de mi niñez y de mi juventud, no encuentro con un solo amigo de mi padre, y ni aun lo qùe llamamos un simple conocido. Mi madre, mi tia y mi prima Elena, mas jóven que yo de tres años, eran làs únicas personas que de cuando en cuando venian á visitarnos: esto no es exageracion, pues mi madre me ha asegurado que en los treinta años que mi padre permaneció en Serval.... ni un solo extraño vino á interrumpir su quietud.

Mi padre se ejercitaba mucho en la caza, siempre solo; y su pasion por los caballos era extraordinaria, como su gusto por la agricultura. Estas ocupaciones y las de mi educacion, que formó él mismo hasta tanto que debió dejarme en manos de un preceptor para viajar, llenaban casi todos sus instantes; y como no hubiese querido nunca encargar á otros la administracion de sus bienes, la habia tomado sobre sí, ayudado del extraordinario talento ordenador de mi madre, labrando de este modo su propia fortuna, y consagrando las horas que le quedaban á los libros, á experimentos científicos, y sobre todo á sus largos paseos solitarios.

Pocos dias antes de emprender el viaje funesto en que debia perder á mi madre, esta, que habia tenido en sueños como un presentimiento de aquella fatalidad, que luego me comunicó, no quiso lo reveläsemos á mi padre; no por miedo, sino porque siempre la habia impuesto mucho la gravedad de su genio, y porque temia sobre todo la severa ironía con que contestaba siempre á los pensamientos poéticos exagerados ó novelescos.

No habiendo podido pues abrazar por última vez á mi madre, excuso hablar y pasaré en silencio mi dolor y mis pesares: era la sola persona en el mundo á quien me atreviese á decirlo todo y á abrirle enteramente el corazon. Mi

tia y su hija Elena habian venido á vivir en Serval despues de la muerte de mi madre, aunque casi á disgusto de mi padre; porque no obstante de que su salud parecia alterarse cada dia, habia aumentado por otra parte su necesidad habitual de silencio y soledad.

La vida que llevaba entonces era muy triste: por la mañana me llamaba junto á su cama; su ayuda de cámara le traia un cofre en que estaban encerrados los papeles de su administracion, y cada dia me iba poniendo al corriente de todos sus negocios con una claridad tan fria, que me helaba; y luego mas adelante me hizo leer su testamento con su eterna apariencia de insensibilidad; los sollozos me ahogaban y no daba muestra de advertirlo; terminábase regularmente esta especie de iniciacion al gobierno futuro de los bienes que me dejaba con algunas breves lecciones interrumpidas por largas pausas.

Estas doctrinas revelaban el juicio mas recto, mas seguro, y tambien el conocimiento mas real y mas profundo de las miserias, ó mas bien de lo que él llamaba las *necesidades morales* de la especie humana; porque era sorprendente muestra del carácter de mi padre su modo de pensar extrañamente frio y desinteresado acerca de las debilidades inherentes á nuestra especie, como decia; pues que era fuerza admitir como consecuencia de nuestra organizacion moral, ciertos hechos, ciertos instintos viles ó egoistas, de los cuales no podian desprenderse aun los seres mas elevados; y de consiguiente tan inútil le parecia ocultar ó negar esta llaga, como reconvenir á los hombres porque la tuviesen.

Así es que cuando le pedian un favor primeramente se recordaba á si mismo ó á su favorecido las razones que generalmente llevan á la ingratitud, y luego no obstante hacia el favor con una benevolencia consumada.

En fin el sentido moral de las conversaciones que tenia con él, y que por su parte se componian de frases cortas, concisas, enérgicas, venia á afirmar: « que siendo el oro

el eje de todas las cosas, pues que los mas hermosos sentimientos, una vez sujetos á la necesidad se envilecen algunas veces hasta la infamia, era pues preciso mantenerse uno rico para estar seguro de conservar su honradez; que todo obsequio tenia una mira interesada; que todo hombre era corruptible; pero que la tasacion, el momento ó el precio de la corrupcion de cada uno, variaban segun los caracteres individuales; que como toda amistad hubiese de tener su hora negativa, era inútil contar con un sentimiento que un dia nos habia de faltar; yo debia, en fin, segun estas terribles máximas, darme por felíz de no tener hermano ni hermana, y quedar así libre de todo *fratricidio venial;* pues que tal es la constitucion del hombre, que casi nunca ve en la fraternidad sino una diminucion de patrimonio; porque, añadia mi padre, muy pocos entre los mas puros podrán negar que calculando la fortuna que debian repartir con sus hermanos, no hayan dicho una vez á lo menos en sí mismos: *¡Si fuese solo!* »

Imposible es explicar cuanto me horrorizaban estos axiomas, no tanto por su significacion quizá rigurosamente verdadera, como por la severidad acerba y exagerada con que me eran friamente emitidos per mi moribundo padre.

Mi preceptor, hombre de un juicio recto, pero de mediano talento, nunca habia suscitado en mi presencia ninguna de esas cuestiones filosóficas. Mi inteligencia sobre estas materias habia quedado hasta entonces casi inerte y adormecida; pero mi espíritu, felízmente preparado por una educacion profunda, y un hábito precoz de meditacion debida á mi vida solitaria y á la experiencia adquirida en mis viajes, estaba dispuesto á recibir el gérmen de cualesquier pensamiento, que buenos ó malos iban á ser rápidamente desarrollados por el ardor de mi imaginacion.

Así pues, ¡estas tristes y amargas lecciones quedaron por única y profunda raíz de todos mis pensamientos! Mas adelante, pude modificarlos, ingertarlos si se quiere de otras ideas; pero siempre participaron de la acritud de la primera savia.

Despues de estas tristes conferencias con mi padre, que duraban por lo regular dos horas le vestian, ó mejor le envolvian en ropas calientes y ligeras; porque abiertas otra vez sus antiguas heridas, sufria tan cruelmente, que no podia aguantar el menor peso; en seguida le sentaban en un sillon de ruedas, y le hacian tomar el sol paseándole por el parque.

Por una rareza singular, mi padre, que siempre habia puesto un gran lujo y un gran placer en tener maravillosamente arreglado aquel parque, desde el momento en que se sintió gravemente enfermo, prohibió extrictamente hacer en él aun los trabajos mas ordinarios é indispensables.

Imposible es figurarse el desolado aspecto de aquellas inmensas alamedas, invadidas por el musgo y las malezas; de aquellas olmedillas antes simétricamente recortadas, y ahora abandonadas á sí mismas; de aquellos grupos de flores muertas de verano que se arrancan en el otoño (por que nos encontrábamos á fines de esta estacion), que enseñaban por dó quiera sus tallos negros y marchitos. Nada tampoco mas lúgubre, repito que aquel espectáculo de incuria y ruina en una casa habitada; pues las severas órdenes de mi padre se extendian hasta á las menores reparaciones del edificio, asi es que este postigo descolgado, aquella chimenea arruinada, todo escombro en fin yacia en el mismo estado de destruccion en que lo dejara el huracan.

Despues de este paseo, que mi padre daba en silencio, inclinada la cabeza sobre el pecho, y en que yo le solia acompañar juntamente con Elena ó mi tia, le llevaban otra vez á la quinta y le entraban en su gabinete, que contemplo todavía, alumbrado por tres ventanas que daban al parque, y atestado de retratos de familia, cuadros y otras curiosidades de gran precio. Una gran biblioteca negra cubria todo un lado de la sala, y del techo colgaba una grande araña de cristal de roca. Pero lo que mas particularmente contribuia á dar á esta pieza una expresion de tristeza indefinible, era el mismo abandono que consumia el parque; pues sus

cuadros y demas muebles se los comia el polvo; y un criado que á pesar de aquellas órdenes quiso probar de sacudirlos, causó tal incomodidad á mi padre, que en adelante no se hizo mas caso de que el polvo y las telarañas penetrasen por todas partes.

Mi padre queria que le dejasen de esta manera solo por dos ó tres horas, y que volviesen despues á buscarle para dar otro paseo, única cosa que parecia arrancarle de su apática melancolía. Conducíanle á un vasto soto en que vagaban libremente siete ú ocho caballos ya muy viejos, los cuales habian servido á mi padre, y excepto tres para la caza, que habia montado con preferencia por muy largo tiempo, los demás eran caballos de arnés, que mi padre mandó soltar desde el momento que se sintió imposibilitado de montar y de salir en coche, en cuyos ejercicios se habia servido de ellos, menos de dos ó tres que montaba con preferencia hacia mucho tiempo cuando salia á caza, y los buenos servicios de estos animales le indujeron á que dejase mandado en su testamento que no se les privara de su libertad mientras viviesen.

Esta era la sola ocasion en que mi padre proferia algunas palabras para recordar brevemente ora una caza en que tal caballo se habia distinguido, ora una carrera dada por tal otro con una velocidad asombrosa; y concluido este paseo, le volvian á entrar para comer.

Aunque hacia mucho tiempo que no se alimentaba mas que de sustancias muy ligeras, queria no obstante que su mesa, en la que se habia esmerado siempre, fuese servida con el mismo primor de cuando gozaba salud; y Elena tomaba parte en estas comidas silenciosas servidas por antiguos criados con vestidos negros y cabellos blancos. Mi padre no hablaba jamás; y como sabíamos que el ruido lo molestaba, apenas nos atrevíamos á pronunciar en voz baja una que otra expresion.

Despues de la comida, que duraba poco, entrábamos en el salon y nos arrimaban un tablero para jugar á las damas

con mi padre; luego que tenia colocadas las piezas, principiábamos un simulacro de juego, porque mi padre, siempre profundamente sumergido en sus meditaciones, no puede decirse que jugase sino que de tarde en tarde aventuraba una de las damas sobre el tablero, yo adelantaba otra, vuelta á lo mismo.... y el silencio continuaba; porque era una especie de tregua maquinal, mas bien que una distraccion lo que mi padre buscaba en esta apariencia de juego.

Entretanto mi tia se ocupaba en la lectura, y Elena en el piano, en el que se entretenia cosa de una hora.

Esta hora de música y su paseo al soto de los caballos eran los dos únicos accidentes del dia capaces de impresionar á mi padre; porque al mismo tiempo que continuaba moviendo las damas á discrecion, decia á Elena con su acento grave y penetrante: — Tened la bondad de tocarnos tal pieza: tocad tal aria si sois servida, Elena. Tal cual vez se la hacia repetir dos ó tres veces, y entonces apoyaba el codo sobre el tablero, cubria la cabeza entre sus manos y parecia estar profundamente recogido....

Acuérdome de que cierto dia, despues de haber requerido la misma pieza, ví sus ojos arrasados de lágrimas al levantar su venerable rostro tan cruelmente mudado por los padecimientos.

Las piezas que hacia repetir á Elena eran contadas y muy antiguas: entre otras me acuerdo del *Pauvre Jacques*, de la cavatina de *D. Juan* de Mozart, de una sinfonía de Beethoven, y de dos ó tres *romanzas* de Paësiello, una de las cuales en particular, titulada *La muerte de Elvira*, melodía sencilla, suave y melancólica, parecia afectarle sobre todas las demás; así es que algunas veces, arrojando un profundo suspiro, decia: Basta, Elena.... mil gracias.... querida mia.... La voz del piano se extinguia de repente, y todo quedaba otra vez en el mas profundo silencio.

Esta escena, casi diariamente repetida del mismo modo, dispertaba en mí una melancolía, que no me es fácil expresar, escuchando aquellas antiguas armonías de una ca-

dencia tan sencilla y natural, cantadas á media voz por Elena, cuyo delicado acento era notablemente puro y melodioso.

La pieza en que nos reuníamos por la noche se llamaba el *Salon del Cruzado;* porque sobre una graciosa chimenea de piedra esculpida, se veia representado uno de nuestros abuelos, que llevaba la cruz santa: era una pieza muy grande, con colgaduras de un encarnado muy oscuro; y como mi padre padecia mucho de los ojos y fuese necesario cubrir las dos lámparas que colocaban sobre el piano con pantallas de seda verde levantadas solamente por el lado del atríl, toda la pieza parecia hundida en la oscuridad; mientras que Elena, sentada al piano, era la única que estaba vivamente iluminada.

Estoy viendo todavía su hermoso cabello blondo tan bien replegado sobre su lindo cuello, que se destacaba tan blanco sobre su ancha pelerina negra. Y luego mi padre, sentado al tablero, con la cabeza inclinada sobre el pecho en actitud meditabunda, solamente reflejado, como yo, por el resplandor rojo y vacilante de la lumbre. . . . . . . . .

A eso de las diez mi padre tiraba del cordon de la campanilla, y sus criados le llevaban á su cuarto, á donde yo le seguia para ver como le dejaban en su cama.

Yo dormia en una alcova inmediata; y muchas veces por la noche, inquieto y agitado, levantándome para oir su respiracion y adelantándome poco á poco hácia él, encontraba siempre sus ojos fijos y penetrantes sin que durmiera jamás.

Esta espantosa vigilia, que atribuian los médicos á las consecuencias del opio, y que en vano trataron de remediar con toda su ciencia, esta continuada vigilia era lo que mas le atormentaba: las lágrimas acuden todavia á mis ojos cuando recuerdo el acento sereno y resignado con que me decia: «No duermo, no necesito de nada.... vete á descansar.»

Me he extremecido alguna vez recordando que por mas de siete meses no le fue dado dormir un solo minuto! Dia

y noche pensaba en su fin inmediato, el cual veia y sentia acercarse lentamente. Pues siendo, como he dicho, su instruccion verdaderamente enciclopédica, aunque no tenia conocimientos prácticos en la medicina, poseia desgraciadamente los suficientes para conocer y saber seguramente de su estado.

Ocho meses antes de morir llenó de asombro á los facultativos, que le vieron desenvolver con la mas razonada seguridad las consecuencias inevitablemente mortales de su enfermedad, y fijar el tiempo que probablemente aun viviria! Y con todo, á pesar de esta conviccion terrible que de cada dia le aproximaba á su tumba, no mostró un solo instante de debilidad ó de pesar! jamás se le oyó queja! jamás una palabra que tuviese relacion con esta suerte fatal! ¡silencio y siempre silencio! y su vida de todos los dias hasta el de su muerte, fue la misma que he trazado.

La víspera de este horroroso suceso, despues que me hubo hecho sufrir con una notable claridad una especie de exámen profundo sobre el método que debia observar en la administracion de mi fortuna, se mostró satisfecho y me dijo:

—He aumentado de una mitad los bienes que mi padre me dejó; estas mejoras han sido el objeto constante de mi vida: tenian por blanco tu porvenir. Haz un uso prudente de estos bienes mientras puedas. Acuérdate, hijo mio, *de tu honor y felicidad*. Procura sobre todo vivir solo: es la gran sabiduría de la vida.... Si hallases una mujer que se pareciese á tu madre, tómala por esposa.... Pero desconfia de las adoraciones que excitará tu fortuna; en una palabra, no creas en ninguna apariencia antes de haber sondeado todas sus profundidades.... Y luego, enseñándome un gran escritorio, añadió: Harás que quemen este mueble como está y con todo lo que contiene; he sacado de él nuestros papeles de familia; lo demás te debe ser indiferente. Adios, hijo mio; siempre he estado satisfecho de tí.

Y como al través de mis sollozos, le hablaba de la eterni-

dad de mi dolor, si me cabia la suerte fatal de perderle, se sonrió ligeramente y me dijo con aquella voz siempre serena y sosegada: — Hijo mio: ¿porqué me dices aun esas fruslerías? nada hay eterno, ni aun durable, en los sentimientos humanos.... la alegría, la felicidad, tampoco lo son.... el dolor y la tristeza lo son menos todavía.... Acuérdate bien de esto, pobrecito mio. Tú eres generoso y bueno.... me amas con ternura.... en este momento te lastima horriblemente la sola idea de perderme.... tu dolor actual es verdaderamente tan intenso, que parece cubrir con un sudario tu porvenir.... y sin embargo, este orgasmo tan penoso, solo puede y debe durar mas ó menos tiempo despues de mi muerte.... empezarás á llorarme menos.... luego á buscar distracciones, luego á consolarte.... despues en fin á olvidarme.... — ¡Jamás! dije á mi padre, arrojándome á los pies de su cama y bañándole su mano de lágrimas.

Apoyó la suya fria ya sobre mi frente y continuó: — « ¡Pobre hijo mio!! en vano se niega la evidencia.... en vano huyes de la inexorable ley de nuestra especie.... No pienses.... nada hay de odioso ni de inicuo en este enfriamiento sucesivo de los pesares que se termina por el olvido.... Nada mas natural, nada mas humano.... Mas aun: algun dia, mientras estarás gozando de los bienes que te habré dejado, no experimentarás ninguna tristeza; no quiero decir que de cuando en cuando no te acuerdes de mí; pero será de tarde en tarde.... y sin angustia.... Mi memoria no entrará en el número de tus goces, de tus placeres, de tus proyectos de cada dia; en una palabra solo apareceré en tu vida floreciente y animada, como el polvo del árbol que ha vivido su tiempo y que sirve de abono á sus vástagos.... Nada mas sencillo, dijo, nada mas humano ni mas natural.

— ¡Ah! no lo creais, exclamé horrorizado.... estos bienes me serán odiosos, no hallaré alivio á mi dolor.... Pero mi padre, añadió:

— Loca promesa tambien, hijo mio: ochenta mil libras

de renta nunca fueron odiosas, y el mas acerbo dolor halla siempre su consuelo.... ¿No lo sé yo por mí mismo? ¿No me he visto en igual caso á la muerte de mi padre? ¿No experimentarás tú lo mismo á la mia?... y si tienes un hijo algun dia, ¿no experimentará lo mismo cuando mueras? Créeme, hijo mio, la verdadera sabiduría consiste á mi juicio, en poder arrostrar así la realidad inexorable de la especie humana, y en no engañarse con vanas esperanzas. Logrado una vez esto, una vez que lo cierto ha disipado los fantasmas de lo falso.... no por esto aborrece uno á los hombres.... pues se reconoce hombre como ellos; al contrario le enternecen el corazon, los compadece, procura consolarles, por que tambien se siente muchas veces á sí mismo bien desgraciado! Y si son ingratos.... ¡ay! entonces se analiza uno á si mismo, y casi siempre encuentra una ingratitud que echarse en cara y que le hace perdonar las otras.... Porque, como verás, hijo de mi alma, perdonarlo todo es comprenderlo todo. Y por último, se presenta una edad, un momento, en que el cuadro de sus miserias, que ellos mismos ignoran ó encubren, causa una conmocion tan dolorosa, una repugnancia tan fuerte, que uno hace como he hecho yo.... les abandona y vive solo.... Entonces, hijo mio, en lugar de tener á la vista el continuo y lastimoso espectáculo de las enfermedades morales del mundo, no tiene uno mas que las suyas propias.... y aun las espléndidas contemplaciones de la naturaleza, las meditaciones del espíritu, las inagotables y maternales dulzuras del estudio, pueden á menudo arrebatarnos á nuestra incompleta y pobre humanidad.» . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un dia despues de esta conversacion, mi padre ya no existia.

# V.

## Elena.

Al representarme estos recuerdos de tiempos mas antiguos, no tengo mas objeto que el de considerarme inexorablemente de afuera á dentro, si puede decirse así; asistiendo á manera de frio y desinteresado espectador á las escenas de mi pensamiento mismo, y á la lucha de mis instintos, buenos ó malos, con el firme propósito de no repudiar ninguno por mezquino y miserable que sea.

No creo ser mejor ni peor que el comun de los hombres, y prueba de ello es la especie de valor con que me lo confieso todo á mí mismo; pues únicamente lo debo á la conviccion en que estoy de que si la mayor parte se propusieran las mismas cuestiones que yo, y contestaran á ellas francamente, sus resoluciones serian casi siempre las mias.

Volvamos á la muerte de mi padre: mi dolor fué muy profundo, pero otros sentimientos mas intensos todavía predominaron en mí, tal fué en primer lugar un pánico terror de mí mismo al verme á los veinte y dos años absolutamente libre y dueño de una fortuna considerable. Luego una espantosa agonía al contemplarme en lo sucesivo sin ningun apoyo natural, y sin persona alguna que se interesara por mí, cualquiera que fuese el género de vida que adoptase; de modo que mi ignorancia ó sabiduría, vicios ó virtudes, gloria ú obscuridad, ningun corazon habian de afectar, pues la existencia excéntrica de mi padre le habia alejado hacia tantos años de toda sociedad, y me veia obligado á entrar como un extranjero en el mundo, á cuya fruicion mi estado me convidaba; entonces el porvenir me parecia un desierto inmenso surcado de mil varias sendas, sin que ninguna reminiscencia, empero, sin que ningun in-

terés ni patronazgo alguno de familia ó de estirpe me indicasen mi camino.

Como sucede generalmente, merced á la marcha de los tiempos, esta impresion debió modificarse y luego contrariarse de raíz; aunque la transicion fué lenta. Así es que ví esparcirse una sombra de orgullo sobre aquella especie de terror, cuando mas adelante me acordé de que los grandes dominios de nuestra familia me pertenecian exclusivamente; y si tal vez la carga de la administracion me pareció pesada, este mismo embarazo tenia en sí mismo su compensacion.

Desde muy jóven habia contraido maquinalmente la costumbre de observar, por decirlo así, mis pensamientos; por cuya razon tan luego como eché de ver que la melancolía de mi dolor y mi profundo abatimiento empezaban á colorearse por los primeros albores de la dignidad personal, mé extremecí insensiblemente y recordé aquellas terribles palabras de mi padre moribundo: «*tu eres generoso y bueno. . me amas con ternura... y sin embargo mas ó menos tiempo despues de mi muerte empezarás á llorarme menos, muy pronto hallarás consuelo, y no tardarás en olvidarme del todo.*»

Cuentan varios casos de personas á quienes se ha pronosticado un fin trágico y prematuro, y que arrastradas por una inexplicable fatalidad, se han encargado de realizar por sí mismos aquellos funestos vaticinios. Lo mismo sucede á mi juicio con ciertas ideas que presentimos, sin embargo de sernos odiosas, y que despues de combatidas vanamente con el mayor esfuerzo nos reducen en fin á su obediencia; así se verificó con la prediccion de mi padre, contra la cual luché por mucho tiempo, pero que al cabo sojuzgó mi obstinacion.

Esta lucha fue sin duda uno de los mas aciagos momentos de mi vida; porque ir conociendo poco á poco la asombrosa vanidad de nuestras penas, y convencernos mal que nos pese de esta formidable vulgaridad que los sentimientos mas profundamente arraigados por la naturaleza en el

corazon del hombre llega á extinguirlos á marchitarlos, destruirlos y desvanecerlos el soplo helado del tiempo, son consideraciones que por fuerza han de desgarrarnos las entrañas. Así es que maldecia yo mi ingratitud. . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Era el mes de enero, pues yo habia pasado el invierno en Serval con mi tia y Elena. No dejaba un solo dia de salir por la mañana á dar un paseo á caballo por el campo, de tres á cuatro horas, que pasaba en contemplar aquel tiempo encapotado, sombrío y nebuloso, que junto con aquellas inmensas calles, alfombradas de nieve, ó cubiertas de hojarasca que el viento levantaba en rápidos torbellinos, figuraban tan de veras la triste imágen de mis crue'es pensamientos. Entonces dejaba caer las riendas sobre la cervíz de mi caballo, y seguia así maquinalmente, descuidando el porvenir y sin formar ninguna clase de proyectos; porque me hallaba todavía sumamente atontado con mi extraordinaria libertad: pues habia vivido tanto tiempo bajo la entera dependencia de mi padre, sin mas voluntad que la suya, ni mas proyectos que los suyos, y aun en mis viajes, siendo aquella voluntad representada por la de mi preceptor, me habia seguido tan incesantemente, que este absoluto y entero dominio de mí mismo solo servia para oprimirme al mismo tiempo que me horrorizaba.

Al regresar de mis largos paseos, encontraba á Elena y á su madre que me estaban aguardando para hablar de mi padre, con cuyo ejemplo me animaba mi tia á vencer la repugnancia que naturalmente me inspiraba el cuidado de ocuparme en mis negocios; pero semejantes pormenores estaban demasiado cruelmente enlazados con las conversaciones que habia tenido antes de su muerte sobre este particular para que me fuera posible consentir en ello todavía; y por lo mismo, confié su administracion al cuidado de mi preceptor.

Tres meses despues mis angustias habian perdido mucho de su amargura; empecé, como quien dice, á recono-

cerme; y tendiendo la vista á mi alrededor, ví que mis ideas iban siendo mas despejadas y mas decididas relativamente al modo con que debia usar de mi libertad, la cual me inquietaba, pero ya no me atemorizaba.

La direccion del pensamiento no está casi siempre libre de las influencias exteriores y puramente físicas: entonces lo pude experimentar. Acercábase la primavera, y no parecia sino que con el negro invierno debia desaparecer la primera acritud de mi dolor, y que mis vagos proyectos, mis dulces esperanzas de un hermoso porvenir debian nacer con la risueña vegetacion de mayo.

Eran ya mediados de abril, y desde que murió mi padre no habia podido formar la determinacion de ir al cementerio del lugar, donde se alzaba el monumento fúnebre de nuestra familia: ¡tanto me intimidaba la cruel impresion que habia de sentir! cuando maldiciendo un dia mi flaqueza, vino Elena á decirme: «Ten mas valor, Arturo, vamos, irémos los dos.»

Hallándose entonces indispuesta mi tia, no le fue posible acompañarnos. Me hallaba tan conmovido y mi turbacion era tan violenta, que apenas podia sostenerme. Elena disimulaba quizás su abatimiento; pero un temblor frio se apoderó de mí al llegar al peristilo de la tumba, y mis sentidos me abandonaron.

Al volver de aquel desmayo encontré á Elena arrodillada junto á mí, y sentí sus lágrimas inundarme las mejillas, pues me sostenia la cabeza con sus dos manos. Por la primera vez, ¡extraña singularidad! á pesar de la santidad del lugar y de los amargos pensamientos que debian de por fuerza tenerme subyugado, por primera vez quedé sorprendido de la hermosura de Elena... Luego esta sensacion desapareció rápidamente como un sueño, y de nuevo me sentí comprimido bajo el yugo de las ideas mas tristes y profundas, vertí copioso llanto, y en seguida regresamos á la quinta.

Desde entonces continué visitando cada dia el cemente-

rio con Elena; y poco á poco, convirtióse mi acerbo dolor en una dulce melancolía, que no dejaba de tener cierto encanto.... Sentíame sumamente satisfecho de reconocer en mí al principio una inefable gratitud á la memoria de mi padre, y le bendecia piadosamente y con admiracion por haberme podido siempre conservar una estimacion tan profunda y sobre todo tan previsora, á pesar de sus terribles convicciones acerca del olvido en que suele dejarse á los que acaban de existir.

Saliendo de mi primer estupor, empecé á apreciar la grande posicion en que me habia colocado, encontrando en ella sin duda un poderoso motivo para quedarle eternamente reconocido; pero considerando despues todo el esplendor de esta misma posicion, me extremecí alguna vez, temiendo que en el fondo de este mismo sentimiento no se mezclase por mi parte una espantosa reaccion de egoismo.

He dicho que hasta despues de mucho tiempo no reparé en la belleza de Elena, y aunque esto parezca á primera vista singular, se comprenderá fácilmente si nos hacemos cargo de que hasta aquel momento habia sido para mí como una hermana. Cuando la dejé para ir á mis viajes vivia en un convento, siendo muy niña, y luego durante los últimos meses de la vida de mi padre habiendo estado yo tan cruelmente ocupado en sus dolores, Elena le habia mostrado un afecto tan filial, que aquella especie de sentimiento fraternal no habia podido sufrir alteracion.

Elena tenia tres años menos que yo, y su pálida blancura, su acento afectuoso, pero frio, sus grandes ojos azules, su naríz aguileña, y su ancha y hermosa frente á menudo inclinada, comunicaban á su fisonomía un aire imponente y melancólico. En su niñez la vieron siempre pensativa, silenciosa y recogida, indiferente á los goces y placeres de su edad, y en extremo sedentaria; reia muy raras veces, y siempre se la veia ocupada en mil proyectos; sus cejas de un color rubio ceniciento mas subido que el de su hermoso cabello, estaban muy pobladas, y quizá arqueadas en de-

masia; su pie era primoroso, sü mano algo larga, de una belleza antigua, y su talle esbelto, flexible y delgado, y parecia un modelo de perfeccion; pero carecia de donaire encorvaba casi siempre sus blancas y bien torneadas espaldas, á pesar de las continuas amonestaciones de su madre.

Por lo que hace á su ingenio, nada habia visto en él de notable hasta entonces, porque demostrándose llena de oficiosidad y delicadeza en el afecto con que habia servido á mi padre, conservaba, repito, con respecto á mí, un carácter enteramente fraternal.

Era en fin de una afectuosa y tierna índole, caritativa y cariñosa con todo el mundo; pero se revestia de una arrogancia puntillosa y de una susceptibilidad extremada desde el momento en que pudiese ella sospechar que se trataba de hacer la menor alusion á su pobreza.

Me acuerdo que antes de la muerte de mi padre estuvo reñida seriamente conmigo y por mucho tiempo solo por que una vez, atolondrada y neciamente, dije en su presencia que las jóvenes poco acomodadas estaban destinadas ordinariamente á los viejos gotosos; que cansados del mundo buscan una pobre muchacha de una familia que quiera resignarse á participar de su indigesta soledad.

La madre de Elena, hermana de mi padre, era una mujer flaca é indolente, pero muy bondadosa, instruida y de notable distincion. Su marido, que por mucho tiempo habia estado desempeñando altas funciones diplomáticas, sumamente pródigo y jugador, amigo del fausto y del gran lujo, representando á su corte con la mayor nobleza y suntuosidad, habia disipado casi toda su fortuna y la de su esposa, que por esta razon se habia quedado, no digo arruinada, pero sí en un bienestar mediano, aunque honorífico.

En ningun tiempo de mi vida habia pensado en la desproporcion de fortuna que existia entre Elena y yo; ni cuando la vi por primera vez tan hermosa, tampoco hice

alto en semejante cosa; porque creo que uno de los rasgos mas notables de la juventud y que se encuentra sin trabajo es el colorearlo todo y á todos con los reflejos de su prisma de oro.

Desde el momento en que Elena se me presentó tan bella, sin pedirme cuenta de los sentimientos que sin saberlo tal vez se anidaban ya antes en mi pecho, me sentí otro hombre: abrevié mis paseos á caballo, puse cuidado en mi *toilette*, y me sonrojé muchas veces recordando mi dejadez demasiado fraternal de los tiempos pasados.

Habia una señora amiga de mi tia, viuda tambien y madre de una jóven de la misma edad que Elena, la cual padeciendo muchísimo del pecho tenia á su madre en una terrible inquietud, y oyendo una vez á mi tia hablar de aquella amiga, y adivinando por instinto que es mas fácil aislarse en medio de la sociedad que en el retiro, la insté para que hiciese venir á su amiga á que pasase una temporada en Serval, cuya pureza de aire podria convenir á la muchacha. Mi tia se encargó gustosamente de hacerlo, y á poco tiempo llegaron al castillo la señora de Verteuil y su pobre hija de diez y ocho años, nada bonita, pero tan resignada al parecer en sus dolores, que excitaba naturalmente el interés.

## VI.

## La declaracion.

Dos meses despues de la llegada de madama de Verteuil á Serval, el aspecto triste de esta mansion antigua, me parecia enteramente cambiado: todo se presentaba á mis ojos despejado, risueño y radiante.... ¡Yo amaba á Elena!

Algunos de nuestros vecinos, retraidos hasta entonces por la funesta misantropía de mi padre, probaron de ha-

cerme algunas demostraciones, que agradecí con aquella afectuosa facilidad que procede de la felicidad, y que no es mas que indiferencia para con todo lo que no sea nuestro amoroso objeto; y en breve estuvo Serval mucho mas animado de lo que se viera desde muy largo tiempo.

Estaba de tal manera absorto en mi amor, que no reflexionaba sino muy rara vez, y casi á pesar mio, en la alteracion que habia sufrido mi dolor. Hacia unos nueve meses que habia perdido á mi padre, y aquel recuerdo, al principio tan continuamente amargo, se debilitaba poco á poco.

Al principio iba todas las mañanas al cementerio; poco despues no fuí tan frecuentemente; mas adelante, en fin, reemplacé aquella triste y devota visita con algunas horas de meditacion delante del retrato de mi padre.

Habia hecho colocar aquel retrato en un cuadro cerrado con una puerta de dos hojas, creyendo que era profanar la imágen de la persona amada dejarla expuesta á los ojos de los indiferentes; y que aquella contemplacion á la que acudimos en busca de tan elevados y serios pensamientos, debia ser premeditada y no debida á la casualidad que podia fijar allí nuestras miradas: el cuadro que contenia aquel retrato era pues para mí una especie de tabernáculo que no abria jamás sin un doloroso y santo recogimiento.

¡Mas ay! aquellas meditaciones, al principio cotidianas, vinieron á ser menos frecuentes, y por lo mismo que mis ojos no podian acostumbrarse á ver con indiferencia aquella sagrada imágen, que llegué á contemplar cada vez menos, no puedo decir la impresion casi aterradora que sentia al abrir aquel sagrario; el corazon me latia horriblemente al mirar aquella pálida y severa fisonomía de mi padre, que parecia desprenderse de la tela con su imponente carácter de impasibilidad y tristeza para venir friamente á patentizar mi ingratitud y olvido de su memoria, que él ¡ay de mí!, me habia pronosticado.

Entonces amedrentado cerraba repentinamente el cuadro,

y lloraba maldiciendo mi indiferencia; pero aquel dolor inaguantable solia durar poco, y experimentando una indecible agonía, me hablaba de este modo: «Tú sientes ahora una impresion cruel, ¡y mañana sin embargo, esta noche quizá, ya la habrás olvidado, y estarás risueño y satisfecho al lado de tu Elena!...»

¡No! nada podia revelar la amargura de aquella sensacion, que viniendo á insultar á mi dolor, me anunciaba su próxima desaparicion en el momento mismo que me estaba despedazando verdaderamente el corazon.

En fin, me ruboriza el confiarlo, habiéndose transcurrido un mes sin abrir el cuadro; tuve la increible cobardía de no atreverme á fijar en él la vista: ¡tanto me imponia, aquella suerte de formidable aparicion!... Arrostréla empero al cabo de algun tiempo... y quiero que se vea cuanta influencia tuvo un hecho tan insignificante en sí mismo sobre todos los futuros accidentes de mi vida.

Aquellas impresiones que tanto me sorprenden ahora que las analizo á sangrefria, me afectarian sin duda mas confusamente en aquella época; pero aun en medio de la embriaguez del primer amor, no dejaba de sentir su reaccion sorda y cruel.

He dicho que amaba á Elena, pero las fases de este amor fueron muy extrañas, y dispertaron en mí además miserables instintos de egoismo, orgullo é incredulidad, adormecidos hasta entonces.

Jamás ¡ay de mí! me atreveré á reconvenir á mi padre por haberme dado las terribles lecciones que hemos visto, pues tenian por único objeto mi verdadera felicidad; pero así como ciertas plantas silvestres y vigorosas, trasladadas á un campo demasiado estéril para sustentarlas, pronto lo devoran, y envejecen despues sin flores y sin frutos; así tambien mi naturaleza moral no era bastante fértil para aprovechar tan formidables preceptos; porque en mi padre, aquellas duras y funestas convicciones echaban al menos sus flores de benevolencia y perdon para con todos; pero

faltando en mí savia generosa y potente, precisamente habia de quedar el tronco con toda la triste desnudez de su negra corteza sin florecer jamás.

Volvamos á Elena, á pesar de que me llenan de rubor algunas de aquellas reminiscencias.

Era mi primera pasion, y como tal fue en su principio ingenua, incauta y aturdida: entregábase ciegamente á merced de las risueñas y puras olas de un amoroso sentimiento y se mecia en las primeras armonías del corazon, que dispierta, segun el antiguo emblema mitológico, con los ojos vendados para no ver el horizonte.

Aquellos tres meses de completa indiferencia con respecto al porvenir, fueron sin embargo tan deliciosos, que me complazco siempre en recordar los menores detalles sobre aquellos momentos de felicidad.

Poco despues de la llegada de la señora de Verteuil y su hija á Serval, rogué por primera vez á Elena que montase á caballo para seguir á su amiga, que por razon de su enfermedad se dedicaba á este ejercicio. Habia hecho venir de Inglaterra dos jacas muy mansas; porque Elena era sumamente medrosa, y antes de reducirla á que hiciese con la señorita de Verteuil y yo algunas escursiones fuera del parque, fue preciso se ensayara, dando largos paseos al paso, sin que yo pudiese separarme de su lado, para vencer de aquel modo su primera repugnancia.

Nada tan lindo como aquellos sobresaltos que á cada minuto venian á sonrosear la dulce palidez de su rostro, cuya parte superior, defendida del sol por un ancho sombrero de paja, quedaba en un claro-oscuro sumamente dorado y transparente; al paso que su boca de púrpura y su hermosa barba, brillaban vivamente iluminadas. Vestia siempre de blanco con anchos y oscuros cinturones de muer, ceñidos á su talle tan flexible y delgado, que ondulaba como una caña mecida por la brisa, á cada paso que daba su negra jaca de Escocia, cuya larga cabellera y larga cola flotaban á compás.

Asida de la brida, apoyaba inmediatamente su mano sobre mi espalda, al menor movimiento del pequeño Blak, lo que promovia las sencillas bromas de la señorita de Verteuil, que con mas intrepidez que su amiga nos dejaba muchas veces solos escapando á su caballo para animar á Elena.

Dábamos de ordinario estos paseos en una inmensa calle de frondosas encinas, sembrada de musgo; y todo el tiempo en que la señorita de Verteuil seguia con nosotros, yo estaba alegre y hablador; y Elena, casi siempre pensativa, parecia animarse un poco; pero desde el momento en que Sofía se separaba de nosotros, empezaba á reinar un silencio interminable, de que estaba muy corrido, sin embargo de parecerme delicioso.

Hacia algun tiempo, que debiendo dejar el luto, habia encargado á un amigo que residia en Londres, me remitiese un hermoso tiro de caballos, lacayos y varios carruajes.

Á su llegada hubo una especie de fiesta en Serval; y como fuera un secreto que yo guardaba, tengo presente aun la alegría infantil y natural de Elena, cuando en una hermosa tarde de agosto que habia mostrado deseos de ir á dar un paseo por el parque, en lugar de ver llegar al pie de la escalera uno de nuestros coches ordinarios, se le presento una linda carretela, con cuatro caballos negros, montados á lo D'Aumont, por dos pequeños postillones ingleses vestidos con chupas pespuntadas de un color gris aljofarado.

Subió ella con su madre y su amiga, y yo las seguia á caballo por aquel magnífico bosque donde nos alcanzó la noche mientras regresábamos al castillo acompañados por la hermosa claridad de la luna, que reflejaba de la manera mas pintoresca sobre aquellas sombrías y dilatadas alamedas.

Relativamente á este paseo, es de notar que no he visto mujer en el mundo á quien el lujo sentase mejor que á Elena, ó por decir mejor, que mas realzase al lujo; pues se observaba en ella una majestad y una gracia tan involuntarias

y seductoras, que era imposible no figurársela siempre rodeada de los prodigios del gusto mas fino, exquisito y perfecto. Así es que sin ser una notable hermosura, hubiera entrado Elena en ese reducido número de mujeres, cuyo traje, coche y palacio, nunca son elogiados por mucho que sea su primor y extremada su elegancia, porque su sola presencia absorbe la armonía y asimilacion de todas esas maravillas. ¡Tantas personas hay que son los accesorios ó los contrastes de su mismo lujo! y tan pocas sin embargo saben darle este singular y primoroso reflejo, comparable quizás con los rayos del sol, único que puede hermosear las mas encumbradas magnificencias!...

Un dia, de vuelta de aquel paseo, mientras esperábamos que nos sirviesen el té, propuso Elena que nos quedásemos en el salon, y apagadas las luces, abriésemos las ventanas para que pudiese la luna proyectar en él su dulce claridad: á lo que su madre accedió.

Tan profunda era la melancolía que inspiraba aquella espaciosa estancia, que la conversacion, al principio bastante animada, fue poco á poco amortiguándose.

La memoria de mi padre, renovada con las palabras de mi tia, nos afectó á todos diferentemente, en ella dispertó el recuerdo de un hermano querido, en la señora de Verteuil una idea de la muerte funesta que amagaba tal vez á su hija, y en mí de nuevo mi culpable olvido.

Pronto reinó en la sala un profundo silencio. Sentado junto á Elena y apoyando la cabeza entre mis manos, me echaba en cara, sin saber porque, el lujo que empezaba á desplegar, sentia un pueril remordimiento al pensar que en vez de seguir paseándome en el lúgubre y antiguo coche de mi padre y hacerlo conducir por sus mismos criados, empleaba un carruaje ligero y elegante guiado por lacayos extranjeros. No comprendo por que una cosa en mi concepto tan pueril como he dicho habia de causarme una impresion tan dolorosa.

— Absorto en mis reflexiones, dejo caer la mano sobre

un brazo de mi poltrona y encontrándose con la de Elena, me llené de rubor, y se me oprimió terriblemente el corazon. Apenas sintió Elena mi mano, cuando la suya quedó repentinamente fria como si toda la sangre le hubiese refluido al corazon: no atreviéndome á retirarla ni á apretar la suya, la sentí calentarse por grados hasta que llegó á abrasarme.... Por las nerviosas pulsaciones de su lindo brazo hubieran podido contarse las precipitadas palpitaciones de su corazon.... Sentíame desfallecer, y experimentaba una impresion á la vez inefable y triste....

¡Ó cándida serenidad de las primeras emociones, quién podrá nunca reemplazarte! ¡ó manantial purísimo en tu orígen! ¡cuán deliciosa es tu frescura mientras murmuras silencioso y oculto debajo de algunos copos de verdor! ¡mas ¡ah! cuánto pierdes de tu encanto seductor cuando bañas y reflejas indiferente cualquier márgen, sin ver que sus desmontes ensucian para siempre la corriente de tus aguas cristalinas! . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo amaba á Elena con delirio, la idolatraba; y sin embargo habia temido siempre declararle mi ternura.

Estábamos un dia paseando con la señora de Verteuil, que habia sido compañera de Elena en el colegio, y no sé con que motivo, viniendo á recaer la conversacion sobre fiestas y aniversarios, ví que de pronto la señorita Sofía de Verteuil se volvió aturdidamente á su amiga, y mirándome á mí, la dijo: —¿Te acuerdas, Elena, de nuestros lances pueriles cuando te ocupabas en *celebrar su fiesta*?

Elena se ruborizó, hizo un movimiento de despecho, y respondió bruscamente á su amiga: —No te comprendo. Calló la pobrecita, y los tres nos volvimos muy tristes á la quinta.

Encontrando al dia siguiente á la señora de Verteuil en la biblioteca, la supliqué me dijese ella misma el sentido de las palabras que tanto habian afectado al parecer á Elena; y despues de vacilar un poco, llegó á confesarme que cada

año en el convento celebraba Elena mi fiesta con una solemnidad infantil: reducíanse los preparativos á comprar un gran ramillete de flores, que ataba con una hermosa cinta, en la que ella misma habia bordado misteriosamente las iniciales de mi nombre, y luego iba á colocar este ramillete en un jarro de mármol que yacia mutilado en uno de los rincones del jardin, y pasaba sus horas de recreo delante del ramillete, rogando á Dios que me diese un feliz viaje.

La señorita de Verteuil no acababa nunca de representarme los sustos que pasaba Elena, temiendo á cada instante que fuesen á sorprenderla mientras bordaba la cinta, y hacia mil tentativas, muchas veces infructuosas, para obtener un hermoso ramo.

Yo no sé: todas aquellas niñerías me fueron referidas con tanta sencillez por la señorita de Verteuil, que experimenté primero una sorpresa increible, y al momento empecé á derramar lágrimas de ternura; por que antes de salir para mi viaje y en varias temporadas que estuvo Elena en Serval no la habia tenido nunca sino por una simple niña.

Desde aquella noche en que por casualidad encontré su mano debajo de la mia se me figuró que evitaba Elena mi encuentro, aumentando su silencio habitual; su genio, antes amoroso y pacífico, se puso desabrido; á menudo pasaba horas enteras encerrada en su cuarto, cerrados los postigos, y en la mayor oscuridad.

Era un horror lo que yo sufria: hallábame en todas partes inquieto y preocupado, siempre juzgaba que una declaracion que yo hiciese á Elena habia de restituirle la dulzura y la felicidad; pero una invencible timidez ahogaba esta declaracion en mi garganta.

Una tarde, sin embargo, que estaba Elena menos abatida y triste que de costumbre, salí con ella á dar un paseo á caballo, propúseme tener suficiente valor para confesarle mi amor, pero habia de ser solamente cuando llegásemos á la dilatada calle de encinas de que tengo hablado.... En-

tramos en ella, palpitábame horriblemente el corazon.... pero no me atreví....

Lleno de rubor y despecho, hice un nuevo propósito, y fijé interiormente un cenador de mármol que dividia la calle, como punto para probar. Hice un esfuerzo cuando estuve allí, los ojos se me ofuscaron, el corazon se me estrechó, y solamente pude exclamar con voz ahogada: ¡Elena!... y luego enmudecí.

Ella me dirigió una mirada tierna y majestuosa á un mismo tiempo; víla todavía mas pálida que en ningun otro tiempo, y agitado el corazon parecia quererme interrogar con su mirada penetrante y leer en el fondo de mi pecho....

¡Oh! Elena! repetí; pero una estúpida é invencible timidez me hizo otra vez enmudecer.

Entonces ella con una expresion de dolor y con cierto acento casi desesperado, que nunca olvidaré, exclamó: ¡Dejad: nada podrá nunca enamoraros.... seréis siempre desgraciado!... Y luego, como asustada por sus palabras, hiriendo con el látigo al caballo marchó á galope. Seguíla inmóvil con los ojos, y al ver que corria precipitadamente hácia una valla que cerraba la entrada de la calle, me estremecí, pero ella, antes siempre tan medrosa, dejó salvar á su jaca aquel obstáculo, desapareciendo luego en la profundidad de los bosques.

Cuando estuve solo, aquellas palabras de Elena pronunciadas con tanta amargura: *¡Dejad! nada podrá enamoraros jamás!... sereis siempre desgraciado!* me afectaron de una manera extraña; y comprendiendo que podian ser una especie de declaracion, que mi estúpido silencio le arrancaba, calculé cuan ridículo debí haberla parecido.

Recordando luego su turbacion y sus reticencias, acabé de persuadirme de que me amaba; y entonces aquella especie de declaracion me entusiasmó de tal manera, que loco de alegría, me paseaba como un insensato de uno á otro lado, sin fijar mis pensamientos, ni formar ningun

proyecto; pero felíz..... ¡oh! verdaderamente felíz, de una felicidad inefable mezclada con un radiante orgullo.

Llegada la noche me retiré á la quinta. Al entrar en el salon ví inmediatamente á Elena, que llena de animacion estaba sentada al piano tocando lentamente y del modo mas expresivo el último pensamiento de Weber, frase armoniosa de una melodía extraordinariamente dulce y melancólica.

Apenas me senté á su lado, cuando me dijo estas palabras: —Confesad que os he infundido mucho miedo, no es así? y sin esperar mi respuesta, ni concluir la pieza comenzada, como si no quisiera descubrir los tristes pensamientos de su corazon, se puso á tocar un valz muy alegre y precipitado, acompañándolo de vez en cuando con su voz, que me pareció extraordinariamente agitada.

Miráronse recíprocamente su madre y la señora de Verteuil demostrando una extrañeza igual á la que me causó á mí aquel repentino acceso de alegría, tan opuesto al carácter habitual de Elena, que continuaba tocando valzes y mas valzes con la bulliciosa alegría de una niña.

No sé por que aquella vivacidad tan poco natural me lastimó: tan agitada y loca la encontraba. Efectivamente, á la media hora de aquel espasmo, palideció Elena de repente y se desmayó. . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ocho dias despues de aquella escena Elena conocia mi amor, y me habia confesado el suyo.

## VII.

### La carta.

Los tres meses siguientes á la declaracion de nuestro amor pasaron como un sueño. Aquellos instantes fueron

verdaderamente los mas hermosos y felices de mi vida : parecia todo haberse armonizado con aquel tierno y cándido amor ; habia sido magnífica la estacion ; nuestra morada era suntuosa y pintoresca ; todos los demás accesorios de la vida rebosaban de lujo y elegancia ; especie de poesía animada cuyo valor es siempre inestimable, marco de oro que realzaba todavía las mas delicadas pinturas.

Habia mandado construir para un estanque inmenso que estaba situado en medio del parque una hermosa góndola primorosamente adornada de gabinetes, colgaduras, alfombras y blandos almohadones, con una pieza al centro para tomar el té ; y aprovechando Elena y su madre, Sofía y yo, las noches ociosas, dábamos en ella largos paseos por el pequeño lago. Levantábase en medio una frondosa isla, con un pabellon de orquesta, y con esta ocasion hacia venir muchas veces de la ciudad inmediata, en que habia tropas de guarnicion tres excelentes músicos alemanes, que colocados en él tocaban divinamente unos tercetos hermosísimos de viola flauta y arpa.

Con el objeto de estar solos en la góndola y no percibir las sacudidas de los remos, la hacia llevar de remolque por medio de una larga soga atada á un barquichuelo conducido por dos de mis criados.

¡Cuántas veces metidos en el agua y sumergidos en blanda y deliciosa meditacion en medio del ligero ruido de la urna temblorosa, y mientras aspirábamos el suave aroma del té, ó refrescábamos nuestros labios en la nieve de los sorbetes, escuchábamos con embeleso aquellas oleadas de lejana armonía que nos llegaban de la isla.... al mismo tiempo que la luna bañaba de resplandor los inmensos prados y dilatados bosques de aquel parque!

¡Cuántas veces he pasado de este modo al lado de Elena! ¡Con cuánta simpatía nos sentíamos los dos embriagados por aquellas brisas de melodía que tan pronto cantaban suaves y sonoras, tan pronto enmudecian de repente!... Acuérdome que aquellas bruscas interrupciones nos cau-

saban sobre todo una tristeza agradable, aunque al mismo tiempo profunda. Nadie ignora que por armoniosos que sean los sonidos, llegan al fin á fastidiarnos; pero una música de vez en cuando interrumpida para dar entrada á la contemplacion del embeleso mismo que acabamos de sentir, y á la íntima percepcion del eco debilitado de aquellas últimas y suspirantes vibraciones; una música así interrumpida, entusiasma mucho mas y se hace desear mas vivamente....

Durante estos momentos de delicia estaba siempre al lado de Elena, y guardaba sus manos entre las mias para establecer á favor de muy ligeras presiones un mudo lenguaje, por medio del cual nos comunicábamos nuestras mutuas sensaciones, verdaderamente profundas y variadas: alguna vez tambien, ¡oh mágico y casto favor del cielo! aprovechaba un momento de obscuridad para apoyar mi cabeza sobre el nevado pecho de Elena, cuyo talle parecia entonces doblegarse mas lánguidamente. . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Mas, ah! aquellos hermosos sueños habian de tener su dispertamiento.... ¡dispertamiento amargo y falaz!

Eran las últimas horas de un dia de noviembre, y á pié regresaba de la quinta con Elena, la señorita de Verteuil, y mi preceptor, á quien habia nombrado mi administrador.

Estaba el tiempo cubierto y sombrío, el sol declinaba hácia su ocaso; nosotros seguíamos por la vereda del bosque, matizado ya con las diversas tintas del otoño. Los argentados álamos parecian sacudir sus hojas de oro, cubríanse los espinos, las hiedras y los morales silvestres de un color de fuego. A la derecha se extendia una colina de tierras bien cultivadas, cuyos oscuros tonos contrastaban vivamente con una ancha zona de luz anaranjada que proyectaba el sol en su ocaso. Agolpábase encima de nosotros un grupo de opacas nubes que por su azulado gris se asemejaban á otros tantos montes airosos. Veíanse de trecho en trecho

algunos fuegos muy vivos, que despedian las cabañas esparcidas en la falda, veladas por la niebla de la noche, y las ligeras espirales de aquel humo blanquecino se iban derritiendo poco á poco en aquellos aglomerados vapores. Pacia lentamente sobre la cima de la montaña, al son monótono de sus cencerros, una vacada, cuyos corpulentos toros de color negro, destacándose del horizonte colorido por los últimos resplandores de la luz del dia, parecian de enorme magnitud á causa de la vaga incertidumbre del crepúsculo....

Al ver asomar aquellas primeras sombras de la noche, no pude menos de experimentar una dolorosa impresion, á pesar de la seguridad y melancolía que reinaba en todas partes, y de llevar al mismo tiempo á Elena apoyada sobre el brazo.

Esta, despues de un prolongado silencio, me dijo: No puedo explicar lo que siento, pero diria que tengo frio en el corazon....

Y sintiéndome yo tambien sumergido en ciertas ideas tristes é inexplicables, que ocultaba á Elena; la coincidencia de impresiones me llamó vivamente la atencion.— Será probablemente alguna afeccion nerviosa la dije, debida á este tiempo sombrío y melancólico. Y continuó otra vez el silencio.

Ruborízome de confesar la causa de mi tristeza, por que era pueríl y extravagante por no llamarla loca: fué el primer asomo de aquella invencible necesidad de independencia y soledad, cuya influencia experimenté luego aun en medio de la vida mas bulliciosa y disipada.

Era Elena para mí un objeto de adoracion, los momentos transcurridos en su ausencia eran otros tantos suplicios crueles; y sin embargo aquel dia, sin singular motivo de despecho, sin que Elena me hubiese parecido menos buena y afectuosa que en los demás, y solo por un contraste inexplicable, me creí desgraciado, verdaderamente desgraciado, por tener que presentarme á la noche en el salon á hacer los

cumplidos ordinarios y contestar á las ocultas miradas de Elena.

Despues de un dia tan sumamente melancólico, hubiera sido una delicia para mí mirarme solo en mi aposento, y pasar las demás horas en medio del silencio y la contemplacion, ó leyendo tambien alguno de mis libros favoritos; pero la soledad era lo que mas particularmente anhelaba.

Nada me impedia en efecto el retirarme á mi cuarto; pero no ignoraba que habria visitas en casa, y que por esta razon me veria precisado á dar alguna escusa, ó me exponia á ciertas preguntas de mi salud, que, si bien afectuosas, me hubieran sido insoportables: vuelvo á decirlo, en aquel momento me sentia verdaderamente desgraciado por verme privado de estar solo.

Yo no recuerdo un hecho tan pueril sino porque aquella caprichosa falta de soledad, tan extraña en medio de las emociones que experimentaba, y tan poco ordinaria en la juventud, me parece una especie de originalidad hereditaria.

Acuérdome con este motivo que oí decir muchas veces á mi madre que antes de retirarse mi padre á Serval, precisado por su posicion á tratar muchísima gente en París, su mal humor y melancolía habituales llegaban á un punto de exaltacion extraordinario en los dias de recibimiento; pero que á pesar de esto, una vez á la obra, si se me permite decirlo así, era imposible desplegar una gracia, amenidad y finura mas perfectas y delicadas; siendo, decia mi madre, aquella forzosa mentira prolongada por tres ó cuatro horas lo que contribuyera tambien poco antes á exasperarle de aquel modo pero al ver una fisonomía tan noble y graciosa, unos ademanes tan dignamente afables y seductores, creian los extraños que le seria absolutamente imposible acomodarse á otra vida distinta de la que pasaba en medio de una sociedad en la que se presentaba con tan raras y excelentes disposiciones.

Pero volvamos al dia triste de noviembre en que sentí por primera vez aquella increible necesidad de aislamiento: Llegamos á la quinta....

Mientras subia á mi habitacion para vestirme recibí aviso de mi tia por una de sus doncellas para que me sirviera pasar inmediatamente á su cuarto, si no era molestarme. Ninguna razon tenia para temer esta entrevista; sin embargo, sentí estrechárseme el corazon.... Fuí á ver á mi tia, y la encontré sentada junto á su mesa de labor, sobre la que ví abierta una carta, y reparé tambien que debia haber llorado mucho.

—Amigo, me dijo, hay gente por el mundo muy perversa y muy infame... Lee aquí. Y me dió una carta mientras llevó el pañuelo á sus ojos.

La leí: era una advertencia amistosa, en la que prevenian caritativamente á la madre de Elena que mi intimidad con su hija empañaba irreparablemente su reputacion, dándola á entender claramente al través de una confusa fraseología, empleada siempre en iguales casos, que Elena pasaba públicamente por *mi dama*, y que con su flojedad y descuido imperdonable habia ella autorizado tan odioso rumor.

Esto era falso, absolutamente falso, era una calumnia atroz; pero no dejó de sobresaltarme al instante en vista de que todas las apariencias contribuian por desgracia á aumentar el crédito de la acusacion.

Parecióme que dispertaba entonces de un letargo: habíame enteramente abandonado, como dije, á las delicias de aquel puro y casto amor, sin cálculo, sin reflexion, con toda la celeste imprevision de la felicidad. Aquella carta me enseñó la realidad, y la realidad me horrorizó.

Mi primer impulso fué notable y generoso: haciendo mil trizas de la carta, dije á mi tia: —Tened por cierto.... que la reputacion de mi prima Elena quedará vengada como es debido.

Sonrióse mi tia tristemente, y contestó: —Ya veo, amigo

mio, que en vista de estos rumores, será preciso separarnos; porque la permanencia en Serval justificaria estas infamias. Conozco á mi hija, y conozco tambien la elevacion de tus sentimientos, esto me basta. Pero, hijo mio, las apariencias nos condenan: mi confianza tan legítima y tan honrosamente depositada en tí será tachada de debilidad é imprevision. No habia pensado, ¡pobre de mí! que la vida mas pura tiene siempre enemigos dispuestos á desacreditarla.... tú sabes que Elena es pobre, y nada le queda en el mundo sino su reputacion.... ¡Quiera Dios en esta ocasion que tan espantosas calumnias no hayan tenido ya un eco irreparable y fatal!

— ¿Está Elena enterada de esto? — pregunté á mi tia.

— No, amigo mio; pero tiene suficiente firmeza de carácter para poder decírselo.

— Pues bien, tia, tened la bondad de prometerme que no la diréis nada hasta mañana.

— Consintió mi tia, y me retiré á mi cuarto.

— Bien se echa de ver que la vaga y pasajera necesidad de aislamiento cedió ante unas circunstancias tan realmente imperiosas.

Reinó en la mesa un profundo silencio, y de ella nos dirigimos al salon. Demasiado queria Elena á su madre, y demasiado me queria tambien á mí, para no conocer que alguna inquietud nos afectaba; por otra parte yo no era todavía en aquel tiempo bastante disimulado para poder ocultar mis sufrimientos.

Mil confusas ideas se agitaban en mi mente, y no llegué á tomar determinacion alguna: acordábame de mis largas conversaciones con Elena, de nuestros frecuentes paseos solitarios, autorizados empero por una familiaridad de parentesco que databa de la infancia; poníame á la vista nuestros juegos angelicales, la preferencia casi involuntaria que constantemente la habia demostrado; que en el paseo la llevaba siempre del brazo; que á caballo estaba siempre á su lado; que nunca en fin la habia dejado. Entonces calcu-

lé que en concepto aun de los mas indiferentes, unas distinciones tan asiduas debian de haber comprometido gravemente á Elena. Recordaba tambien las continuas miradas y los misteriosos signos que constantemente se cruzaban del uno al otro: mudo y amoroso lenguaje, difícil de ocultar á la celosa perspicacia de las personas que nos visitaban: encanto fatal de la primera pasion, que nos tenia demasiado ensimismados para que pusiéramos cuidado en encubrirla: deliciosa atmósfera, en la cual vivíamos felices y olvidados de la sociedad, creyéndola impenetrable á los ojos indiferentes.

Á medida que se iba alzando el velo que hasta entonces me habia ocultado mi conducta; descubria mi inconcebible ligereza; y como sucede siempre en la juventud, exageré todavía mi imprudencia.... La suerte de Elena me pareció perdida; porque á una jóven sin patrimonio debia serle doblemente preciosa la irreprensible pureza de su conducta. Sumergido luego en una especie de éxtasis, recordé su amor, aquel cariño tan puro y acendrado que nació con nuestra infancia, sus nobles y elevadas prendas, su bondad, su hermosura, su finura y elegancia.... En una palabra, llegué á figurarme que Elena, aunque inocente, podia aparecer culpable á la vista de los extraños; y puesto que yo era la causa de que su reputacion quedase quizás para siempre mancillada, la sola reparacion digna de ella y de mí era el ofrecimiento de mi mano.

Entonces me contemplaba feliz: viviendo tranquilo en aquel palacio, como hasta entonces á su lado; y descubriendo un horizonte maravillosamente despejado y radiante, mi alma se dilataba y engrandecia al parecer á medida que estos pesamientos me ocupaban. Una profunda é imperiosa voz me decia: « Estás en el umbral de tu vida y tienes abiertos dos caminos: el uno misterioso, siniestro, desconocido; el otro trillado y seguro; en este lo pasado te garantiza el porvenir; es un principio de felicidad que está en tu mano concluir; es una asistencia pacífica y risueña; es la

frescura de los campos, los recuerdos de familia, la paz interior. Tienes bastantes riquezas para vivir en medio de todos los prestigios del lujo y de las bendiciones de tus favorecidos y amparados; Elena te quiere desde la niñez, tú la amas tambien.... ea pues, la felicidad te convida, no la dejes escapar.... Si desprecias esta única ocasion, está tu vida expuesta á todas las tempestades de la pasion.»

Escuché enagenado aquella especie de revelacion; y la felicidad me pareció fijarse en la decision que hiciera de pasar mi vida con Elena.

Eran tan gratas aquellas convicciones, que me despejaban la frente, y brillaba en mis facciones la dicha mas pura; y era tanta mi alegría, que no pude dejar de aclamar contestando á aquellos interiores pensamientos.

— ¡Oh, sí, Elena!... así ha de ser.... en ello va la suerte de mi vida!

¡Véase cuál seria el asombro de mi tia, de la señorita de Verteuil, de Sofía y Elena al oir una exclamacion tan repentina y para todos incomprensible!

— Arturo, ¿estais loco? dijo mi tia.

—No, tia de mi corazon, jamás me ha alumbrado tanto la razon.... Luego añadí: no olvideis vuestra promesa. Y besando la mano de Elena, la dije, como tenia de costumbre: — Buenas noches, Elena. Y saliendo del salon, me dirigí á mi cuarto.

Dije cuanto tiempo hacia que no habia abierto el cuadro en que estaba el retrato de mi padre; mas entonces me sentia tan esforzado con mi nueva felicidad, que encontré en ella valor para arrostrar la impresion temida.

Y además, creí que en un momento tan solemne debia, como quien dice, consultar su memoria: temblando pues á pesar de mi resolucion, abrí el cuadro.

# VIII.

## El retrato.

Era de noche: la luz de las bujías iluminaba enteramente la imágen de mi padre. Á pesar de la alegría que la decision tomada con respecto á Elena hacia resplandecer en mí, sentíme de repente acongojado al contemplar una imágen tan austera; nunca me habia parecido tan imponente la tristeza y severidad de su carácter.... Su frente ancha y despejada, era proeminente en alto grado, y sus ojos muy hundidos y abrigados por unas cejas grises muy pobladas, parecian interrogarme con una firmeza penetrante; sus enjutas mejillas revelaban los pronunciados huesos de su parte superior, y daban á su boca un aire notable de energía y altivez; y como el sombrío color de sus vestidos se confundia con el fondo negro del retràto, aquel semblante pálido, aislado de aquel modo, resplandecia mas y mas en medio de tanta oscuridad. Postréme en su presencia, consagrando un largo rato á la contemplacion.

Cuando levanté mis ojos, un accidente en sí muy natural me hizo involuntariamente extremecer: parecióme ver, ó por mejor decir ví, correr una brillante lágrima por las mejillas del retrato, cayendo luego fria entre mis manos apoyadas en el cuadro....

Fue tan grande mi repentino asombro que casi me dejó sin reflexion.

Venciendo luego aquel pavor puéril, me acerqué y ví que la combinacion del calor y la humedad habia bastado para producir en la tela aquel rezumo, por hallarse encerrada desde mucho tiempo. Reíme tristemente de mi error, aunque la impresion fuera tan viva, que no pude menos de experimentar su accion.

Mas sosegado despues, reparé que estaba aun enfrente del retrato.

Fuí, poco á poco recordando las largas conferencias que habia tenido con mi padre, sus desconsoladoras máximas y sus dudas sobre la realidad ó la duracion de todas las afecciones. Cuanto mas habia antes sentido dilatarse mi corazon, tanto mas ahora se me estrechaba con angustia; el recuerdo de mi indiferencia, de mi completo olvido de su memoria, me indignaba contra mí mismo; pero deseando salir de aquel círculo de amargas ideas, me puse á consultar mentalmente, como quien dice, con mi padre el enlace que me habia propuesto contraer con mi prima Elena.

Al mismo tiempo que tendia los ojos del alma hácia aquel porvenir tan risueño y milagroso para mí, fijaba los del cuerpo en aquel semblante pálido y mudo, á quien pedia locamente la aprobacion de los pensamientos que me agitaban; pero su impasible y triste sonrisa desdeñosa, me helaba el corazon....

— Quiero á Elena con el mas profundo amor, decia, tendiendo mis manos hácia él.... ¿me engañará esta impresion?... La resolucion noble y generosa que he tomado asegurará mi dicha y la de Elena.... ¿No es así, padre mio?...

Y ávido expiaba sus inmóviles facciones.... porqué, repito, en aquel instante de alucinamiento me figuraba que deberia hacer señal de adhesion....

Pero la frente blanca y arrugada mantuvo su inmovilidad: parecióme luego oir en el fondo de los pliegues mas ocultos de mi corazon la seca voz de mi padre, que me respondia: — Tú tambien me amabas con el mas profundo amor; hice por tí mas de lo que ha hecho Elena, te di la vida y mi fortuna; ¡y sin embargo, gozando de esta misma fortuna has sabido olvidarme! ¡Hijo querido! Despavorido, continué: — Pero Elena me ama realmente; ¿no es así padre mio?

Y mirando aquel rostro siempre inmóvil, cuyo silencio me horrorizaba, proseguí con angustia: — Pero será que

no me ama, ó me engaña el afecto que creo me ha inspirado, porque observo, padre mio, que me mirais con un gesto tan extraño....

— *¿No te dije un dia que desconfiases de las adoraciones que promoveria tu fortuna, y sondeases hondamente las apariencias?*

— ¡Pero, cielos! ¿qué mira podrá tener una jóven tan noble y candorosa, ella que os amaba como á un padre, y á mí como á un hermano? ¿No se ha abandonado á mi amor y absorta en él lo ha sacrificado todo, hasta llegar á exponer indiferente á las calumnias del mundo su reputacion, su único tesoro?

¡Ay de mí! perdonadme, padre mio! quizás mi miserable y sordo instinto me ha respondido en vez de vos; avergonzado sin duda de mi bajeza, he querido atribuir á vuestra influencia esta infernal idea, la primera duda que haya venido á turbar la corriente risueña y pura de mis creencias; perdon, padre mio, perdon, repito, si en el momento en que devorado de angustia os preguntaba: *qué mira podia haber en el amor de Elena,* mi egoismo brutal me ha contestado: ¡Tu fortuna, porque Elena es pobre!!!. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desde aquel dia fatal, martirizado continuamente por una idea fija y punzante, torturado siempre por la duda, arma de dos filos, tan cruel para el que hiere, como para el que es herido, he buscado con empeño, y por mi desgracia he creido encontrar á menudo, las miras mas infames bajo la apariencia de la mas ingenua inspiracion, los proyectos mas odiosos bajo los mas repentinos y generosos afectos; muchas veces en fin, con la pesadez mortal de una palabra he cortado el vuelo á los mas tiernos y encumbrados sentimientos; pero nunca, ó Dios mio, nunca podré olvidar el doloroso quebranto que me partió el corazon cuando el esceptisismo arrancó de él aquella vasta y primitiva creencia.

Desde entonces se hubiera dicho que un manto fúnebre lo velaba todo á mis sentidos; la figura de Elena, antes tan cándida y pura, me pareció en adelante falsa y codiciosa.... Desplegábase á mi vista la mas negra trama; el descuido de mi tia me pareció vilmente calculado, y hasta la carta en que la advertian los rumores que iban en boca de todos los extraños la creí supuesta. Entonces me ensoberbecí con un orgullo cruel de haber adivinado y de poder burlarme de una liga tan vergonzosamente formada para hacerme presa de sus engañosos artificios.

Por una inexplicable y súbita reaccion, cambió todo mi amor en odio y en desprecio: las mas tiernas confianzas me parecieron mezquinamente simuladas. ¡Qué vergüenza, y qué miseria! hasta el recuerdo de aquella estimacion infantil que Elena habia asegurado experimentar en el colegio, llegó á marchitarla mi execrable duda: atrevíme á considerar á la señora de Verteuil y á su hija como cómplices de Elena y su madre, creyendo que habian inventado aquella anécdota para obcecarme con mas facilidad.

No cabe duda de que la suposicion de un engaño tan vil, habia de ser precisamente odiosa y aun estúpida; era en verdad tan horroroso como inconcebible aquel modo de dudar á los veinte y tres años de edad.... cuando ninguna amargura habia sentido antes en la vida, cuando ninguna decepcion pasada habia podido autorizar aun semejante escepticismo! . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Miserable ventaja, ¡ay de mí! pues que no podrá negarse al menos que vestidos de una duda tan profundamente arraigada, y armados de una desconfianza tan suspicaz, podemos impunemente arrostrar las simulaciones y los engaños de los hombres. Pero así como la coraza de acero, que nos defiende de la espada enemiga, no deja penetrar en nosotros el grato calor de una mano querida; así tambien el escepticismo, esa armadura de hierro, fria y lustrosa, nos guarda, sí, de las perfidias del malvado; pero, ¡ay! nos

hace impenetrables á la inefable creencia de un afecto verdadero.

Ahora pues que estoy analizando y sondeando las influencias, los instintos ó la organizacion natural que hicieron germinar y desarrollar en mi la *duda*, que será para siempre el centro de gravedad de todos mis pensamientos, en cualquiera posicion en que me encuentre y por seguro que en ella esté; recuerdo que mi padre me decia algunas veces: —Veo con gusto que desconfias de tí mismo; cuando uno desconfia de sí, no fia de los demás, y esta es una gran sabiduría.

Luego, por un singular contraste, obcecada mi madre por el orgullo matrimonial, especie de sublime egoismo que sustituyen las mujeres á la dignidad personal del hombre, despues de haberse esforzado á menudo y sin provecho en realzarme á mis propios ojos, me decia apesadumbrada: — Hijo de mis entrañas, no sabes la desesperacion que me causa el verte tan desconfiado: á fuerza de no creer en tí, llegarás á dudar eternamente de los otros, y esta es una desgracia muy terrible.

Ahora bien, estoy seguro de que aquella insuperable desconfianza de mí mismo, tuvo gran parte en las dudas que despues me consumieron, no creyéndome capaz de inspirar unos sentimientos tan seductores como decian, los daba por falsos ó exagerados; como no me fiaba de ellos, queria que dimanasen de un motivo de codicia ó de doblez.

Lo que acaba de afirmarme en esta opinion, es el no haber encontrado nunca tan indomables é impertubables creedores (si puede emplearse este neologismo) como entre los tontos y los presumidos.... la falta de inteligencia en los primeros les impide que puedan observar, calcular y comparar; y el supremo y excesivo amor propio de los últimos no les deja admitir la menor duda acerca de su mérito y de los seguros y prodigiosos efectos que este ha de producir forzosamente. . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Volviendo á mis proyectos de enlace con Elena, digo que desde aquel dia quedaron para siempre destruidos.

Al dia siguiente tuve la debilidad de huir el encuentro de mi tia y de Elena, para lo cual monté á caballo muy de mañana y fuí á pasar el dia en una de mis haciendas.

Regresé muy tarde, y fingiendo una gran fatiga, me libre de presentarme en el salon.

Entrando en mi habitacion, ví sobre la mesa del escritorio estas palabras escritas con lápiz por la mano de Elena, sobre el papel en que estaba envuelto un libro que acababa de mandarme: « Mi madre me lo ha dicho todo.... Mañana á las nueve estaré en el pabellon de la pirámide.... « Allí os espero.... ¡Ah! ¡cuánto habréis sufrido! »

Aunque en la disposicion en que me hallaba, habia de serme la entrevista sumamente desagradable, me era pero imposible no acceder, y por esta razon propuse no hacer falta.

## IX.

## El pabellon.

El pabellon en que debia encontrar á Elena estaba situado en el interior del parque; y para llegar á él era menester atravesar largas y sombrías calles de árboles sembradas de hojarasca. Caia tan apiñada la neblilla, que apenas se distinguian los objetos á diez pasos, aunque fuesen ya las nueve de la mañana. Las reflexiones de la noche me habian afirmado mas en mis dudas y en mi resolucion; una vez fijado aquel odioso punto de partida, es decir una vez supuesta en Elena cierta mira interesada y ambiciosa, me fue ya por desgracia demasiado fácil interpretar miserablemente todas sus acciones; así pues, aquella especie de declaracion involuntaria, aquel casto grito de amor escapado

á un corazon quizás de mucho tiempo enamorado, no fueron para mí mas que una anticipacion vergonzosamente calculada.

¿Qué mas podré decir? Cuantas ideas me ocurrieron mientras iba al pabellon, no fueron mas que una espantosa mezcla de egoismo, de amor propio lastimado, de resolucion cruel y de horrible pesar de haber perdido ya aquella ilusion tan querida, sin quedarme siquiera para consolar un dia mi corazon el recuerdo de un primer amor puro y desinteresado....

Cosa es tan horrible como ridícula el confesar que nunca me acudió la idea de que podria suceder tal vez que me equivocase groseramente; que admitiendo aun la posibilidad aparente del mal, es menester admitir la posibilidad del bien; y que por último, á mas del carácter y nobles sentimientos que distinguian á Elena, mil otras circunstancias, mil otros incidentes, podian hacer que fuese su amor cándido y verdadero; y luego, en fin, mi fortuna estando inherente en mí, Elena se veia precisada á amarme rico, porque yo lo era.

Pero no, aquella idea fija y verdaderamente brutal me dominaba de tal manera, que nunca intenté buscar una sola escusa en favor de una persona cuyas sospechas me eran tan amargas.

Largos años han transcurrido desde entonces, y hoy que analizo mi conducta de aquel tiempo á sangre fria, tengo al menos el miserable consuelo de asegurarme á mí mismo que nunca pretendí valerme de aquella fe ciega que tenia en el mal, aunque dispuesto para eludir el cumplimiento de un deber; porque aunque los rumores indicados fuesen absolutamente calumniosos, tenian sin embargo á vista de los extraños todas las apariencias de la realidad, desgraciadamente acreditada tambien por la peligrosa imprudencia de mi conducta; por lo cual era Elena bastante acreedora á la reparacion ofrecida en mi primer impulso: por otra parte, no dejaba de ser una prima mia, y una segunda

hija de mi padre; descubríanse en ella las mas relevantes cualidades, y sobre todo me habia convencido poco antes de que con ella seria el hombre mas felíz. Pero mi conducta cruel para con ella no fue dictada, repito, por uno de aquellos sórdidos instintos que no queremos confesar y que sin embargo nos hacen obrar casi á pesar nuestro.... Mas adelante tal vez hubiera querido engañarme de propósito; pero entonces era demasiado jóven, demasiado confiado en mi incredulidad.... Tampoco he olvidado que lo que me causó una angustia mas atroz, mayor aun que la de suponerme víctima del artificio, fue el desconsuelo de no haber podido inspirar á Elena un amor verdadero.

Llegué por fin al pabellon, donde la encontré que me esperaba sentada junto á la puerta, envuelta en su capa negra y temblando de frio. Al verme, se levanta extendiendo las manos y exclamando con indecible dolor:

— ¡Por fin te veo! ¡ay! ¡cuánto hemos sufrido estos dos dias!

Luego, extrañando sin duda la desabrida expresion de mi fisonomía, añadió:

— ¡Dios mio! ¿qué te aflige Arturo? ¡tú me horrorizas!

Entonces con aquella necia é irónica crueldad propia de los niños ó de la gente feliz que no han sufrido jamás, aparentando ligereza é indiferencia, besé su mano, y al mismo tiempo respondí:

— ¡Cómo horrorizarte! no es esta en verdad la impresion que pensaba causarte en tan halagüeña cita.

El tono burlesco con que pronuncié estas palabras discordaba tanto de mi acostumbrado acento, que en el pavor de Elena, retratado en sus grandes ojos, conocí no me habia comprendido; así es que al cabo de algun rato, dando un suspiro, añadió:

— Arturo, mi madre me lo ha dicho todo.

— ¡Y qué! le respondí con indiferencia, y abrochándole luego el cuello de la capa continué: Ten cuidado no te pe-

netre la humedad.. . podrias resfriarte.

La pobre creia estar soñando.

— ¡Cómo! ¿será posible, volvió á decir juntando las manos con una especie de estupor, no te ha parecido un horror, una infamia?

— ¿Qué importa? si es una falsedad, contesté sin pestañear.

— ¡Qué importa!... ¡Pues qué! ¿no importa que la que ha de llevar tu nombre sea deshonrada antes de ser tu esposa?

A estas palabras de Elena que me parecieron el colmo de la desvergüenza y la prueba fragante de la verdad de mis sospechas; una sed increible de venganza me conmovió el corazon, desaparecieron todos mis escrúpulos, y hoy bendigo la casualidad que detuvo en mis labios las horrorosas palabras que me vinieron á la imaginacion. Felizmente para mí quise continuar la ironía y me contuve.

—Elena, le dije, nuestra conversacion ha de ser grave y seria, ten la bondad de escucharme: tú el candor, la franqueza el *desinterés* personificados, añadí con un acento de mezquina insolencia que no pudo alterarla, tan á cubierto estaba de cualquier sospecha: respóndeme, te ruego, con entera lealtad, pues de ella depende el porvenir de entrambos.

En virtud de cierto instinto del corazon que raras veces nos engaña presintió Elena alguna perfidia de mi parte, porque exclamó llena de angustia: — Vaya, Arturo, alguna cosa extraordinaria te está pasando, nunca te habia visto con este gesto tan duro y glacial: ¡tú me horrorizas! ¿Dime por Dios si en nada te ofendí?

En nada me has ofendido; *pero ya que has de llevar mi nombre puesto que serás mi esposa,* y te agradezco sumamente esta confianza en el porvenir que nos hace honor á entrambos, continué con aquella sonrisa que la aterraba, es menester que contestes á mis preguntas.

—¡Con qué tono, Dios mio, me lo dices, Arturo! yo no

comprendo... ¿qué significa esto? ¿á qué dices que es preciso que conteste?

—Elena, la primera vez que mi presencia ó mi memoria te impresionó, cuando me amastes en fin, cual fué tu objeto?

—¡Mi objeto!.. ¿qué objeto? Repito que no te entiendo, me dijo meneando la cabeza: luego añadió petrificada de asombro: —Vaya Arturo, tú me torturas lentamente: en nombre de tu madre, explícate, sé franco: ¿qué significan todas esas preguntas?

—Pues bien: Vaya, quiero ser tan franco como tú, y mis designios van á ser tan puros y elevados como los tuyos, y me dejaré llevar de toda la viveza de mis impresiones *sin la menor mira*, *sin el menor cálculo*; y como no cabe duda de que tú serás mi esposa, y de que en este momento de felicidad podemos y debemos abrirnos uno á otro el corazon, diré como y porque te amé, pero antes exijo de tí la misma confianza... Esto va á ser un cambio recíproco de confesiones generosas y tiernas de que mi pobre corazon se alegrará en extremo: ¿no te parece bien? la dije con aquel aire de ironía frio y cruel que causaba un daño horrible á la infelíz, aunque no pudiese adivinar las alusiones miserables con que ajaba su amor verdaderamente noble y candoroso.

Ahora que recuerdo á sangre fria aquella escena, me horrorizo al pensar lo que sufria Elena al oirme hablar así por la vez primera: aun la estoy viendo pálida, temblando de frio é inquietud en medio de aquel pabellon rústicamente amueblado, por cuyas ventanas abiertas se dejaba ver la espesa niebla: me ruborizo todavía al contemplarla en presencia de un enemigo prevenido, desconfiado y decidido á interpretarlo todo siniestramente, ante el cual bañada en llanto iba ella á descubrir aquellos tiernos y castos pensamientos que preceden á las declaraciones amorosas, tesoros ignorados del amante, que le revelan mil gozos, mil terrores, mil angustias, que antes no recelaba, á pesar de ser

el mismo su verdadero autor.

Venciendo Elena por último su agitacion: me dijo: —Arturo, nada comprendo de lo que te está pasando; tú quieres que te diga como ha sido que te ame..... Esto es muy sencillo...... añadió anegada en llanto. ¡Dios mio! era muy niña, y ya oia siempre á mi madre hablar de tí y de la soledad en que tu padre te hacia vivir, lejos de las distracciones y placeres de tu edad. Mi primera impresion, pues, con respecto á ti fue suponerte desgraciado y compadecerte; porque apreciaba tu escasez por mi abundancia: no me faltaban compañeras á quienes poder amar; y mi madre, siempre buena y afectuosa, me procuraba todos los placeres de la infancia. En fin, no sé porque me avergonzaba alguna vez de verme tan dichosa sabiendo que tú pasabas una vida la mas triste y retirada; de aquí nació en mi concepto aquella especie de aversion á los juegos de la infancia, que me servian solamente de disgusto al ver que te estaban prohibidos; en una palabra, Arturo, repito que solo porque me parecias digno de compasion me interesé tanto por tí siendo todavía muy niña. Cuando despues saliste á viajar por primera vez, fueron los exagerados riesgos á que te consideraba expuesto los que me hacian temblar por tu seguridad y redoblaban mi estimacion. Era entonces, como te dijo Sofía, el tiempo en que me ocupaba en el convento en celebrar tu fiesta, y rogaba cada dia á Dios por tí.... Mas adelante, cuando murió tu madre.... parecióme que acababan de estrecharse nuestros lazos con aquella horrible pérdida; porque desde aquel momento te miré completamente aislado, infelíz y privado de la única persona en quien habias siempre confiado. En aquella época nos trasladamos á esta quinta.... para vivir con tu padre. Mi madre me decia muchas veces: que este, aunque contigo muy bondadoso, era sin embargo frio y austero... En efecto, parecíame tan grave y melancólico, y te veia á ti tan tímido en su presencia, y luego tan triste y acongojado despues de vuestra conversacion de por la mañana, que te compadecia mas amargamente

aun, y se acrecentaba mi amor en proporcion á tus supuestos padecimientos Por otra parte, á pesar del gran temor que tu padre me infundia, no podia menos de amarle: ¡el pobre sufria tanto!... y además, en el mismo cuidado y atencion que ponia en tus servicios creia darte otra prueba de mi estimacion... En fin, Arturo, cuando tuviste la desgracia de perderle, viéndote solo en el mundo, se me figuró que mi suerte estaba para siempre unida con la tuya, que el destino de toda mi vida habia sido y debia ser el amarte y hacerte felíz, y que por último no tenias otro asilo que el de mi corazon. Nunca me habias dicho que me amases, pero casi lo tenia por seguro, y hubiera dicho que no podia ser de otra manera, y que mi vocacion me llamaba á hacerte el sacrificio de mi vida; así es que cada dia estaba aguardando una declaracion de tu amor; y cuando cansada de esperarla te dije á pesar mio: « *Vamos nada puede enamorarte ¡nunca serás felíz!...* » es que en efecto me parecia que debias ser siempre desgraciado... si no me amabas... ¡á mí que te queria tanto! ¡que me creia tan útil á tu felicidad!... Despues, aquel dia me confesaste tu amor, y ese amor me colmó de felicidad.

Ayer me dió mi madre una gran congoja comunicándome todas aquellas horrorosas calumnias. Como no te veia, me figuré que dividias conmigo este disgusto... Ahí tienes, Arturo, cuanto tengo que decirte; de esta suerte te amé, de esta misma suerte te amo todavía, pero por compasion no quieras atormentarme, sé otra vez lo que antes para mi. ¿Porqué tanta mudanza? di: ¿en qué te ha ofendido Elena?

Mientras duró esta declaracion tan ingenua y natural no perdí de vista á Elena, á quien estaba observando, no ya con el alma enternecida, sino con la siniestra y recelosa desconfianza de un juez hostilmente prevenido. Y aun mas: al ver la firmeza y serenidad angelical con que levantando sus largos y hermosos párpados buscaba tranquila mi vista con la suya, era menester toda la ceguedad de mis recelos para poner en duda todavía la pureza y elevacion de aquel amor.

Mas ¡ah! cuando nos hallamos sojuzgados por una duda tan tenaz, todo cuanto tiende á desvanecerla en nuestra mente, no hace mas que acrecentarla, cualquiera inspiracion nos parece sugerida por la vileza y la perfidia, y tanto mas nos aferramos á nuestras convicciones, cuanto que desprendiéndonos de ellas temeríamos ser víctimas de la decepcion. Entonces se nos presentan las verdades mas sencillas como una falsa y bien tramada combinacion, y hasta los mas involuntarias y elevadas inspiraciones nos parecen otros tantos lazos tendidos con la mayor sangre fria. Con estas consideraciones, y continuando el triste papel que me habia propuesto hacer, respondí: — Muy bien calculado está cuanto acabais de decirme, el enlace y los resultados de las causas y los efectos son verdaderamente prodigiosos; la fábula es en fin muy verosímil... Otro mas necio que yo hubiera caido sin duda en la emboscada.

— ¡La fábula!... ¿Qué fábula? dijo Elena que nada podia adivinar de mis sospechas.

Pero sin contestarla continué: Ya que discurres con tanto acierto, ¿cómo no pudiste concebir que dándome lugar á demostrarte una preferencia tan asidua te comprometias gravemente?

— En nada he pensado, ni tampoco precavido nada, porque te amaba; y además, ¿cómo habia de creer estando segura de tu afecto que pudiera ser censurable tu conducta?

— ¿Siendo así, ya entonces confiarias en mi mano?

Pareciendo no haberme oido, preguntó: — ¿Qué dices, Arturo?

— ¿En este caso añadí con impaciencia, no te cabria duda de que me casaria contigo?

Pero Elena, cada vez mas asombrada, respondió: — Yo no entiendo, Arturo, las preguntas que me haces: reflexiona bien lo que me dices.... ¡Cielos! ¡despues de la declaracion de nuestro amor! ¿he podido por ventura dudar de ti.... de?...

Interrumpiéndose de pronto exclamó: — ¡Ah! no quieras degradarte hasta este punto!

La seguridad de Elena, ó mas bien la excesiva confianza en mi lealtad, de tal manera afectó mi necio orgullo, que tuve el horroroso valor de añadir, aunque con mucha calma y con una angustia tal, que mis labios se pusieron secos y desabridos al pronunciar estas palabras:

— Y en aquellos lindos proyectos de union, que por lo regular no pasarán de ser proyectos.... *¿jamás entró por nada mi fortuna?* No bien hube pronunciado tan terribles palabras, cuando hubiera yo querido sofocarlas á costa de mi vida; porque durante el solo pensamiento de ellas no habia resonado en mi imaginacion con toda la fuerza de su innoble sentido; al contestar empero en alta voz á aquellas manifestaciones tan ingénuas, tan nobles é interesantes que acababa Elena de hacerme, ¡ella, que ya en su niñez me habia querido tanto solo porque me creia desgraciado!... cuando reflexioné, digo, la honda é incurable llaga que acababa de abrir en aquella alma generosa donde principalmente reinaba la altivez, me sentí sobrecogido por los mas espantosos é incurables remordimientos.

Nada ¡ay! me impidió saborear la hiel de mi inconsolable pesar; pues se necesitó mucho tiempo para que Elena pudiese comprenderme.... y mucho mas aun para volver de su estupor despues que me hubo comprendido.

Pero cuando vi asomar á su lindo rostro aquella aterradora expresion de dolor, de indignacion y de desprecio, que la revestia de majestad, y hasta le daba un cierto aire de amenaza, experimenté en el corazon un choque tan violento, que caí cruzando las manos á los pies de Elena, y exclamé: — ¡Perdon!

Mas ella, levantándose, volvió hácia mí su rostro encendido y sus centellantes ojos: y cogiéndome ambas manos, que sacudió con violencia, me dirigió una mirada cuyo implacable desden no olvidaré jamás: entonces repitió con mucha calma.

— ¿Yo pensar en tu fortuna?... ¡yo!! Yo Elena!!!

Hubo en estas palabras *yo Elena!* un acento de elevacion y de arrogancia tan original, que bajé la vista confuso y avergonzado prorumpiendo en amargos sollozos.

Pero levantándose entonces bruscamente, se alejó del pabellon con un aire de notable firmeza y gravedad.

Quedé aterrado.

Parecióme que se enlazaba estrechamente mi porvenir con el mal y el infortunio.

Por esta razon me propuse hablar otra vez á Elena.

## X.

## El contrato nupcial.

En los cuatro primeros dias despues de la escena del pabellon me fue imposible ver á Elena ó á su madre.

Supe únicamente por sus criadas que estaban las dos muy indispuestas.

Horrorosos fueron aquellos dias para mí. Habíanseme abierto los ojos desde el aciago momento en que para siempre quebranté de una manera brutal el tierno y delicado corazon de Elena, y recordaba una por una todas las palabras que entraron en la relacion de su vida, y mejor diré de su amor; cuanto mas analizaba aquellas frases, aquellas expresiones, mas me convencia de la perfecta pureza de sus sentimientos; y me acordaba entonces de las muchas ocasiones en que habia manifestado su puntillosa delicadeza.

Como suele ordinariamente acontecer despues que hemos perdido todo asomo de esperanza, pareciéronme sus cualidades mas raras y relevantes que en toda otra ocasion, y conocí y aprecié con amargura cada uno de los probables momentos de felicidad que acaba de perder. ¿En qué ob-

jeto encontraria nunca reunidas tantas razones para ser dichoso? Belleza, ternura, gracia y elegancia? No era pues extraño que mi pervenir sin Elena me tuviese horrorizado: ni me sentia con bastante valor para vivir una vida solitaria y retirada, ni bastante fuerte para atravesar quizás sin estrellarme las mil escabrosidades de una existencia aventurada y sin objeto: presintiendo todo el ardor de las pasiones, no ignoraba que en mí encontraria los elementos necesarios para su desarrollo y cumplida saciedad; independencia, riquezas y juventud: de consiguiente, ese porvenir que anhelaran tantos otros me acongojaba; era un torrente que atravesaba por delante de mis ojos ignorando su direccion: ¿habia de precipitarme tal vez en un abismo sin fondo? ¿O, colmada mas tarde por ventura la impetuosidad de sus aguas, llegaria á convertirse en una bonancible corriente?

Además, acabando de mostrarme con Elena tan inexorablemente desconfiado, á pesar de mí mismo y de sus nobles y cariñosos sentimientos, ¿como dejaria en adelante de dudar de cualquier otro amor? Así es que no me quedaba el consuelo de gozar siquiera de aquellos raros momentos de confianza y expansion que resplandecen alguna vez en medio de la tempestad de las pasiones. En una palabra horrorizábame, repito, la soledad; y temia sucumbir bajo su peso helado y melancólico. Aun sin esta consideracion, ya el bullicio de la vida me llenaba de terror.... Semejante á la persona que padece una enagenacion mental, contemplaba el abismo en toda su horrorosa extension; y á pesar de esto una atraccion fatal é irresistible me precipitaba en él....

Amedrentado por estos pensamientos, determiné aventurarlo todo á fin de destruir en el corazon de Elena la horrible impresion que sin duda habia de haber causado en él.

A los cinco dias de aquella escena fatal pude entrar en el cuarto de mi tia, la que encontré muy pálida y demudada.

En nuestra larga conferencia la hice una relacion completa de mis horrorosas dudas y de la razon que las habia motivado, de mi crueldad para con Elena, y de su terrible desden luego de haberla manifestado tan sórdidas y miserables sospechas. Pero la hice recordar tambien la influencia á que habia tenido que ceder obrando de una manera tan cruel: la traje á la memoria las dolorosas máximas de mi padre: buscando una escusa en la indeleble impresion que habian dejado en mí: y la presenté como en un cuadro la falsa posicion de Elena con respecto á la sociedad si me negaba su mano; porque aun cuando era cierto que semejantes rumores los habia provocado la calumnia, no por eso dejaban de existir: así pues, postrado á sus pies, é invocando el porvenir de Elena y mio, la supliqué se interpusiera con ella en mi favor.

Enternecióse mi tia, siempre buena y generosa, en vista de mi dolor profundo y verdadero: prometióme hablar á su hija y que trataria de desvanecer su resentimiento y reducirla á aceptar mi mano.

De ningun modo queria Elena admitirme á su presencia.

Al cabo de dos dias vino mi tia á participarme como despues de haber luchado tenazmente con las poderosas prevenciones de su hija contra mí, la habia por fin reducido á que me concediera una entrevista, si bien ignoraba cual seria su última resolucion.

Dirigíme á su cuarto con su madre con una angustia de todo punto inexplicable. Sentíme luego dolorosamente afectado en el momento en que entrando en él, encontré á Elena cubierta de todas las señales de un padecimiento cruel; pero mantenia al mismo tiempo en su semblante la calma fria de la dignidad.

He querido veros, me dijo con un acento enérgico y penetrante, á fin de participaros una desicion que he tomado despues de una larga y madura reflexion. Esme sobre manera sensible tener que hablaros ahora de declaraciones amorosas.... que fueron tan cruelmente interpretadas; pe-

ro me lo debo á mi misma y débolo tambien á mi madre.... Yo os amaba.... segura de que eran nobles y verdaderos los sentimientos que me revelasteis, y confiada en la elevacion de vuestro carácter, mas por instinto, en verdad, que por reflexion me expuse sin recelo á unas relaciones con vos, que por desgracia han parecido á vista de los extraños la prueba de un culpable afecto: con esto, señor, mi reputacion se encuentra ahora indignamente ultrajada.

— ¡ Te juro Elena, exclamé que mi vida!...

É imponiéndome ella silencio, continuó:

— Nadie sino mi madre saldrá en el mundo á defenderme.... y por otra parte, si es sabido que la mas insensata calumnia deja muchas veces impresas sus huellas indelebles, lo es tambien que cimentada sobre graves apariencias destruye y ennegrece para siempre el porvenir.... Hállome de consiguiente, señor, colocada entre el deshonor, sino exijo de vos la sola reparacion capaz de hacer frente á la opinion pública, y la existencia mas horrorosa si acepto esta misma reparacion: porque la duda que manifestasteis y las palabras de que os valisteis hallarán eco eterno en mi agraviado corazon.

— No, Elena, exclamé: los acentos de la mas verdadera ternura, del mas sincero arrepentimiento, bastarán á confundir aquellos sonidos horrorosos, si eres suficientemente generosa para obedecer á una inspiracion que te envia el cielo! Y me arrojé á sus pies.

Haciéndome levantar, continuó con un tono glacial que me laceró el corazon: Ya veis, señor, que del todo indiferente á la opinion de un hombre que ya no aprecio, y tranquila mi conciencia, no tengo inconveniente en que me tengais por codiciosa....

— ¡ Elena!... ¡ Elena!... ¡ por Dios!

— Antes que pasar á los ojos del mundo por infame, añadió, por lo mismo acepto la reparacion que me ofrecisteis.

— ¡ Elena!... ¡ hija mia! dijo su madre abrazándola: Arturo es tambien generoso y bueno: si padeció un extravío, merece que le perdones....

— Entonces animado por un asomo de esperanza, la dije con alegría. Conozco, Elena, que hubieras preferido el deshonor á unirte con un hombre que deberias siempre odiar.... si un secreto instinto no te asegurase que á pesar de un momento de equivocacion horrorosa, no dejará nunca de merecer tu amor.

Meneó Elena su cabeza, y llevada de un recuerdo de indignacion añadió: —No lo creais.... En un momento tan solemne ni debo ni quiero engañaros.... la llaga es incurable: jamás.... jamás olvidaré que un dia me creisteis vil.

— Sí, Elena, lo olvidarás; me lo pronostica el corazon, leo en el porvenir el olvido de lo pasado.

— Repito que jamás lo olvidaré, así pensadlo bien, ahora teneis tiempo.... nada os obliga.... sino el honor; ahora podeis negarme lo que os pido; pero no creais que varie jamás.... os lo repito, una vez por todas.... un abismo separará vuestro corazon del mio.

— ¿Porqué no has de creerme?... créeme dije á Elena, confiado en todo el apoyo de mi ternura, créeme te ruego... ¡no importa! venga tu mano.... tenga yo el derecho de hacerte olvidar los pesares que te he causado: esto es lo que quiero, lo que acepto, lo que te pido arrodillado.

— ¿Vos lo quereis? contextó Elena penetrándome con una indecisa mirada.

— Lo imploro de tí como mi eterna felicidad, el felíz destino de mi vida ... en fin, añadí derramando copiosas lágrimas.... Te lo ruego con el mismo religioso fervor con que pediria á Dios.... la vida de mi madre.

— Concedido, te doy mi mano, respondió Elena extraviando su vista á fin de ocultar la primera impresion que venia á sobresaltarla. . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Era el mas feliz de los hombres.. . demasiado conocia la suspicacia puntillosa de Elena para extrañar ahora sus reconvenciones; la habia tan cruelmente lastimado el corazon, que era muy bien de esperar fuese necesario algun tiempo

para curar aquella herida; y muchos dias, ó mas bien muchos años, de constantes y delicados remedios para cicatrizarla: pero me hallaba tan seguro de mi amor, y era tal la esperanza que me inspiraba el porvenir, que estaba cierto de alcanzarlo. Me constaba la lealtad y grandeza de alma de Elena, y su misma promesa era una prueba en mi concepto de que estaba todavía resentida; pero que me amaba, sin embargo de que analizando mi corazon habia podido convencerse, sin advertirlo tal vez, de que la idea atroz que tan vivamente la afectara no habia sido mas que el eco involuntario de las desoladoras máximas de mi padre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Poco despues salimos para la ciudad de ***, en donde residian Elena y su madre. Nuestras bodas, anunciadas con una especie de solemnidad, fueron aplazadas para dentro de muy poco tiempo, pues habia rogado á Elena me permitiese anticipar aquel felíz instante cuanto fuera compatible con los requisitos necesarios para su celebracion.

Rebosaba mi corazon de amor y de esperanza: cada dia me parecia Elena mas hermosa; veíase en su rostro ordinariamente tierno y apacible, un asomo de melancólica arrogancia que cubria sus facciones todas de la mas digna elevacion: conocia tambien que solo una alma grande y celosa en conservar su propia estimacion podia decidirse á arrostrar con toda la conviccion de su inalterable pureza unas sospechas tan odiosas é indignas de llamar un instante la atencion á un pecho fiel. Animado de estas consideraciones, me dejaba llevar de los mas risueños proyectos de felicidad. La frialdad de Elena para conmigo me era satisfactoria en cierto modo; pues por ella se demostraba el instinto de aquellas almas generosas que sienten tanto mas vivamente las injurias, cuanto mas delicada es su propia sensibilidad.

La cruel incertidumbre de mi suerte, que tanto me aterrára poco antes, estaba convertida en una especie de apacible seguridad: cuantos objetos alcanzaba á descubrir re-

llejaban la brillantez del horizonte mas vivamente iluminado: gozaba entonces de aquella paz interior que habia antes ideado, y por decirlo así experimentado ya en Serval; gozaba digo de aquella vida alegre y sosegada que formaba mi embeleso: además cada victoria que debia alcanzar sobre el resentimiento de Elena me tenia entusiasmado: sentia un vivo placer en figurarme que era preciso volver á principiar como quien dice, á hacerme amar. ¡Con qué gusto me proponia ir poco á poco cerrando aquella funesta llaga! Encontraba tan gran tesoro en mi ternura, cariño y amor, que no me cabia la menor duda de que llegaria á esparcir otra vez sobre su adorable rostro aquella antigua expresion de ingenuidad y confianza, y de que fijaria de nuevo en su divino labio aquella sonrisa inefable de otros tiempos, substituida entonces por el mas grave desden.... de que veria ablandarse por instantes su fiera é inexorable mirada, que de indignada pasaria á ser severa, despues triste, luego melancólica.... benéfica.... tierna.... y que leeria por último en su risueño azul aquella voz bendita: ¡Perdon!. .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A cada paso encontraba nuevos motivos de satisfaccion, y hasta los mas insignificantes y materiales preparativos de nuestro enlace me tenian alegremente entretenido. Por no separarme de Elena, encargé á una amiga de mi madre, mujer de acreditado gusto, me enviase de París lo mas elegante, exquisito y magnífico que pudiese encontrar para el traje de boda.

Acuérdome que fueron llevados á Elena en dos de mis carruajes, mandados venir de Serval para este solo objeto, aquellos hermosos regalos, que le presentó mi administrador: yo habia dispuesto que se verificase aquella especie de ceremonia con gran pompa y majestad: marcharon pues los dos coches, los lacayos y los caballos lujosamente engalanados á paso lento y respetuoso hasta llegar á casa de Elena con grande admiracion de toda la ciudad de***.

Cuando depuestas aquellas maravillas del gusto y de la

suntuosidad en el salon de mi tia, vi que Elena se acercaba, latióme el corazon de gozo y de temor al querer expiar el primer movimiento que haria á vista de aquel presente.

Fue su mirada indiferente, distraida y algo irónica.

Esto me causó por de pronto un daño atroz, y saltó una lágrima á mis ojos: al ver así correspondidos el grande amor y esmero con que, infeliz de mí, me habia ocupado!...

Mas luego despues discurrí que nada mas propio del carácter de Elena que la frialdad con que sabia desdeñar todo aquel lujo. Además de que, ¿cómo podia mostrarse agradecida á tan pomposas dádivas despues de haberle imputado unas miras tan degradantes?

Llegó por fin el dia en que debíamos celebrar el contrato: vióse concurrir un gran número de personas en casa de mi tia con el objeto de presenciar aquel acto, considerado en las provincias como una especie de solemnidad.

Fue preciso esperar un rato en el salon de mi tia á que saliera Elena de su tocador, y mientras aguantaba yo el fastidio de las mas necias felicitaciones, se acercó el notario para preguntarme si queria hacer ó no alguna variacion en el contrato: tan extraña le parecia su redaccion, á lo que contesté negativamente y con bastante impaciencia.

Aquella escritura, cuyo secreto me habia reservado, contenia la cesion de todos mis bienes en favor de Elena; no habiendo dejado de sorprenderme la facilidad con que esta me permitió hacer á mi gusto aquella disposicion; aunque lo atribuí despues á la gran repugnancia con que debia de mirar todo cuanto llevase el nombre de interés.

Entra Elena por último en el salon. Estaba un poco descolorida, y se advertia en ella una ligera agitacion. Me parece verla todavía sencillamente vestida de blanco con un cinturon azul; su magnífico cabello blondo, simplemente prendido detrás de su cabeza, caia en grandes bucles por

ambas mejillas. Nada mas encantador, mas risueño, ni primoroso que aquella repentina aparicion, que pareció cambiar en un instante el aspecto de aquel salon.

Sentóse Elena al lado de su madre, y yo al suyo.

Colocado el notario cerca de nosotros, y haciendo una señal para que callasen, dió principio á la lectura del contrato.

Al llegar al artículo en que transmitia á Elena todos mis haberes, latióme horriblemente el corazon, y confuso y casi avergonzado bajé los ojos por no encontrar los suyos.

Terminóse en fin el artículo.

Sabiéndose que la fortuna de mi tia era muy escasa: esa muestra de desinterés fue acogida con un murmullo aprobador.

Aventuré poco despues una mirada sobre Elena: y tropezando con la suya, no pude menos de estremecerme al verla tan fria.... desdeñosa.... casi perversa.

Concluyóse la lectura del contrato.

En el momento de levantarse el notario para presentar la pluma á Elena á fin de que lo firmase, esta se puso en pie, y con aire y acento graves é imponentes dijo estas palabras:

— Debo declarar ahora, que por una causa que en nada perjudica al honor del conde Arturo, mi primo, me es imposible ser su esposa.

Dirigiéndose luego á mí, me entregó una carta diciendo: Esta carta os explicará el motivo de mi conducta, señor, pues debemos desde ahora separarnos para siempre.

Y saludando á todos, con noble modestia se retiró acompañada de su madre, que participaba del asombro general....

Retiróse la concurrencia.

Fácil es de calcular el ruido que semejante conducta moveria tanto en la ciudad como en toda la provincia.

Encontréme solo en el salon.... faltábame el aliento.

Pasados algunos minutos me decidí á leer la carta de Elena.

Esta es la carta que he procurado siempre conservar.

Ocho años han trascurrido desde entonces: y he sufrido una serie de emociones muy distintas y muy crueles; sin-embargo, experimento todavía un doloroso sentimiento y una especie de furor vengativo cada vez que veo estos renglones en que se halla impreso el mas inexorable desden.

« Despues de los falsos rumores que mancillaron mi re-« putacion, provocados por la ligereza de vuestra conducta « con respecto á mí, necesitaba de una reparacion pública « y estrepitosa: mi objeto está logrado.... quedo satisfecha « Viéndome renunciar por mi propio gusto un enlace tan « ventajoso por lo que hace á mi fortuna, el público creerá « con mucha facilidad que era innecesario á la rehabilita-« cion de mi honor un casamiento que yo misma he rehu-« sado con tanta publicidad.

« Fuisteis muy ciego, muy presumido, ó bien ignorabais « completamente la fuerza de los resentimientos generosos « cuando pudisteis creer ni un momento que no os despre-« cié ya profunda y eternamente desde el instante aquel en « que me aparecisteis bajo una imágen tan sórdida, desde « aquel momento en que me dijisteis á mí.... á Elena, que « os amaba desde su niñez, y que acababa de haceros la mas « ingenua declaracion de su amor: *Elena, tu razonamiento está muy bien calculado; tus declaraciones, tu ternura, tus sentimientos no son mas que una ficcion y una mentira; son un infame artificio, porque tu único móvil es mi fortuna.* Se-« mejante sospecha destruye el mas acendrado afecto. To-« do os lo hubiera perdonado, perfidia, inconstancia, aban-« dono, pues por culpable ó criminal que sea el arrebato « de las pasiones, la palabra *pasion* le sirve de suficiente « escusa; pero esa repugnancia fria, hostil y asquerosa-« mente egoista, que fijando los ojos en su tesoro, descon-« fia hasta de los mas generosos sentimientos no puede « proceder sino de una codicia vil, ó de una vergonzosa « vanidad. Blasfemais, mentís, invocando la memoria de

« vuestro padre.... vuestro padre tuvo la debilidad de creer « en el mal; pero era tambien bastante generoso para obrar « bien. No sois tampoco susceptible de arrepentimiento.... en « vos habló el instinto: vuestra primera impresion fuera « infame, lo demás ha sido efecto de la reflexion y del ru- « bor que os causa vuestra misma indignidad, lo que en « mi concepto es todavía mas degradante, porque prueba « que ni siquiera teneis la estable creencia del mal, ya que « no es el remordimiento sino la vergüenza lo que os aque- « ja despues». . . . . . . . . . . . . . . .

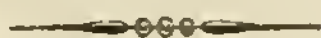
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Jamás podré expresar la confusion, la rabia, el odio, la desesperacion de que me sentí sucesivamente poseido, cuando despues de una burla tan completa vi contenida en aquella carta la mas injusta acusacion: porque, dígase lo que se quiera, mis dudas no eran mas que el efecto de una influencia suprema, siendo la codicia un sentimiento para mí desconocido. Mi quebranto, mi determinado enlace con Elena, á pesar de sus desdenes y la resignacion que le hice de toda mi fortuna no me permitian dudar de mis nobles y generosas inspiraciones.

Al comparar, empero, la ternura con que habia sido amado con el odio profundo que vino á reemplazarla, perdí de tal manera la esperanza, que arrastrado por un espantoso vértigo, me pareció verme entonces resueltamente entregado á mi perdicion, y una congoja horrorosa me hizo exclamar: ¡Elena, has sido implacable conmigo; tal vez tengas algun dia que dar cuenta de una suerte muy fatal!

Tomé aquella misma noche el camino de París, á fin de encontrarme allí en el rigor del invierno, época la mas adecuada para la disipacion que buscaba en medio de una vida bulliciosa y agitada.

# LA SEÑORA MARQUESA DE PEÑAFIEL.



## XI.

### Retratos.

Un año hacia que estaba en París, y ya los serenos dias que habia pasado en Serval al lado de Elena se me presentaban como un sueño, sueño alegre y florido, que formaba un contraste demasiado triste con mis nuevas impresiones para que fijase en ellas con frecuencia mi atencion. Desde entonces, pues, adquirí esta conviccion: que la pretendida *dulzura de los recuerdos* es una mentira: cuando se llora el tiempo pasado, los recuerdos están llenos de amargura, y con esta misma comparacion el presente nos es aun mas odioso.

Abierta una profunda llaga en mi amor y en mi vanidad con el estrepitoso desprecio de Elena, fué mi principal orgullo no creerme desgraciado, con lo que obtuve por lo menos mi completa disipacion. Complacíame al principio en mi libertad, y en hacer mil sueños de oro sobre el uso de esta misma independencia. Procuré luego darme una escusa por el ingrato olvido en que dejaba la memoria de mi padre, olvido que creia recompensado con haber á lo menos piadosamente obedecido á una de sus mudas inspiraciones, escapando de las miras interesadas de Elena. Porque algunas veces buscaba un consuelo miserable, ó mas bien una infame escusa á mi conducta, en otras nuevas é indignas sospechas de aquella noble doncella, que á la sazon habia salido de la provincia para hacer con su madre un viaje en Alemania.

Sin embargo, las amargas reminiscencias de un tiempo pasado fueron de cada dia perdiendo su intensidad, hasta que, como suele constantemente suceder, se borraron casi de mi memoria.

Ignoro si fue el extraordinario embeleso de la vida de París lo que debió acostumbrarme á tender una mirada indiferente sobre unos dias antiguamente tan gratos á mi corazon.

Ni fué mi entrada en París la del recienllegado de su provincia, que en cada objeto encuentra una sorpresa: habia pasado en Londres dos brillantes estaciones, y merced á las antiguas y íntimas relaciones de mi tia con nuestro embajador, relaciones de que se valieron tanto mi padre como su hermana para recomendarme á él durante mi permanencia en aquel país, me ví colocado en medio de la sociedad mas escogida y elevada de Inglaterra. La aristocracia inglesa, arrogante, absoluta y justamente envanecida de su incontestable superioridad de riquezas é influjo sobre todas las aristocracias europeas, la alta sociedad inglesa, repito, es en su primer acceso tan gloriosamente reservada con los extranjeros á quienes admite en su reducida esfera, que una vez desplegado en la admision un ceremonial tan imponente como el suyo, se puede luego respirar libremente en todas partes.

A pesar de esto, en la vida de París, si bien en nada comparable con el esplendor colosal de la existencia de Londres, no falta lo que en Londres y en otra cualquiera parte no hay: un cierto encanto seductor incomprensible, del que no pueden á menudo desprenderse aun las personas mas graves y cautelosas.

No tuve que hacer felizmente en París ese aprendizaje de la vida material, que cuesta á menudo á los extranjeros tanto dinero y tantas desazones. Habia residido mi padre tanto tiempo en aquella capital, que gracias á las tradiciones de familia sobre el *positivismo* de la vida, pude evitar desde el primer dia un sin número de escollos. Así pues,

lejos de buscar un alojamiento muy caro y encajonado en una de esas innumerables y estrepitosas columnas de cinco ó seis pisos, que empiezan por los resplandores de las tiendas y acaban por la miseria de las guardillas, alquilé una hermosa habitacion en las inmediaciones de los campos Eliseos; y haciendo venir mis criados y caballos de Serval, monté la casa bajo un pie en todos conceptos honorífico.

Fui á visitar algunos deudos ó parientes lejanos de mi familia, que me hicieron una brillante acogida: los unos por consideracion al nombre de mi padre; los otros porque teniendo hijas solteras, veian sin duda en mí lo que se llama *un buen partido*; los demás porque me consideraban un medio de habilitar de vez en cuando alguna de sus muchas horas desocupadas; pues sabemos que la obligacion de una nueva visita ha sido siempre reputada por los ociosos como una preciosísima adquisicion.

Cuento entre estos últimos al señor conde Alfredo de Cernay: para el cual un amigo mio de Londres me dió cartas de recomendacion y me hizo algunas advertencias sobre su carácter, muy dignas de crédito, y de cuya exactitud pude cerciorarme por mí mismo.

Haré aquí su descripcion, porque sin ser un hombre de la mas elevada esfera, era el tipo del *hombre de moda* en la mas lata y menos vulgar acepcion de estas palabras; y es de advertir que el *hombre de moda* de nuestros dias tiene una fisonomía muy particular.

El señor de Cernay contaba unos treinta años de edad, y á su hermosa figura reunia un talento algo mas que mediano; era bastante fino é irónico, sin embargo de que afectaba una especie de honradez que le granjeaba la reputacion de *buen compañero*, aunque podia echarse en cara, segun me dieron á entender, ciertas perfidias y algunas murmuraciones bastante inícuas: muy elegante, aunque con visos de original, vestia á su moda, pero con el mayor primor. Estaba muy versado en la equitacion, y se distinguia por la esplendidez y magnificencia de sus carruájes, siendo ade-

más uno de los mas grandes *sportmans*.

Era el señor de Cernay sumamente rico, interesado y no menos entendido en los negocios: carácter particular de las costumbres de la época, que parece (aunque equivocadamente) incompatible con la gracia y la brillantez. El señor de Cernay no conocia la privacion, y su lujo era extremado; pero vigilaba por sí mismo la servidumbre, no consentia ningun gasto que no acarrease al menos un *interés evidente;* especulaba á tiempo, no tenia ningun empacho en citar ante el juez á los colonos morosos, y redactaba él mismo las escrituras de arrendamiento; pues (no se tome por paradoja) habia cursado con mucho secreto el estudio del derecho bajo la direccion de un viejo procurador. Pero es de advertir que aquella experiencia procuraduriense no llegaba á traslucirse en ninguna de las acciones del conde, que muy fino en sus modales, y noble vástago de una excelente y antigua familia, se mantenia tan gran señor como puede desearse en nuestros dias: sin que su cuidado en lo superfluo y la economía en su lujo fuesen en manera alguna perceptibles, sino tal vez á las personas que le hubiesen pedido algun favor, y estas son cabalmente las primeras en ocultar el mal éxito de sus pretensiones.

Nada mas sabio ni mas laudable que este método de vida tan prudentemente cautelosa. Insisto en el recuerdo de una particularidad la mas significativa, porque la creo una consecuencia de nuestra época tan exacta y rigurosamente positiva.

Hoy en dia el arruinarse ya no es moda: el tono ha proscrito hasta las deudas, y nada hay mas ridículo y vergonzoso que esa existencia loca y desordenada que llega á desconocer á menudo la misma delicadeza y honradez, y que sin embargo pudo tan largo tiempo tolerarse como el tipo de la *linda relajacion francesa,* que la vida nómada en fin de esas *lindas malas cabezas y buenos corazones* que teniendo por el contrario excelente cabeza y muy mal corazon, se hacian por lo regular la gente mas odiosa de la sociedad,

Nada tan elegante en nuestros dias como el hablar cada uno de sus bienes, de sus tierras, de las mejoras que en ellas introducen, de los ensayos en la agricultura, de la corta de arbolados y de la hermosura de toda clase de *alumnos* que se crian en sus heredades; en una palabra se convierte como en perfecto *administrador*: y hace muy bien, porque estos eran los que gozaban solos y como dueños absolutos de los restos de magníficas residencias que habian quedado en Francia. Las permanencias en el campo van prolongándose mas y mas, y se nota sobre todo una manifiesta tendencia á vivir en él durante los ocho meses del año para luego pasar el invierno en las sociedades de París.

Era tambien el señor de Cernay (y volveré á mi propósito) muy grande, muy noble y muy sabio jugador, lo que parecerá de pronto estar en abierta contradiccion con los principios de buen régimen que observamos en él. Pero no es así: para la mayor parte de las personas de tono, el juego ha dejado ya de ser un espantoso reto, en que se lidia con la suerte, y un manantial abrasador de terribles emociones; es mas bien una especulacion que un pasatiempo. Tiene cada cual su *bolsa de juego*, á cuya cantidad se sujeta, procurando además hacerla producir cuanto pueda, economizándola, no arriesgándola, y estudiando las reglas y combinaciones del juego con un ardor increible, penetrándose bien de su esencia por medio de un continuo ejercicio y de una profunda y reflexiva atencion en los ensayos que se practican. Lógrase de esta suerte que la *bolsa de juego* en los buenos años reporte un quince ó veinte por ciento á los que juegan con prudencia, tino y serenidad. Por lo demás, desde que se halla reducido el juego á un negocio de exactitud matemática, de interés y, generalmente hablando, de la mayor probidad, las fuerzas de los jugadores están distribuidas con bastante proporcion para que uno pueda exponerse á toda la irritante ansiedad de una jugada de mil doscientos á mil quinientos luíses, sabiendo que hecho el balance al cabo de los malos años de las pérdidas y ganan-

cias se obtiene un resultado casi igual. Nada tan curioso, repito, en nuestra época, como esa lucha singular entre una sabia y serena prevision que atiende al porvenir, y lo ardientes arrebatos del hombre, que puede todavía satisfacerlos en cierta manera por medio de esa especie de seguro calculado contra sus funestos resultados (1).

Sabíase haber tenido el señor de Cernay un gran partido entre las mujeres; pero entrado en años, como él decia, habia creido conveniente, á fin de estar mas libre, mas expedito, y ver mas pronto satisfecho su gusto por lo positivo, carácter distintivo de aquel hombre, habia creido, digo, mas conveniente, tener tambien un bolsillo *amoroso*, que no aumentaba de un ochavo, y que anualmente deponia á los pies de la belleza que anduviese mas en boga en cualquiera de los tres teatros principales.

Dos dias despues de haber mandado mi tarjeta con las cartas de nuestro comun amigo al señor de Cernay, vino este á verme; pero en un momento en que yo no estaba en casa. Volvíle la visita una de las mañanas siguientes. Tenia para sí solo una casa muy preciosa que me pareció el triun-

(1) Como muestra particular de contraposicion á nuestras costumbres, no puedo menos de hacer mérito de una esquela de la princesa de Flemin á la señora de Crequi continuada en las amenas é ilustradas memorias de esa última. — « No quiero deciros, *vos que nada « ignorais*, porque os creo dispensada de esta fortuna, sino *vos que de « todo entendeis*, querida mia, tened la bondad de explicarme una co- « sa que no puedo comprender, y que parece tener relacion con mis « intereses (escusad el motivo). Empezaré por deciros que Mr. de La- « lly está en San German, que la señora de Poix no sabe contestar á « la pregunta que voy á haceros, que sus hijos han salido á caballo, y « que por esta razon me dirijo á vos *dare-dare* desde un extremo de « París. — El caballero Thusy me escribe palabra por palabra lo que « sigue: — *Os aconsejo que andeis con cuidado con el señor Lefévre, pues ha llegado á mi noticia que va á deponer su balance.* (Tened entendido que « ese Lefevre es mi agente de negocios desde que ningun negocio me « ocupa) Pero ¿qué conclusion deberémos sacar de ese aviso del ca- « ballero? — Tened la bondad de decirme lo que significa *deponer su « balance*. La señora de Poix opina que es una especie de metáfora, con « lo que nada tenemos adelantado. »

fo del positivismo junto con la mas elegante sencillez.

Suplicóme su ayuda de cámara tuviese la bondad de aguardar un rato en un salon decorado con hermosas pinturas, que representaban partidas de caza, por Gericault. A los cinco minutos entró el señor de Cernay. A su hermosa presencia, debida al talle, agilidad y elegancia de su cuerpo, acompañaban los ademanes mas finos y agradables.

Hizome una brillante acogida, en la que despues de hablarme mucho de nuestro comun amigo, me hizo los mas amistosos ofrecimientos.

Conocí que me observaba con disimulada atencion. Aunque era un recien llegado en la corte, contaba con la experiencia de mis largos viajes, y mi prolongada permanencia en Inglaterra: así es que ignoraba el conde si debia tratarme como á provincial ó como á hombre familiarizado ya con el gran tono. Sin embargo, lo que en mi concepto le decidió á considerarme definitivamente bajo el segundo aspecto, fue el ligero disgusto que á mi modo de ver le causaria el poco asombro que manifesté en presencia de *su fama* de supremo elegante. Envidiado, instado y adulado por todos en general, le afectó tal vez mi desembarazo ó mi poca confusion.

Confieso que aquella sombra imperceptible, aquel ligero despecho del señor de Cernay, me hizo sonreir.

Propúsome si gustaba acompañarle á tomar el té con dos de sus amigos, y un renegado italiano que servia en el ejército de Mehemet-Alí, hombre muy valiente, que despues de haber pasado por las aventuras mas novelescas, se habia visto obligado, me dijo el conde sin mas explicacion, á asesinar á dos ó tres mujeres y á otros tantos hombres para salir de una posicion *delicada*.

Tan extraña compañía no me causó mas que una mediana sorpresa, pues tenia entendido, que siendo el señor de Cernay muy amigo de toda clase de *leones*, apenas entraba en París un árabe, un persa, un indio, ó cualquier otro extranjero de alguna distincion, cuando cuidaba de que in-

mediatamente le fuese presentado. ¿Seria esto para llamar mas la atencion con esos visibles y raros acólitos, ó lo hacia mas bien, para que su fama de elegante llegase hasta las orillas del Ganges ó del Nilo? Yo no sé, pero lo cierto es que sucedia así.

—¿Quereis quedaros para tomar conmigo el té? me dijo pues el señor de Cernay. A mas de un renegado, tendréis ocasion de ver á un hombre de los mas excéntricos é ideales que se puedan conocer, y luego á otro de los mas necios y estrambóticos: el primero es lord Falmouth, y el segundo Mr. du Pluvier.

—Mucho he oido hablar de lord Falmouth, le dije, y tendria particular gusto en conocerle, pero yo le hacia en este momento en las Indias.

—Un mes hace solamente que ha llegado; tal vez no ignoraréis el modo singular como se decidió á aquel viaje; pero permitidme que os lo cuente. Falmouth es un hombre que se acuesta ordinariamente entre seis y siete de la mañana. Levantóse pues cierto dia, habrá cosa de año y medio, sobre las cuatro de la tarde; y como apenas habia podido conciliar el sueño, se encontraba de muy mal humor; veíase además, á consecuencia del buen éxito de una gran jugada, privado de las emociones que le arrancan de vez en cuando al embotamiento de su monótona existencia; estaba en fin algo mas aburrido y fastidiado que los demás dias. Llama á su ayuda de cámara, y le pregunta que tal está el tiempo. —El tiempo estaba cubierto, sombrío y lluvioso.— ¡Ah! lloviendo siempre! ¡ni un momento de sol! dijo Falmouth haciendo un espantoso bostezo; luego con la mayor serenidad del mundo, añadió: —Di que vayan por caballos. Habidos estos, fueron enganchados á su coche de camino, que tiene siempre á prevencion. Conociendo muy bien el ayuda de cámara las costumbres de su amo, hace preparar su equipaje, y dos horas despues bajaba milord la escalera de su casa, diciendo al portero: Si preguntan por mí, dirás que he marchado á.... y titubeando un momento

entre Constantinopla y Calcuta, se decidió por Calcuta y repitió bostezando otra vez con energía: — Que he marchado á Calcuta.

Llega efectivamente á su destino, pasa allí unos tres meses, y vuelve á presentarse en París con la mayor impasibilidad del mundo, cual si hubiese sido materia de ir solamente á Baden.

— ¿Supongo que lord Falmouth será tambien persona de distincion? dije al conde.

Es un prodigio de inteligencia: á su instruccion poco comun reune una maravillosa experiencia práctica de los hombres y de las cosas; á pesar de sus viajes por las cuatro partes del mundo, y su particular permanencia en las principales cortes de Europa, que visitó como pudiera hacerlo un par de Inglaterra, hijo mayor de uno de los mas grandes señores de los tres reinos, y que disfruta con esperanza de mas una renta de quinientas á seiscientas mil libras, es Falmouth el solo hombre displicente y aburrido que conozca: ha llegado á apurarlo todo, y ya nada le divierte.

— ¿Y Mr. du Pluvier, qué tal es?

— ¡Oh! el señor baron Sebastian du Pluvier, dijo el conde en tono irónico y desdeñoso: Mr. du Pluvier es no sé quien, y acaba de llegar no sé de donde: le trato contra mi gusto. Habrá sin duda bajado de algun castillo de Normandía, con una miseria de veinte ó treinta mil infelices libras de renta, que va neciamente á fundir dentro el infierno de París en dos inviernos. Será uno de eso infelices y pálidos meteóros, que asoman un instante en el inflamado cielo de la gran ciudad, y desaparecen luego para siempre en la sombra y el olvido, escarnecidos por la estrepitosa gritería de los que quedan. Es tambien un excelente trompeta; de modo que cuando se me antoja esparcir algun rumor absurdo ó alguna noticia del otro mundo, no hago mas que *embocar* á Mr. du Pluvier, y al instante produce maravillas. Además, le descuartizo con mis bromas, porque no se contenta con ser necio, sino que es tambien

fatuo y presumido. Es de ver, por ejemplo, el aire misterioso con que le enseña á uno un fárrago de cartas con cifras y sellos de todas clases; y da gusto contemplar como se llega á uno con mucho grancejo diciendo: — ¿Conoce V. la letra de la condesa de?... de la marquesa de?... de la duquesa de?... (porque la voz *señora* le sienta mal al oido). Y en seguida abre mi hombrecito aquellos pliegos, que no son otra cosa mas que una infinidad de pedidos para otros tantos guantes, bailes y loterías, con que le consumen todas l..s señoras, que sabiendo que se lo he presentado por víctima, acuden en tropel y sin ninguna clase de escrúpulo á su extremada complacencia.... lo que le vale ser el muchacho mas filantrópicamente ridículo que pueda darse. Pero oigo rumor, dijo interrumpiéndose Mr. de Cernay: será algun coche: apuesto que viene du Pluvier: vais á ver una cosa que os admirará. Nos asomamos á la ventana, y vimos efectivamente en el zaguan una carretela con un precioso tiro de caballos; pero el coche y guarniciones estaban atestados de adornos de cobre de muy mal gusto, y los lacayos muy engalanados parecian unos pertigueros. Calcúlese cuan ridícula habia de ser tan pomposa y reluciente gala para ir á almorzar con un hombre.

Un momento despues entró Mr. du Pluvier metiendo gran ruido. Era un hombre gordo, hinchado, rechoncho, abotagado, encendido como la grana, rubio, y aun que entrado apenas en los veinte y cinco años, sumamente calvo, de ojos verdes y estúpidos, voz recia y acento muy normando, vestido con la mas ridícula brillantez, todo cubierto de alhajas y enseñando su chaleco de terciopelo y mil otras cosas que no recuerdo.

Presentónos Mr. de Cernay el uno al otro, y no bien hubo pronunciado mi nombre, cuando Mr. du Pluvier exclamó groseramente: — ¡Voto á! en alguna parte os he de haber visto. Chocóme su descortesía, y respondíle que seguramente no me habia cabido aquel placer, porque de otro modo no le hubiera olvidado con tanta facilidad.

No tardaron en anunciar á lord Falmouth, quien vino á pie vestido con la mayor sencillez. Nunca olvidaré la rara impresion que me causó aquel semblante amortiguado, blanco é impasible como el mármol, é iluminado, por decirlo así, por dos ojos negros muy aproximados á la naríz: su grave é irónica sonrisa llamó tambien mi atencion, y me acordé sin saber porqué, y sin que deba hacerse el menor caso de esta observacion pueríl, de la historia del vampiro; porque no hubiera podido encontrar otro cuerpo para aquella fantástica creacion.

Mr. de Cernay me presentó á lord Talmouth, quien contestó por su parte con mucha finura á mis cortesanas demostraciones. Faltaba solamente el renegado italiano, á quien el conde familiarmente llamaba su asesino.

Por último, el ayuda de cámara anunció á Ismael: así se llamaba el renegado.

Era hombre de mediana estatura, de color moreno y de notable robustez: vestia un magnífico traje á la moda de Egipto; y su aspecto algo sombrío no carecia de interés. Siéndole imposible hablar francés, usaba un lenguaje compuesto de voces italianas y de una mezcla de la lengua franca.

Abiertas al instante por el mayordomo de Mr. de Cernay las puertas del comedor, nos fue servido el almuerzo á la inglesa y con suma exactitud: la vajilla era de Mortimer, la porcelana de Vieux Cevres, y el servicio de cristal de Venecia y de Bohemia.

Comió Ismael como una gomia sin hablar palabra, únicamente se le oyó la voz, cuando por no haber visto sobre la mesa mas que té, café y chocolate, pidió arrogantemente que le trajesen vino, y bebió con toda holgura.

Parecióme que le disgustaba á Mr. de Cernay el obstinado silencio de su asesino, á quien por otra parte agasajaba continuamente Mr. du Pluvier, encajándole retumbantes frases de una especie de lenguaje grotesco, sacadas del recibimiento Jourdain, á lo mameluco. Pero poco atento Ismael

á semejantes demostraciones, gruñia de vez en cuando como un oso encadenado, echando al mismo tiempo una torva mirada á Mr. du Pluvier, dándole á conocer que le tenia ya sumamente fastidiado.

En aquel entonces hablaba yo con lord Falmouth sobre una particularidad que me hizo observar por incidencia, y que es en mi concepto muy verdadera: tratábase del lujo exquisito, *recoco*, acaramelado y casi mujeríl, que entonces empezaban muchos jóvenes á desplegar en el interior de sus habitaciones. Reíase mucho de ver que todos aquellos espejos, tan dorados, tan llenos de amorosos emblemas, palomas y guirnaldas de flores, no reflejaban mas que rostros varoniles y bigotudos, que se miraban en ellos con toda ingenuidad en medio de los torbellinos del humo de su cigarro; mientras que por un contraste del gusto menos ingenioso, en vez de buscar un objeto y un interés en toda esa magnificencia, en vez de darla un nuevo realce envolviéndola en el misterio, y procurando no ostentar aquella esplendidez á los indiferentes, se notaba que cuando alguno de esos inexpertos *flamantes*, tenia que esperar con amorosa impaciencia alguna de esas dulces y secretas apariciones que debieran engastarse en un marco formado por todas las maravillas del lujo, iba generalmente á buscar algun sórdido é indecente bodegon en el barrio mas infectado y asqueroso, para pasar en él aquellas horas tan escasas, amenas y encantadoras, únicas que relucen mas adelante en medio de los pálidos recuerdos de la vida. Sentamos por *aforismo* con lord Falmouth que *la habitacion conocida y aparente* del hombre fino y de buen gusto, debe ser el triunfo del positivismo y de la elegante sencillez, y *que la habitacion secreta*, ese diamante oculto de la vida, debe ser el triunfo del lujo mas resplandeciente y exquisito. Concluido el almuerzo pasamos al *fumadero* (el uso tan extendido del cigarro exige esta especie de subdivision de un aposento, el cual estaba rodeado de profundas butacas y anchos divanes, y ofrecia una admirable coleccion de pipas

y tabacos de todas clases, comprendiendo desde el kouka de la India, resplandeciente en oro y pedrería, hasta (perdónese la expresion) la popular *brule geule;* y desde la hoja suave y aromática de la Habana ó de la Atakia, con su color de ámbar, hasta el negro y desabrido tabaco de las administraciones, pues se encuentra uno que otro paladar bastante depravado para buscar su sabor acre y corrosivo.

Invitóme Mr. de Cernay á que asistiera á una corrida de *Gentlemen-Riders* (1), que debia verificarse aquel mismo dia en el campo de Bolonia y para la cual habia sido nombrado juez. Su *leon* Ismael debia acompañarle.

Extremecíme al ver que Mr. du Pluvier me ofrecia un asiento en su carruaje de expendedor de antídotos; pero escapé felizmente de sus garras, pues habia hecho esperar á mi cabriolé. Entonces Mr. du Pluvier llegó de rechazo á lord Falmouth, quien le respondió con imperturbable sangre fria:

—Siento grandemente no poder complaceros, mi querido du Pluvier, porque á este paso me dirijo al Parlamento.

—¿A la cámara de los pares?—Pues bien vamos allá. ¿Qué me importa á mí? mis caballos están hechos á todo.

—Y lo desempeñan á cual mejor, respondió lord Falmouth. Pero voy justamente á Lóndres con gana de decir alguna cosa sobre la cuestion de la India; cuya discusion probablemente se entablará mañana por la tarde, y deseo llegar á tiempo; calculada la salida del vapor, cuento hallarme en Lóndres pasado mañana.

Reíame de esta singular escusa, cuando empezamos á oir el ruido de las campanillas de los caballos de posta, llegando poco despues el coche de camino de lord Falmouth. Mientras salió este del cuarto en que nos hallábamos, para dar algunas órdenes, pregunté á Mr. de Cernay si verdaderamente era cierto que lord Falmouth marchase á Lóndres.

(1) Corrida de caballos empeñada entre personas de tono.

— Marcha en efecto, repuso el conde: á menudo se le antoja querer hablar sobre una cuestion política que le satisface, y que trata siempre con un acierto incontestable; pero tanto aborrece á Lóndres y á toda la Inglaterra, que baja del coche en Westminster, toma asiento, y apenas acaba de hablar, cuando sube otra vez al coche y se vuelve para acá.

Entró lord Falmouth, y despues de manifestarme un afectuoso deseo de que siguiésemos las relaciones que acabábamos de contraer, se metió en el carruaje precedido de su correo.

A las dos se empieza la corrida, me dijo Mr. de Cernay, el tiempo es hermosísimo, encontraré mis caballos en la puerta *Dauphine*, y por si queremos dar luego un paseo por el campo, tomaréis el que os convenga.

— Mil gracias, he mandado tambien anticipadamente los mios. Pero decidme, ¿es cosa interesante esa corrida?

— Demasiado por desgracia. Una carrera de dos millas con tres vallas de á cuatro pies y medio (1), y una barrera de cinco, por remate.

— Imposible, exclamé, el postrer obstáculo una barrera fija de cinco pies! entre cien caballos no se encontrarán dos capaces de asegurar semejante salto despues de una corrida de esa naturaleza; y luego, precisamente ha de estrellarse uno contra la barrera si no llega á salvarla.

— No creais que os lo exagere, repuso el conde dando un ligero suspiro; por lo tanto desearia en el alma no ser juez, ó mas bien testigo, de esa especie de desafío á muerte, que puede muy bien costar la vida á uno de los dos valientes gentlemen (2), por no decir á entrambos; pero de ningun

(1) Que equivalen á unos cinco pies y cuatro pulgadas castellanas.

(2) Esta palabra *Gentlemen*, que no significa *gentilhombre* en la acepcion aristocrática, sino hombre perfectamente bien admirado y admitido entre las mejores sociedades, sea la que se quiera la clase á que pertenezca, convendria tal vez introducirla en la lengua francesa, co-

modo he podido abstenerme de tan sensibles funciones.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— ¡Oh! es una verdadera novela, y un secreto tan triste como increible, que ya puedo confiaros en este momento, que por mas que nadie lo pueda ni siquiera recelar, por las razones que han intervenido; sin embargo, al ver dentro de una hora el último y terrible obstáculo que convierte esa corrida, empeñada bajo un frívolo pretexto, en una especie de reto entre ambos interesados; fácilmente adivinará cualquiera la causa y el objeto de ella.

Procuraba yo estudiar las miradas de Mr. de Cernay para saber si hablaba con toda seriedad; y confieso no haber podido conocer que se chanceara: tan convencido parecia estar de todo cuanto me decia.

El motivo, pues, añadió, de esa aventura, verdaderamente extraordinaria, debe atribuirse á una de las mas lindas mujeres de París, la señora marquesa de Peñafiel, la cual entre la turba de sus cortesanos, cuenta en particular á dos rivales, cuyos obsequios á la señora, conocidos, ó por mejor decir adivinados, dieron márgen á que se trabara entre ellos una acalorada contienda, en la que se disputaban la preferencia de un homenaje perjudicial á entrambos, sin ser provechoso á ninguno: demasiado elegantes para batirse por una mujer á quien aman, por razon del grave compromiso en que fuera á ponerla la publicidad de un desafío, y para evitar ese inconveniente obteniendo el mismo resultado, acudieron á ese reto á muerte.... en el que acompañan circunstancias absolutamente iguales; pues montan ambos á cual mejor, y tienen excelentes caballos: en cuanto al resultado mas probable, vemos por desgracia que no admite duda; porque si bien es verdad que despues de una

mo se ha hecho con tantas otras expresiones inglesas. En nuestra época en que se niega toda superioridad á la cuna y á las riquezas, para que solamente reine la *superioridad de la educacion y de la posicion*, es extraño nos falte una voz que exprese la reunion de estas ventajas.

corrida de dos millas y de saltar tres vallas, podia salvar todavía un caballo una barrera fija de cinco pies; vemos empero que es casi materialmente imposible le quepa á otro á un mismo tiempo una suerte tan prodigiosa.... Así no hay duda que ha de ser coronada esta corrida con algun funesto accidente..... Si no fuera así, ambos rivales deben volver mas tarde á comenzarla, como se vuelve á un desafío en que se dispararon infructuosamente el uno y otro tiro.

Era una cosa aquella tan extraña para mí, y tan poco conforme con la época, aunque no fuera en rigor absolutamente inverosímil ni imposible, que me tenia lleno del mayor asombro. —Y la señora de Peñafiel, pregunté á Mr. de Cernay, ¿está enterada de la lucha fatal que ha motivado?

—Por supuesto que lo está: y digo tambien, con lo que podréis formaros ya una idea de su carácter, que irá probablemente á presenciarla.

—Si tal hace, contesté con una sonrisa de notable incredulidad, le parecerá á la señora que va á asistir á un espectáculo tan sencillo como los sangrientos combates de los toreros de su país; pues así por su nombre como por su falta de respeto á nuestras costumbres, preciso es que sea esta salvaje marquesa alguna amazona española de la antigua raza, una de esas mozas de tez morena de Xerez ó de Vejer que llevan su cuchillo prendido en la liga.

Mr de Cernay no pudo menos de soltar una carcajada diciendo: — Nada menos que esto. La señora de Peñafiel es francesa, de París, y parisiense en toda la extension de la palabra; es tambien muy gran señora y enlazada con las mejores familias de Francia, su difunto marido, el marqués de Peñafiel, era español.

—Vamos, dije al conde, riendo tambien, es que teneis efectivamente un empeño en prestar un interés tan romántico, tan fantástico á una corrida en que sois juez, que arrastrariais á todo París....

—Pero no, hablo formalmente.

—Pues formalmente tambien os diré, que si comprendo muy bien que una mujer no sea capaz de desviar á dos amantes de tan peligroso propósito, no concebiré jamás que una señora de tono vaya á presenciar un desafío que ella misma ha provocado: esto es exponerse á la crítica, ó mejor al desprecio general.

—Es de advertir ante todo que la señora de Peñafiel suele dar poca importancia al *que dirán*, y que todo el mundo menos ella ignora la causa de esta especie de reto.

—Pero, aun suponiendo que no crea llegue á traslucirse jamás, sean las que fueren sus consecuencias, no por eso faltará la presuncion de su fria y abominable crueldad.

—¡Oh! su corazon es verdaderamente un exceso de endurecimiento, lo que es todavía mas extraño en una mujer de veinte y cinco años y de una belleza angelical como la suya.

—¿Y porqué no habeis disuadido á esos intrépidos galanes de tan peligroso desafío? Porque, si su objeto es conocido, como presumís, toda su delicada generosidad será doblemente infructuosa.

—Primeramente, me dijo el conde, porque no debiéndoles á ellos el conocimiento del secreto, que he descubierto por una extraña casualidad, no podia exponerme á hacerles la menor indicacion sobre una particularidad de que no me creen sabedor; y por otra parte, insistir mucho en los riesgos de una corrida fuera en cierto modo poner en duda su valor, para lo que ningun derecho me asistia: pero si me hubiesen antes consultado, yo les hubiera dicho que obraban sin juicio, porque en vista de una corrida tan peligrosa nadie podria creer que fuese el verdadero objeto de ella, como nos dan á entender, una apuesta de doscientos luíses. Nadie pone su vida en riesgo tan manifiesto por doscientos luíses, mayormente en la posicion de fortuna en que se encuentran los dos; que por la misma razon, indagado el motivo oculto de aquel desafío, muy fácilmente podria llegar á descubrirse la verdad... y que semejante aclaracion habia de

perjudicar terriblemente á la señora de Peñafiel.

— ¿Y es positivo que ha fijado la marquesa el afecto de esos caballeros?

— Muy positivo, ó por lo menos esta es la opinion comun; y lo que principalmente me induce á creerlo, segun lo muy conocida que tengo á esa señora, es la afectada indiferencia con que acostumbra tratarles; pues sabe ser en muchas cosas muy singular y profundamente disimulada.

Habia en todo lo que me decia Mr. de Cernay una tan rara mezcla de verosimilitud y singularidad, que no podia decidirme á dar ó no á sus palabras un entero crédito.

— Es preciso, le dije, que afirmeis con tanta seriedad cuanto acabais de manifestarme, solo con el objeto de que tenga á la señora de Peñafiel por señora de tono... ¿Cuáles son pues sus relaciones?

— Pertenecen todas en ambos sexos á la mas encumbrada sociedad; habita uno de los mas hermosos palacios de París; su fortuna es colosal; su trato verdaderamente regio, y su salon da la ley en materia de ingenio y bellas letras: eso no basta, sin embargo, para impedir que la señora de Peñafiel merezca ser generalmente aborrecida.

— Prescindiendo de todo esto, ¿qué clase de mujer es? ¿es por ventura literata?

— Lo es en cuanto cabe; pero su ingenio es único y muy mordaz: es tambien desdeñosa, voluble, déspota en extremo, y acostumbrada á verlo todo doblegarse en su presencia; porque hay á veces ciertas posiciones muy elevadas, á cuyo influjo cedemos á pesar nuestro. Es por demás añadir que el coquetismo de la marquesa no respeta los límites de lo posible.... y para conocerla de una vez, bastará decir que muestra de la manera mas ridícula su vanidosa inclinacion... ¡cosa rara! á las ciencias profundas y abstractas, á las artes, y no sé que mas. ¡Oh! mujer es esta, á fe mia, singular, hechicera y ridícula.... Como amigo que soy suyo, me ofreceria desde luego á presentaros en su casa, con tal de que tuvieseis por sabido que no excede la

curiosidad de conocerla al riesgo que despues se os pudiera seguir de haberla conocido; pero es tan rara y fantástica, que cualquier chasco es de temer; pues rehusa hoy lo que apetece mañana... Sin embargo, si vos quereis, podrémos ensayarlo.

— Pero el tiempo urge, dijo el conde mirando en un reloj de sobremesa: son las dos, hora de aprontar los carruajes, y tiró en seguida del cordon de la campanilla.

Salimos: avanzó primero la mirabolífica carretela de Mr. du Pluvier, que equivocando el estribo hizo en ella la entrada mas triunfal.

Parecióme distinguir en el rostro de Mr. de Cernay un asomo de nueva curiosidad, originada en mi concepto del deseo de ver si me mostraria digno por mis caballos cuando menos de gravitar al rededor de su brillante planeta.

La inteligente mirada del conde pudo cebarse pronto en mi sencillísimo cabriolé. Y en las preciosas proporciones de su gran caballo castaño, cuyos movimientos eran casi idénticos á los del famoso *Conventry* (1).

— ¡Demonio! eso está á pedir de boca; y á fe que estoy viendo en vuestro coche al mas hermoso caballo de París! exclamó de Cernay con un aire de aprobacion que me pareció acompañado de un ligero movimiento de envidia.

Desde aquel momento quedó plenamente acreditado el alto concepto en que me tenia el conde, á cuyo coche, que avanzó en seguida, subió Ismael para ocupar su asiento.

Difícil seria describir la elegancia y ligereza de aquel delicioso carruaje verdegay, forrado de blanco, y el conjunto y *ramillete* de su hermoso tiro, compuesto de un caballo tordo y otro alazan de mediano cuerpo. Presentaba un aspecto delicioso: en el que entraban hasta los dos libreas que, iguales en estatura y vestidos de un mismo modo, fueron ligeramente á ocupar su respectivo asiento. Esta fué la pri-

(1) Caballo de tiro que compró por mil luises en Londres lord Chesterfield.

mera vez que ví cortada la crin á los caballos, lo que pegaba muy bien en los del conde, cuyo cuello carnoso, nervudo y ligeramente atrevido, habia sido heredado de una noble raza.

Dirigîmonos al campo destinado para la corrida.

## XII.

## Los Gentlemen Riders.

Falso ó verdadero, cuanto acababa de contarme de Cernay excitó tan vivamente mi curiosidad, que ardia en impaciencia por llegar al sitio convenido.

Entramos finalmente en el campo de Boloña en una hermosa tarde de febrero. El sol velaba en parte con su brillo el despejado azul del firmamento; el aire, puro y penetrante sin ser demasiado frio, avivaba en cierto modo las fisonomías de las mujeres que pasaban en carretelas descubiertas dirigiéndose al punto señalado para término de aquella carrera.

Detuvímonos en la puerta *Dauphine* para montar á caballo: el mio fué inspeccionado otra vez por el señor de Cernay, quien acabó de confirmarse en la alta opinion que de mí tenia concebida: este nuevo triunfo dejó completamente satisfecha mi vanidad.

Sus caballos, como todo lo demás que le pertenecia, erar de una rara perfeccion.

Dióme el señor du Pluvier el último ejemplo de la conviccion que tenia yo adquirida desde mucho tiempo, sobre ser indudable que existe cierta clase de hombres cuya missma organizacion podria decirse que les tiene condenados á ser víctimas de toda clase de ridiculeces: así es que, apenas estuvo du Pluvier sobre su caballo, cuando echó este á correr á escape. Nosotros, que le creíamos á nuestra espalda

nos sorprendimos sobremanera al ver que nos pasaba por delante rápidamente con la velocidad del rayo. Íbamos siguiéndole con la vista, cuando advertimos que al tiempo de embestir por una de las calles de árboles transversales, hizo su caballo un movimiento tan brusco, que se le fue el sombrero al infelíz ginete y desapareció de nuestra vista.

Divertidos con aquella mala aventura, llegamos junto á la terrible meta. Olvidaba decir que deseando de Cernay se viera en su *leon* una figura graciosamente estudiada, le habia ofrecido un precioso caballo árabe negro que tenia casualmente en la cuadra, el cual fué aceptado por Ismael, cuya figura varoníl y bien caracterizada, junto con un traje extraño y resplandeciente servian de realce á la elegancia enteramente francesa del señor de Cernay.

Apenas estuvimos en la meta, cuando apeándome del caballo, me junté con los aficionados á corridas, entre los cuales encontré muchas personas conocidas.

Ví entonces el espantoso obstáculo que quedaba por vencer, despues de corridas las dos millas y salvadas las tres vallas.

Presentémonos á la vista un madero levantado cinco pies del suelo, y afianzado horizontalmente sobre dos potros perpendiculares, imitando las barreras que se encuentran en las calles de árboles.

En vista de aquel espectáculo, todos los detalles que me tenia dados Mr. de Cernay sobre aquel desafío me explicaron por lo menos, á pesar de su extrañeza y poca conformidad con nuestras costumbres, el motivo porque los dos jóvenes iban á exponerse á un peligro tan manifiesto.

Una numerosa multitud estaba agolpada en torno de aquella barrera fatal, y su asombro igualaba al mio.

Preguntábanse todos porque dos hombres ricos, elegantes y en la flor de su edad, arriesgaban tan temerariamente su existencia; y anhelaban saber si por lo menos una apuesta muy considerable podria en cierta manera haber provocado tan loca intrepidez; pero esto no podia resolverse por la

módica cantidad de doscientos luises.

Despues de vagas y repetidas conjeturas, algunos espectadores, enterados de los rumores que circulaban, fuese á favor de sus propias reflexiones, ó que se hallasen orientados por alguna expresion soltada involuntariamente por de Cernay, llegaron á interpretar aquel desafío á muerte de la manera misma que habia hecho el conde.

Divulgóse en un instante aquella hipótesis por toda la generalidad de los concurrentes, primeramente porque lisonjeaba á la murmuracion, y en segundo lugar porque tanto en las cosas del menor interés, como en las de la mayor importancia, cualquiera explicacion que tienda á descifrar un enigma larga é infructuosamente estudiado acostumbra hallar muy pronta y favorable acogida.

Oíanse pues de uno y otro lado las siguientes exclamaciones:—¿Es posible?— Sabido eso no ofrece dificultad.—¡Pero vaya una locura! — ¡Qué temeridad! ¡Por una mujer tan desdeñosa, tan coqueta! —Se pinta sola para provocar unos lances tan arriesgados. — ¡Demonio de la marquesa! ¿quién no se enfurece?—Cosa es esta verdaderamente increible, etc., etc., etc.

No habiendo tenido tiempo para informarme con Mr. de Cernay del carácter y demas circunstancias que acompañaban á los personajes de aquella escena tan extraordinaria, y acabando de descubrir á sir Enrique*** valiente *sportman* (1) y muy conocido mio, quien podia sin duda ponerme al corriente de todo, aproveché el momento en que la concurrencia daba rienda suelta á su justa indignacion contra la señora de Peñafiel, para acercarme á él diciendo:

— ¡Pues señor! ¡no será necesario poco nervio para una

(1) En una época como la nuestra en que parece cundir tanto el gusto por la equitacion y demás ejercicios gimnásticos, ¿no podríamos tomar del idioma inglés la palabra *sportman*, ya que significa el hombre aficionado á los caballos, corridas, cacería y otros placeres semejantes, así como el adjetivo *sport* expresa el conjunto de dichos ejercicios?

corrida como esa! ¿Sabréis decirme quien es el *predilecto* (1)?

— Está la pareja tan equilibrada, contestó mi amigo que no me atrevo á decidir; entrambos caballos son de la mejor casta: *Beverley* uno de ellos, de *Gustavus* y *Cibeles*; *Captain-Morave*, que es el otro, de *Camel* y *Vengererers*: los dos han hecho brillantísimas cazas en Inglaterra durante las dos últimas estaciones; y los *Gentlemen Riders* que deben montarlos, el baron de Merteuil y el marqués de Senneterre, se han granjeado aun entre la flor de los aficionados de Melton (2) una gloriosa reputacion; pues oí decir que no ceden en intrepidez al mismo capitan Beacher (3), que acabó de romperse un año ha el último miembro sano que le quedaba (el antebrazo izquierdo) en la *steeple-chase* (4) de Saint-Albans: considérese si se necesita una temeridad bien disparatada para acometer semejantes riesgos. He visto muchas corridas y asistido á muchas cazas y *steeple-chases* en Irlanda, donde las vallas están reemplazadas por unos muros de tres ó cuatro pies de altura á lo mas; pero jamás he presenciado una cosa tan terrible como esa barrera, dijo sir Enrique*** volviéndose hácia el lugar en que estaba fija.

Iban continuamente llegando nuevos carruajes, y aumentándose el número de los espectadores, que dividiéndose en dos grupos muy distintos, formaba el uno la innumerable mayoría, que extraña á los rumores divulgados y á

(1) Llámase así al caballo que presenta mas indicios de ganar.

(2) Lugar regularmente frecuentado por los mas valientes cazadores de Inglaterra.

(3) El capitan Beacher divide su reputacion con el señor marqués de Clanricarde, lord Tersey, M. Osbadiston y otros honoríficos Gentlemen.

(4) Llámase así la corrida de caballo que dan los ingleses, principalmente en Irlanda en algun terreno lleno de barrancos, cercas, pantanos y toda especie de escabrosidades, que deben atravesar á medida que se van ofreciendo á su carrera, sin que puedan desviarse de la linea recta que han trazado con la vista á favor de algun punto culminante que les sirve de direccion.

las circunstancias de la corrida, consideraba aquella lucha como una diversion, una especie de espectáculo cuyo peligro no recelaban.

Menos numeroso el otro, é instruido del encubierto motivo que servia de medio para la interpretacion del desafío, diese ó no crédito á aquella suposicion, comprendia por lo menos el espantoso peligro que iban á arrostrar los dos *Gentlemen Riders*.

Pero es preciso confesar que todos los espectadores, y en particular los últimos que he mencionado, esperaban el momento de la lucha con una impaciencia de que yo mismo participaba, aunque con una especie de vergonzoso remordimiento.

Muy pronto ví acercarse á la meta toda aquella multitud.

Los señores de Senneterre y de Merteuil, acababan de bajar del coche para montar sus respectivos caballos y constituirse en el punto de partida.

Mr. de Merteuil, jóven de unos veinte y cinco años de edad, y de figura sumamente esbelta é interesante, afectaba, á pesar de la imperceptible palidez de su risueño semblante, mucha calma y serenidad: llevaba una chaqueta de seda, una mitad blanca y la otra negra, con casquete del mismo color; un calzon corto de ante, y unas botas con campanas completaban su traje. Montaba á *Captain-Morave*.

*Captain-Morave*, precioso caballo bayo, era una suerte de animal tan admirable, que al través de su piel fina, suave y reluciente como la seda, pudiera muy bien haberse visto correr la sangre de sus hinchadas venas, y tan desembarazada estaba su maciza y nervuda carne de todo exceso de gordura, que no podia menos de notarse la cumplida demarcacion de su vigorosa musculatura.

Detúvose un rato Mr. de Merteuil en la calle barrera para hablar á de Cernay.

Mr. de Senneterre, cuyo caballo, mas frio al parecer, no necesitaba del galope de un cuarto de milla que de Mer-

teuil iba á dar al suyo para dirigirse al punto de partida, Mr. de Senneterre, repito, mientras iba á encontrar á Beverley, montaba un hermoso jaco pio, extrañamente señalado de negro y blanco: descubríase una chaqueta de seda carmesí por debajo de la larga levita de ese gentlemen, cuya hermosa presencia se diferenciaba muy poco de la de Merteuil. Acercóse á su rival con la sonrisa en los labios, y tendiéndole la mano, se la estrechó este con suma afectuosidad, á lo menos en apariencia; disimulo que probó en mi concepto, un gusto muy fino y atinado en la respectiva posicion en que se hallaban. Áquellos dos arrogantes mozos excitaban en todos los espectadores un interés profundo, originado del grave peligro que con tanta indiferencia iban á arrostrar: pues cualquiera que sea en realidad el objeto de la intrepidez, vemos que se hace siempre admirar. Reparé tambien que un hombre cano y de grave aspecto se acercó á Mr. de Merteuil con el probable objeto de hacerle algunas poderosas observaciones acerca del manifiesto riesgo de aquella corrida. Ningun resultado produjeron sus amonestaciones; sin embargo de que fuesen recibidas con excesivo agrado; porque en presencia de tan gran número de personas que tenian puesta su atencion sobre de Merteuil y de Senneterre, cualquiera que fuese el verdadero motivo de su contienda, les era ya por desgracia indispensable no dar indicio alguno de que retrocedian delante del peligro.

Fue necesario en fin, que se constituyesen ambos en el punto de partida, á donde les acompañó un amigo de M. de Cernay, para, en vista de su debida situacion y apercibimiento, darles la señal.

Aumentaba la curiosidad á proporcion que iba acercándose el momento en que debia verse satisfecha.

Moviose un repentino alboroto, y volviendo la cabeza, ví á du Pluvier, que sin el sombrero, todo descabellado, caido el cuerpo hácia atrás, tendidas convulsivamente las piernas por delante, y haciendo los mayores esfuerzos para

enderezarse, continuaba siendo arrastrado por su caballo, que atravesó la barrera como una flecha por entre la multitud y desapareció al instante por una de las antiguas calles de árboles en medio de la confusa gritería de los concurrentes.

Terminado aquel divertido episodio, un nuevo objeto vino á llamar mi atencion.

Acercábase lentamente una hermosa carretela color de naranja, ligeramente mecida por el trote fiero y acompasado de dos magníficos caballos negros, cuya talla sumamente elevada daba aun mayor realce á la perfeccion de su escogida raza: los escudos incrustados y los adornos de plata de los arreos reflejaban vivamente la luz del sol; y sobre la ancha colgadura azul del pescante, de color idéntico al de las libreas con cuello anaranjado, se notaban dos escudos ricamente bordados de seda de diferentes colores, y superados de una dorada corona de marqués. En el momento mismo en que mi curiosa mirada penetraba en el interior del carruaje, se acercó de Cernay á toda prisa, y me dijo:

— Estaba muy seguro de ello: aquí teneis á la señora de Peñafiel. ¡Qué infamia!

Y sin darme tiempo de responderle, se dirigió á caballo hácia la portezuela de aquel coche, al rededor del cual se iban agrupando muchos conocidos de la señora de Peñafiel, que alargando la extremidad de su mano á de Cernay, pareció recibirle con una afabilidad un tanto distraida, mientras se mostraba el conde por el contrario sumamente verboso y jovial.

Volví á mirar dentro del coche, y esta vez pude distinguir perfectamente á la señora de Peñafiel.

Por entre el medio velo de blonda, desprendido de un sencillo sombrerito de color de malva, descubrí un rostro muy fino, pálido y amortiguado de un ovalado perfecto y de una blancura casi mate. Extendíanse noblemente sus bien arqueadas cejas por encima de la órbita de sus grandes ojos

que aunque medio cerrados, eran de un color gris tornasolado parecido al iris: su frente lisa, pulida y proeminente, estaba ceñida por dos cintas de cabello castaño claro y muy dorado, parecido al de algunas figuras del Ticiano: su naríz, pequeña y bien formada, era tal vez demasiado aguileña: su boca de púrpura era un poco grande; pero sus delgadísimos labios estaban tan desdeñosamente cerrados, que bastaba esta sola circunstancia para dar á aquel hermoso semblante un aire fastidiado, sardónico y despreciador: la indolente postura en fin de la señora de Peñafiel en el interior de su carroza, en la cual se la veia enteramente recostada y bien envuelta en su negro manto de casimír, completaba la imágen de la languidez é indiferencia.

Mientras estaba analizando la fisonomía de la marquesa, poco atenta en aquella ocasion á lo que la decia de Cernay, víla volver repentinamente la cabeza hácia el lado opuesto al en que estaba el conde. Animáronse sus pálidas facciones, é inclinándose á Mr. de Cernay, pareció preguntarle el nombre de alguna persona, que ella misma le indicó con la vista y con aire de curiosidad bastante viva.

Quise seguir la direccion de sus ojos, y tropecé en Ismael.... cuyo caballo se encabritaba con impaciencia, al mismo tiempo que el renegado lo montaba con prodigiosa destreza. Las largas mangas de su traje encarnado y color de oro se agitaban en el aire; su turbante blanco realzaba la tez morena de su rostro, y frunciendo sus negras cejas, espoleaba á su caballo con la punta de un morisco acicate: en una palabra, la belleza de Ismael en aquel entonces era verdaderamente salvaje y poderosa.

Volviendo la cabeza, ví á la señora de Peñafiel, poco antes tan indolente, que seguia con notable inquietud los movimientos del renegado.

En aquel intermedio se empinó tan bruscamente el caballo, que estuvo á pique de estrellarle contra el suelo.

Recogióse la marquesa en el interior del coche, ocultando el rostro entre sus manos y afectando gran temor.

Aquietado el caballo de Ismael, volvieron á serenarse las alteradas facciones de la señora de Peñafiel, que de nuevo quedó sumergida en su aparente indiferencia.

En los cinco minutos que pudo durar aquella escena sentí muy desagradables impresiones: no hay duda que en distinta ocasion nada me hubiera parecido tan natural como aquella curiosidad que la marquesa no pudo menos de demostrar luego que reparó en Ismael, cuyo traje pintoresco y reluciente era capaz de atraerse todas las miradas: nada tambien mas regular que ese temor que la sobrecogió al verle casi tumbado debajo de su caballo; pero lo mas extraño é inexplicable para mí era su mucha sensibilidad por un hombre desconocido, junto con aquella dureza de corazon que la permitia asistir á un desafío mortal, cuyo resultado podia costar la vida á uno de sus dos amantes.

Una vez aquietado el caballo de Ismael, volvió la señora de Peñafiel, como decia, á recogerse en el interior del coche con su aire de fastidio y dejadez: hizo un ligero movimiento de cabeza para saludar á de Cernay, y levantó los cristales, por razon sin duda del frio, que iba siendo mas punzante.

Agolpáronse en este momento al campo de la lucha varias gentes á caballo y gritando:

— ¡ Allá van !

Inmediatamente acudió á la meta de Cernay, y circulando por la asamblea un confuso murmullo de ardiente curiosidad, se despejó la gente, dejando un trecho libre delante de la terrible barrera que se levantaba sobre un piso duro y pedregoso; mientras se acercaban á aquellas fúnebres angarillas dos cirujanos, mandados á prevencion como indispensable accesorio de todas las corridas.

El que alguna vez ha sido agitado por las mil vanidades de la posesion, por el amor excesivo que uno tiene á su caballo, por el orgullo de verle sobresalir, por el temor ó la esperanza de perder ó de ganar una considerable apuesta, fácilmente comprenderá el desalado interés con que asis-

ten algunos espectadores á una corrida de caballos.

Pero tan grande era en aquella ocasion el riesgo que arrostraban los dos *gentlemen,* que entusiasmados los ánimos en general, todo el mundo se sentia movido del mas vivo y extraordinario interés. Tengo presente que por cierto viso de delicadeza, que distingue hoy dia y distinguirá eternamente la culta sociedad, ninguna apuesta se habia atravesado entre las personas finas que asistieron á la corrida; pues pudiendo tener esta un éxito tan fatal, era muy repugnante interesarse en otra cosa que en la suerte de aquellos dos intrépidos adalides, á quienes todos conocian.

Esperábase con impaciencia el momento en que se les pudiera distinguir; y mientras no se avistaban, tenia la gente encarados los catalejos hácia la calle del centro.

Un grito general anunció por último la llegada de los dos ginetes.

Distinguiéronse en el punto culminante de la calle, que encogidos sobre su silla, se acercaban á la primera valla.... y entrambos la salvaron.

Con igual ligereza recorrieron el espacio que mediaba entre el primero y segundo obstáculo.

Viéronse otra vez las dos cabezas de caballo elevarse sobre la segunda valla, que uno y otro salvaron con noble maestría.... á un mismo tiempo tambien.

Era una magnífica corrida.... los aplausos retronaron en el espacio, sin embargo de que reinaba una dolorosa opresion.

En la tercera valla el señor de Merteuil pareció llevar la delantera; pero vencido el riesgo, volvió de Senneterre á recuperar su puesto: viéronse entonces llegar juntos los dos ginetes con increible rapidez á la última y terrible barrera.

Me habia colocado en la contracalle, algo mas abajo de la meta, á fin de examinar á mi gusto la fisonomía de los dos rivales.

Oyóse retemblar el suelo sordamente debajo del precipi-

tado bamboleo del galope.... Pasáronme por delante juntos todavía y con suma prontitud de Senneterre y de Merteuil: una imperceptible humedad parecia empañar el vivo reflejo del manto de sus caballos, que hinchadas las narices, dando agudos relinchos, la barriga al suelo y con la cola y orejas encogidas, barrian la tierra con maravillosa velocidad.

Pálidos los dos ginetes é inclinados sobre el cuello de su caballo, le tenian asido por la cruz, mientras que lo estrechaban entre sus rodillas vigorosas con una fuerza casi convulsiva. Cuando me pasaron por delante estaban á unos diez pasos de la barrera. El señor de Merteuil dió un fuerte latigazo á su caballo y le hirió con entrambas espuelas para que mejor asegurase el salto.

Lanzóse efectivamente el intrépido caballo con mas prontitud que su rival, quien con este motivo quedó algunos pasos atrás; pero sea que le abandonasen sus fuerzas, sea tambien que le hubiese perjudicado aquel impulso, en vez del cual le hubiera sido mejor una ligera detencion, para que recogido por este medio todo su aliento, le fuera mas fácil superar aquel obstáculo, cargó tan ciegamente Captain Morave contra la barrera, que quedó enclavado en ella.

Rompió la multitud en un formidable grito, al ver que voleando el caballo y su ginete rodaron gran trecho por el suelo; en tanto que, mas diestro ó mejor montado de Senneterre, y haciendo dar un enorme salto á su caballo Beverley, salvaba el obstáculo que dejó muy lejos de sí por serle imposible interrumpir de golpe el arranque de su carrera.

Abocáronse los concurrentes en torno del desgraciado de Merteuil.... No atreviéndome á presenciar aquel horroroso espectáculo, dirigí la vista hácia el lugar en que habia visto á la señora de Peñafiel, y ví que habia desaparecido.

¿Se retiró antes ó despues de aquel funesto accidente? no lo supe....

Pronto circuló entre la multitud esta palabra terrible: — ¡Ha muerto!

## XIII.

## La opera.

Habiéndome ofrecido el señor de Cernay un asiento en el palco que tenia en la ópera con lord Falmouth, y que se hallaba á la sazon desocupado, pasé á llenarlo la noche misma del viernes en que habia sucedido aquella desgraciada corrida.

Al subir la escalera me embistió un cierto Mr. de Pommerive, especie de bufon parasito, de elevada clase y de unos cincuenta á sesenta años de edad, hombre charlatan, impertinente, botarate, embustero y calumniador.

— ¿Y bien: me dijo con aire consternado, ya V. sabe? ¡murió ese desgraciado de Merteuil!!! ¡Ah! ¡Dios mio! Dios mio! qué fatalidad! Acabo de dejar la mesa del conde de*** y no sé lo que he comido; me tiene trastornado este suceso.

— Verdaderamente es muy atroz.

— Atroz, atroz, atroz; pero mas atroz todavía la causa del desafío.... ¿V. sabe lo que se dice?

— Lo que dicen lo sé, pero no sé si es cierto.

— Es ni mas ni menos lo que dicen; pero ¿no le parece á V. que la señora de Peñafiel ha echado el colmo de su insolencia, atreviéndose á asistir á la corrida? Pero como su casa es de las mas concurridas de París, y como tiene bastante talento para soltar los mas sangrientos epigramas, la muy arrogante marquesa se figura que todo le está bien. ¡Vaya un escándalo!... ¡A fe que es preciso poner freno á esa mujer! Pues si porque uno va á su casa y es bien recibido en ella, y porque toma parte en sus espléndidos convites, hubiese de pasar por alto esas indecencias, se acreditaria de poco caballero, y aun tal vez de bajo y vil. Pare-

cería que se enfeuda en uno de sus caprichos; que pertenece á la raza de los ilotas.

— Es muy cierto, le dije; esta es la verdadera independencia; este el noble desden de los obsequios recibidos: nada tan valiente. Pero ¿será cierto que los señores de Merteuil y de Senneterre quisiesen á la señora de Peñafiel, y que esta haya sido, como V. dice, la causa del desafío?

— Vaya, si es positivo; una cosa que todo el mundo cree y se oye decir en todas partes. Pero lo que son ellos; quiero decir, el que ha quedado, Senneterre, jamás lo confesará; porque habiendo ido hace poco á saber de ese infelíz Merteuil que no ha sobrevivido dos horas á su caida, encontré á su puerta al señor de Senneterre sumamente trastornado. He querido sonsacarle acerca de la señora de Peñafiel; ¡pero qué! el honrado, el digno jóven, ha tenido bastante imperio sobre sí mismo para demostrar que no entendia una palabra de lo que yo le hablaba. Por otra parte, nada tiene eso de extraño, en vista del necio papel que han figurado durante la corrida.... Por lo mismo, no podria convenir ahora Senneterre en que fuera aquella la verdadera causa de la lucha, á menos que quiera pasar por un tonto.

— ¿Qué quiere V. decir con esto? le pregunté.

— ¿Cómo? ¡El no sabe la bonita historia del turco y la marquesa! exclamó Mr. de Pommerive con inexplicable alegría.

Como yo no habia perdido un momento de vista á Ismael durante la corrida, me entró la curiosidad de saber hasta que punto seria cierta la historia que iba á referirme: contestéle pues que lo ignoraba.

Empezó entonces aquel sempiterno charlatan la siguiente arenga, acompañada de una grotesca pantomima y de extrañas caricaturas, que unia siempre á sus detestables murmuraciones, con el objeto de que pareciesen mas odiosas haciéndolas parecer verdaderamente cómicas.

— Figúrese V. pues, amigo mio, me dijo Mr. de Pomme-

rive, que en el momento mismo en que aquellos dos infelices mozos, por un exceso de delicadeza aventuraban su existencia por la señora de Peñafiel, esta se dejaba poseer de la mas inconcebible y desordenada pasion por un turco... sí, señor.... por un infernal malvado de muy buena figura, de quien ese diablo de Cernay se muestra prendado sin saber porque. Pero vamos al caso: ¿le parece á V. fácil de entender ese tan repentino y frenético amor por un turco? Yo sí le entiendo, porque como sé que es tan caprichosa y displicente esa marquesa, nada que se diga de ella me asombra... las demás suelen hacerlo con disimulo; pero ella.... ninguno.

— No deja de ser un buen chasco le dije.

— No hay que dudarlo, replicó; pues Cernay me lo ha contado todo en la corrida; y al mismo preguntó la señora de Peñafiel con una ansia... á decir verdad.... mas que indecente, quien era aquel turco; porque desde que reparó en aquel original, ya no tuvo mas idea, ni miró mas objeto que su turco (Aquí tomó de Pommerive la voz de falsete para imitar las exclamaciones supuestas de la señora de Peñafiel)—¡Ah Dios mio, y qué bonito! ¿De dónde es? ¡Ah! ¡qué hermoso traje! ¡Ah qué diferencia con los feos trajes que Vds.gastan (¡cosa muy suya! ¡todo lo desprecia!) ¡Dios mio, qué figura tan linda, qué aire tan noble tan atrevido! Nada tiene de vulgar! ¡Qué intrépido me parece! ¡Qué bravo ginete! etc. — Dijo aun una porcion de etcéteras, añadió el señor de Pommerive volviendo á su voz natural. Porque, sino, no bastaria la noche para repetirle á V. sus exclamaciones tan locas como apasionadas. ¿Pero podrá V creer que llegase á olvidar el decoro y la decencia hasta el punto de mandar á sus lacayos que siguiesen mas adelante con el coche para ver mas de cerca al bonito turco, al querido turco?

— Dice V. muy bien que esa se llama una pasion súbita y verdaderamente africana, contesté sin poder menos de sonreirme al ver la verosimilitud de aquella historia.

—Pero ya verá V., añadió, ahora verá V. lo mejor. Sucede pues que uno de los caballos del coche de la señora de Peñafiel, por causa de su maldita curiosidad, dió contra la grupa del caballo de su amado turco, y empieza el caballo á rodar, saltar y brincar.... afligida entonces la marquesa, y temblando por su turco prorumpe en lamentables gritos.

«¡Cuidado! empieza otra vez de Pommerive volviendo á su voz de falsete para imitar el espanto de la señora de Peñafiel. —¡Cuidado! ¡Agárrese V. del caballo! ¡Ay cielos! ¡Pobrecito va á morir!!! ¡su muerte! ¡ay! ¡va á ser el luto de mi vida! ¡Ismael! ¡Ismael!....» —En una palabra, siguió de Pommerive recobrando su voz natural: de tal manera se le fué la cabeza á la señora, que sacó casi todo el cuerpo por la portezuela, tendiendo y agitando siempre sus brazos hácia su querido turco, pero con unos gritos tan ahogados, con unos sollozos tan interrumpidos, que parecia estar loca y delirando. Añada V. á eso la palidez de su rostro igual á la de un difunto, sus facciones trastornadas, sus ojos desencajados y humedecidos de llanto, y podrá V. imaginarse el diablo de escena que debió pasar. Esta conducta, que imputada quizá por algunos á un exceso de sensibilidad podria parecer muy ridícula y nada mas; para los que saben la cosa á fondo es algo mas que ridícula, es odiosa; porque ya que la señora de Peñafiel habia hollado todas las reglas de la decencia yendo á presenciar aquel desventurado reto, que sabia muy bien haber ella misma provocado, debia evitar por lo menos el hacer delante de todo el mundo un papel tan cochino... ¿Y por quién? ¡Buen Dios! por un maldito turco, de quien no tenia cinco minutos antes el menor conocimiento.

Todo cuanto acababa de contarme de Pommerive no era mas que una simpleza, y una mentira escandalosa; mas de veinte personas podian desmentirlo como yo; pero el encarnizado denigramiento contra la señora de Peñafiel me dió á entender que semejantes absurdos debian ser acogidos aun entre la gente de mas distincion; cuando por otra par-

te sabemos que la calumnia es la que mejor se acomoda al pasto que la ofrecen.

— Pues bien: ¿que le parece á V.? ¿No es esto abominable? interrogó de Pommerive con agitada respiracion, debida á su furor ó mas bien á la fatiga resultante de sus gestos mímicos y los chillidos de su imitada voz.

— Lo que digo es, caballero, contesté, que sin duda le han mal informado á V. y que todo lo que acaba V. de referirme es positivamente falso. Extraño solamente que un hombre de talento y de experiencia como será V. pueda dar crédito á esas necedades.

— ¿Cómo?

— Yo he presenciado la corrida; me encontraba casualmente junto al coche de la marquesa, y lo he visto todo.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! la señora de Peñafiel hizo lo que todo el mundo hubiera hecho en su lugar: ha preguntado con bastante indiferencia por un hombre cuyo trage extravagante debia llamar por fuerza la atencion; y cuando encabritándose el caballo del egipcio estuvo á pique de venir con su ginete al suelo y aplastarle, por un movimento de terror involuntario y muy natural se cubrió la marquesa sus ojos con las manos, y se retiró dentro del coche sin proferir palabra: esta es la sencilla y pura verdad.

Miróme de Pommerive con un cierto aire misterioso, que trató de disimular cuanto le fué posible, y medio cerrando sus pequeños ojos velados debajo de sus anteojos, me dijo:

— Vaya, ya entiendo, tambien le ha cogido á V.... ya le tenemos á V. enamorado.... el diablo me lleve si escapa nadie á esa mujer: ¡es una verdadera sirena!

Era aquella una necedad tan grande despues que habia yo hablado con tanta seriedad, que no pudo menos de llenarme de un impaciente ardor; pero respetando los años de Mr. de Pommerive, le dije con aire muy resuelto:

— No comprendo á V, lo que acaba de decir sobre la marquesa de Peñafiel, á quien ni siquiera tengo el honor

de conocer, es la pura verdad: en este particular pues no será sino una víctima de la murmuracion, y debiera V. agradecerme el haberle desengañado de una calumnia tan ridícula y....

Esto diciendo, me interrumpió Mr. de Pommerive haciendo señas y mas señas, y saludando muchas veces y con mucha reverencia á alguna persona que yo no podia descubrir, porque estábamos hablando en un corredor, y me hallaba vuelto de espaldas á la escalera.

En el mismo instante oigo una voz de hombre, que con suma cortesía y acento extranjero, me dijo: —Siento molestar á V. para que pase la señora.

Volvíme al instante. Era la señora de Peñafiel, que con otra señora deseaban entrar en su palco, y yo les impedia el paso.

Quitéme del medio haciendo una cortesía: despedíme de Mr. de Pommerive, y me dirigí á mi palco.

Sirvióme de gran disgusto el pensar que quizá me habia oido la marquesa; y como, á pesar de todo, podia suceder muy bien que fuesen ciertos los demás rumores que sobre ella circulaban, me ruboricé á pesar mio, de haber defendido á una mujer desconocida; suponiendo despues en los demás la misma inclinacion que yo tenia á la desconfianza y al recelo, me inquietaba la idea inaguantable de que tal vez creeria la marquesa, que habiéndola visto acercarse, empecé yo á hablar de aquel modo para que, oyéndome ella, pusiera en mi su atencion.

Luego que estuve colocado detrás de la cortina de mi palco, busqué en el coliseo á la señora de Peñafiel: no tardé en encontrarla en uno de los palcos de primera fila, tendido de colgaduras de seda azul, sentada en un dorado sillon, y cubiertas todavía sus espaldas con una larga capotilla de armiño. Á su lado estaba otra jóven, y en el interior del palco el anciano que me habia dirigido la palabra. Un momento despues, la señora de Peñafiel alargó su capotilla á este último, enseñando un traje de crespon pa–

jizo muy sencillo, y un gran ramo de violetas de Parma en la cintura; un gorro guarnecido tambien de violetas y muy poco elevado, que dejaba descubierta su hermosa frente, ceñia sus cabellos castaños, que divididos en dos cintas, bajaban hasta sus sienes, y de allí se prolongaban en largos y suaves bucles sobre sus nevadas espaldas: la palidez de su rostro, realzada por un poco de arrebol, hacia por la noche un efecto prodigioso, y sus dos grandes ojos grises brillaban casi cerrados á la sombra de sus largas y negras pestañas.

Escondido detrás del cortinaje, la encaré mi anteojo para examinarla con toda minuciosidad. La expresion de su rostro descubria como por la mañana una cierta inquietud, agitacion y fastidio ó aburrimiento; con la cabeza inclinada deshojaba maquinalmente un grueso ramo de violetas que llevaba en la mano.

Su compañera formaba con ella un singular contraste. Abríase sobre su cándido y risueño rostro la primera flor de su juventud; el cabello, negro como ala de cuervo, que ceñia sus sienes, pegaba muy bien sobre el blanco-nieve de su vestido, y arqueábanse poéticamente sus cejas de ébano sobre unos hermosos ojos azules, cuyo ligero atolondramiento expresaba perfectamente aquella satisfaccion infantil de una jóven que goza con ávida y venturosa curiosidad de todas las pompas del espectáculo y de las dulzuras de la armonía.

Preguntada de vez en cuando y con suma indiferencia por la señora de Peñafiel, contestaba la jóven al parecer con una deferencia respetuosa, si bien algo forzada.

Es de notar en cuanto á la marquesa, que no bien hubo echado dos ó tres miradas distraidas al rededor del coliseo, cuando aparentó quedar completamente insensible á la mágica armonía de *Guillermo Tell,* que se estaba representando.

Mostrábase aquella mujer tan desdeñosa y enervada por la saciedad de los placeres; su pálida frente y rostro amor-

tiguado, á pesar de la juventud y armonía de sus facciones, retrataban una indiferencia, un tedio y un enojo tan profundos, que me hizo verdaderamente dudar sí debia ó no compadecerla.

Antes de la conclusion del segundo acto, al llegar al magnífico terceto de los suizos, cuya poderosa magia nunca habia sido tal vez revelada con tanta exactitud, ni causado mayor entusiasmo, la compañera de la señora de Peñafiel, que con su cabeza inclinada hácia la escena parecia sumergida en deliciosos éxtasis, levantó su frente con altiva resolucion, como si su alma benigna y temerosa hubiese involuntariamente cedido al poderoso influjo de aquel canto de una valentía tan sublime.

No sé si la señora de Peñafiel se pondria zelosa de la profunda emocion de su compañera; porque pareciendo esta haber contestado apenas á una de sus preguntas, fué reprendida con tanta dureza, que pronto ví saltar las lágrimas de sus grandes ojos y oscurecerse de repente su rostro abrillantado: luego un momento despues, cogiendo su capotilla de seda, se la acomodó con mucha precipitacion, y salió con el anciano que habia acompañado á la marquesa. Es regular que la dejase en su coche, porque á poco rato volvió á entrar en el palco sin aquella jóven.

Indagaba la significacion de aquella escena muda, de la que fuí probablemente el único atento espectador, cuando entró Mr. de Cernay, diciendo con aire muy animado:

— ¡Y bien! ¿es cierto? ¿está aquí la marquesa de Peñafiel? Tenémosla decididamente loca por mi asesino: ¡vaya con la señora! Es el asunto de esta noche y se ha esparcido el rumor con una velocidad telegráfica; pero ¿dónde está? apuesto que aparenta ignorarlo todo.

— En efecto, está demostrando la mayor indiferencia respondí á de Cernay.

Adelantóse el conde, miróla con su anteojo, y dijo:

— Ella sola en el mundo puede hollar tan desdeñosamente el que dirán. La noche misma de la muerte del po-

bre Merteuil, y con esos rumores que andan en boca de todo París.... ¡atreverse á venir á la ópera, y presentarse en uno de los principales palcos!... Esto es ya demasiado.

Examiné atentamente á Mr. de Cernay, y en su agradable rostro me pareció leer la misma expresion de despecho, ó tal vez de indignacion, que notara en él la primera vez que me habló de la marquesa de Peñafiel. Estuve por responderle que nadie mejor que él conocia la falsedad y estolidez de cuanto se decia acerca de Ismael; y que no podia ser otra en aquella ocasion la conducta de la marquesa; porque si los rumores eran fundados, debia desmentirlos por sí misma, afectando la suma indiferencia que entonces demostraba; y si eran falsos, aquella indiferencia debia ser muy natural. Pero no teniendo motivo para declararme segunda vez defensor de aquella mujer, esperé que se exhalara el extraño rencor del conde, para hacerle despues algunas preguntas acerca de la marquesa.

— ¿Quién seria, le dije, una jóven de tez morena y lindísima que acompañaba no ha mucho á la señora de Peñafiel?

— Seria la señorita Cornelia, una de sus doncellas, la que suele siempre acompañarla. Sabe Dios la vida que pasa la pobrecita: su señora se muestra con ella dura y tirana: bien caro dicen que paga el pan que come. Tres años hace que vive con la marquesa, y creo que la tiene tanto miedo, que ni aun se atreve á dejarla.

Reíme de la interpretacion, y continué:

— ¿Y ese viejo cano?

— Es el caballero D. Luís de Cabrera, pariente de su marido, en vida del cual habitaba ya el palacio de Peñafiel: vive todavía en él, sirve de rodrigon á su prima, y cuida del arreglo del palacio y de los carruajes, aunque para ello mantenga la ridiculez de un escudero, lo mismo que en el antiguo régimen: un pobre viejo que no come con la familia, y á quien sirven en su cuarto.... Cosas son estas tan ridículas, que parecen increibles. Pero, dijo el conde re-

primiéndose, ¿quién entra ahora en su palco? ¡Ya! Es la señora duquesa de ***. Irá sin duda á agradecerla el que le permita llevar alguna persona á su concierto, donde todo París desearia ser invitado; pues el mismo Rosini, que está tambien hechizado por la marquesa, ha de tocar el piano y dirigir la ejecucion de un gran fragmento inédito.... ¡Hola! continuó Mr. de Cernay, ¿quién será ese otro? El grueso Pommerive.... ¡Qué moscon! Para mendigar algunas comidas en el palacio de Peñafiel, hace mil posturas á una mujer de quien dice despues mil insolencias.

— ¿Será amigo suyo?

— De sus comidas.... no de otra cosa, porque es la lengua mas pésima que pueda darse; muerde como la serpiente, y no perdona á nadie. Pero, ¿no es una lástima? prosiguió el conde, que la señora de Peñafiel, con tanta gracia, tanta hermosura, tanto talento, demasiado en verdad, y tan inmensas riquezas, quiera hacerse tan detestable? Pero convengamos en que cuando se atreve uno á.... bien merecido le está.

— Pero yo encuentro, le dije, que esa visita de una mujer como la señora duquesa de X... prueba á lo menos que se tiene bastante consideracion á la señora de Peñafiel para no detestarla sino en secreto.

— ¿Qué se hará?.... ¡La sociedad es tan indulgente!... contestó el conde con ingenuidad.

— Para con sus placeres convengo; pero lo que mas me asombra es, no el que se la murmure generalmente, porque dejando á un lado sus defectos, reune en mi concepto cuanto es necesario para ser generalmente envidiada; sino el que no haya tratado de abrigarse á la sombra del matrimonio.

Ignoro la impresion que pudieron hacer estas palabras al señor de Cernay; pero sí diré, que subiéndole imperceptiblemente los colores al rostro, manifestó alguna turbacion, y contestó con bastante necedad:—¿Porqué me haceis á mí esa pregunta?

Echéme á reir, y le respondí: — Porque no siendo mas que dos en este palco, no hallo medio de preguntarlo á otros....

Conoció el conde su despropósito, y queriendo remediarlo, replicó:

— Es que pensaba os habiais figurado que mi intimidad con la señora de Peñafiel era mas *seria* de lo que es en realidad. Pero ya acabó, dijo interrumpiéndose el conde, ya salió del palco el grueso Pommerive: ahora se ha metido en el de las dos bellas amigas, *Orestes* y *Pílades* convertidos en mujeres. ¡Hola! ¿qué las estará contando con esas miradas hácia la señora de Peñafiel y sus acostumbrados aspavientos? ¡Como las hace reir! Dios mio! qué hombre tan bobo, tan raro! á la edad en que se encuentra! No se puede ver mas.

Por la pantomima del señor de Pommerive inferí fácilmente que no se trataba mas que de la historia de Ismael que así iba circulando por todo el coliseo.

— Vaya, me dijo sonriéndose de Cernay, aunque esté muy lejos de saber el *porque antimatrimonial* de esa señora, soy bastante amigo suyo, para presentaros en su casa, si lo deseais, y si consiente ella, de lo que no salgo garante; ¡es tan extravagante! Sin embargo, al ir á hacerla una visita.... ¿quereis qué le hable de vos?

Reflexionando despues cuan ridícula y poco fina habia de parecer esa demanda á la marquesa, una vez que me hubiese oido defenderla, y temiendo por otra parte que de Cernay fuera á dar semejante paso, le dije con muy enérgico y grave acento:

— Por un motivo que deseo mantener oculto os ruego, os suplico, si quereis, con toda formalidad, que no profirais mi nombre delante de la señora de Peñafiel.

— ¿De veras? dijo el conde mirándome con atencion; ¿y porqué? ¿á qué viene eso?

— Vuelvo á pediros y muy de veras, que lo dejeis estar, repetí recalcando el acento de manera que comprendiese

de Cernay que deseaba verdaderamente no se acordase de mí en sus visitas.

— Corriente, contestó; pero no haceis bien, porque á fe que os divertiriais el ver las monadas que está haciendo dentro de su casa....

Fuése, y salí para saludar á varias señoras conocidas que habia en el teatro. Era la voz general, sin que se tratara de otra cosa aquella noche, que la señorita de Peñafiel habia causado la muerte al señor de Merteuil y que repentinamente se habia enamorado de Ismael.

Contáronme el caso de mil distintas maneras, y siempre con numerosas exclamaciones sobre un corazon tan endurecido y una tan extraordinaria desenvoltura: presumiendo yo que todas aquellas indignadas hermosuras no dejarian de asistir á menudo, como en efecto así lo hacian, á los saraos de la señora de Peñafiel, las respondí con aire no menos lastimoso, que nada me parecia en efecto tan odioso ni digno de mayor asombro; pero que gracias al alto aprecio en que se tiene uno á si mismo y á las reglas que la decencia prescribe, aquella descarada marquesa que tan furiosamente se apasionaba por los turcos iba á experimentar en breve el castigo de su abominable conducta, siendo de creer que ninguna señora á comenzar de aquel mismo dia se atreveria y ni aun se dignaria poner los pies en la casa de Peñafiel; y saludando en seguida, volví á mi palco.

Estaban en él el señor de Cernay y du Pluvier, quien habia terminado su involuntario paseo por la mañana con una caida de poca consecuencia.

— ¡Ah! ¡otra tenemos! me dijo el conde.

— ¿Alguna otra maldad de la marquesa?

— No se burlen ustedes.... entro en su palco.... y me encarga que lleve á su casa, ¿no dirian ustedes á quién?

— No sé....

— Adivínenlo ustedes.... algo de estrambótico.... inaudito.... inconcebible.... prodigioso....

— Algo de ináudito.... de estrambótico. . repitió el señor du Pluvier recapacitando.

— No sois vos, du Pluvier, le dijo el conde, tranquilizaos. Luego dirigiéndose á mí dijo,

— Veamos si lo adivinais.

— No sé.

— Ismael....

— ¡Ismael!

— El mismo.

— ¡Hola! bonita historia, exclamó du Pluvier: ¡ay! voy á propalarla por ahí!

Confieso que me dejó tan sorprendido lo que dijo el conde, que no pude menos de preguntarle si hablaba formalmente, á lo cual me contestó con mucha gravedad, y aun como preciándose del encargo de la marquesa.

— ¡Ah! ¡eso decís! No ha puesto ella tanto reparo, sino que con gran desembarazo á fin de disimular seguramente con el tono y la expresion la importancia de su demanda, me ha dicho: «Vuestro turco, señor de Cernay, es bastante original; es preciso que me lo hagais conocer.»

— ¿Esto os ha dicho.... seriamente?

— Muy seriamente.... á fe de caballero.

Fue hecha esta afirmacion de un modo tan formal, que me ví obligado á creerla.

Marchó como un rayo du Pluvier á esparcir este otro rasgo de locura de la señora de Peñafiel, el cual á la salida del teatro acabó *de completar aquella linda murmuracion*. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Hecha una visita de encargo, me retiré á casa. Luego que en el silencio de la noche me hube entregado á mis reflexiones, conocí que aquel dia me habia dolorosamente entristecido. Sabia lo que era el mundo y sin embargo, aquel cúmulo de mentiras, sandeces y murmuraciones; aquel encarnizado denigramiento contra una mujer, que por otra parte parecia haberlo autorizado con dos ó tres acciones, cuyo misterio no podia penetrar, y que demostraban á lo menos inconcebible volubilidad; aquellos hombres, que despues de tildarla con mil odiosos epitetos, iban

á deponer á sus pies sus serviles homenajes; todo aquello en fin, á pesar de que fuese una torpeza tan antigua como la humanidad, no era por esto menos miserable y asqueroso.

Por una singular contradiccion, me interesaba á pesar mio por la señora de Peñafiel, por lo mismo que la veia en una posicion demasiado encumbrada para que pudiesen subir hasta ella todos aquellos odiosos rumores. Porque lo mas abominable de las calumnias sociales que se ceban contra las personas cuya elevada categoría fuerza al respecto, ó mas bien á la vil lisonja; es que estas mismas personas hayan de estar en contacto con el encono de la murmuracion y respirar al aire fétido de que está impregnada, saturada, sin que puedan advertirlo.

Era pues imposible que en vista de las graciosas sonrisas de las mujeres y los afanosos obsequios de los hombres que saludaban á la señora de Peñafiel al salir de la ópera, pudiese esta llegar á suponer ni la milésima parte de la infernal maledicencia que la estaba despedazando.

Repito que tan gran miseria me dejó en un estado de tristeza digna de mover á compasion. Acababa de tener por otra parte un dia de esa *vida de delicias,* como suelen llamar; de esa existencia de lujo reservada solo al mas reducido número de personas, aun entre las mas elevadas; y experimentaba, sin embargo, un horroroso vacío en mi corazon.

Siguiendo luego el hilo de mis ideas, comparé esta vida maldiciente, hueca, estéril y disimulada con la existencia vivificadora, desahogada y generosa que pasaba en Serval.... ¡Oh antigua morada paterna! ¡horizonte pacífico y risueño hácia el que mi alma se volvia cada vez que se encontraba oprimida ó ulcerada!

¡Oh! ¡cuán punzantes remordimientos me acosaron al pensar entonces en Elena, cuya pérdida habia de llorar eternamente por una duda infame! En aquella noble doncella, tan adorable con su auréola de candor, y tan casta-

mente mecida en una atmósfera angelical, cuya pureza, nunca empañada, fuera en cierta mañana.... ¡ay de mí!... en una sola mañana fue dulcemente iluminada por el amor con que me amó! ¡Elena! ¡Elena! ¡ser divino nacido y muerto como el cisne en la soledad de un lago transparente, ignorado y sin mancilla! . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y luego, bajando de aquella esfera de pensamientos que reflejaban un brillo tan puro y virginal, y anhelando escapar de los punzantes recuerdos que en mí dispertaban, iba en pos de una vaga y lejana esperanza de que en algun tiempo encontraria el alivio de mi dolor, esperanza que buscaba en el interés involuntario que me inspiraba ya la señora de Peñafiel.... Pero veia muy claro que por una mujer, que si bien víctima de una calumnia atroz, no dejaba por eso de hallarse degradada para siempre por tantos ultrajes, me seria ya imposible poder concebir jamás aquel amor ardiente, profundo y santo de que uno se envanece como de una noble accion.

Al deprimir la sociedad la buena reputacion de una mujer, velo irreparable, púdico y sagrado que se rasga con un soplo, primera flor de la vida, delicada y etérea, no solamente marchita su virtud, sino que destruye el eterno destino de su corazon, y la priva por toda su vida del triste consuelo de inspirar un amor ardiente, sincero y estable. Entrégala á pesar suyo á los degradantes caprichos de la veleidad sin respeto y sin fe. Porque ¿quién en vista de tan vergonzosas sospechas, esperaria mostrar en ella mas que una hermosa fantasía, el deseo de ayer, el placer de hoy, el olvido de mañana?... ¿Quién á su lado osaria entregarse á esos vuelos de la pasion y de arrastradora confianza, durante los cuales contamos á la sola mujer digna de aquellos secretos, los gozos y los pesares, los delirios, los misterios, los éxtasis del alma de que ella nos colma y que solo Dios es capaz de penetrar? Quién no temeria, en medio de la embriaguez de aquellas expansiones, oir el

eco mordaz y doloroso de tan sórdidas calumnias levantadas contra la persona misma á cuyos pies nos hallaríamos tan piadosamente prosternados? ¿Qué religion, en fin, puede inspirar el ídolo que tantas veces se ha visto infamemente ultrajar? . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## XIV.

## Un amigo.

Cinco ó seis dias despues de aquella noche en que habia visto en la ópera á la señora de Peñafiel, entró una mañana en mi casa el señor de Cernay rebosando de alegría.

— Pues señor, me dijo: ¡Nos ha dejado! ¡Ayer salió de París la marquesa! Tal vez os parecerá muy extraño en el rigor del invierno; pero no le quedaba otro camino; el escándalo habia cundido ya de una manera asombrosa. No se quebrantan impunemente las leyes que se impuso á sí misma la sociedad.

— ¿Cómo? le dije. ¿Porqué se habrá marchado?

— Es probable, contestó, que algunos de sus parientes, por el decoro debido á la familia, la habrán caritativamente aconsejado que mientras vaya calmando la fea impresion causada por su ridícula y súbita pasion por Ismael y por la muerte de Merteuil, se retire á alguna de sus quintas; á cuyas instancias habrá cedido contra su costumbre, con el reservado fin de encontrar el remedio de su amor en el silencio y la soledad.

— ¿No le habeis presentado á Ismael?

— Imposible, repuso el conde; es salvaje como un oso, caprichoso como la mujer, y testarudo como un mulo; nunca he podido reducirle á que me acompañara á la casa

de Peñafiel; así es que, como he dicho, creo que ha sido mas bien el despecho que las consideraciones de familia lo que la hizo emprender el viaje.

Confieso que esa marcha tan precipitada y en lo mas crudo de la estacion, me pareció tan extravagante como el encargo de la señora de Peñafiel á Mr. de Cernay para que le presentase á Ismael. Así pues, queriendo por una parte seguir la conversacion sobre un asunto que me iba interesando, y por otra desembarazarme de ciertos pormenores tan incomprensibles como escandalosos, dije al conde:

— ¿Qué especie de hombre era ese marqués de Peñafiel?

— Uno de los mas ilustres y poderosos señores de Aragon, grande de España y embajador en Roma, donde vió por primera vez á la señorita de Blemur, hoy la señora de Peñafiel, que recorria la Italia con sus tios.

— ¿Y era jóven el marqués?

— De treinta ó treinta y cinco años á lo mas: muy buena figura, muy afable, y sobre todo muy caballero. Á pesar de esto, aquel casamiento no se hizo por amor, sino por conveniencia. El marqués de Peñafiel poseia una fortuna colosal; la señorita de Blemur era tambien muy rica, huérfana y señora de su mano, ignórase el porque convino en esa union sin amor. Habia el marqués deseado siempre establecerse en Francia; por lo cual, despues de comprometidas ambas partes, volvió á Madrid para deponer su embajada en manos del rey; y abandonando la España, vino á París donde se efectuó su enlace con la señorita de Blemur. Pero dos años despues de la celebracion de la boda murió de una larga enfermedad, acabada en *ia*, cuyo diabólico nombre se me ha olvidado.

— Y antes de la boda, ¿qué se decia de la señorita de Blemur?

— Aunque hermosa como los amorcillos, empezaba ya á ser inaguantable por su coquetismo, sus afectados ademanes, y sobre todo un cierto aire de sabionda.... digno de las mujeres doctas: por que es de saber que habia forzado

á su tio, que era su tutor y no tenia mas voluntad que la de su sobrina, á que la buscase profesores de astronomía, química, matemáticas y otras muchas facultades: así pues, gracias á su esmerada educacion, creyóse la señorita de Blemur con derecho para mostrarse muy desdeñosa y satírica con los hombres que no presentaban una muestra tan científica. Figuraos los amigos que deberia conquistar con sus fastidiosas bromas; esto pero no era obstáculo para los viles aduladores que tenia á su alrededor: pues á decir verdad, son fáciles de sufrir cualesquiera impertinencias de una heredera de cuatrocientas mil libras de renta, que se sabe no seguirá mas que su gusto ó su capricho para casarse: así es que su enlace con un extranjero empezó á crearle tantos enemigos, cuantos eran los que aspiraban á su mano....

— Ya se ve; frustrarse tanta paciencia y tantos lamentos. Pero por otra parte, nada mas patriótico que esa enemistad, respondí al conde sonriéndome: á mas de que la union se efectuó, como decís, nada mas que por convenir á sus respectivas miras, á pesar del mucho agrado del marqués de Peñafiel.

— A lo menos parecia haber mucha tibieza entre los dos, y únicamente durante la enfermedad del marqués le manifestó su esposa un grande apego; pero ¿qué vendrá eso á probar?

— Qué hubiera sido á lo mas muy cariñosa ó muy hipócrita; ¿porqué así antes como despues de enviudar la habrán visto tener muchos adoradores felices?

— Por lo menos se los atribuyen, y no hay duda que no se engañan, dijo el conde. ¡Pero ella es tan fina, tan astuta! sin que escriba nunca mas que esquelas de aviso muy insignificantes.

Lo de Ismael fue una locura incomprensible y una excepcion de sus prácticas habituales que no puede explicarse sino por la violencia de un antojo insuperable; háblase tambien de disfraces y de una casita en cierto barrio extra-

viado. En una palabra, á toda la gente sensata no se le oculta que si la señora de Peñafiel se sujetase á una sola y honrosa amistad, no podria menos de traslucirse al momento; mientras que al abrigo de los mil rumores contradictorios que á su vez promueven la desconfianza y los recelos de la sociedad satisface sordamente su albedrío. Y si no, ¿porqué seria tan coqueta, porqué tan amiga de agradar? Cuando vayais á su casa lo conoceréis. Es sabido que quien demuestra esa necesidad, ese furor de agradar no se satisface con las admiraciones desinteresadas.

— Pero ¿qué ha sido del vencedor en esa lucha, cuya publicidad habrá desconcertado en gran manera las misteriosas combinaciones de la señora de Peñafiel. ¿Qué es del señor de Senneterre?

— ¡Oh! Senneterre se encuentra sacrificado indignamente; porque prescindiendo de la loca pasion de la marquesa por Ismael, su espíritu de contradiccion es capaz de hacerla llorar al difunto y detestar al que ha quedado, y ya lo indica bastante la precaucion con que procura sostener ahora Senneterre que jamás le ha llamado la atencion la señora de Peñafiel, y que por nada entró en el desafío; antes al contrario, publica por todas partes que no ha atravesado aquella apuesta con Merteuil sino por un arrebato de amor propio. Los dos habian almorzado, dice Senneterre, en casa de lord***, y al salir de ella empezaron uno y otro á ponderar el mérito de su propio caballo; llegando á exaltarse del modo que terminaron la disputa con aquel rato fatal. Recobrando su serenidad al dia siguiente reconocieron, dice, el riesgo á que se exponian; pero temieron se les tachase de cobardes, y por esa razon y solo por valentonada se mantuvieron en su empeño. Todo es muy posible; pero además de que no es cierto, á lo menos en concepto mio y en el de cualquiera que no ignore la verdad del hecho, deben tambien confesar que no es muy probable. Deducirémos pues que, instruido Senneterre de los sensibles rumores esparcidos sobre la señora de Peñafiel, quiere mostrase buen

caballero negando completamente el hecho.

A pesar de los muchos años que han pasado por encima de estos recuerdos, conservo bien impresas en mi memoria todas esas fruslerías, y no dejo de extrañarlo. Aunque, como accesorias de un cruel accidente de mi vida, produjeron en mí una fuerte sensacion por su miseria misma, tipo el mas exacto y verdadero de una serie de conversaciones y exámenes, debates, elogios, insultos y murmuraciones, que á su vez ocupan exclusiva y muy seriamente á los ociosos del mundo.... si esta aseveracion pareciese exagerada, recuérdese la conversacion de ayer, y aun la de hoy y se reconocerá cuan cierto es lo que acabo de exponer.

Pero volvamos á Mr. de Cernay, ante el cual no quise alzarme defensor de la señora de Peñafiel; porque en todos los rumores absurdos que divulgaba, aun cuando otra cosa no hubiese, se notaba una apariencia de lógica mas que suficiente para calmar el remordimiento de la calumnia, y porque creia además haber penetrado el motivo de su encarnizada denigracion. Pues todas aquellas voces, que tan en conmocion habian puesto á lo mas selecto de París, no debian evidentemente su orígen mas que al conde.

En cuanto á ese nuevo y largo razonamiento sobre los antecedentes y el carácter de la señora de Peñafiel, únicamente lo he repetido porque cuadraba perfectamente con lo que de ella habia oido decir, y reasumia admirablemente lo que la sociedad opinaba acerca de aquella mujer singular.

— Es de esperar, dije al conde, que no estará privado París por mucho tiempo de una mujer tan hecha de molde para servir de objeto de todas las conversaciones; pues que si queremos hacerla justicia, debemos confesar que cinco ó seis dias ha que provee ella sola de todo el material.

— ¡Apostaria á que estais deseando su regreso! me dijo Mr de Cernay dirigiéndome una de sus miradas curiosas y penetrantes.

— Sin que por esto deba entenderse que mi deseo es muy

vivo, no trataré de negar que la señora de Peñafiel excita, sino el interés, á lo menos la curiosidad.

— Vamos, de la curiosidad al interés no hay mas que un paso, y otro del interés al amor; en una palabra, estoy seguro que os enamoraréis de ella como un loco; pero, ¡cuidado!

— A pesar de todos los peligros que pudieran amenazarme, desearia vivamente realizar vuestro pronóstico; porque no encuentro en el mundo felicidad igual á la de un hombre enamorado, aun cuando á su amor no acompañe sino la esperanza.

— Pues por esa misma razon, dijo el conde con aire y acento tan afectuosos, que ignoro si era una ficcion, he querido informaros bien del verdadero carácter de la señora de Peñafiel, á fin de que al menos sepais á que ateneros si llegais á ser presentado en su casa, porque sentiria mucho veros per ella desgraciado. Entre caballeros, añadió, deben tener lugar estos servicios; aun que ingénuamente os confieso haber sido indispensable todo el interés que me inspirais y el gran deseo que me anima de seros útil, para haceros estas prevenciones, pues á fe.... y el conde titubeó un instante; mas tomando luego un aire de solemnidad en que aparecia mezclado un ligero viso de benevolencia, prosiguió: ¿Vaya, quereis que os diga mi pensamiento sobre ese particular?

— De muy buena gana, contesté sorprendido de su brusca transicion.

— Pues bien, vos no ignorais la gran necedad de los cumplimientos que gastan los hombres entre sí, por lo mismo no quiero ocultaros que á primera vista se encuentra efectivamente en vos una especie de atraccion; mas no tarda en descubrirse en vuestra actitud una cierta violencia, frialdad y reserva que hielan el corazon. Sois jóven, y os falta sin embargo la seduccion y la confianza de nuestra edad. Se nota sobre todo en vos un contraste que no llego á comprender. Cuando tomais parte en alguna conversacion pro-

movida entre jóvenes, loca alegre ó insensata, vuestro rostro se anima muchas veces, y decís cosas mucho mas divertidas y locas que los mas locos y divertidos; pero luego dé pronunciada la última palabra recobran vuestras facciones cierta expresion indefinible, ó por mejor decir, muy definible, de frialdad y de opresion, y aparece en vos un fastidio de muerte: así es que no sabe uno que pensar de esa alegría que se encuentra tan inmediata á una tristeza tan melancólica: os juro que se presenta una diabólica dificultad en gastar confianza con vos por mucho que se apetezca.

Es cierto que no creí una palabra de cuanto me dijo el conde sobre mi potencia atractiva, y sin poder aun deslindar el objeto de aquella adulacion, que no fué mas que rídicula y grosera en mi concepto, quise manifestármele bajo un punto de vista que me evitase para lo sucesivo semejantes confianzas

— Teneis razon, dije al conde; sé que soy incapaz de dispertar tan noble simpatía; porque como soy naturalmente disimulado y me fio muy poco de los demás, por lo mismo que no podrian esperar mucho de mí, debe serme tan difícil como me es indiferente inspirar el menor sentimiento de atraccion.

— Miróme el conde, al oir esto, con el mayor asombro: y me dijo con un tono bastante agraviado:

— Este disimulo no será á lo menos peligroso, cuando lo prevenís de antemano.

— Lo que es peligroso, nunca he pensado serlo.

— Esa es otra, respondió: ¿dónde pues creeréis encontrar amigos con esas confesiones?

— ¡Amigos! pregunté á Mr. de Cernay; ¿y para qué los quiero?

— Hubo seguramente en la expresion de mi fisonomía y en el acento de mi voz tanta apariencia de verdad, que el conde no pudo menos de mirarme sorprendido y decirme: ¿Hablais de veras?

— Muy de veras: ¿qué tiene de particular esa asercion?

— ¿Y no teneis reparo en confesar esa grande indiferencia?

— ¿Y porqué lo he de tener?

— ¿Porqué? repitió con redoblada sorpresa. Luego añadió: Vaya, es que os divertís sosteniendo una paradoja: no hay duda que es original; pero estoy seguro que en el fondo no pensais una palabra de lo que dais á entender.

— Pues bien, hablemos de otra cosa.

— Pero vamos, formalmente, replicó: ¿preguntais de veras de qué sirven los amigos?

— Formalmente, le contesté: ¿De qué os sirvo yo? ¿de qué me servís vos á mí? Si á empezar desde mañana, no debiésemos vernos jamás, ¿qué perderiais vos? ¿qué perderia yo? Vos no necesitais mas de mi que yo de vos; y cuando digo *vos y yo*, personifico y generalizo, á lo menos en cuanto á *mí*, esos afectos triviales del mundo á que se da el nombre de amistad.

— Convengo en que puede uno pasar sin esas relaciones; ó por mejor decir son tan fáciles de encontrar, que seguro uno de dar con ellas, no se toma gran trabajo en buscarlas; pero ¿y esa amistad verdadera, profunda y apasionada?

— ¿Niso y Euríalo, Castor y Polux?

— Pues eso; diréis aun de que sirven estas amistades ¡Ah! si tuvierais la dicha de encontrarlas!

— Seguramente preguntaria: ¿de qué sirven? En cuanto á mí, repito.... Porqué si encontrase á un Niso, no me siento en verdad la generosa fortaleza necesaria para ser un Euríalo, y tengo bastante honradez para no aceptar lo que me es imposible devolver. Esa amistad, en fin, tan viva y tan profunda, aun cuando la encontrase, me seria del todo inútil y aun embarazosa en medio de la prosperidad; pues detesto las revelaciones de nuestros goces: de consiguiente, no podria serme útil sino en la desgracia, y á esto opongo que es material y matemáticamente imposible que yo sea nunca desgraciado.

— ¡Cómo! dijo el conde sorprendido mas y mas.

— Por una razon muy sencilla. Gozo de una salud perfecta; mi nombre y mis relaciones me ponen al nivel de los demás; mi fortuna consiste en bienes raíces; tengo adelantada siempre la renta de dos años; no soy jugador ni prestamista: ¿cómo puedo llegar pues á ser nunca desgraciado?

— A lo que veo, no llamais desgracias sino á los dolores físicos, ó los apuros materiales.... ¿Y las penas del corazon? me dijo el conde con acento verdaderamente afligido.

Respondí á estas últimas palabras con una carcajada tan franca, que Mr. de Cernay se quedó parado: despues prosiguió:

— Con este modo de examinar las cosas, es evidente que no se tiene necesidad de nadie.... y lo único que puedo añadir.... es que os compadezco en extremo. Pero no obstante, continuó con impaciencia, confesad que si fuese mañana á pediros un favor no me lo negariais, aun cuando no fuese mas que por respeto humano; pues bien, la sociedad no exige otra cosa.

— Conviniendo en que os haria el favor, ¿que probaria eso? que habeis tenido necesidad de mí, pero no que la tuviera yo de vos....

— ¿Con que estais seguro de no necesitar de nadie jamás?

— Este es mi principal orgullo, y me precio de tenerlo.

— Enhorabuena que vuestra fortuna consista en bienes raíces, que esté asegurada, que vuestra posicion sea igual á la de todos, y que negueis las penas del corazon, ó que las sufrais solo; pero y si teneis por ejemplo un desafío, será preciso que busqueis algun padrino: esta es una grave obligacion! Con eso veréis que pueden haceros falta los hombres viviendo en sociedad.

— Cuando sucede que tengo un desafio, acudo al mas inmediato cuartel, envisto á los dos primeros sargentos ó,

soldados que me vienen delante, y con ellos tengo excelentes padrinos que ningun hombre de honor puede recusar.

— ¡Sois muy extraño á fe mia! Y si salís herido.... ¿quién va á veros?

— ¡Nadie, gracias á Dios! En los padecimientos físicos me sucede lo que á los animales monteses, que encuentran su remedio en la soledad y en una noche profunda.

— Pero convengamos en que para asistir en el mundo y hablar y vivir en fin en la sociedad, necesitais á los demás.

¡Oh! para eso no me faltarán nunca los demás, como no faltaré yo á ellos; esto es un concierto, en que los mas infelices músicos son tan necesarios como los mejores artistas, y en que una y otra solfa se hace indispensable, pero esas relaciones no deben llamarse amistad: son estos lazos como las plantas robustas y animadas que sin despedir suaves olores, ni ser su colorido brillante, conservan su verdor en todo el año, y nadie teme manosearlas; prueba de ello será que despues de cuanto acabamos de decir quedarémos en los mismos buenos términos en que ahora estamos, y mañana nos darémos la mano en cualquier parte, y hablarémos de los galanes de la señora de Peñafiel y de cuanto vos querais; y luego de aquí á seis meses nos llamaremos *querido*; pero si de aquí á seis meses y un dia vos ó yo desapareciésamos de esta tierra de bienaventuranza, vos ó yo miraríamos esa desaparicion con la mayor indiferencia. Esto es muy natural, y no hay motivo para que fuera de otro modo. Porque, ¿con qué derecho exigiria de vos otro sentimiento? ¿Con qué derecho lo exigiriais vos de mí?

— Pero lo que acabais de decir es excepcional; no piensan todos como vos.

— Así lo supongo; porque creo no parecerme á nadie en particular, por lo mismo que me parezco á todos.

— Es probable que con tales principios despreciéis (y no deja de ser muy singular) á las mujeres y á los hombres.

—En primer lugar, no desprecio á los hombres, por la razon muy sencilla de que no considerándome peor ni mejor que cualquier otro, me he calentado muchas veces la cabeza entrando mentalmente en alguna de esas cuestiones que deciden de una vez si es uno hombre de bien ó miserable.

—¿Y qué?

—Que como he sido siempre muy franco conmigo mismo, he acostumbrado dudar mucho mas de mí que de los otros; por cuyo motivo me es imposible despreciar á los hombres. En cuanto á las mujeres, como no las conozco mas de lo que vos las conoceis, no puedo tampoco hablar de ellas de una manera absoluta.

—¿Como, no mas qué yo? dijo al conde con cierta extrañeza: ¿no conozco yo á las mujeres?

—Se me figura que vos ni nadie las conoce de una manera absoluta, contesté sonriendo. ¿Quién hay en el mundo que se conozca? ¿Quién será capaz de asegurar del modo como obraria en todas las situaciones en que pudiera encontrarse? Con mayor razon pues, ¿quién puede lisonjearse de conocer, no ya á las mujeres, sino á una sola mujer y aun á su misma madre, su querida ó su hermana? Claro es que no hablo de esos conocimientos superficiales, especie de catecismo vulgar y tradicional, tan falso como estúpido, cuya explicacion es tan razonable como lo fuera el uso de un manual de buen lenguaje para responder á cuantas preguntas podrian hacerse.

—Bajo ese concepto teneis razon; pero á pesar de esto, me alegro de haceros ver lo equivocado que andais, y poneros en contradiccion con vuestras mismas ideas, puesto que yo puedo prestaros un cierto favor: deseais conocer á la señora de Peñafiel; así pues, teneis necesidad de que yo ó algun otro os presente en su casa.

—Sois en verdad complaciente, le dije, y por pobre que sea mi amistad, creo que encontraria sin embargo con que pagar vuestra graciosa oferta; la señora de Peñafiel es muy

linda; me hago cargo de los maravillosos detalles que sobre ella me habeis dado; sé que su salon es de los mas selectos y concurridos; pero ingenuamente os pido á vos y lo rogaria á otro, que no la hagais para este objeto la menor insinuacion.

—¿Y porqué?

— Porque la satisfaccion que seguramente tendria en conocerla no compensaria jamás la humillante impresion que me causaria un *no* de esa mujer.

—¡Que bobada! Poco tiempo ha pasado desde que quiso Falmouth presentarle el duquesito de***, deudo de la familia real de Inglaterra. Pues señor, la señora de Peñafiel se negó redondamente.

—Demasiado conoceis vos al mundo, mi querido conde, para no comprender como mi posicion no es superior ni inferior á un cierto nivel social, no debo, ni quiero, ni puedo exponerme á una denegacion. Diréis que es cosa muy ridícula, enhorabuena; pero esto es lo que pasa, y no hablemos mas de ello.

—Mas aun, dijo el conde, ¿quereis apostar conmigo doscientos luíses que á su regreso seréis presentado y admitido en casa de la marquesa un mes á mas tardar despues de su llegada?

— ¿A peticion mia?

— No por cierto, sino al contrario.

—¿Cómo al contrario?

— Lo que os digo: apostaria cualquier cosa que al encontraros la señora de Peñafiel en alguna que otra reunion, y sabiendo que no quereis dar ningun paso á fin de serle presentado, se arreglará por espíritu de contradiccion de tal manera, que llegué á suceder así, aunque que sea á pesar vuestro.

—Esto seria seguramente un gran triunfo, del que no podria menos de ensoberbecerme; pero no lo espero, tan poco lo espero, que admito vuestra apuesta, á saber: que en todo un mes á comenzar desde el dia de su regreso, no

habré sido presentado á la señora de Peñafiel.

— Pero debe eso entenderse no dejando vos de aceptar la proposicion que pudiera seros hecha de su parte.... y luego....

— Es claro, repliqué interrumpiendo al conde, que no corresponderé con una grosería á una demostracion siempre honrosa y lisonjera, repito pues que admito la apuesta.

— Mios son vuestros doscientos luíses, me dijo el conde despidiéndose; y luego, alargándome su mano, añadió: Antes que se me olvide, gracias por la franqueza.

— ¿Qué franqueza?

—La que conmigo hebeis gastado tan sin rodeos.... vuestras ideas sobre la amistad: ¡extraña honradez!

— Acompañada de la discrecion ó mas bien disimulacion, mis dos favoritas cualidades! respondí apretando la mano del conde con mucha afectuosidad.

Y nos separamos. . . . . . . . . . . . .

## XV.

### Proyectos.

Apenas se hubo alejado Mr. de Cernay, cuando sentí haber desechado de aquel modo sus amistosas demostraciones. Pero como lo que indicó como *potencia de atraccion* era á mi juicio una ridícula falsedad, empecé á desconfiar de él; además, aquel odio encarnizado con que perseguia al parecer á la señora de Peñafiel me daba una pobre idea de la seguridad de sus relaciones. Podia sin embargo haberme equivocado; porque en la opinion de los hombres están las mujeres de tal manera excluidas del *derecho comun*, si se me permite esta locucion, y las asperezas ó los desprecios con que á menudo las agobian en secreto, y de que hacen á veces mucho alarde, perjudican tan poco á lo que se llama repu-

tacion de caballero... de *hombre de honor*.... que pudiera ser muy bien que Mr. de Cernay reuniese todas las cualidades necesarias para formarse un amigo sólido y verdadero. Pero me fué imposible acogerle de un modo distinto del que se ha visto.

Tambien me alegré de haber sabido disimularle mi verdadero carácter, haciéndole concebir de él una idea del todo falsa ó singularmente vaga.

He temido siempre el ser conocido ó penetrado por los indiferentes, y he creido peligroso el que uno lo sea por sus enemigos, y hasta por sus mismos amigos. Si hay en la organizacion moral de cada individuo un punto culminante que sea el de partida y término al mismo tiempo de todos los pensamientos, de todos los votos y de todos los deseos; sí, noble ó vergonzosa, hay una especie de *idea* fija que sentimos á todas horas palpitar, por decirlo así, dentro de nosotros mismos como si el corazon hubiera mudado de domicilio: es sobre todo ese punto siempre palpitante el que debemos tal vez ocultar mas hábilmente á los demás, y defenderlo con mas arrojo contra toda sorpresa; porque en él se encuentra de ordinario la flaqueza, la llaga, el punto infaliblemente vulnerable de nuestra constitucion.

Si la envidia, el orgullo, la codicia, nos predominan, deberá ser nuestro principal cuidado mostrarnos, como muchas veces lo parece uno sin que le cueste mucho esfuerzo, modestos, benévolos y desinteresados. De la manera misma que se ven á menudo almas compasivas y generosas ocultar aquel tesoro de conmiseracion y de bondad bajo una corteza tosca y salvaje; porque pudiéramos decir que la educacion nos comunica el instinto de disimular los vicios ó las virtudes, así como la naturaleza da á ciertos animales los medios de protegerse contra su misma debilidad.

Así es que revelé al conde un egoismo extremado y una insensibilidad única, porque me sentia aun insensiblemente inclinado á todos los sentimientos generosos. ¡Pero ah!

¡no eran mas que inclinaciones! ¡No tan solo me enseñaron á dudar las terribles lecciones de mi padre, sino que desplegaron en mí hasta su feroz exaltacion la mas inexorable susceptibilidad de orgullo! En una palabra, al entregarme á los involuntarios vuelos de mi alma, naturalmente franca y expansiva, lo que mas temia en el mundo era el *ser presa de la decepcion*.

Y si la desconfianza y el orgullo marchitaban cada dia en su gérmen aquellos nobles instintos, acontecia que así como el hombre caido de la gracia se acordaba de su Eden, así tambien me acosaba por desgracia aquel recuerdo. Comprendia sin poderlo sentir todo cuanto debia haber y todo cuanto habria de delicioso y divino en el cariño y la confianza.

Aspiraba continuamente á una region etérea y radiante, en cuyo seno evocaba las amistades mas prodigiosas y los mas apasionados amores. ¡Pero ah! una desconfianza encarnizada, implacable y vergonzosa, haciéndome al instante sospechar no fuesen aquellos sueños adorables mas que engañosas apariencias, destruia incesantemente con su helado soplo tan encantadoras visiones!

Por otra parte, era imposible equivocarme: la miseria ó el egoismo y la flaqueza que habia en mí superaban de mucho á lo que mi corazon conservaba de noble, grande y elevado.

Prueba fue de ello mi conducta con Elena. El hombre que calcula y pesa sórdidamente la suerte varia de sus impulsos; el hombre que se retrae de experimentar una generosa atraccion por no verla eclipsarse jamás, está falto de energía, de grandeza y de bondad.

La desconfianza va en torno de la cobardía, de la cobardía á una impasible crueldad no hay mas que un grado. ¡Ay de mí! ¡por tener que servirme de ejemplo á mí mismo, y luego á los demás!

Y sin embargo, no era mi organizacion tan inícua y rencorosa: yo sentia una emocion infinitamente dulce cada

vez que en la oscuridad del secreto prestaba algun servicio ignorado, de que no temia *sonrojarme*. Yo era tambien lo que no podia ser en mi concepto un atributo de las almas absolutamente malas y perversas; era, digo, muy amante de observar todas las magnificencias de la naturaleza. La esplendorosa vista del sol en su ocaso me causaba una alegría infantíl: era una felicidad para mí tropezar en un libro con el cuadro solar de un sentimiento bueno y generoso. Y la honda simpatía que semejante lectura hacia vibrar deliciosamente dentro de mi pecho me convencia de que las nobles cuerdas de mi alma no estaban del todo quebrantadas....

Cuanto mas queria y admiraba apasionadamente á Walter Scott.... ese médico sublime del pensamiento enfermo, ese genio adorable, que nos deja, permítaseme la locucion, la boca siempre tan fresca y tan suave.... tanto mas huia maldiciendo de Byron, cuyo estéril y aterrador escepticismo no deja en los labios mas que hiel y amargura....

Formábame una idea tan cabal de todas las miserias y aflicciones, que era tal la cautela y el temor de no dar que sufrir á los desgraciados ó inferiores á mí en condicion, que rayaba muchas veces en una escrupulosidad casi ridícula; experimentaba, sin razon alguna, enternecimientos involuntarios y pueriles; á veces sentia en mí una inmensa necesidad de amar, de apasionarme; mi primer impulso era siempre ingenuo, sincero y bueno; mas todo venia á eclipsarlo la reflexion. Trabábase en fin una perpetua lucha entre mi corazon que me decia: *cree, ama y espera....* y mi espíritu que contestaba: *duda, desprecia y teme!!!*

Así es que observando y sufriendo el doloroso choque de ambas impresiones tan distintas, me figuraba sentir con el corazon de mi madre y analizar con el espíritu de mi padre; pero el espíritu vencia siempre al corazon.

La terrible facultad de compararme á los demás era causa de que encontrase mil razones evidentes para que los otros no me amasen, y de consiguiente para no fiarme de ellos.

Mi madre me habia adorado y yo habia olvidado á mi madre: ó por lo menos solo pensaba en ella cuando me veia agobiado por las mas fastidiosas desazones. Pero si un rayo pe alegría ó de vanidad satisfecha venia de tarde en tarde á engrandecerme, aquellos piadosos pensamientos, evocados un solo instante, volvian á sumergirse en la oscuridad del sepulcro maternal.

Debíalo todo á mi padre, y sin embargo no me acordaba de él mas que para maldecir la experiencia precoz y fatal que me habia dado. Habíame amado Elena con el mas casto y verdadero amor, y yo correspondido á aquella alma celestial con los ultrajes de la mas odiosa desconfianza. No viendo en mí sino siempre ingratitud, sospecha y olvido, ¿con qué derecho hubiera exigido de los otros amor y sacrificio?

En vano me decia mil veces á mí mismo: Mi padre, mi madre y Elena me amaron por lo que yo era; pues siempre me respondia: —Mi padre era mi padre, mi madre era mi madre, y Elena era Elena (por que con razon colocaba el amor de Elena entre los sentimientos originarios y como de familia); y á pesar de esto, repetia luego: —Tal ha sido la aversion que la inspiré, que aquel amor de la infancia, tan profundamente arraigado en su corazon, ¡desapareció en un solo dia!

¡Oh! era en verdad aquel un formidable y estéril castigo del que me constituia víctima y verdugo á un tiempo, sin que tan triste escarmiento me hiciese mejor conmigo mismo ni con los otros. . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Vuelvo á la señora de Peñafiel. Habia debido ocultar además á Mr. de Cernay cuales eran mis proyectos; porque, pudiendo serme útil la intervencion del conde, sabia muy bien que los mejores cómplices son los de buena fe y que ignoran serlo. Sentí pues un vivo deseo de conocer á aquella mujer extraña, á pesar, ó por mejor decir á causa, de lo perversa que se la suponia, y de que en una circunstancia

á lo menos pude atribuirlo á una calumniosa exageracion; pero mi carácter desconfiado y orgulloso encontraba en aquel mismo deseo un invencible obstáculo.

Acordábame del dia en que habia defendido en la ópera á la señora de Peñafiel contra lo que acerca de Ismael proclamaba Mr. de Pommerive, y temí siempre no me hubiese oido. Parecíame que el buscar ser presentado en aquella casa hubiera sido el colmo de la grosería, pues se hubiera demostrado que mis impugnaciones contra las palabras de Mr. de Pommerive eran únicamente el preludio calculado de aquella peticion.

Eran unos escrúpulos tal vez exagerados; pero de todos modos me tenian resuelto á no dar ningun paso para ser admitido en casa de la señora de Peñafiel. Solo me acudia al pensamiento que si llegaba á saber que la habia defendido, podria con el tino que debe distinguir á una señora de tono apreciar justamente mi reserva; y debiendo encontrarme por fuerza en alguna sociedad, se le ofrecerian mil medios convenientes de proporcionarme ella misma aquella presentacion, quedando mi orgullo en salvo de este modo.

Lo que me dejaba tambien reflexionar así, y *estar á la espectativa*, era que mi deseo no era tan violento que me absorbiese enteramente, y que un resultado negativo pudiera desesperarme. Por otra parte, aquel *peligro* con que Mr. de Cernay me habia amenazado solo me infundia un mediano temor. Caso de llegar á apasionarme de la señora de Peñafiel, no la creia *peligrosa;* por que confiaba que mi impasible y orgulloso disimulo ocultaria las llagas que llegaran á abrirse en mi vanidad, y descansaba en que la perspicacia de mi desconfianza, pondria en claro las falsedades ó arterías tal vez empleadas por la señora de Peñafiel.

Unicamente presentia, que en el caso de querer entrar en el número de sus *adoradores*, número invisiblemente tan crecido, al decir del mundo, seria conveniente estuviese yo á su regreso de Bretaña, ó al menos pareciese estar, ocupa-

do en alguna otra hermosura, á fin de hallarme en estado de demostrar que hacia algun sacrificio á la marquesa: como quiera que los homenajes lisonjean mucho mas á una mujer si van acompañados del olvido de una afeccion ya conquistada. Entonces no hay solamente triunfo, sino ventaja que resulta de la comparacion.

Determiné pues, antes que regresara la señora de Peñafiel, hacer el amor á una mujer que á su elegancia reuniese la posesion de un galan oficialmente reconocido.

Fijábame en aquellas dos condiciones á fin de que mas rápida y estrepitosamente se divulgara el rumor de mi supuesto interés. El cálculo era sencillo, puesto que desde el momento en que la sociedad echaria de ver mi inclinacion, se encargaria con el celo y veracidad acostumbrados de proclamar en voz alta la caida del antiguo cortesano y mi exaltacion reciente.

Decidíme pues á procurar que fueran estimados mis servicios por una mujer de moda.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Apoderábase de mí una profunda tristeza cuando al tramar á sangre fria aquellos torpes y miserables embustes, se me presentaba luego al pensamiento toda su vileza; y la impresion era tanto mas fuerte, cuanto no podia excusarse con ningun arrebato de los sentidos, con ninguna pasion, y menos tadavía con ningun vivo deseo de agradar á la señora de Peñafiel. Era una especie de esperanza vaga de distraerme, una cierta necesidad imperiosa de ocupar mi espíritu inquieto y siempre descontento, de buscar en fin en las mezquinas aventuras de la vida social algun accidente imprevisto que me sacara de la melancólica y dolorosa apatía que me estaba consumiendo.

Cosa era tambien extraña el que, una vez entrado en los salones y puesto en *emboscada*, volvia á encontrar, por decirlo así, mi juventud, mi frescura y algunas horas de regocijo y vanidad satisfecha. Parecíame entonces estar dividido en *dos*: ¡tanto me asombraba mi loca conversacion!...

Y luego, una vez á solas con mis reflexiones, empezaban á agitar de nuevo mi pensamiento mil fastidios espontáneos, mil aflictivas incertidumbres sobre *mí*, sobre *todos* y sobre *todo*. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## XVI.

## El album verde.

Al que conoce la sociedad, le podrémos decir sin riesgo de parecer ufanos que al hombre que se encuentra en una conveniente posicion no le es enteramente imposible, si lo procura con empeño, ser, ó por lo menos parecer distinguido por una mujer elegante.

¡Singular existencia sin duda la de una mujer de moda, vida toda de hermoso apego á la parte mas egoista é ingrata de la especie humana! Basta que sea elegante, que sepa vestir de moda y siempre al mejor gusto, y que tenga atractivo ó talento la infelíz, para que pueda pertenecerse á sí misma: es menester que sea uno de los brillantes florones de esa corona de vida con que París ciñe cada noche su cabeza.

No hay fiesta á la que le sea permitido faltar; triste ó alegre, es menester estar allí, siempre allí, con el traje mas elegante, el tocado mas fresco y el rostro mas animado; ser á todas horas admisible, graciosa y agradable con cualquiera: y acordarse de que hasta el necio mas indigesto tiene su derecho rigorosamente establecido á exigirla un halagüeño acogimiento. Porque hay una continua lucha entre las mujeres de moda.... lucha pasiva, pero encarnizada, cuyas armas son las flores, las cintas, la pedrería y las sonrisas.... lucha muda, y por consiguiente mas terrible, llena de crueles angustias, de lágrimas sofocadas, de de-

sesperaciones desconocidas.... lucha, cuyas heridas son profundas y dolorosas, pues que son incurables las llagas del amor propio sacrificado.

Mas no importa: si se quiere una noche reinar como soberana sobre aquella flor de mujeres escogidas, ¿no es indispensable mostrarse mas graciosa que esta, mas coqueta que aquella, y mas oficiosa que todas? Y para despues fijar en torno suyo á la multitud, ¿no es indispensable fingir ciertas deferencias, á fin de que cada uno se apresure con la esperanza de parecer á su ver el preferido?

Pero es menester escuchar al *preferido*, al recien preferido, el del dia, el de aquella misma noche, del último wals, del último *cotillon*, el *premio* en fin de aquella lucha encantadora y divina, en que las flores han vencido á las flores, y las gracias á las gracias. Vestido pues el *preferido* de un desdeñoso frac negro, merece que le escuchemos cuando repanchigándose en la mesa en que va á cenar, empieza á detallar mientras come un bocado á otros *preferidos* que tampoco le van en zaga, todos los seductores agasajos que le han hecho, el apuro en que se ha visto al echar su pañuelo entre tantas hermosas, inquietas y afanadas, y su glorioso desden de las rivalidades que promueve. Al oir aquellas misteriosas, y sobre todo verídicas, formalidades, se ve uno obligado á preguntar alguna vez, de quien se trata y en donde se encuentra, y admirar en seguida con mas fervor que en ningun tiempo la sublime abnegacion de las mujeres que en cuerpo y alma se consagran á la *moda*, á esa brutal y cruel divinidad cuyos sacerdotes son los hombres, que paga con indiferencia ó desden todos aquellos hermosos y juveniles años tan pronto marchitados, y luego eternamente perdidos en su servicio.

Mas á pesar de esto, queria aparentemente aprovecharme de la abnegacion de una de aquellas preciosas *víctimas*. Entre todas las bellezas que brillaban entonces, llamó mi atencion una jóven muy linda, rubia, fresca, tal vez sonrosada en demasía, y de tiernos y rasgados ojos negros, boca

de púrpura, con blancos y hermosísimos dientes que semejaban perlecitas engastadas en coral.... que enseñaba continuamente y con mucha gracia.

Únicamente hubiera debido ocultar su adorador, magnífico jóven llamado por su desgracia y por la de aquella infelíz mujer, el *flamante* Sainville. Este epiteto *flamante* se ha hecho ya una espantosa ridiculez, y si desgraciadamente toma alguno sobre sí semejante apodo, y contesta á él justificándolo con jactanciosa seriedad, cuenta que está perdido para siempre.

Es cierto que si hubiese tenido mas libertad y tiempo para escoger, no me hubiera sometido á una apariencia de lucha tan poco lisonjera; pero la facilidad y la conveniencia se reunian en aquel objeto: urgía el tiempo, y fué necesario figurar que disputaba un corazon al *flamante* Sainville.

Era este tan arrogante y necio como ya me lo habia presumido; así desde el momento en que me vió delante de la mujer á quien hacia alarde de haber interesado, manifestó de una vez todas las especies de zelos mas brutales. Queriendo probar lo que él llamaba seguramente sus derechos, empezó á desplegar con aquella infelíz los modales mas crudos y que mas pudieran comprometerla; cosa que me desagradaba en extremo, porque ella no deseaba, ni yo pòdia tampoco ofrecerla la debida indemnizacion.

Pero sin reparar en nada, y justamente retenida de las toscas maneras de aquel extraño galan, trató de vengarse haciéndome algun inocente gracejo. Sirvióme al instante el señor de Sainville á medida de mis deseos; porque despues de dos ó tres escenas variadas que pasaron de la dignidad lastimada á la grave ironía, y luego á la desdeñosa indiferencia, fue á hacer la corte con todas sus veras á otra pobrecita que nada de esto aguardaba.

Pronto me atribuyeron, en fin, aunque faltando poco menos que á la verdad, la gloria de haber sido preferido al flamante Sainville: castigo bien merecido por mi doblez, y que fue preciso sobrellevar.

En cuanto á las pruebas que la gente presentaba en apoyo de mi triunfo, no se puede negar que eran, como en todas ocasiones, las mas concluyentes. En primer lugar se me habia visto salir para llamar los criados de aquella hermosa que nadie habia tenido á quien encargarlo; otro dia me habia guardado un asiento de su palco en uno de los teatros inferiores, lüego habia mostrado mucho empeño en ofrecerla mi brazo para dar algunos paseos en un raout (1) donde se hallaba todo París; en fin, ¡última y terminante prueba!... una noche en que ella habia dejado de asistir á un concierto, se habia visto muy tarde mi carruaje á la puerta de su casa.

En vista, pues, de unos hechos tan convincentes y positivos, se sacó la consecuencia que yo era el mas afortunado mortal.

En medio de aquella *felicidad*, supe por Mr. de Cernay el regreso de la señora de Peñafiel. Con el objeto de ganar su apuesta cooperó el conde sin advertirlo á la realizacion de mis proyectos, fuese que la señora de Peñafiel me hubiese ó no oido hablar en su defensa.

Así es que desde su llegada á París, cada vez que la veia la ponderaba mi singular empeño en no procurar que me presentasen en su casa, cosa que se hacia tanto mas extraña, exclamaba de Cernay, cuanto que concurriendo yo á las mismas sociedades que ella, me era imposible evitar su continua presencia; por otra parte no se me ocultaba que él era bastante amigo de la señora para á ruego mio procurarme la entrada en aquella casa. Pero es muy posible, añadió, que hallándose mi amor sumamente comprometido con otra jóven muy linda, me hubiese hecho esta prometer que nunca me acercaria á su morada, especie de castillo de Alcine, del que no podia menos de salir uno encantado y enamorado á muerte.

Tantas locuras y embustes llegó á aglomerar de Cernay,

(1) Especie de sarao.

y tan constantemente volvia á su propósito, que por impaciencia ó por otras razones que no he podido penetrar, se mostró la marquesa algo sentida, ó por lo menos casi disgustada de mi aparente frialdad. Su lisonjeado orgullo la hizo ver en aquella indiferencia una infraccion de costumbres y una falta de atencion.

En otra ocasion en que Mr. de Cernay exageraba mi extravagancia, le contestó ella con mucho imperio y muy orgullosa ingenuidad, que sabiendo cuan difícilmente era uno admitido en su casa, hubiera sido siempre una muestra de deferencia respetuosa y digna de un hombre delicado, y que frecuentaba además las mismas sociedades, manifestar por lo menos algun deseo de ser presentado en el palacio de Peñafiel.

Me mantuve sordo á aquellas insinuaciones que tanto deleitaban al conde; y la señora de Peñafiel, acostumbrada como las demás mujeres á ver á todo el mundo ocupado en satisfacer sus menores caprichos, acabó de exasperarse de tal manera por mi reserva, que hallándonos cierto dia en una gran reunion, en que me vió entretenido con una amiga suya, se introdujo en la conversacion, y se esforzó, segun pude conocer, en generalizarla; pero yo no la dirigí nunca la palabra, sino que me retiré saludando profundamente, tan luego como, sin faltar al decoro, encontré medio de poder verificarlo.

Pasados algunos dias y en ocasion en que se chanceaba con el conde acerca de mi conducta de aquella noche, mostró compadecer mi falta de experiencia. A esto replicó el conde, que preciándome yo por el contrario de gran formalista, habria creido sin duda ser poco cortés y delicado el dirigir la palabra á una señora á quien no habia tenido el honor de ser presentado.

Dejóle la señora de Peñafiel, y en quince dias no la oí nombrar.

Á pesar de que mi curiosidad era excesiva, no creí sin embargo oportuno, por los motivos antes explicados, mo-

ver por entonces ningun otro resorte. Continué, pues, bajo el mismo pié, dejando que se figurara el conde que la afeccion que me ocupaba me tenia enteramente apasionado, y que por debilidad ó amor continuaba en la misma idea de no dar el menor paso á fin de ser presentado á una mujer tan seductora y peligrosa como la señora de Peñafiel, paso que por otra parte pudiera conducirme á una negativa, muy merecida en razon de mi tardanza.

Unos quince dias despues de mi última conferencia con Mr. de Cernay, me escribió el viejo D. Luís Cabrera, pariente de la señora de Peñafiel, á quien habia encontrado muchas veces en casa del conde y en todos los salones, y que poco á poco se habia ido relacionando conmigo, dándome aviso de que le habia llegado la hermosa coleccion de planchas grabadas que debian serle remitidas, como me habia dicho, desde Nápoles; y que si gustaba ir algun dia á almorzar con él, podríamos examinar á nuestro gusto aquellas antigüedades.

El caballero D. Luís de Cabrera vivia, como se sabe, en el palacio de Peñafiel, y esta sola idea me hizo traslucir en aquella circunstancia, realmente muy sencilla y natural, alguna mira en que podria tener parte su sobrina.

Fuí pues á ver al caballero D. Luís, que habitaba el entresuelo de la casa, y dedicado á sus tareas científicas, únicamente salia alguna vez con su parienta, cuando esta le rogaba que la acompañase á una que otra sociedad.

Parecióme el caballero un anciano muy fino, reservado y amigo de todas las comodidades, que no contando sino con un mediano caudal, no habia hecho caso, á trueque de procurarse todas las ventajas del lujo y de la vida material mas sublimada, de imponerse una pequeña obligacion respecto de la señora de Peñafiel.

Inútil será decir que aquel inmenso palacio era lo que pudiera encontrarse de mas elegante y suntuoso.

Muy inteligente el caballero en toda clase de curiosidades, tenia un gran placer en ver su cuarto atestado de aque-

llas maravillas. Enseñóme la coleccion de grabados, muy hermosos por cierto, y nos entretuvimos hablando de pinturas y antigüedades.

A eso de la una, llamaron con tiento á la puerta; fué un ayuda de cámara que venia con recado de la señora de Peñafiel para que le fuese entregado el *album verde*.

Sorprendido D. Luís, contestó que habia cosa de un mes que el *album verde* habia sido devuelto á la señora marquesa. Fuése el criado, y seguimos nuestra conversacion.

Llaman segunda vez, y fue nuevo recado de la señora de Peñafiel pidiendo el *album verde*, el que estaba guarnecido de esmaltes, y asegurando al caballero que no le habia sido devuelto á la señora.

Don Luís, que tal cosa no entendia, estaba dado á los infiernos; tomó la pluma, y rogándome le disimulara, escribió una esquela á su prima, que entregó al lacayo.

Anudamos otra vez la conferencia.

Pero de nuevo fuimos interrumpidos por una tercera irrupcion, causada esta vez por el criado de D. Luís, que abrió la puerta anunciando: ¡la señora marquesa!

Presentóse la señora de Peñafiel vestida para salir: nos levantamos, é hícela una profunda cortesía.

— En verdad, querido primo, dijo al viejo caballero, contestando con mucha finura, pero con bastante frialdad á mi saludo; en verdad que necesito de todo mi interés por el *album* para atreverme á poner el pie en su cueva de alquimista; pero estoy segura que ha de tener V. esos dibujos; voy á salir, y como prometí á la señora de*** que se los llevaria esta mañana, desearia cumplirle mi palabra.

Aquí empezaron las reiteradas protestas de D. Luís, que se esforzaba en persuadirla que se lo habia ya devuelto, y otros nuevos escrutinios que de nada aprovecharon; sino que el caballero no pudo prescindir de presentarme á la señora de Peñafiel.

No me fué menos imposible dejar de decirla que hacia mucho tiempo estaba deseando tener aquel honor, á lo que

ella contestó muy ceremoniosa con este vulgarismo: que ella recibia los sábados; pero que estaba tambien en casa todos los miércoles *en prima sera*, y que la hiciese el favor de no olvidarla.

A lo que saludando de nuevo respondí con esta otra trivialidad: Que tal invitacion era una fineza sobrado estimada para olvidarla.

Acompañóla del brazo el caballero hasta su carruaje, que la esperaba á la gradería, y marchó al instante.

Nunca he sabido si el caballero era cómplice involuntario de tan improvisada presentacion.

Era el sábado, como he dicho, el gran dia de recibimiento en el palacio de Peñafiel; pero los miércoles estaban reservados para lo que la marquesa llamaba sus dias de *prima-sera*: en cuyas noches admitia hasta las diez ó las once un reducido número de personas que iban á visitarla antes de entrar en las sociedades.

Dos dias tuve que esperar uno de aquellos miércoles privilegiados, y confieso que con bastante impaciencia.

Olvidaba decir que remití aquel mismo dia á Mr. de Cernay los doscientos luíses de la apuesta, que me ganó por este medio.

## XVII.

### Prima-sera.

Antes de ir al palacio de Peñafiel, estuve comparando la impresion que sentia, impresion de inquietud y recelo, con el indiferente abandono y halagüeña seduccion de la vida que en otros tiempos pasaba en compañía de Elena, y con la seguridad de que al entrar en el antiguo salon de Serval habia de ser recibido con una benéfica sonrisa general.

Sin temer aquella entrevista con la señora de Peñafiel, me hacia cargo, por una extraña y á la vez frecuente contradiccion de los juicios del mundo, de que á pesar de que ella fuese generalmente denigrada y calumniada, su salon no obstante era el centro de la elegancia y distincion: y tenia además una propiedad exorbitante, cual era fijar desde luego el valor que debia cada uno representar; y por él, fuese falso ó verdadero, pasar y ser contado irrevocablemente en la sociedad:

El reducido número de esa especie de casas, tan soberanamente influyentes, que solas decidian sin apelacion del lugar que á cada uno competia en la sociedad, va disminuyendo por instantes.

Fácil es saber porqué: no hay bastantes hombres sobre quienes pueda ejercerse aquella omnipotencia; la vida de los clubs y de las cámaras representativas, ó de esos grandes clubs políticos, todo lo ha invadido.

Entre el discurso de hoy y el de mañana, entre una partida de whist ó una contra de dos ó tres mil luíses, y entre todos los cálculos, ansiosos y absorbentes de una apuesta atravesada en una corrida en que se ha empeñado un caballo por una espantosa suma de dinero, queda muy poco tiempo para ese coloquio dulce, íntimo, florido, elegante, que, como dicen los monamanos de la tribuna, no tiene eco en el país, ni os hace perder ó ganar dinero al whist ó en el turf (1).

A mas de que esa existencia elegante tiene sus contratiempos: es preciso vestir cuando no sea otra cosa, un traje de soirée para ir á ahogarse en un *raout*, ó helarse poco despues aguardando el coche; mientras que por el contrario es tan cómodo y agradable tenderse en las muelles butacas de un club, y dormir allí una apacible siesta al levantarse de la mesa, á fin de dispertar despues mas fres-

(1) Terreno destinado á las corridas. En la acepcion en que aquí se toma es el lugar en que se atraviesan las apuestas.

cos y despejados para comenzar algun considerable whist, sin otra distraccion que el humo del cigarro.

Pero en el tiempo á que me refiero existian aun algunas antiguas casas, y la de Peñafiel era una de aquellas pocas excentricidades.

Contaba la señora de Peñafiel entre todos sus caprichos, no ya el de *blue-stockingz* (1); sino, lo que es peor, el de la erudicion, hablaba dos ó tres idiomas con toda perfeccion, y estaba versada en arduas materias científicas.

Si estos detalles me hubiesen sido dados solamente por sabios de la fuerza de Mr. de Cernay, no hubiera temido dudar de toda su exactitud; pero la memoria de una rara circunstancia vino á probarme aquella singular capacidad de la señora de Peñafiel.

Habiendo tenido la felicidad de encontrar en Londres al célebre Thomás Young, le oí hablar con el mayor entusiasmo de la extraordinaria ciencia de una de mis compatriotas, muy jóven todavía, elegante y de una rara hermosura, que le habia encomiado, me dijo, muy sabia y circunstanciadamente *su famosa teoría óptica de las interferencias*, y hecho, empero, las mas graves impugnaciones sobre el valor *silábico* ó *disilábico* que él pretendia aplicar á los *geroglíficos* en contra del sistema Champollion.

Parecióme aquel hecho tan singular, y adquirió tanto peso con la admiracion de la notabilidad que me lo refirió, que lo tenia anotado en el diario de mi viaje.

Sucedió que algun tiempo despues de haber visto y oido nombrar á la señora de Peñafiel, recordando confusamente la anécdota de Arturo Young, hojeé mi memorial: y encontré efectivamente aquellos pormenores con el nombre de la marquesa.

Sin embargo, repito que cuanto sabia de la señora de Peñafiel, sus injuriosas extravagancias, su coquetismo tan artística y continuamente estudiado, que era voz general que de cada una de sus posiciones formaba el mas lindo

(1) El de ser marisabidilla.

cuadro, y se presentaba siempre como si fuese un *delicioso retrato;* su genio fantástico, sus nociones literarias, pretenciones que nunca favorecen á la mujer que hace alarde de ellas; todo esto, digo, estaba muy lejos de imponerme. Raras veces tienen esta facultad las mujeres de quienes se habla mucho y en muy distinto concepto: demasiado buscan á los aspectadores para temerlas; una mujer seria, grave y serena, de quien no se *dice* ni se *sabe* nada, impone mucho mas.

Por otra parte, un hombre de un carácter austero y reservado, si bien no puede aspirar á muy grandes sucesos, estará empero seguro de mantenerse al nivel de todo y de todos: los hombres sumamente ridículos son los únicos que se producen solo exteriormente.

Vuelvo á decir que fué sin *inquietud,* aunque con cierta curiosidad un poco enemiga, que me dirigí al palacio de Peñafiel un miércoles al salir de la ópera.

El aparato ordinario de aquella casa era verdaderamente soberano. En el vestíbulo, adornado de estatuas y de grandes fuentes de mármol sembradas de flores, habia un crecido número de lacayos empolvados y vestidos con casaca azul, galon de plata y cuello anaranjado. En una inmensa antecámara con hermosísimos cuadros y magníficos jarros de Faenza, llenos tambien de flores, estaba otro lacayo, cuyo traje era empero anaranjado con cuello azul y todo guarnecido de franjas de seda, á imitacion de las armas de Peñafiel. En la pieza inmediata estaban los ayudas de cámara, que en vez de vestir tristemente de negro, llevaban casaca francesa de terciopelo azulado forrado de seda anaranjada con anchos botones blasonados.

Cuando me anunciaron en el salon, habia en casa de la señora de Peñafiel cinco ó seis señoras y dos ó tres caballeros en *prima-sera.*

Vestida la marquesa de negro con motivo de cierto luto de corte, y entretejido su hermoso cabello oscuro de lustrosas piedras de azabaché, presentaba una figura precio-

sa, y una rara brillantez. Equivoquéme sin duda, pero me pareció (lo que me la hizo encontrar quizá tan bonita) que al recibirme con cierta gracia fria y ceremoniosa, habia aparecido un imperceptible sonrojo sobre su rosado color.

Despues que la hube dirigido algunas palabras, se anudó el hilo de la conversacion interrumpida con mi llegada.

Tratábase de una aventura medianamente escandalosa, en que peligraba el honor de una mujer y la vida de dos hombres; todo empero expresado en los mejores términos, y con una reserva de detalles tan diáfana y con una reticencia de particularidades tan transparente, que los nombres hubieran tenido quizás menos significacion.

Así como sucede frecuentemente, por una de aquellas combinaciones que se reserva el destino, en el momento mismo en que cada uno presentaba su dicho, su advertencia ó su retraccion acerca de aquel suceso, anunciaron al marido y la mujer de quienes se trataba.

Aquella entrada tan conyugal, escusada y explicada á un tiempo por un reciente regreso á París que exigia aquella primera visita hecha de este modo, no sorprendió sino medianamente.

Aunque las personas que ocupaban el salon estuviesen habituadas á aquella especie de infraganti, no dejó de reinar medio minuto un grave silencio, bastante embarazado y no menos embarazoso; pero inmediatamente la señora de Peñafiel con la mas natural y completa facilidad, y con el objeto sin duda de dar á entender que se seguia una conversacion, dirigiéndose á mí, cosa en verdad singular, dijo:

— ¿Cree V. que la partitura de este nuevo maestro augure un gran talento?

— Un talento lleno de encanto y melancolía, señora, contesté sin desconcertarme. No será tal vez de un extremado vigor, pero su música esta empapada de una suavidad y una gracia indefinibles.

— ¿Y quién es este nuevo astro musical? Preguntó á la señora de Peñafiel con cierto viso de inteligente la jóven que acababa de entrar, y de quien se hablaba con tanta ligereza.

— Bellini, señora.... la respondí inclinándome hácia ella á fin de evitar la contestacion á la señora de Peñafiel.

— ¿Y el título de la ópera, señora marquesa? preguntó el marido, afectando un vivo interés y deseando no se apurara tan pronto aquella materia, cosa á la verdad bastante rara.

— Habia olvidado deciros, señora, respondí con prontitud dirigiéndome á la señora de Peñafiel, que el título de esta nueva ópera es *la Norma*, cuyo argumento, si no me engaño, consiste en el amor de una sacerdotisa de los Galos.

Y tomando acto contínuo este tema, lo hermoseó prodigiosamente la marquesa, demostrando todos los recursos de un asunto tan dramático, aprovechando en seguida la oportunidad de lucir su erudicion sobre la religion de los *druidas* y las piedras célticas; presentí que iria seguramente á parar por una transicion muy natural en la discusion sobre el valor *silábico de los geroglíficos* renovada por Arturo Young.

Hallándome por casualidad suficientemente instruido en aquellos estudios; porque mi padre, intimo amigo del célebre orientalista señor de Guiger, habia por mucho tiempo calculado en su retiro aquellos problemas alfabéticos, hubiera podido hacer brillar maravillosamente á la señora de Peñafiel, aunque á mis costas; pero chocóme el tono que queria darse, y respondí inmediatamente á una de las mas directas impugnaciones geroglíficas con la confesion mas sencilla de mi profunda ignorancia en aquellas materias, cuya sola aridez bastaba para asombrarme.

Aquella manifestacion alivió al parecer de un grave peso á los demás caballeros, que indudablemente se hubieran ruborizado de quedarse á oscuras en una conferencia que siempre indica conocimientos que exceden á los de una ordinaria educacion.

Ignoro si la señora de Peñafiel se agravió de mi reserva por haberla hecho perder una tan hermosa ocasion de descubrir su ciencia, ó si juzgó afectada mi ignorancia; lo cierto es que no pudiendo disimular un movimiento de despecho, volvió otra vez con un arte y una delicadeza inconcebibles á hablar de los *druidas;* y pasando de las inscripciones célticas al traje pintoresco de las sacerdotisas galesas, á su vestido talar, al hermoso efecto que debia producir un tocado de ramas de acebo sobre un cabello negro ó rubio, hizo rodar muy naturalmente la conversacion desde la elevada esfera científica á que la habia remontado, hasta las vulgaridades del tocador moderno.

Confieso que fue grande la habilidad con que la señora de Peñafiel manejó estas varias transiciones, en que cualquiera otra mujer de un ingenio menos acabado, abundante, diestro y ejercitado que el suyo hubiera naufragado.

No me sorprendió la marquesa, porque nunca habia esperado en ella candor é ingenuidad: cansado pues de su insulsa habladuría, y convencido de que no era en aquel lugar ni á aquella hora que yo habia de observar á mi gusto aquel carácter que calificaban de singular, me levantaba para salir sin ser notado, aprovechando la llegada de otra visita, cuando la señora de Peñafiel, junto á la cual me hallaba, viendo pasar por otra pieza la urna y las bandejas, me dijo: — ¿Nos honrará V. tomando una taza de té? Hice un profundo saludo y me quedé.

Habia aquella noche un gran baile en casa de uno de esos extraños complacientes que con la condicion expresa que se les permitirá quedarse en los salones para mirar las funciones que ellos dan, prestan su casa, criados y cena á la gente de tono, que no deja de aceptarlo con toda libertad.

Concurrian á aquel baile casi todas las visitas de *prima sera* de la señora de Peñafiel; y estaba yo pensando si deberia ir tambien, cuando la mas felíz casualidad hizo que anunciasen á lord Falmouth.

No le habia visto aun desde su tan improvisada marcha á

la cámara de los lores, en que quiso tratar una cuestion sobre la India, que le parecia interesante. Notaba una diferencia tan grande entre su ingenio original y el de la mayor parte de las personas que generalmente encontraba que me decidí á quedarme mas tiempo del que me habi propuesto en el palacio de Peñafiel.

Así es que despues de servido el té nos quedamos solo. la marquesa, lord Falmouth y yo. Olvidaba decir que escondido detrás del sillon de la marquesa, estaba otro jóven extranjero muy distinguido llamado el baron de Stroll, que pareciendo sumamente tímido, hacia hora y media que hojeaba con disimulo un mismo album. Enseñóme lord Falmouth al baroncito que lleno de rubor y con la cabez baja apretaba convulsivamente el sombrero entre sus rodillas; y con su aire mordaz, me dijo estas palabras tan sabidas del visír Mareco al sultan Schaabaam, que estaba mirando unos peces colorados: — *Dejadle estar que á lo menos tiene entretenimiento para una hora larga.*

No habia reparado la señora de Peñafiel en aquel extranjero, colocado, repito, detrás del grandísimo respaldo de su silla junto á una mesa cubierta de albums: porque demasiado bien hacia ella los honores de su casa para dejarle solo.

Empezó la marquesa quejándose graciosamente de Falmouth, por lo poco que se dejaba ver. A lo cual respondio con mucha modéstia que él era por desgracia tan ultrajosamente bestia, y su necedad tan sensiblemente comunicativa, que de cien personas con quienes queria hablar, una ó dos solamente tenian el ingenio bastante fuerte para resistir al contagio de su tonteria y no volverse al cabo de un rato de conversacion tan estúpidos como él: influencia funesta que deploraba con la humildad mas teatral, reconviniéndose por haber hecho innumerables víctimas, cuyos nombres indicaba como pruebas animadas de la fatalidad de su destino

— ¡Ah, señora marquesa! decia agitando su cabeza con

un aire de desesperacion: ¡he hecho, como veis, muchísimo mal con mi estupidez!

— Teneis razon, y mereceis sobre todo ser reprendido por no haber hecho el mal sino á medias, porque se ven resucitar vuestras víctimas en forma de fastidiosos de todas clases, dijo la señora de Peñafiel, y es por desgracia tan varia la especie, como molesta y abundante. Realmente nada hay en mi concepto tan físicamente incómodo como la presencia de un fastidioso; y creo que en la detestable influencia que os subyuga á pesar vuestro ha de haber algo de doloroso.... de doblemente aflictivo, como podria ser el remordimiento.... de un delito que no se hubiera cometido.

— Disimulad, dijo lord Falmouth, la espantosa necedad de mi trivial comparacion, pero uno no es dueño de sus impresiones: cuando sucede que he de habérmelas con algun fastidioso experimento una sensacion idéntica á la que me causaria el ruido de una sierra: siento una especie de rechino sordo, áspero, inarticulado y monótono, que me hace perfectamente comprender la ferocidad de Tiberio y de Neron. Muy rodeados de fastidiosos habian de estar aquellos dos tiranos.

Confesaré mi flaqueza, dije: me placen.... los fastidiosos. Sí, cuando hablamos con una persona ilustrada, nunca vemos llegar sin disgusto el término de la conferencia.... mientras que en las conversaciones con un fastidioso, ¡oh! se encuentra un momento raro, único y precioso que nos recompensa con exceso lo que pueda habernos hecho sufrir: este es el instante en que la Providencia nos lo quita de delante....

Lo cierto es, dijo lord Falmouth, que considerados como disciplina ó mortificacion, pueden servir de mucho.... Pero no obstante, si pudiese uno aniquilarlos de una vez pronunciando una sola palabra.... ¿Tendriais, señora marquesa, la filantropía de soltarla?

— ¿Aniquilarlos? contestó la señora de Peñafiel, ¿reducirlos á la nada? ¿físicamente?

— Es claro: para aniquilarlos moralmente.... no se necesitaria mucho cálculo.... debe entenderse una aniquilacion completa en carne, hueso y corbatin, dijo lord Falmouth.

— ¡El caso es, replicó la marquesa, que no se componen de mucho mas!... Pero.... el medio seria violento... por otra parte, si con decir una palabra.... ¡es una grave tentacion!

— Una sola palabra, le dije: pronunciando, supongamos vuestro nombre, señora, como se emplea un nombre bendito para conjurar al diablo.

— Pero seria un espantoso asesinato, contestó ella.

— ¿Y qué, señora? ¿no está reconocido y confirmado que el fastidio es por sí solo un *asesino?* añadió lord Falmouth. Vayan pues fuera los escrúpulos, y veréis como despues respira uno á sus anchuras, como estará la atmósfera enrarecida y despejada de aquellos miasmas pesados que provocan tan dolorosos bostezos, y como podréis ir por todas partes libremente y sin temor.

Vaya, paréceme que diria: *¡no mas fastidiosos!* replicó la marquesa; porque á fe que causan una continua inquietud: es preciso estar siempre alerta á lo que se habla, y esto es una precaucion inaguantable. Pero con estas locuras me hace V. recordar un cuento muy extraño, que leí no ha mucho en un antiguo libro aleman, que podria servir de piedra de toque ó de termómetro al egoismo humano, si cada uno quisiera contextar francamente á la pregunta que se le hace en aquella conseja. Trátase únicamente de un pobre estudiante de Leipsick que en su desesperacion invocó al diablo. Se le presenta este, y le hace esta singular proposicion: «Tendrás todo cuanto pidas con la condicion, que has de pronunciar en voz alta esta palabra *Sathaniel*, y cada vez que la pronunciarás uno de tus semejantes morirá *un hombre en fin de algun país lejano, cuya muerte y agonía, no presenciarás, y nadie en el mundo mas que tú sabrá que la realizacion de uno de tus deseos haya costado la vida á un hermano tuyo.* ¿Y seré yo dueño de escoger, advirtió el es-

tudiante, el país de mi víctima en cualquiera ocasion? — Seguro. — Venga esa mano, señor Diablo, replicó el estudiante, negocio concluido; » y satisfizo sus deseos á costa de los Turcos que tenian entonces sitiada la plaza de Belgrado, aunque no pasaron los muertos de cincuenta á sesenta mil. — El cuento es vulgar, prosiguió la marquesa; pero desearia saber si muchas personas, seguras del sigilo, resistirian á la tentacion de pronunciar la palabra fatal á trueque de ver realizado uno de sus mas ardientes deseos.

— Esto no pasaria de ser lo que se llama un homicidio venial, dijo lord Falmouth, y por lo que á mí toca, si lo mereciera el deseo, es decir si se tratase de una cosa imposible..... como por ejemplo el de tener la dicha de ser distinguido por vos, señora marquesa, estoy seguro que no responderia de la existencia de algun obscuro habitante.... de la Groenlandia por ejemplo, ó de un lapon que es mas pequeño; y así el pecado no seria tan grande.... Sonrióse la marquesa, y dirigiéndose á mí: ¿Y piensa V., dijo, que el mayor número titubearia mucho tiempo entre su deseo y la palabra fatal?

— Creo que habria tan poca vacilacion, señora, y en particular en las personas mas *respetables*, como dicen, que si en nuestro siglo de oro propusiera Satanás semejante ajuste, quedaria reducido el mundo dentro de ocho dias á un gran desierto; y quizás vos misma, señora, lord Falmouth y yo seríamos, pronto inmolados al capricho de uno de nuestros íntimos amigos, que para no tomarse la molestia de ir á pensar en la Groenlandia, nos haria el favor de tratarnos como vecinos.

Pero mas aun, dijo lord Falmouth: supongamos que efectivamente á fuerza de satisfacerse los deseos de la humanidad á costa de sí misma, se vea reducida de tal suerte, que no queden mas de dos personas en un rincon de la tierra, á saber un hombre que ama apasionadamente á una mujer que le detesta, y que el diablo, continuando en su sistema, le dijese. — « Me mantengo siempre en lo mismo; pronun-

ciando el nombre terrible ella te amará, pero morirá tambien y tú responderás de su muerte.» ¿Deberá el hombre pronunciar la palabra fatal si está enamorado?

— Pronunciando el nombre, justificaria su desesperado amor, contestó lord Falmouth.

— Así seria cuando le sucediera esto á un católico, dijo la señora de Peñafiel, porque compraria el amor con las penas eternas; si se mira bajo otro aspecto, se echa de ver un egoismo atroz.

— Pero permitidme, señora, os haga notar que tratándose de Satanás, precisamente habia de pasar el lance entre Cristianos.

— Dice bien el caballero, contestó lord Falmouth; y su reflexion me trae á la memoria la exclamacion de esperanza ó felicidad de aquel desgraciado náufrago que libre de la tempestad exclama al ver una deidad erigida en la tierra en donde salta. *«¡Loado sea Dios, que me encuentro á lo menos en un país civilizado!»* Pero, dígase formalmente, si no hay bastante motivo de desesperacion al ver que se encuentran en el dia personas dotadas por su dicha de las mas bellas cualidades para emplear aun tres ó cuatro horas todas las mañanas buscando medio de encontrar al diablo y hacer evocaciones é invocaciones!... No ha mucho que encontré á uno de esos bienaventurados en la calle de la Barillería.... puedo asegurar que está en la creencia de que verá colmados algun dia sus votos, y a fe que le envidio la ocupacion, tanto mas, cuanto no se la ve menguar. Porque un deseo que, sostenido por la esperanza, dura toda la vida sin cumplirse jamás, está en mi concepto muy inmediato á la felicidad.

— ¿Y vuestro gran poeta, dije á lord Falmouth, Byron no hizo tiempo atrás la niñería de ocuparse en esas locuras?

— ¡Byron!! ¡ah! no me hableis de ese hombre, exclamó la marquesa con una expresion de amargura y de despecho.

— ¡Eh! cuidado, me dijo sonriendo lord Falmouth, acabais de evocar sin advertirlo una diabólica figura que la se-

ñora marquesa va á conjurar con toda clase de exorcismos, tanto la detesta.

Esto me asombró, porque lejos de suponer á la señora de Peñafiel anti-bironyana, lo que decia de su espíritu fantástico y atrevido me parecia estar en completa armonía con aquel genio desdeñoso y paradójico. Procuré pues estar muy atento al resto de la conversacion de la señora de Peñafiel, que sonriendo amargamente prosiguió:

—¡Byron! ¡Byron! ¡hombre cruel y desconsolador! ¡corazon perverso y endurecido! Cuando pienso que por una fatalidad inconcebible, toda imaginacion juvenil y rica de un tesoro de inestimables ilusiones, va justamente á prodigarlas á ese demonio desdeñoso é insaciable, estoy para creer en la ley de los contrarios!

—Y ¿qué otra cosa mas evidente qué la atraccion de los contrarios? dijo lord Falmouth: obsérvese sino á la linda mariposa, al inteligente diminuto ser aéreo, y dígase si desde el momento en que ve donde quiera que sea una llama muy viva y abrasadora deja nunca de correr inmediatamente con todas las gracias de un hijo del Zéfiro y de la Aurora, á tostarse en ella deliciosamente.

—¡Tampoco, repuso la señora de Peñafiel con una especie de exaltacion que realzó su belleza, puedo recordar sin dolor á tantas almas nobles y confiadas, desesperadas para siempre por el genio maléfico de Byron. ¡Oh! ¡qué bien se retrató en *Manfredo*! ¡véase si el castillo de Manfredo, tan sombrío y desolado, es ó no en verdad su poesía! ¡su terrible inteligencia!! Entrais sin recelo en aquel palacio, cuyo aspecto salvaje y majestuoso os ha llamado la atencion; pero una vez que habeis penetrado en él, una vez que os habeis sometido al mágico poder de su inexorable huésped, y son vanas vuestras, quejas y os despoja sin piedad de vuestras mas puras y estimadas creencias; y luego de arrancada la última, luego que se extingue la última centella de vuestra fe, el gran señor os echa de su casa con una sonrisa insultante, y si le preguntais lo que os ofrece al menos en cam-

bio de aquellas riquezas del alma eternamente perdidas y profanadas....

—Atrevíme á interrumpir á la marquesa, y continué: —El señor Manfredo, señora, responde: «Yo te doy la duda.... ¡la duda!.... la sabiduría de los sabios.» Y curioso de saber si la señora de Peñafiel dividia conmigo las adoraciones como las antipatías, añadí: —Si os esforzais en maldecir á Byron, ¿no os ofrece, señora, su noble patria un antídoto, si puedo expresarme así, para ese veneno tan peligroso? ¡Walter Scott!

—¡Oh! dijo ella cruzando las manos con una gracia verdaderamente bella y casi angelical. ¡Cuánta es mi felicidad, señor, al oiros hablar de esta manera!...¿No es así que el grande, el bueno, el divino, el adorable Scott es en realidad el contraveneno de Byron? ¿y no os regocija al huir con el alma destrozada del castillo de Manfredo, el encontraros en la morada risueña y tranquila de Scott, de ese anciano tan benéfico, grave y sereno? ¡Con cuánta ternura os recibe! ¡con cuán afectuosa compasion! ¡cómo os tranquiliza y consuela! ¡qué puro y radiante es el mundo que os enseña, exaltando cuanto hay de noble, bueno y generoso en el corazon del hombre! ¡cómo os realza, en fin, á vuestros propios ojos, tanto como Byron os degrada ¡Y si no os devuelve las ilusiones eternamente perdidas, cosa, ay, imposible! ¿no le veis mecer á lo menos y adormecer casi siempre vuestro incurable dolor con benéficas palabras?.... Ea pues, contestad...¿no es una grande, una inmarcesible gloria la de Walter Scott? ¿Cuál es el hombre verdaderamente mas grande y poderoso, el que desespera, ó el que consuela? ¡Porqué ah! señor, añadió la marquesa con acento de concentrada amargura, es tan fácil hacer creer en el mal!!!

Parecióme todo esto perfectamente dicho y calculado; si bien hubiera convenido tal vez mejor un lenguaje menos fraseado; pero otra cosa me sorprendió todavía mas.

Seguramente habrá experimentado cualquiera una sensacion inexplicable, de la cual resulta que por espacio de un

segundo, á lo mas, cree positivamente haber visto ú oido ya anteriormente lo que está viendo y oyendo, á pesar de la certidumbre absoluta que tiene de que es la primera vez que mira ú oye á la persona que habla; análoga fué pues la impresion que hizo en mí lo que acababa de decir la señora de Peñafiel sobre Byron y Scott. Era la imágen y el eco de mi íntimo pensamiento, y al verla y oirla, quedé aterrado; reflexionando luego que el razonamiento de la marquesa no era en resúmen mas que una muy sencilla y natural estimacion de dos inteligencias opuestas, continué con mucha frialdad, sin dejar traslucir la sensacion que acababa de experimentar; porque la señora de Peñafiel me habia hablado al parecer de aquella manera con una emocion muy verdadera y natural.

— No cabe duda, señora, que el genio de Byron es muy asolador, y el de Scott muy consolador, y que el uno es en mi concepto mucho mas digno de alabanza que el otro; pero estos desconsuelos y consuelos los tengo por superfluos en nuestra época, porque en el dia no se aflige uno ni se consuela por tan poca cosa.

—¿Qué quereis decir con esto?

— Se me figura, señora, que ya no estamos en aquellos tiempos de las desgracias y de las felicidades imaginarias; que hoy se toma el sabio partido de substituir lo positivo del *bienestar material* á todo el soñado y loco idealismo de la *pasion*: hay pues numerosas probalidades para creer que se encuentra uno mucho mas cerca de la felicidad de lo que jamás lo estuvo. Porque aun para los que se ven dotados de las mas brillantes cualidades, nada hay tan imposible de realizar como lo ideal, mientras que por medio de la razon, puede cada uno formarse una pequeña felicidad material muy envidiable.

—¿En tal caso, replicó con impaciencia la señora de Peñafiel, vos negaréis la pasion, pues que ya no existe en nuestros dias?

— Me engaño, señora: una hay todavía, la sola que ha que-

dado, y ha concentrado en sí la violencia de todas las demás. Su influencia es inmensa, es la única, en fin, que bien explotada podria producir en el dia una reaccion en toda la sociedad... ¡en las costumbres por ejemplo! Y aunque nos hallemos por desgracia mil leguas lejos de la indiferencia tan graciosa de las grandes épocas del placer y de la galantería, la pasion de que hablo, señora, podria casi convertir cada uno de los salones de París en una asamblea de quákeros, ó de americanos acomodados.

—¿Cómo? dijo la señora de Peñafiel.

—En una palabra, señora ¿quereis ver reinar en todos los discursos el mas fingido recato? ¿quereis oir infinitas invocaciones de los hombres (hablo de los solteros) en favor de la santidad del matrimonio y de los deberes de la mujer? ¿quereis, en fin, que se realice la soñada utopia de los moralistas mas austeros?.

—Bien quisiera yo verlo una vez por casualidad.... de lance, exclamó Lord Falmouth fingiendo un cierto asombro; pero ya digo que de paso y nada mas, y protesto.... si ha de durar mas tiempo....

—¿Pero el secreto de esa pasion, preguntó la señora de Peñafiel, de esa pasion que puede obrar tantos milagros, cuál es?

—El egoismo, ó la pasion del *bienestar material*, señora, pasion que se traduce por una palabra muy vulgar, pero que significa mucho, el *dinero*.

—¿Y cómo aplicaréis el amor excesivo del dinero, dijo Lord Falmouth, al desarrollo no menos excesivo de aquella virtud amenazadora de la que haceis una pintura tan horrorosa, que todavía no he vuelto en mi?

—Así como se hace en vuestro pais; imponiendo una multa exorbitante á toda infraccion de los deberes.... ¿Qué hay qué hacer? En nuestra época enteramente positiva no se tiene miedo á nada mas que á lo que perjudica á nuestra vida de cada dia, á nuestro *bienestar*; y bajo este aspecto, la *multa* aplicada al mantenimiento de las costumbres, seria

seguramente la mas poderosa palanca social de nuestra época. Así, por ejemplo, supongamos un moralista profundo, inexorable, decidido á romper brutalmente con las debilidades de la sociedad, un hombre locamente apasionado al deber.... ó si se quiere, figurémonos un hombre feísimo, fastidioso, y por consiguiente muy envidioso de ciertas faltas lindísimas, que no pudiendo cometerlas, está decidido á perseguirlas de muerte; y que este encarnizado moralista sea por añadidura un legislador, y venga algun dia á presentar en la cámara el mas negro cuadro del estado de las costumbres; que pida en consecuencia, y que obtenga por una mayoría, que sin forzar mucho la imaginacion supondrémos compuesta tambien de personas muy feas y fastidiosas, que obtenga, digo, despues de no sé que considerandos, la organizacion de una policía social destinada á vigilar y delatar todo atentado contra las costumbres privadas; y que finalmente se promulga una ley que condena, supongamos, á expiar con una multa de *cincuenta mil francos* aquel tierno delito que hace resonar continuamente las salas del tribunal; que esta multa sea aumentada de la mitad en caso de reincidencia, sin que se pague, como en vuestro país, en calidad de recompensa vergonzosa al ofendido, quien conservaria con el nuevo plan todos los derechos de vengar su honor; sino que fuera empleada en la educacion de los niños expósitos... para que lo superfluo alimente lo necesario....

—¿Y creeis vos, exclamó la marquesa, que el mezquino temor de pagar una suma de dinero considerable, hiciese á la mayoría de los hombres menos atentos ó menos solícitos con las mujeres?

—Tanto lo creo, señora, que puedo perfectamente bosquejaros los dos distintos cuadros de un salon, lleno de los mismos personajes la víspera ó el dia despues de promulgada la supuesta ley. Veríase la víspera á los hombres risueños como siempre, animados y obsequiosos, dando á su acento la mayor suavidad posible para desenvolver en voz

baja y con una gracia indecible en sus miradas los principios amorosos de esta lógica tan sabida: « *Bueno es lo que agrada. La virtud estriba en la discrecion. No se consultó á vuestro corazon cuando le dieron su tirano. Sentimientos hay que la simpatía no puede ocultar. Vuestra alma busca á su hermana.... á su mitad.... Aquí la teneis, tomad mi alma* (este pedazo de alma desparejado tiene unos bigotes ó patillas enormes.) *Casos hay en que el amor culpable se convierte en un deber sagrado*, *etc. etc.* » Porque quiero omitir, señora, otra infinidad de excelentes razonamientos, que por lo general tanto engañan á las que los escuchan como á los que los emplean. Pero al dia siguiente de nuestra terrible ley, cuando habrá ya la *multa* de por medio, ¡qué diferencia tan grande! Como aquellas lindas paradojas de la víspera podrian muy bien resolverse por el desembolso de una gran cantidad, y esa cantidad reduciria á proporcion el lujo y bienestar en que consiste lo necesario de una vida esencialmente positiva, en que el amor no representa mas que lo superfluo, veríamos á los hombres que se han vuelto repentinamente serios, graves, majestuosos, y que huyen del menor coloquio con una mujer, sobre todo si se encuentran algo retirados de la concurrencia, modestos y bruscos, en fin como pensionistas en presencia de su maestra. Oiríamos como gritan al instante para que se les entienda bien con el tono mas solemne y aquella voz áspera que reservan para hablar de política, negar favores y mas adelante regañar á sus mujeres y á sus hijos. « *Y en fin la sociedad radica en las costumbres. Es necesario partir de algun principio. Hay deberes que el hombre honrado sabe y debe respetar. He tenido una madre. Seré padre algun dia. Los verdaderos goces se encuentran en la tranquilidad de la conciencia etc. etc.* » Porque paso en silencio otras mil fórmulas mas ó menos morales, que desde el momento en que se trataria de multa podrian traducirse muy fiel y llanamente del modo siguiente: *No se puede negar que son Vds. lindísimas, pero estimo tambien muchísimo mi palco en la ópera, mi palacio,*

*mi mesa, mis caballos, mi juego, mi viaje anual á los baños ó á Italia, mis pinturas, mis objetos artísticos; pero arriesgar un poco de todo esto por algunos instantes de una felicidad.... tan escasos.... como encantadores.... ¡eso no!*

— ¡Qué infamia! dijo la marquesa, ¡de cien uno no pensaria de este modo!

— Permitidme, señora, que sea de parecer enteramente contrario al vuestro: creo que hoy dia los hombres estan implacablemente apegados al bienestar positivo y material, y que pueden, saben y quieren sacrificárselo todo, y mucho mas que otra cosa lo que se llama una pasion *amorosa.*

— ¿Eso pensais? replicó la señora de Peñafiel profundamente asombrada, ¿eso pensais? ¿cuál es pues vuestra edad?

Parecióme esta pregunta tan extraña, tan poco conveniente, y por otra parte tan difícil de contestar, sin incurrir en la mayor ridiculez, que inclinándome respetuosamente aventuré estas palabras:

— Mi estrella, señora marquesa, me favoreció bastante para traerme al mundo la víspera del dia en que nacisteis vos....

La señora de Peñafiel, despues de un movimiento de altiva impaciencia, me dijo con mucha seriedad: Hablo formal, caballero.

— Tambien, señora, tengo el honor de responderos con mucha formalidad á la pregunta que os habeis servido hacerme, y que es en mi concepto una prueba de interés sobrado lisonjera para que no responda como es debido.

— ¿Pero como sabeis mi edad? me preguntó con aire de asombro y curiosidad.

— Dentro de muchos años señora, contestó sonriendo, no os inquietará este secreto, y me atrevo á esperar que viviré bastante tiempo en vuestra gracia para tenerlo olvidado cuando deba serlo....

Estalló en este momento un estornudo, tanto mas sonoro cuanto mas comprimido habia estado, en la region del

jóven extranjero, que conforme á la prediccion de lord Falmouth, no habia cesado de hojear en una hora el mismo album con el mas profundo silencio. Sorprendida la señora de Peñafiel por aquel ruido, volvió súbitamente la cabeza, y quedó toda confusa al encontrarse con el señor de Stroll.

Escusóse empero tan graciosamente por el olvido en que habia parecido dejarle, que llegó el baroncito á estimar su conducta de muy natural, y aun demostró quedar muy satisfecho de su vigoroso estornudo.

Era tarde y me retiré.

Esperaba mi coche en una de las primeras piezas, cuando lord Falmouth y el señor Stroll salieron á llamar á sus lacayos.

— ¡Y bien! me dijo lord Falmouth ¿qué decis de la señora de Peñafiel?

Sea por rubor de que me viera ya prendado de ella, ó quizá por disimulo, le contesté sonriéndome: — Paréceme que á una extraordinaria sencillez de ademanes, reune la marquesa un espíritu candoroso y desnudo de toda pretension, un genio encantador y la mayor ingenuidad.

— ¡Eso decís! pues á fe, respondió lord Falmouth con su grave ironía, que lo habeis adivinado tanto como si dijerais que nos hallamos ahora alumbrados por el sol en medio de un espeso bosque oyendo el aleteo de las aves. Luego añadió con mucha seriedad. Lo que hay en ella de infernal es la falsedad.... Estoy seguro de que no piensa una palabra de cuanto nos ha dicho sobre Byron y Scott. Porque es capaz de todo eso y mucho mas. Y mientras hablaba así, daba acompasados golpes con su baston en un gran jarro del japon lleno de flores que tenia al lado; y luego cogiendo un hermoso camelia purpurino, me lo enseñó diciendo: Esta es su imágen: color y brillantez, nada mas; sin mas alma que esta flor aroma. Es cierto que cuando ella quiere se produce divinamente, pero cuando es menester oirla, dicen, es al salir alguien de su casa.... por ver como le ajusta el sayo! Hemos de hacer la prueba un

dia de estos; vos saldréis, yo me quedaré y os contaré cuanto habrá dicho de vos, con tal de desquitarme.

Avanzaron los carruajes: iba lord Falmouth á principiar su velada en el salon; no decidiéndome á acompañarle, me retiré á casa.

A pesar del juicio de lord Falmouth y de cuanto yo mismo le tenia dicho, encontré que la señora de Peñafiel era muy natural y su modo de expresarse en cuanto á Byron me tenia profundamente conmovido; pues en aquel lenguaje de sordos vuelos del corazon me habia parecido traslucir algunos gritos de dolor moral, que abrieron un campo inmenso á mi reflexion, porque los creí verdaderos y totalmente opuestos al carácter que en ella se suponia.

## XVIII.

## Murmuracion y coquetismo.

Nada hay tan difícil á menudo, por no decir imposible, como el defender con éxito en la sociedad á una infeliz mujer, que, jóven todavía, tiene la desgracia no solo de encontrarse en una posicion elevada por su nombre y su fortuna, sino tambien de ser hermosa, de un briliante ingenio aventajadas disposiciones y muy vastos conocimientos.

Desde el momento en que la insolente reunion de estas raras cualidades ha desencadenado contra ella á la sociedad, sus mejores acciones, lo mismo que las mas indiferentes, sus dones, su gracia, todo en fin se le censura con todo el arte de su increible malicia, y mostrándose solamente algun tanto benigna con sus defectos

Ninguna contemplacion tan triste como los contradictorios efectos de aquel encarnizado denigramiento; porque si aquella mujer en quien se ceba el odio mas general tiene una casa altamente favorecida, todo el mundo se da prisa

para entrar en ella, y ningun sacrificio es bastante si se logra su introduccion: ¿qué importa que se le imputen algunos extravíos? Esto no impide que todas las mujeres la admitan en su compañía y lleven sus hijas á la suya para enseñarlas sin duda en los primeros años, aquel ejemplar olvido de los ultrajes.... prodigados, y de las calumnias.... esparcidas por nosotros mismos.

Estas reflexiones me vienen á la memoria cada vez que me acuerdo de la señora de Peñafiel, á quien me acostumbré á visitar con frecuencia, hasta que no dejé de hacerlo ningun dia.

Encontréla muy diferente, como suele acontecer en iguales casos, de lo que me la habian presentado.

Decian ser altiva é imperiosa, y yo la veia solamente grave, irónica y desdeñosa, yo jamás la habia oido emplear su ironía ó su desden sino contra objetos viles y miserables; perversa y rencorosa, yo la consideraba buena y compasiva; fanatica, rara y melancólica, yo solo la habia visto algunas veces triste.

Pero esta indiferencia tan notable entre lo que veia y lo que habia oido decir, ¿debia atribuirlo al profundo disimulo que achacaban generalmente á la señora Peñafiel? Lo ignoro.

No sé si estaba muy enamorado de la señora de Peñafiel; pero es cierto que á medida que iba progresando en su intimidad, me inspiraba un vivo interés, originado tanto de su gracia, de su talento, de sus cualidades, de la sencillez misma de ciertos defectos en que ella no se miraba, como del encarnizamiento con que la atacaba de continuo la sociedad: encarnizamiento contra el cual me habia pronunciado muchas veces con furor.

Recuerdo, no sin un cierto orgullo, aquella circunstancia, porque no hay cosa tan ordinaria como esa cobardía rutinaria con que nos unimos á los detractores para desgarrar á nuestros amigos ausentes.

Habia además descubierto poco á poco la falsedad de mil

absurdos rumores, á los que yo habia sido no obstante de los primeros en dar crédito.

Luego que pude gastar alguna confianza con la marquesa, la dije francamente, que su presencia en aquella corrida fatal, donde fue á encontrar la muerte el señor de Meurteuil, me habia parecido por lo menos muy extraña.

Preguntóme atónita: ¿porqué?

Díjela que como á amigos suyos que eran los señores de Merteuil y de Senneterre, ó por mejor decir del número de sus apasionados galanes....

Sin darme tiempo de acabar, exclamó que era una insigne falsedad, que Mr. de Merteuil y de Senneterre iban de visita á su casa en los dias ordinarios, y casi nunca por la mañana; que ignorando el riesgo de aquella lucha habia querido ella presenciarla como cualquiera otra, y que sino aguardó el resultado, fue porque el tiempo estaba demasiado frio.

Al oirla hablar de esta manera, la puse á la vista estos rumores, y de consiguiente esta pública conviccion: «Conociendo el amor que la tenian Mr. de Merteuil y de Senneterre, por una coquetería imperdonable, habia excitado la pasion de ambos rivales; encontrándose pues en ella la primera y sola causa de aquel desafío á muerte; su indiferente desaparicion antes de concluir la lucha habia sido al menos tan escandalosa, como lo fuera su presencia; y que por último su asistencia por la noche á la ópera, en un gran palco habia parecido el colmo de la crueldad y del desden.»

Creia imposible la señora de Peñafiel tan miserables detracciones; y cuando la hube convencido de su evidencia, la oí que dolorosamente afligida me preguntaba, como podia ser que personas de distincion y que conocen el mundo fuesen bastante necias para pensar que una mujer como ella fuera capaz de hacer semejante papel.

A esto le contesté, que las personas de distincion se resignan siempre con una humildad enteramente cristiana á olvidar su alta y singular experiencia del mundo, para ba-

jarse hasta la credulidad mas estúpida y vulgar en tratándose de dar crédito á una calumnia.

Enteréla luego de la historia de Ismael. Contestóme que habia en efecto notado y admirado como artista aquel traje lleno de significaciones, y temido luego por un momento ver aquel desgraciado caerse de su caballo. — Pero cuando quise indicarle aquel otro rumor convertido tambien al instante en pública conviccion que ella habia encargado la presentasen á Ismael. Soltó una loca carcajada, y me refirió que en la ópera habia dicho á Mr. de Cernay, quien lo tuvo á mucha honra. — Mucho se han generalizado en el dia los cazadores y jeduques: cuando esté V. cansado de presentarse con su *Leon* y haya V. formado todo el contraste posible, deberia V. enviármelo, y yo lo haria colocar con un lacayo á la trasera de mi coche, y la vista creo que habia de ser muy original.

Pues bien, señora, la dije sonriéndome, voy á contaros esas otras voces, ó mejor esa otra conversacion. «Mientras que los señores de Merteuil y de Senneterre exponian su existencia en vuestro obsequio, indiferente á aquella lucha temeraria, que sabiais debérseos imputar á vos sola; y puestos vuestros sentidos en el turco, no pudisteis menos de estallar en mil señales y mil arrebatos casi frenéticos: y apareciendo por la noche en la ópera sin consideracion á la muerte de uno de vuestros mas apasionados admiradores, vuestro primer pensamiento fue suplicar á Mr. de Cerray que os presentase á Ismael. Que aconsejada luego por vuestros amigos, y deseando curaros la honda herida quo aquel ridiculo extranjero habia causado en vos, resolvisteis ocultaros bruscamente en lo interior de la Bretaña.

Preguntome la señora de Peñafiel si era Mr. de Cernay e que hacia correr aquellos rumores tan calumniosos y falsos. Traté de eludir esta pregunta, aunque sin tener motivo alguno para guardar contemplaciones al conde. Púsose ella pensativa, y en seguida me dijo:

— Confianza por confianza. Despues de haber pasado

Mr. de Cernay mucho tiempo en obsequiarme, concluyó por hacerme una declaracion.... de casamiento, que no encontró en mí mas eco que el que hubiera tenido una declaracion amorosa; porque deseando no cometer una falta, me era imposible tratar deliberadamente de incurrir en una necedad. Pero como Mr. de Cernay no tenia mas razon para gloriarse de mi negativa, que yo de sus ofrecimientos, quedó el secreto escrupulosamente guardado entre los dos; ahora que me calumnia, el secreto ha dejado de serlo; servíos de él dó quier que os convenga, y dad vuestros *motivos*, como decia mi venerable amigo Arturo Young.

— En cuanto á mi viaje tan precipitado á la Bretaña, añadió la señora de Peñafiel riéndose mucho de aquellas ridículas interpretaciones, me haceis pensar lo brusca que estuve aquella noche en la ópera con la pobre Cornelia, que me sirve de compañera. La tenia dicho que al dia siguiente nos marchábamos á mi país; pero ella empezó á ponerme tantos reparos, ya por razon del tiempo, del frio, etc., que acabó por impacientarme mucho, porque era mi gusto hacer aquel viaje. No marché pues en manera ninguna con el objeto de huir de aquel miserable turco, sino para ir únicamente á ver á la mujer que me crió. Estaba la pobre para morir, y aseguraba que mi sola presencia podria volverla á la vida. Como quiero mucho á aquella criatura, fuí allá; y lo mejor de la historia es que en el dia goza de muy buena salud, de consiguiente no he tenido por que quejarme de aquel incómodo viaje en el rigor del invierno.

En esta ocasion hice reir bastante á la señora de Peñafiel diciéndola cuanto habia compadecido á aquella señorita, por contemplarla expuesta á su tiranía, etc., etc., y ver á la pobrecita tan afligida en la ópera.

He querido citar, repito, estas particularidades, como verdadero tipo de los rumores absurdos, que hallan sin embargo cabida y crédito absoluto en la sociedad, pudiendo tener muchas veces un resultado fatal.

Tanto encono contra aquella jóven me hizo concebir por

ella un interés muy vivo; por otra parte, cuanto mas á fondo la trataba, mas inexplicable me parecia su carácter. Su agradable ingenio singularmente hermoseado, bien que algunas veces paradójico, y con cierto aire de afectacion científica (uno de sus defectos), soltaba de tarde en tarde ciertas agudezas joviales y encantadoras.

En cuanto á sus mas recónditos sentimientos, se mostraba violenta y oprimida, como por el peso de algun doloroso secreto; revelándose alguna vez en sus facciones una expresion de bondad y conmiseracion hondamente sentida y razonada; bondad que no parecia, por decirlo así, natural ó instintiva, sino producida por la comparacion ó la memoria de un grave infortunio, cual si la señora de Peñafiel se dijera á sí misma: ¡He sufrido tanto, que debo compadecerme!

Traslucíanse otras veces en ella explosiones del mas amargo desprecio, contra los envidiosos y malvados que desencadenando su crítica mordaz, no perdonaban á nadie, y habian debido suscitarle por desgracia muchos enemigos.

Otra circunstancia llamó tambien muy particularmente mi atencion: y fue, que á pesar de la veleidad que se suponia en la marquesa, jamás encontré en su casa hombre alguno de bastante intimidad para que pudiera inferirse, ostensiblemente á lo menos, que estaba allí por algun interés amoroso.

Si amaba pues á la señora de Peñafiel, no era con aquella voluntad pura, tierna y apasionada, con que habia amado á Elena; era un sentimiento en que con el afecto entraba la curiosidad, y por decirlo de una vez, la desconfianza; porque al mismo tiempo que culpaba las absurdas y calumniadoras visiones del mundo, no podia gloriarme de mucho mas justo ni de mucho menos necio.

Aunque visitaba con mucha frecuencia á la señora de Peñafiel, hacia ya mas de tres meses que no me habia determinado aun á hacerla ningun galanteo, ya sea por desconfianza, ya tambien por reflexion.

Queria profundizarla mas antes de dejarme llevar de la incertísima corriente de un lazo cuyo resultado negativo me hubiera sido muy sensible; porque confieso que la señora de Peñafiel no podia ser mas seductora.

Entre otros defectos que en ella me agradaban, estaba colocado en primer lugar su coquetismo, extraordinariamente singular.

No se distinguia por sus falsos agasajos ó por su acogimiento tan lisonjero como falaz, tan estimulante como engañoso, no; su carácter era demasiado altivo y desdeñoso para mendigar ó conquistar así los homenajes.

Su coquetismo estribaba en la gracia inexplicable que queria y sabia dar á sus menores movimientos, á sus posturas al parecer mas indiferentes. Aquella gracia era sin duda calculada, razonada, si podemos decirlo así; pero el hábito habia armonizado tanto aquel arte encantador con la elegancia original de sus ademanes, que era imposible *mirar* otro objeto mas delicioso que la señora de Peñafiel.

Por otra parte, en punto á exquisitismo la sola naturalidad no puede en manera alguna compararse con el adorno estudiado: tanto valdria decir que le flor pálida y silvestre del agavanzo puede igualarse á la rosa en abundancia, hermosura y aroma.

Bajo este supuesto, confesaba la marquesa con su agradable ingenuidad que sentia un extraordinario placer en vestirse con la mayor elegancia, para encontrarse bonita; que era muy amiga de ver su graciosa actitud reflejada en un espejo; y que por último no sabia comprender que se tuviese mas empacho de cultivar y adornar la hermosura que el ingenio; que no se pusiese igual cuidado en tomar siempre una posicion elegante y escogida, que en hablar siempre con finura y pulidez.

Confesaba tambien que se divertia mucho menos en parecer coqueta á los demás que á sí misma; porque nunca la encomiaban, decia en sus asomos de jovialidad, conforme era debido; mientras que ella nunca excedia los términos

precisos de la adulacion; y que por consiguiente preferia con mucho sus propias admiraciones. No seria fácil imaginarse hasta que punto habia llevado su arte de presentar una hermosa *vista.*

Tenia una especie de locutorio primorosamente compuesto, que podia llamarse estrado, biblioteca y obrador á un mismo tiempo; y en él presentaba generalmente su elegante perspectiva. Segun cual era pues su aspecto, traje ó fisonomía del dia, se la encontraba mas ó menos iluminada por una muy hábil combinacion de antiguos cristales y celosías, que demostraba perfectamente los mas admirables y poéticos conocimientos del colorido, y los mil sabios recursos de la sombra y de la luz artísticamente contrapuestas.

Cuando encontrándose, por ejemplo, pálida y desazonada, iba, vestida de blanco y caido el cabello en dorados bucles, á sentarse en una media luz que, reflejada de lo alto de las aberturas, proyectaba grandes sombras en la estancia, era digno de verse como desplegándose tan solo aquella débil claridad sobre su hermosa frente, mejillas ligeramente rosadas y cuello de marfil, dejaba sumergido lo restante de su rostro en un maravilloso claro-oscuro. Nada en fin es capaz de ofrecer una vista tan deliciosa como aquella blanca y vaporosa figura, que se destacaba tan suavemente iluminada de un fondo muy sombrío.

Luego tambien esa luz avaramente economizada, que brillaba solamente acá y acullá sobre la dorada escultura de un sillon, sobre el rielado pliegue de una estofa, sobre la escama y el nácar de algun mueble, ó que centelleaba concentrada en la superficie globulosa de las copas de porcelana, atestadas de flores; esa luz, así distribuida, no solo hacia parecer como en un *cuadro,* y un cuadro hermoso, á aquella figura tan elegante y perfecta, sino tambien á todos los accesorios que la rodeaban.

Confesaré tambien, aunque fuese una puerilidad muy grande, que aquella manera de comunicar la luz á una pie-

za, me agradaba mucho, porque convenia con mis ideas.

Una cosa encuentro muy chocante, y es la completa ignorancia ó el deplorable olvido de los arquitectos en este particular. Sin curarse en lo mas mínimo del estilo de la época; principalmente con relacion á una mujer, de su exterior, del tipo de su belleza y de su fisonomía, creen haberlo hecho todo y con perfeccion cuando la han cegado con dos ó tres enormes ventanas de diez pies de alto, de donde se derrama una resplandeciente cortina de luz: luz que desmañadamente prodigada, se neutraliza, se pierde sin realzar pinturas, estofas, ni esculturas, porque proyectándose indiferentemente sobre todos los objetos, no da valor á ninguno.

En una palabra resumiré mi pensamiento, y diré que soy de opinion que una pieza (no de recibir sino destinada á las prácticas de intimidad) debe ser iluminada con el mismo estudio, arte y gusto que se emplea en *iluminar bien una pintura.*

Por este medio deben dejarse sacrificadas muchas cosas en la sombra y en la media tinta, con el objeto de favorecer algunos puntos resplandecientes.

El ojo y el pensamiento descansan entonces con placer, amor y una especie de dorado ensueño y poética contemplacion, sobre aquel agrupado interior....

Verdadero cuadro en movimiento que fuera ya admirado si se viese sobre un lienzo.

Pero se necesita una cierta elevacion de espíritu, un cierto instinto de idealismo algo exagerado, para consagrarse á ese culto doméstico, y buscar en él á cada instante placeres contemplativos, que muchos ignoran ó no pueden comprender.

Insisto en esta particularidad, no solo por la sorpresa que me causó aquella simpatía del gusto de la señora de Peñafiel con el mio, sino tambien porque daba mayor valor al coquetismo de sus ademanes, que tanto me entusiasmaba.

Esto me trae á la memoria que nada me parecia tan sal-

vaje (y lo decia públicamente), como las furiosas declamaciones de todos los conocidos de la señora de Peñafiel contra lo que llamaban *su intolerable y detestable coquetismo.* ¡Esa mujer, decian con muy curioso furor, tiene las mas exorbitantes pretensiones! Ha entablado una especie de apuesta consigo misma, de parecer siempre bella y graciosa. Jamás se ha sorprendido en su casa, sin que esté vestida con todo primor; todo está en ella calculado, estudiado, desde la débil é incierta luz que á veces la ilumina, desde el color de las colgaduras acomodadas á su tez, como si debieran servirle de traje, hasta el de las flores naturales puestas en un jarro encima de su escritorio, que guarda relacion, quien lo creyera, ¡oh horror!!! con el color de su cabello, como si fuese á peinarse con aquellas flores. Pero no es esto todo; tiene un pie de niña, un brazo perfectamente torneado y una mano encantadora. ¡Pues bien! ¿No parece inaguantable que no pueda uno menos de admirar aquel pie, aquel brazo y aquella mano, por la gran habilidad con que descubre estas lindezas? ¿No es esto, repitamos, odioso, inaguantable, escandaloso, etc.?

Siendo pues cierto todo aquello, ó por mejor decir siendo así que lo era, ¿podrá inventarse nada tan grotesco y descabellado como las quejas de esos hombres, que vestidos con aquella indiferencia muchas veces indecente, adoptada hoy dia, no sé porqué, para las visitas matinales, se presentan como *orugas* (vieja expresion justamente inventada que deberia renovarse en nuestros dias) á pasar un gran rato en casa de una señora, y se quejaban digo infamemente, porque esta señora les habia recibido adornada de todo cuanto el gusto, el arte y la elegancia, podrian añadir á su gracia natural?

Confieso que yo sentia, por el contrario, un gran placer en disfrutar de todas las graciosas monadas de la señora de Peñafiel, y en contemplar, aunque no fuera mas que como un hermosísimo *objeto artístico* aquel delicioso cuadro viviente unas veces tan animado y otras tan lánguido y som-

brio. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Se me olvidaba decir que entre los mas violentos detractores de la señora de Peñafiel, habia muchos *jóvenes cristianos* amigos suyos.

Ahora que recuerdo estas palabras, será bueno aclararlas algun tanto; porque como el *jóven cristiano de salon*, tipo á la vez presumido y grosero, habrá de ceder muy pronto el puesto á nuevas ridiculeces, merecerá le describamos con alguna difusion para que su exilarante memoria no se nos olvide jamás.

## XIX.

### Del cristianismo de salon.

Dos especies se encuentran de jóvenes cristianos de salon: los unos presumidos y estrambóticos; los otros respetables, porque, á lo menos exteriormente, su lenguaje y sus costumbres no forman el contraste mas descabellado. Estos apóstoles mundanos pueden dividirse en dos clases: los jóvenes cristianos que bailan, y los que no bailan. Esta distincion basta para que se les conozca á primera vista.

Los primeros, los cristianos bailadores, son poco mas á menos gruesos, gordos, rosados, rollizos, rizados, ensortijados, encorbatinados, estirados, erguidos y perfumados. Son los *flamantes, los buenos mozos,* los *leones* de ese cristianismo de estrado, de ese catolicismo tomando té: comen, beben, rien, charlan, cantan, gritan, bailan, valzan, galopan, volteretan, cotillean, mazurcan y hacen la corte (si pueden) tan desesperadamente como el mas acérrimo luterano ó el mas indiferentista en materia de religion. Algunos acordándose que David bailaba delante del arca, se han dedicado fervorosamente á la cachucha, para prestar sin-

duda un homenaje enteramente cristiano á esa danza adorable que florece en España, tierra católica si alguna debe serlo: otros, en fin, mas rigoristas, primero que consentir en rivalizar de este modo con los majos mas derrengados, pidieron que bautizada la cachucha, se llamara la *Inquisicion*. La cuestion está pendiente.

Súcede siempre que al ver á esos apóstoles con lustrosos guantes y piramidal cabellera como pasan sufocados del galop á abandonarse al delirio de un walz en que se comen con la vista á su pareja, y se trasladan despues á olvidar ó á contemplar tanta belleza en la ardiente intimidad de las hermosas del baile Muzard, no se les creeria de pronto mucho mas cristianos que Abd-el-Kader.

Sin embargo, merced á ciertas revelaciones indiscretas sobre la topografía de las religiones divinas, al comprometimiento de ciertas confianzas sobre la especie humana y la duracion de las penas eternas, y mas que todo á su aire de triunfante fatuidad, pronto adivina uno y presiente al ángel supernumerario bajo el sayo terrenal de esos jóvenes cristianos.

Su solo defecto es no disimular debidamente que están en perfecta armonía con Jehováh, muy de acuerdo con la Providencia, llenos de buenas relaciones en el cielo, y que los serafines están muy á su disposicion.

Pero mientras aguardan la hora de irse á colocar junto al rey de los reyes, que en un momento de júbilo tuvo á bien enviarnos esos rollizos querubines para engalanar nuestras miserias, los jóvenes cristianos que bailan, practican constantemente nuestros mundanos placeres, sin descuidar por esto los goces sagrados.

En efecto, el jóven cristiano que baila debe tener su crónica de iglesia y sacristía, así como un aficionado á óperas tiene la de entrebastidores.

El cristiano que baila debe pues conocer á los predicadores de moda, sus costumbres y sus prácticas, su vida privada y anecdótica; referir como el cura*** no lleva escritos

sus sermones: como el padre*** ha desbancado al padre***: como el cura*** tiene mucha ó poca gracia en predicar: como un vicario de santo Tomás de Aquino las ha tenido tiesas con el cura párroco: como una alma piadosa ha encontrado en el sombrero de una buena señora ya de edad, pero todavía lista y expedita, algunas varas de magnífico encaje que habia regalado al festivo cura de San*** para que sirviese de frontis en un altar de su iglesia, etc. etc.

El cristiano que baila debe, en una palabra, saber cuales son los mejores puestos de la iglesia para ver y oir al predicador; no faltar jamás á ningun sermon ó plática espiritual; y correr luego á dar sus noticias y explicar si lo hizo bien ó no, absolutamente lo mismo que si se tratara de una ópera nueva.

Gracias á esa práctica continua del púlpito y la sacristía, como tambien al vigor de sus jarretes, el cristiano que baila, admitido y considerado como tal, goza entonces de los privilegios inherentes á esa posicion excéntrica.

Cristiano en todas partes, cristiano siempre, en el baile, en los teatros, en la mesa, en el campo, en la ciudad, en pie, sentado, echado, dormido ó dispierto, predica la intolerancia, la inquisicion, la indignacion: os encaja en una palabra al cielo ó al infierno: fulmina nuevos anatemas contra la nueva Gomorra, mientras bebe un vaso de ponch; ó grita desaforadamente: ¡Babilonia! ¡Babilonia! mientras cena como un avanto. Arrojando por último un horroroso grito de desolacion, pronostica la próxima y amenazadora probabilidad del juicio final mientras baila un cotillon.

Tras de lo cual, molido y quebrantado con las fatigas del sermon y del baile, se acuesta, y se encuentra al momento oprimido por una horrible pesadilla. Sueña que él es el confesor y que su pareja del último walz en quien pudo sobre manera admirar la casta modestia de José huyendo de Putifar, viene á confesarle que ha cometido toda suerte de lindísimos pecados con un jansenista, dos calvinistas, cin-

co molinistas, once deistas y un sin número de ateistas.

Lejos de los cristianos bailadores que se extienden debajo de la luz de las arañas, florece modestamente en el alféizar de las puertas el jóven cristiano que no baila. Si los primeros son los buenos mozos de esa religion de estrado, estos son sus puritanos: graves, austeros, pálidos, enjutos, sombríos, indolentes, mas pudibundos que san José, sienten muchísimo no cubrirse de ceniza; pero en cambio arrastran por una y otra parte su melancolía y su vida religiosamente pura y limpia. Retraidos de nuestros goces profanos, que atraviesan sin tomar parte en ellos, se entregan á todas horas á sus divinas inspiraciones y á sus visiones celestiales: tolerantes, benéficos y compadecidos de los errores del mundo, son los tiernos Fenelones de esa iglesia mundana; mientras que los cristianos que bailan son los desapiadados Bosuets; porque el cristiano que baila es implacable, intratable é inabordable. Desde el momento en que se trata de flaqueza humana, no hay para él, es decir para los otros, justo medio: el infierno, el demonio y sus cuernos, puro y neto.

Lo contrario sucede con el cristiano que no baila, pues se sirve casi siempre del purgatorio: los extremos repugnan sumamente á su alma piadosa, delicada y caritativa: le costaria mucho tiempo y seria menester una dilatada prueba de muy terribles iniquidades para decidirse á exclamar positivamente: ¡Ay de tí! ¡infelíz hermano mio, veo que pertenecerás un dia al gran demonio del infierno, si no tratas de enmendarte!

El cristiano bailador, muy al revés, os echa en él de cabeza y para siempre por la mas mínima presuncion, y lo hace con una seguridad horrorosa.

Por lo que trata al porvenir de la especie humana, el cristiano que no baila parece vivir siempre un poco esperanzado de la salud del mundo; á pesar de los errores y crímenes de los hombres, presume, sin que por esto lo afirme positivamente, que en el terrible dia del juicio final

podria suceder muy bien que se decretase una poderosa amnistía, que sacase de sus penas á los condenados: el cristiano que no baila parece tener una gran confianza en la inagotable mansedumbre de su Dios, que es bueno, dice, como la fuerza; y en suma se le creeria muy al tanto de la política celestial, si es el cristiano bailador, introduciéndose en la conversacion, y saboreando un sorbete, no destruye se con una sola palabra aquellas dulces y fieles esperanzas. Sucédense entonces amenazas tan espantosas, tan formidables, que huelen de tal manera á azufre y betun, que os hacen ver tan á las claras un fuego eterno, horcas eternas, y asadores eternos, que no queda otro recurso á los pálidos humanos sino gritar desesperacion y fatalidad; y mientras aguardan el efecto terrible de las predicciones de los cristianos bailadores, entréganse á un interminable galop ó á una espantosa bacanal digna del festín de Baltasar.

## XX.

## El estrado.

Voime acercando á un episodio muy dulce á la par que muy cruel para mi memoria, y cuya sola idea me inflama todavía de felicidad y de dolor.

Hallábame un dia sin saber porqué singularmente poseido del rencor y desconfianza: habia sentido una siniestra impresion al considerar el poderoso influjo que ejercia sobre mí el solo pensamiento de la señora de Peñafiel. Irritábame la consideracion de que no habia de conocer bastante la *realidad* de lo que venia á ser aquella mujer cuando yo confesaba su ascendiente sin temerlo mucho.

Aquel mismo dia me dirigí á su casa, y contra la costumbre tan puntualmente observada en aquel palacio, despues de abierta por los conserges la puerta que cerraba el atrio,

no encontré los criados de la antesala que debian anunciarme. Antes de llegar al estrado de la señora de Peñafiel era preciso atravesar tres ó cuatro piezas, que no tenian mas puertas que las mamparas. Á no estar prevenida de antemano, era muy difícil que me oyese llegar, porque lo muelle de la alfombra amortiguaba enteramente el ruido de mis pasos.

Llegado pues á la inmediacion de la mampara que cerraba la entrada de su locutorio, pude contemplarla antes que ella pudiese repararme, á no ser que el reflejo de un espejo revelase mi presencia.

¡Nunca olvidaré la profunda conmocion que me causó el aspecto de aquel semblante pálido y desconsolado! Parecióme descubrir en él la inquietud, el pesar, la desgracia mas irreparable, ó mas bien la reunion de esos tres sentimientos llegados á un desesperado parasismo.

La estoy viendo aun apoyada en un confidente muy bajo, dorado y cubierto de raso, sembrado de rosas, en frente del cual se extendia un largo almohadon de armiño para poner los pies: al lado de aquel asiento y arrimado á la pared habia un mueblecito de Boule, cuya parte superior formaba una especie de armario, dentro del cual descubrí con el mayor asombro un crucifijo de marfil....

Habíase deslizado sin duda de su asiento, pues la encontré descansando casi postrada sobre el almohadon de armiño, con sus dos manos apoyadas contra la rodilla: su rostro abatido y vuelto hácia el Cristo, estaba iluminado por un rayo de luz, que concentrado en su frente dejaba leer en ella un acerbo dolor.

Jamás se habrá visto cosa tan tierna, tan hermosa y tan triste, como aquella jóven rodeada de todos los prestigios del lujo y de la elegancia, abrumada bajo el peso de algun terrible pesar.

Confieso que á mi primer asombro sucedió la mas dolorosa contemplacion: estrechóseme el corazon al querer preguntarme á mí mismo de que inexplicable desgracia podria

ser víctima aquella mujer al parecer tan feliz.

¡Mas ah! en aquel momento mismo, no sé porque maldita fatalidad, mi ordinaria desconfianza y la reputacion reaccionaria de la señora de Peñafiel vinieron á decirme que tal vez me estaba engañando *una pintura;* pues siendo posible que me hubiese oido venir, podria haber concertado aquella actitud tan melancólicamente afectada.... Luego descubriré el motivo.

Repito que era verdaderamente una locura tan grande como ridícula la suposicion de un rasgo de coquetismo calculado, en medio de un pesar que parecia tan profundo: pero fuese que el hábito de querer siempre mostrarse graciosa hubiese influido esta vez involuntariamente sobre aquella misma situacion tan abandonada al dolor, ó que la casualidad por sí sola la hubiese concertado; era imposible figurarse un conjunto tan maravilloso como el que formaban la expresion de sus ojos elevados al cielo, su tierna y llorosa mirada, brillante de amargas lágrimas, su talle delgado y flexible deliciosamente replegado sobre la alfombra, y hasta el empeine de su bien arqueado pie que en medio de su dolorosa confusion llegaba á descubrir la parte inferior de su contorneada pierna ceñida por el coturno de raso negro.

Confieso que despues de mi asombro y de mis dudas sobre la realidad de aquel disgusto, mi primer movimiento fue una viva admiracion de tan hechiceras perfecciones....

Estuve un momento indeciso sobre si entraria de repente, ó si volveria á la puerta de la sala inmediata para hacerme anunciar por medio de una ligera voz: pero tomando este último partido, oí que se cerraban inmediatamente las puertas del mueble donde estaba el Cristo, y que exclamaba la señora de Peñafiel con una voz muy alterada:

— ¿Quién está ahí?

Pasé adelante, y me escusé diciendo no haber visto ningun criado que me introdujese, á lo que contestó la marquesa:

Espero me disimularéis; porque hallándome sumamente indispuesta, y habiendo prevenido que no dejaran entrar á nadie creí que estaba la puerta cerrada.

Me escusé de nuevo; é iba á retirarme cuando ella me dijo: Sin embargo, si la compañía de una infelíz mujer, horriblemente triste y agitada no os espanta demasiado, quedaos y me haréis favor.

Apenas me hubo invitado á que me quedara, á pesar de que tenia mandada cerrar la puerta (lo que explicaba la ausencia de los criados de la antesala) ya no me quedó la menor duda de que quiso jugarme la escena del crucifijo, y que tal vez sus criados tenian órden de que nadie entrara sino yo.

Semejante modo de discurrir era verdaderamente el colmo de la insensata impertinencia, y la mas completa inverosimilitud. Pero preferí la necia vanidad de recelar de una mujer á quien amaba, de una mujer tal como la señora de Peñafiel, y de hacer para engañarme un miserable papel, á creerla capaz de sufrir uno de aquellos momentos de horrible amargura contra los que se pide á Dios ayuda y proteccion.

Si hubiese reflexionado un instante que tambien yo en la flor de la juventud y alimentado con la misma vida de la sociedad, experimentaba á menudo mas que nadie esos pesares sin causa; no me hubiera parecido inconcebible el estado de tristeza en que habia sorprendido á la señora de Peñafiel: pero no, la desconfianza mas encarnada y el temor de ser presa de la decepcion si me compadecia de un dolor que pudiera ser fingido, paralizó toda mi razon y todo sentimiento generoso.

Por un efecto de su genio caprichoso, dije en mí mismo, está quizás sentida la señora de Peñafiel de ver que no me dedico á ella; no porque mis obsequios tengan ningun valor, sino porque tal vez habré desconcertado sus proyectos. Tres meses ha que frecuentemente la visito, y no me ha oido aun una palabra de amor ó de simple galanteo: tam-

poco parece tener con nadie un interés evidentes y esto segun dicen no puede ser virtud, de consiguiente es un misterio. ¿Porqué no habia de querer emplearme y vengarse á la vez de mi afectada indiferencia, sirviéndose de mí para mejor ocultar otro amor.... y extraviar de este modo las sospechas de la sociedad? El camino es fácil, encontrándola tan abatida, no puedo dejar de informarme de la causa de su pesar, ofrecerla consuelo y aventurar una declaracion amorosa, que aplicará á algun designio del que seré yo un infelíz juguete.

Puede ser tambien que adivinando la tristeza ó la amarga melancolía que me consume á menudo, y de que nunca hemos hablado; finja sin duda este simulacro de desesperacion para merecerme confianzas misantrópicas sobre la pérdida de las ilusiones, de los dolores del alma, etc.... y otras penas, cuya confesion es una gran ridiculez, para burlarse luego de mis necias expansiones.

Convencido de esta suposicion, ninguna impertinencia me pareció bastante fuerte para probar á la señora de Peñafiel que andaba equivocada en tomarme por blanco de su falacia.

Nada empero, vuelvo á repetir, tan completamente absurdo como mis temores y mis hipótesis. Ahora que lo medito á sangre fria, me asombro de ver que ni siquiera reflexioné que era menester que la señora de Peñafiel tuviese una anticipada seguridad de que la visitaria aquel mismo dia y á la hora precisa en que me presenté en su casa, para preparar aquella escena; que con hacerme servir de velo para ocultar otro amor, se comprometia tanto á los ojos de la sociedad, como si publicase el verdadero afecto que trataba en mi concepto de disimular, y que el placer en fin de burlarse de unos sufrimientos que nunca habia querido tomarme la molestia de insinuarle, no valia por cierto la pena de una ficcion tan prolongada y diestramente combinada.

Mas en materia de locuras (y creo firmemente que mi

desconfianza habia llegado á rayar en monomanía), las reflexiones sabias y sensatas son precisamente aquellas que nunca nos vienen á la idea.

En vano tambien me habia burlado yo mismo de esas murmuraciones infames, que del accidente mas sencillo ó indiferente llegan á forjar los caprichos mas absurdos y monstruosos; á pesar de esto, sin calcular un instante la odiosa inconsecuencia de mi carácter, iba, lo que es mil veces mas miserable que el murmurar, iba á calumniar el dolor: ¡cosa santa y sagrada entre todas! ¡á hacer un vil desprecio de un secreto sorprendido! Testigo involuntario de uno de esos accesos profundos de tristeza íntima y oculta á que no se atreven á abandonarse las almas afligidas sino en su esfera solitaria, por razon de su delicada susceptibilidad, que constituye el pudor del padecimiento, iba á disfrazar indignamente la causa de aquella desesperacion tan verdadera, que no se dirigia mas que á Dios y le pedia lo que tan solo él ¡ay de mí! puede conceder: ¡esperanza y consuelo!

Con el alma pues singularmente dispuesta á emplear el sarcasmo, y mirando el rostro tan tristemente abatido de la señora de Peñafiel con los ojos inícuos y embrutecidos de esta sociedad, cuyas mas negras prevenciones superaba yo en aquel entonces, gracias á mi cobarde desconfianza, me senté con aire brusco y despejado delante del confidente en que la señora de Peñafiel se habia dejado caer postrada por su dolor.

Acuérdome de casi todas las palabras proferidas en aquella conversacion.

# XXI.

## La revelacion.

Fija la vista en el suelo, estuvo la señora de Peñafiel un momento pensativa; y luego, como si acabara de formar una súbita determinacion, me dijo con una familiaridad autorizada por tres meses de continuas relaciones:

— Os tengo por un amigo....

— El mas apasionado, señora, contesté con un tono finamente burlon, en que ella no hizo alto, muy feliz de poderlo asegurar.

— No entiendo por esta palabra.... me dijo, un amigo adocenado é indiferente como lo entiende la sociedad, no: sois en mi opinion mucho mas que eso: en primer lugar, jamás me habeis hecho un galanteo, y os estoy por ello agradecida, ¡oh! sí, muy agradecida! De este modo me habeis evitado esa especie de cortejo insultante, que sin saber porque se creen algunos facultados, y aun tal vez.... obligados á hacerme, añadió sonriendo amargamente. Habeis tenido bastante finura, talento y fuerza para comprender que á una mujer víctima ya de odiosas calumnias, nada la ofende tanto como esos homenajes desdeñosos y miserables, que aumentan siempre el número de sus afrentas, porque reciben al parecer su autoridad de los mas injuriosos rumores cual de premisas muy naturales.... He creido que teneis el alma tristemente aleccionada por una experiencia precoz. Sé que vivís en medio de la sociedad, sin tomar parte en su odio mezquino y vil emulacion; ni os tengo por fatuo ni vanidoso; os cuento en el reducidísimo número de hombres que nunca desean encontrar en una confianza.... mas de lo que en ella existe, y estoy segura de que no acriminaréis la singularidad del paso que voy á

dar. Por otra parte, añadió con un aire tristemente majestuoso que me impuso á pesar mio, como una muestra de suma confianza de parte de una mujer es una de las cosas de que mas suele preciarse una persona honrada, no temo abriros mi corazon: sois tambien bueno, generoso, y sé que muchas veces me habeis defendido con energía y lealtad, cosa á la que estoy muy poco acostumbrada, sé por último que un dia en la ópera.... Sí, yo os habia oido, dijo la señora de Peñafiel notando mi sorpresa, esto os hará comprender porque he ido procurando vuestra admision en mi casa; y la reserva con que correspondisteis á mis demostraciones me dió una sublime idea de la dignidad de vuestro carácter, y en ella necesito creer.... necesito tener en vos un amigo sincero, porque, en una palabra, tengo necesidad de que alguno me oiga... prosiguió con desesperacion, de que me oigais vos ... ¡Oh! sí, vos.... ¡de decir porque soy la mujer mas infelíz!

Y arrasados sus ojos de lágrimas, ocultó su rostro entre sus manos.

Hubo en estas palabras y en la triste mirada que las acompañó un cierto no sé qué tan lastimero, que me extremeció á pesar mio; pero reflexionando luego que de todos modos podia ser todo aquello una ficcion inventada para mejor inducirme á hacer un ridículo papel, me apresuré á decir friamente á la señora de Peñafiel, que me juzgaba digno de su confianza, y que si mi afecto ó mis consejos podian serla de alguna utilidad, que me tenia á su disposicion, con otros vulgarismos de esta clase.

Pareciéndome que la señora de Peñafiel no echaba de ver la frialdad cruel con que yo contestaba á sus lamentos, creí penetrar en aquella inadvertencia, á mi entender calculada, una resolucion desdeñosa de llevar á cabo sus proyectos, sin desconcertarse por nada: esta idea me llenó de irritacion.

Pero en el dia, mas amaestrado ya por la experiencia, me doy fácilmente la razon de aquel desapercibimiento de

la señora de Peñafiel, que me pareciera entonces una prueba tan positiva é injuriosa de su falsedad.

Es que la primera revelacion de un sufrimiento largo tiempo comprimido causa al alma en que estaba dolorosamente concentrado un alivio tan inefable, que enteramente sujeta á esta benéfica efusion, no se detiene en observar la impresion que ha producido.

Hasta que aliviado nuestro corazon empieza á reanimarse con esa expansion divina, no alzamos los ojos con esperanza para buscar en la mirada amiga algunas lágrimas de ternura y conmiseracion.

Cuando despues de una larga y penosa ausencia vuelven dos amigos á encontrarse, hasta despues de la embriaguez de los primeros abrazos no piensa ninguno de ellos en buscar en el semblante del otro la mudanza que ha sufrido.

Dado ya el primer paso y pasándose la mano por sus ojos, continuó diciendo la señora de Peñafiel:

— Fácilmente podré explicaros porque me inspirais una confianza tan extraordinaria.... Repito que si no ignoro que muchas veces me habeis defendido contra la calumnia, me consta tambien que nunca os habeis demostrado por ello acreedor al derecho que sobre mi pudiera concederos vuestra noble conducta: la especie de aislamiento en que vivís aun en medio de la sociedad, vuestra reserva, vuestro talento extraordinario, no ocupado en los demás, sino consagrado enteramente á vos mismo, vuestras cualidades y vuestros defectos, todo me hace confiar en vos, como en un amigo sincero y generoso en quien puedo depositar el secreto de mi tormento.

Respondíla sin alterarme que en mí encontraria una discrecion profunda y á toda prueba, así por el sentimiento que el secreto me inspiraba, como por falta de personas con quienes franquearme; porque al cabo, no incurre uno, la dije, en semejantes indiscreciones sino con sus íntimos amigos; yo no creo pues que me puedan acumular ni uno, siquiera.

— Esto es cabalmente lo que me ha decidido á hablaros de esta suerte: pues me figuro que tambien vos vivís aburrido y aislado en medio de todos, como vivo yo; porque en fin, ¡yo tampoco tengo amigos!... ¡soy aborrecida, horriblemente calumniada! ¿Porqué, Dios mio, ha de ser esto? ¿Lo tengo por ventura merecido? ¿Porqué es el mundo conmigo tan injusto y cruel? ¿Qué mal puedo heber hecho? ¡Ah! ¡si vos supierais!... ¡si pudiera decirlo todo!!!!

Pareciéronme aquellas exclamaciones una niñada tan ridícula, y aquellas reticencias tan miserablemente calculadas para excitar mi interés, que con sumo desapego empecé á hacer por el contrario la apología social.

— Ya que me permitís, señora, que os hable como un amigo, dejad que os diga que tampoco es menester despedazar de esta manera á la sociedad. Preguntadle lo que en conciencia puede y debe daros: fiestas, bullicios, movimientos, homenajes, sonrisas, flores, dorados salones, acompañado todo de la moral mas lata, amplia y cómoda que pueda uno imaginarse. Si todo eso nos da, como vos misma habeis de confesar, ¿no hace cuanto puede.... cuanto debe.... esa pobre sociedad continuamente atacada, y contra la cual no puede producirse mas queja que la de prodigar demasiado sus tesoros?

— ¡Pero no sabeis que es todo una mentira! esa sonrisa, esos homenajes, esas demostraciones y ese acogimiento, bien sabeis que no es mas que una pura falsedad: si vienen á visitaros, apenas habeis salido de todos, cuando decís: gracias á Dios! si vais á visitar á los demás, apenas volveis á pisar el umbral de vuestra casa, cuando decís tambien: ¡gracias á Dios!!!!

— A fe mia, señora, contesté, sin querer comprender á la señora de Peñafiel, que empezaba ya á extrañar mi súbita conversion á las felicidades del mundo, no digo: gracias á Dios!!!! con un tono tan desesperado, y permitid que crea que tampoco vos lo decís. Si digo ¡gracias á Dios! es cuando entro en mi casa harto del placer de que la sociedad, repito,

se muestra demasiado pródiga. En cuanto á lo que vos llamais su falsedad, sus mentiras, me parece que la asisten poderosas razones para no mudar sus exterioridades, siempre risueñas, graciosas y fáciles, en otras que fueran horriblemente fastidiosas. Por otra parte, ella no puede mentir, porque no os responde de la solidez ó verdad de sus palabras; habladla su idioma y veréis como os contesta: no es ella sino vos la egoista y la absoluta. ¿Porqué habeis de querer substituir á sus apariencias, siempre encantadoras, y que además le son muy suficientes, vuestras pretensiones á la amistad novelesca y á esos amores sin fin que la quitarian su gracia y de nada le servirian? Entregaos á ella, entrad francamente en su delicioso torbellino, y hará vuestra existencia ligera, brillante y rápida: ¿qué importa si os calumnia hoy? mañana un rumor distinto hará olvidar sus detracciones de ayer. Y además, ¿no reparais si cree ella misma en las calumnias que levanta? ¿se os muestra menos sumisa? ¿se mantiene menos postrada á vuestros pies? No; pues entonces, ¿porqué suponeis en sus sosas palabras una importancia que ella misma no las da? Gozar y dejar gozar, esta es su divisa, y muy cómoda á mi entender: ¿qué mas se la quiere exigir?

Continuaba mirándome la señora de Peñafiel con profundo asombro, y dando mas fe á las mil conversaciones graves que con ella habia tenido sobre este particular, que á la momentánea ligereza que entonces afectaba, y añadió:

— Pero cuando á los estrepitosos placeres de la sociedad ha sucedido la calma y la reflexion, y analizados sus goces, se ve su espantosa vaciedad, ¿qué se hará?

— Mucho siento, señora, no poderos decir, gozo y espero gozar por mas tiempo, y mas ventajosamente que cualquiera otro, de esos mismos placeres que al parecer desdeñais: así pues, me es imposible creer lleguen á serme nunca molestos, porque es precisamente la fragilidad, la facilidad y la ligereza de sus lazos lo que mas los hace apreciar! Perdonad, como diria lord Falmouth, «la injuriosa necesidad

de mi comparacion» mas si la antigua imágen de las cadenas de flores tuvo nunca una justa aplicacion, fue precisamente á las relaciones de la sociedad, tan floridas y joviales, como poco duraderas é incómodas. El amor sobre todo, como lo entiende la sociedad, es, señora, un particular embeleso.... ¿no os parece qué ese amor es la historia del fénix, que renace continuamente de sí mismo, siempre mas brillante, mas purpurino, mas azulado? Semejante amor, ¿no es todo seductor? todo, hasta sus cenizas, restos miserables de esquelas amorosas qúe conservan todavía sus perfumes. ¿No os parece, en fin, delicioso que en esa sociedad adorable obedezca el amor á la ley de una divina metempsícosis? Porque si muere hoy de una vejez mensual, ¿no revive mañana mas jóven, mas lujurioso que nunca y bajo otra forma ó, por mejor decir, para otra forma?

No podia penetrar aun la señora de Peñafiel la razon que me asistiera para afectar semejante ligereza, cuando acababa de confiarme tan tristemente sus padecimientos. Leia en su semblante las diversas y penosas impresiones producidas por mis indiferentes palabras. Creia al principio que me chanceaba; pero al verme seguir hablando con tanto desapego y tan impertinente conviccion, me miró del todo atónita y casi en tono de reconvencion me dijo:

— ¡De este modo sois felíz!

— Completamente felíz, señora, y nunca me habia aparecido la vida social bajo una forma mas radiante y seductora.

Estuvo la señora de Peñafiel largo rato contemplándome con sus grandes ojos clavados en mí: luego con acento grave y decidido me dijo estas palabras:

— No hay tal.... Vos no sois felíz.... ¡imposible que lo seais!... Me consta.... confesadlo.... y entonces podré deciros.... Detúvose aquí, y bajó la vista como si hubiese reprimido un secreto que iba á abandonarla.

— Si habeis de tener en ello el menor gusto, contesté sonriéndome, me declaro desde luego el mas desgraciado,

melancólico, tenebroso y desengañado de los mortales, y de hoy en adelante no pronunciaré mas palabras que anatema y fatalidad.

Despues de haberme mirado un momento con una estupefaccion inexplicable, dijo, como si hablara consigo misma: —¿Sí me habré engañado?.... Luego prosiguió: Pero no, ¡es imposible!... Si fuerais felíz y tuvieseis la indiferencia que afectais, ¿no me lo habria advertido el instinto? Habria llegado á exponer mi dolor y mis secretos tal vez á que fueran desconocidos é insultados? No, mil veces no; mi corazon me lo ha dicho: ¡es un amigo á quien hablo! un amigo que tendrá lástima de mí, porqué él padece tambien!

Esta rara obstinacion de la señora de Peñafiel en querer reducirme á que confesara ciertos sufrimientos ridículos, solo para hacerme burla, no me sorprendió tanto como me enfureció; no obstante, me contuve.

— Pero, señora ¿porqué obstinaros de este modo en verme, ó mas bien en creerme desgraciado?

— ¿Porqué?... ¿Porqué?... contestó dolorosamente agitada. Porque hay ciertas confianzas que nunca van á encontrar á las personas felices; porque para comprender la acritud de ciertas penas, ha de haber por fuerza una especie de armonía entre el alma del que se queja y la del que escucha sus lamentos; porque si me hubieseis parecido indiferente, insubstancial y felíz con esa frívola existencia cuyos encantos no ha mucho proclamabais, nunca hubiera pensado en deciros lo que me hace tan desgraciada, en confiaros un secreto que os explicará tal vez una vida que habréis tildado hasta hoy de extravagante, fantástica é incomprensible; jamás hubiera pensado en confiaros como al amigo mas verdadero y sincero, como á un hermano en fin, la causa del pesar que me agobia.

En el estado á que habia llegado mi desconfianza, aquellas palabras amigo, hermano, me sugirieron de repente otras ideas. Recordando las reticencias de la señora de Pe-

ñafiel y mil otros incidentes que no habia notado hasta entonces, me figuré que ese pesar sin nombre, ese fastidio de todo y de todos, esa aversion á la sociedad, de que se lamentaba tan amargamente, se parecian muchísimo á la desesperada reaccion de un amor desgraciado: creí pues que amando la señora de Peñafiel con pasion, y no siendo correspondida, necesitaba y encontraba en mí una persona de poca importancia para hacer de ella el confidente de su dolor y desamparo.

Dispertando en mí esta última hipótesis los mas acerbos y desesperados zelos, me reveló toda la extension de mi amor á aquella mujer, y la ridiculez del nuevo papel que representaria á su vista si mi sospecha llegase á ser fundada.

Iba á responderla, cuando desconcertados los pliegues de su vestido por un ligero movimiento, descubrí á sus pies sobre la alfombra un medallon, caido probablemente del mueble de Boule, que ella cerró tan bruscamente cuando entré, con el objeto sin duda de que no viera el crucifijo, ni este mismo medallon. Era un retrato de hombre, cuya fisonomía no pude reconocer.

En este momento acabé de vacilar: todas las demás suposiciones desaparecieron ante esta prueba tan evidente de su falsedad; é irritado entonces y torturado por mil y mil sentimientos de zelos, de cólera, de odio y de orgullo ultrajado, que alternativamente me asaltaron, me levanté transtornado, y la dije con la mayor sangre fria:

— ¿Conqué os decís amiga mia?

— ¡Oh! la mas verdadera la mas sincera, contestó con una expresion de gratitud que iluminó su semblante hasta entonces oscurecido por mi frialdad.

— ¿Podré pues hablaros con entera franqueza?

— ¡Habladme como á vuestra hermana! me dijo alargando su mano, risueña y feliz seguramente por haber ganado mi confianza.

Tomé su hermosa mano, y despues de haberla besado, proseguí:

— ¿Como á una hermana?... Vaya pues, como á hermano honoríficamente ignorante, que se compadece y lamenta de los amores despreciados de su hermana.

Atónita la señora de Peñafiel, fijó sus ojos en mí, cayeron sus manos sobre sus rodillas, y le fue imposible pronunciar una palabra.

— Pero aun no es tiempo de esto, proseguid: voy á deciros primeramente.... como amigo, las varias convicciones que gracias al conocimiento que creo tener de la franqueza de vuestro carácter, se han sucedido en mi imaginacion, á comenzar por vuestra deliciosa consternacion á los pies del crucifijo. En cuanto á aquella hermosa pantomima, debo deciros que vuestra postura era hermosísima y del todo artística.... Vuestros ojos enternecidos, levantados al cielo, vuestras manos cruzadas, vuestro anonadamiento, vuestras lágrimas contenidas, todo en fin formaba una ficcion maravillosa: lejos pues de creer en vuestras penas, descubrí en vos un gran talento para la mistificacion, talento que se me presentaba tan diestro y tan cabal.... y quise ver, señora, el desenlace de la comedia.

— ¡Una comedia! repitió la señora de Peñafiel, no comprendiendo al parecer mis palabras.

— Una mistificacion, señora, cuyo ridículo papel pensaba estarme destinado, si fuera tan necio que hubiese ofrecido consuelos á vuestro corazon, ó depositado en vos dolientes confianzas acerca de la melancolía, la misantropía y el desengaño de todas las cosas, y otros grotescos dolores que en concepto vuestro debian atormentarme.

— A fe mia, que lo encuentro todo muy odioso, dijo la señora de Peñafiel despavorida como por un accidente imprevisto: esto me horroriza... así es que no comprendo....

— Me explicaré mas claro, señora, si quereis: las confianzas que me exigiais debian serviros á mi modo de entender para divertir á vuestros amigos, á quienes las hubierais referido con esa linda malicia con que tan diestramente me contasteis á mí mismo.... la declaracion de casamiento de Mr. de Cernay.

—¡Vuestras palabras me horrorizan! exclamó cruzando las manos con asombro: ¿seriais capaz de creer...?

—Sí, aquella fué mi primera idea; pero despues que me confiasteis vuestra aversion á la sociedad, y vuestros pesares sin nombre, muy fáciles ahora de calificar, conocí, señora, que el primer papel que me habiais señalado era todavía mas necio que el segundo, porque sea como quiera, en el primero movia á una mujer de vuestra clase á poner en juego ciertas apariencias destinadas á mistificarme, y luego era todo tan divertido, tan bien representado, que me sentia casi envanecido de servir al desarrollo y á la aplicacion de vuestras raras disposiciones á la seria bufonería.

—¡Señor! exclamó la señora de Peñafiel levantándose erguida y orgullosa: ¿os olvidais que estais hablando conmigo? Pero mudando repentinamente de tono, y cruzando sus manos, prosiguió: ¡Me haríais volver loca! Ruégoos que tengais la bondad de explicarme lo que esto significa, lo que quiere darme á entender. ¿Porqué habré fingido? ¿Qué papel habiais vos de hacer? ¡Ah! por compasion no destruyais de este modo el único momento de confianza, de arrebato involuntario, que he podido tener al cabo de muchos años.... ¡Si vos supierais!....

—Sé, dije con el aire mas cruel é insultante y acercándome á la señora de Peñafiel hasta apoyar el pie sobre el medallon para partirle, sé, señora, que si fuera yo mujer, y un hombre me despreciara, moriria de vergüenza, antes que ir á hacer al primero que me viniera á la mano confesiones tan humillantes, y tan burlescas para la mujer que las hace, como repugnantes á fuerza de ser ridículas para el que está obligado á escucharlas.

—¡Qué audacia la vuestra!... ¿Qué razon teneis para creer....?

—¡Ahí está! contesté enseñándole con una mirada de desprecio el retrato que estaba todavía á sus pies: apoyando luego la punta de mi bota la forcé hasta que el vidrio se rompió.

— ¡ Sacrilegio !!! exclamó la señora de Peñafiel recogiendo inmediatamente el retrato, que estrechó con sus dos manos mirándome con ojos inflamados de cólera é indignacion.

— ¡ Será enhorabuena sacrilegio el tratar á esa divinidad ni mas ni menos que como ella os trata á vos!

Y haciendo un profundo saludo me retiré.

## XXII.

### Contradicciones.

Despues de aquella entrevista continuaron siendo por algunas horas mi despecho y mis zelos tan espantosamente violentos, que llegué á sentir no haberme mostrado aun mas insolente y cruel con la señora de Peñafiel. . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por la exaltacion dolorosa que me agitaba conocí toda la intensidad del amor que la tenia, amor cuya profundidad no habia hasta entonces sondeado.

Aquel medallon que acababa de descubrir era á mis ojos una prueba demasiado evidente de la probabilidad de mis últimas sospechas, para que pudiese aun dar crédito á los demás recelos que de pronto me habian irritado. Así pues, no creí desde entonces que la señora de Peñafiel hubiese intentado arrancarme confianzas para burlarse de ellas; pensaba sí, que otro hombre desdeñaba, despreciaba y ultrajaba quizá un sentimiento que yo hubiera comprado á costa de mi vida.

Sucediendo luego la calma de la razon á las tumultuosas emociones del alma, pasé á reflexionar mas á sangre fria la realidad de mi posicion respecto de la señora de Peñafiel: nunca la habia ni remotamente insinuado el afecto que me inspiraba: ¿ porqué pues extrañar la confianza y el secreto

que creí acabar de sorprender?

¿Porqué tratar tan inícuamente á una mujer que, sufriendo quizá una pena y un amor incurables, ignorando por otra parte mis sentimientos para con ella, y fiada en la generosidad de mi carácter, venia á encontrar en mí, sino consuelos, á lo menos interés y compasion?

Pero estas sabias y nobles reflexiones no disminuian la amargura de mi dolor ni la agitacion de mis zelos. ¿Quién era ese hombre cuya imágen yo habia querido destrozar? Tiempo hacia que iba constantemente á visitar á la señora de Peñafiel, y en nadie habia podido adivinar el objeto de aquella pasion desconocida que ahora le suponia.

¿Venian por ventura sus quebrantos de mas lejos? Aclarábame entonces mil singularidades incomprensibles para mí y siniestramente interpretadas por los otros: su silencio, su fastidio, su desden para con todos y con todo, y alguna vez tambien sus vivos é instantáneos regocijos, que parecian brillar como un recuerdo y luego ofuscarse de repente en la angustia ó la desesperacion. El coquetismo de sus ademanes, tan gracioso y continuo, tenia su objeto; ¿pero en qué ocasion podia gozar ese misterioso personaje de la vista de tantos atractivos? En vano buscaba la significacion de aquel enigma, trayendo en mi memoria las reticencias de su última conversacion y el embarazo que mostró en el momento de irme á descubrir sin duda su secreto.

¿Pero cuál era y cuál podia ser el objeto de aquella pasion tan ardiente y desgraciada? de aquel amor que desde poco tiempo en particular parecia causarle una congoja todavía mas profunda?

Viéndome enamorado, como efectivamente lo estaba, de la señora de Peñafiel, ¿habia de ofrecerla alivio á su pesar? ¿podia esperar enmudecer un dia en su corazon el doloroso recuerdo de aquel afecto? ¿era posible alcanzarlo? ¿intentarlo? — Aquella alma tan noble comó delicada, torturada por crueles memorias, habia de ser por fuerza tan extremadamente susceptible al dolor, que por miedo de herir-

la de muerte, no podia sin las mayores precauciones hablarla de un porvenir mas venturoso.

Y sin embargo, para venir á suplicarme que compadeciese su dolor, ¿no habia de haber comprendido con la delicadeza de su acertado tino, que cuando desgracias espantosas se desploman sobre nosotros, nos visten, por decirlo así, de una dignidad tan triste y majestuosa, que imponen un respetuoso silencio á los mas adictos y enamorados.... y que las víctimas de ese soberano dolor se ven como los otros príncipes obligadas á hablar las primeras y decir: Venid á mí porque es grande mi infortunio?. . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mas ¿qué esperanza podia concebir, aun cuando la señora de Peñafiel, cediendo á una secreta inclinacion, se dirigiese á mí con tanta confianza? Mi lenguaje habia sido tan brutal y tan extraño, que me era imposible prever sus consecuencias.

Tranquilizábame sin embargo algunas veces el exceso mismo de mi insolencia: realmente mis contestaciones habian sido demasiado insultantes é insensatas, y estaban en demasiada contraposicion con los antecedentes que en mi habia reconocido la señora de Peñafiel, para no parecerle incomprensibles. Convencida de lo que valia y rodeada de obsequios y adulaciones, debia haber quedado mas atónita que mortificada de mi conducta, y buscar inútilmente la significacion de aquel enigma.

El dolor pues ó la esperanza me hicieron, si no me engaño, calcular de esta manera, aunque me sintiese sumamente avergonzado de mi insensatez; así mismo me persuadí de que la odiosa crueldad de mi conducta, lejos de perjudicarme, podria serme tal vez de alguna utilidad, y que á tener estudiado mi papel no lo hubiera desempeñado mejor.

En todo asunto amoroso, es lo mas importante, creo, impresionar vivamente y ocupar la imaginacion: para obtenerlo, nada mejor que los contrastes. Es pues una nece-

sidad indispensable que la impresion que uno cause difiera esencialmente de todas las anteriores, aun cuando sea menester mas adelante hacerla olvidar á fuerza de seducciones, de caricias y de amor, si es que hubiese sido dolorosa.

Á la mujer que no fuese ordinariamente complacida y lisonjeada, los obsequios mas esmerados, las atenciones mas finas y delicadas, le roban generalmente el pensamiento, y en seguida el corazon; porque se deleita su vanidad en aquellas mil consideraciones respetuosas y tiernas á que estaba tan poco acostumbrada. Así se explican frecuentemente las maravillosas conquistas de esos hombres algo mas que maduros, pero de una grande astucia y singular perseverancia, que llegan á someter del todo á algunas doncellas ó mujeres de poca edad.

Supóngase, al contrario, una mujer de alta categoría, continua y rastreramente adulada; un comportamiento brusco y desdeñoso la causará quizás una poderosa impresion. Es menester tratar algunas veces á esas mujeres como los astutos cortesanos tratan á menudo á su príncipe; es decir, grosera y ásperamente. Y si no les gusta de pronto este nuevo y atrevido lenguaje, las impresiona á lo menos, las sorprende y á veces las domina. Esta contraposicion tan marcada á las insulsas y vulgares expresiones de todos los dias y de todos los hombres está muy lejos de perjudicar al que se vale de ella.

Aplicando estas reflexiones á mi posicion, decia entre mí:

— La dureza y el desden con que he correspondido á la marquesa de Peñafiel, y mi furor á vista del retrato que me ocultaba, se explicarán por la violencia de mi amor, que no podrá menos de adivinar: los extravíos dimanados de semejante causa merecen ser siempre perdonados, y sobre todo de la mujer amada. Y como ella es noble y generosa, comprenderá cuanto he debido sufrir en el momento de figurarme que queria entretenerme con sus amorosos quebrantos.

Muchas veces tambien, por una rara contradiccion, pensando que podia equivocarme completamente creyendo á la marquesa atormentada por el desden de su adorado objeto, renacian mis primeras sospechas, y entonces me preguntaba: ¿porqué las habia repelido? ¿No podia ser aquel mismo retrato uno de los accesorios de aquella comedia que á mi entender trataba de representar?

Y como no tenia, repito, sino una mala y triste opinion de mi propio mérito, de nuevo apoyada en la conciencia de mis últimos ultrajes, no podia creerme capaz de haber inspirado á la marquesa de Peñafiel aquel sentimiento atractivo que parecia arrastrarla hácia mí, y procuraba encontrar la razon de su aparente confianza en los designios mas miserables.

Exaltábase de nuevo mi furor, y volvia á darme el parabien por mi insolencia.

En medio de aquellas dudas, de aquellas ansias y de aquel ardor inquieto y angustioso, recibí la siguiente esquela de la marquesa de Peñafiel:

« Os espero.... venid.... es preciso... venid al instan-
« te.... »

Eran las nueve, y me dirigí inmediatamente á su casa loco de alegría: ella queria verme, aun podia esperarlo todo.

## XXIII.

## Margarita.

Cuando entré en el cuarto de la marquesa de Peñafiel me llené de asombro al encontrarla casi en la misma actitud en que la habia dejado.

Una palidez mate enteramente igual y muy desagradable á la vista, cubria todo su rostro, parecido á una careta de mármol.

Aquella blancura enfermiza, tan pronto derramada sobre sus facciones, y aquella expresion de un dolor á la vez vivo y resignado, me enternecieron tan profundamente el corazon, que en el mismo instante quedaron desvanecidos todos mis cálculos, todos mis razonamientos, todas mis viles sospechas: parecióme que la amaba por la vez primera con un amor sincero y confiado. Ni me acordé siquiera de pedirle perdon de mi odiosa conducta.

No creia entonces en aquel funesto pasado, sino que olvidando como por encanto la triste escena de la mañana, me pareció que debia consolarla de un horroroso pesar que yo ignoraba; é iba ya á arrojarme á sus pies, cuando con una voz que me hizo daño, tan dolorosamente alterada me pareció á pesar de la energía con que trataba de esforzarla, me dijo:

— He querido veros por última vez.... he querido preguntaros, si es que vos mismo lo sabeis, la significacion de las extrañas palabras que me habeis dicho esta mañana: he querido en fin haceros entender....

Al llegar aquí, sus labios se encogieron trémulamente agitados por aquel ligero movimiento involuntario, casi convulsivo que experimentan cuando acudiendo las lágrimas á los ojos queremos sufocar nuestros sollozos.

— He querido.... repitió con su voz amortiguada. Y no pudiendo continuar, interrumpida por su llanto, cubrióse el rostro con sus manos, y no oí mas que estas palabras pronunciadas con voz quebrantada y oprimida: — ¡Ah! ¡infelíz mujer, cuán desgraciada soy! . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

— ¡Oh! perdonadme.... perdonadme, Margarita! exclamé postrándome á sus pies; vos no sabiais que os amaba.... ¡qué os amo!!..

— ¿Vos amarme?...

— ¡Con delirio, con embriaguez!

— ¡Él me ama! ¡atreverse á decir que me ama!... replicó con indignacion.

— Esta mañana el secreto de mi alma ha venido veinte veces á mis labios; pero al veros tan desgraciada.... al oir vuestras desconfianzas tan desesperadas....

— ¿Y qué?

— ¡Qué!... he creido, sí, he creido que otro amor desdeñado y ultrajado era la sola causa de vuestro quebranto.

— ¿Esto habeis podido creer?.... ¡Vos!... y levantó sus ojos al cielo.

— Si esto he creido.... entonces me he vuelto loco de rabia y desesperacion; porque cada confianza vuestra era para mi una llaga, un insulto.... un desprecio.... ¡á mí! ¡á mí que tanto os amaba!!

— ¿Esto habeis podido creer?... ¡Vos!... repitió Margarita, mirándome dolorosamente conmovida, mientras que dos gruesas lágrimas rodaban lentamente por sus pálidas mejillas.

— Sí.... y lo creo aun....

— ¡Lo creeis aun!... ¡pero!.... ¿de este modo, me teneis por una infame? con que ¿no sabeis?...

— Sé, exclamé interrumpiéndola, sé que os amo como un insensato.... sé que otro por ventura os hace sufrir lo que yo mismo sufro por vos!... Pues bien, este pensamiento me desespera, me mata.... y quiero alejarme de vos....

— ¡Alejaros!...

— Esta noche.... No queria veros mas.... necesitaba todo mi valor.... lo tendré....

— ¡Os vais!.. ¡Pero Dios mio!... ¡Dios mio!... *¡y yo!!* exclamó Margarita. Y cruzó las manos en ademan de súplica y desesperacion, cayendo de rodillas sobre una silla inmediata. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No puedo explicar el entusiasmo que me causaron aquellas últimas palabras de Margarita.... *¡y yo!*

Parecióme que oia, no ya la confesion de su amor, sino el grito de su alma despedazada, que no tenia mas espe-

ranza que en mi afeccion. Aunque me la figurase todavía poseida de una pasion desdeñada, no tuve valor para renovar la escena de por la mañana, pero no pude dejar de decirla dolorosamente:

— ¿Y aquel retrato?...

— Aquí está.... contestó presentándome el medallon con su cristal medio roto. Cuando tuve el retrato entre mis manos experimenté un rato de agonía indefinible: temia fijar los ojos en aquella figura que no me habia de ser desconocida: pero venciendo por último aquel miedo pueríl, miré.... Jamás habia visto aquel semblante, cuyas nobles y hermosas facciones expresaban á la vez la dulzura y la gravedad; su cabello era oscuro, sus ojos azules, su fisonomía delicada y agradable, y su sencillo traje únicamente realzado por un gran antorchado anaranjado, con formaciones blancas, y una placa de oro esmaltada puesta á la izquierda de su casaca.

— ¡Y este retrato!... dije tristemente á Margarita.

— Es el hombre á quien mas he amado en el mundo; es.... el señor de Peñafiel....

Y empezó á derramar una raudal de lágrimas, cubriéndose los ojos con sus dos manos. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Todo lo comprendí de una vez.... y creí morir de vergüenza..... y de remordimiento....

Aquella sola palabra me descifraba lo pasado y toda la horrorosa injusticia de mis sospechas: ¡Ah! cuánto debeis despreciarme, aborrecerme! la dije enteramente anonadado.

Dióme su mano sin responder, y la besé de rodillas, quizá con mayor veneracion que amor.

Fue calmándose la agitacion de Margarita. Jamás olvidaré la singular expresion de su primera mirada, que retrataba á la vez la reconvencion, el perdon y la lástima.

— Habeis sido muy cruel, ó mas bien muy insensato, me dijo despues de guardar un largo silencio. Pero no por esto os quiero mal. Yo debiera habéroslo dicho todo; lo he pro-

bado veinte veces, pero un invencible temor debido á vuestro aire irónico y glacial, á vuestra repentina é incomprensible conversion á los placeres de la sociedad... todo en fin ha helado mi corazon.

— ¡Ah! lo veo, lo conozco; ¿cómo podré pues alcanzar vuestro perdon?... pero sí; vos me perdonaréis: ¿no es así? Alcanzaré vuestra gracia, cuando os haga pensar en lo que he debido sufrir con las odiosas sospechas que me desgarraban el alma. ¡Ah! si supierais que injustos é irascibles nos hace ser el dolor! Si supierais lo que es el decirse.... Yo la idolatro; no hay en su imaginacion, en su alma, en su persona toda un atractivo, una gracia, un solo matíz que no conozca, que no admire prosternado; la coloco en fin sobre todo y sobre todas.... ¡y sin embargo algun otro! ¡Ah! ¿lo advertís? ¿lo conoceis? Aquella idea es capaz de asesinar.... Reflexionad y compadeceréis y excusaréis mis arrebatos, de los que casi no me atrevo á avergonzarme.... ¡tan grande ha sido mi tormento!

— ¡No os he perdonado ya, me respondió con inefable dulzura.... con deciros despues de esta horrible mañana volved!!

— ¡Ah! mi vida, mi vida entera expiará aquel momento de locura y desvarío. Margarita, lo juré, en mí tendréis al amigo mas sincero, al hermano mas tierno: dejadme adoraros solo, dejadme contemplar en vos todos los dias ese tesoro de nobleza, de candor y de hermosura, que un instante he desconocido.... y veréis.... veréis si soy digno de vuestra confianza....

— ¡Oh! ahora os creo, ahora sí, lo sabréis todo; sí, me habeis dado algun alivio; me respondeis de mí misma y de vos; voy á decíroslo todo, lo que nunca he podido ni querido confiar á ningun otro: y no creais por esto, añadió sonriendo dulce y tristemente, que sea ningun secreto extraordinario.... Nada mas sencillo que lo que vais á oir; no es mas que la prueba de esta verdad: que si la sociedad penetra casi siempre los sentimientos falsos y criminales, nun-

ca hace alto en los naturales, verdaderos y generosos.

— ¡Ah! ¡qué vergüenza!... ¡qué remordimientos los mios!... ¡haber abrigado en mí tan estúpidos é inícuos recelos! ¿Porqué no escuché siempre el instinto de mi corazon, que medecia *créela?* ¡Con qué orgullosa felicidad hubiera entonces leido solo quizás en vuestra alma noble y pura!...

— Consolaos, Arturo; soy yo la que voy á haceros leer en ella: ¿no será esto probar que me inspirais mas confianza á mí de la que os inspirais á vos mismo? ¿Y con decíroslo, no os doy la mayor prueba de que sois vos la única persona capaz de interesarme? Así pues, al explicaros la aparente singularidad de mi vida, tan desfigurada por la murmuracion, espero, deseo y quiero en lo sucesivo no tener que cortar en vuestra presencia el vuelo de mi pensamiento. Pero esta confesion exige algunas aclaraciones sobre lo pasado. Escuchadme, pues, y seré breve, porque diré verdad. Muy rica heredera, señora de mi mano y rodeada á los diez y ocho años de homenajes, tributados tanto á mi persona como á mi fortuna, nada habia aun cautivado mi amor. Viajando por la Italia con el señor y la señora de Blemur, me fué presentado el señor de Peñafiel, que á pesar de sus pocos años era ya embajador de España en Nápoles, y en muy críticas circunstancias políticas; lo que podrá daros una idea de la superioridad de sus luces: su fisonomía, y me enseñó el medallon, su conversacion en extremo seductora, una extraña solidez de principios, suma elevacion de carácter, un gusto delicado, vastísimos conocimientos, el mas acertado tino en todas las artes, un nombre ilustre y una fortuna colosal, os le darán á conocer. Le vi, mereció mi aprecio y le amé. Nada mas sencillo que los incidentes de nuestra boda, por convenirse en ella todos nuestros recíprocos intereses. Pasado algun tiempo, despues de nuestra primera entrevista suplicóme que le dijera si queria autorizarle para pedir mi mano, deseoso de evitarme hasta la molestia del paso inoportuno que debia dar mi tio; aunque sabia que era yo libre en la eleccion.

Confesélc ingenuamente la satisfaccion que me cabria si lo verificaba, advirtiéndole que iba tambien yo á pedirle que abandonase una carrera que le tenia alejado siempre de la Francia, y me prometiese no volver á España. Su contestacion fue noble y franca: Puedo, me dijo, sacrificaros con orgullo mi soñada ambicion; pero no los intereses de mi patria. Una vez terminada mi embajada, volveré á Madrid á dar al rey cumplidas gracias por su confianza, y enterarle, como espero, del buen resultado de mis gestiones: desde entonces me tendréis enteramente á vuestra disposicion, y pronto á cumplir vuestros mas mínimos deseos. Lo hizo como me lo habia prometido; obtuvo lo que su gobierno deseaba; fue á Madrid para despedirse del rey; volvió aquí, y se efectuó nuestro enlace. Hablaré una sola vez de mi dicha para deciros que fue grande y recíproca; pero como á vista de la sociedad las consecuencias de esta union eran, como he dicho, tan perfectas como pudieran serlo, no se quiso ver en ella mas que un matrimonio de estado.

— Teneis razon, por lo menos me lo han hecho entender así: tambien añaden que no obstante de manteneros en los mejores términos con el señor de Peñafiel, vuestra existencia, como sucede á menudo, era casi independiente de la suya.

— Por falso ¡ay de mí! por absurdo, que fuese este rumor, debia aparecer verdadero; porque nuestra felicidad era tan sencilla y natural, que la sociedad, que desconoce casi siempre los verdaderos sentimientos no podia penetrarla: tambien nosotros envolvíamos naturalmente nuestra dicha en una especie de misterio: ¿cómo podia pues la sociedad, acostumbrada á vivir de detraccion y escándalo, suponer ni un momento que una esposa de pocos años y un esposo agradable, iguales los dos en posicion y cuna, fuesen á adorarse y vivir únicamente el uno para el otro? ¡Mas ah! nada era mas cierto...

— Si pudieseis ver como se despeja todo para mi pensamiento. ¿Os acordais de la interpretacion tan absurda y

maliciosa de aquella corrida en que estaba Ismael?

— Sí, me acuerdo.

— ¡Pues bien! Tan villanamente fué interpretada vuestra boda. Como nada era mas evidentemente irreprensible que vuestra conducta, la calumnia supo acumularos una vida misteriosa, subterránea, profundamente disimulada y la mas inverosímil. Tratábase nada menos que de disfraces, de calles extraviadas y otros absurdos.

— Si no me dominara la tristeza, me reiria con vos, amigo mio, de tan insensatos desatinos; pero he llegado á una época de reminiscencias tan crueles.... tan horriblemente dolorosas (y me tendió la mano), que necesito todo mi valor.... Tres años despues de una vida la mas apasionada y felíz.... despues de....

Interrumpida Margarita por un copioso llanto, estuvo un gran rato sin poder hablar....

— Sí, sí, la dije arrojándome á sus pies; me consta el prodigioso cariño que mostrasteis en aquel momento aterrador. Ahora que conozco vuestra alma, ahora que conozco al que la dominaba, y la domina aun con su memoria, comprendo cuanto debió haber y cuanto hay de terrible en vuestra eterna separacion!

Rompiendo luego el silencio prosiguió Margarita: ¡Oh! gracias, mil gracias os debo, porque parece me comprendeis!! ¡Oh, Dios mio! desde aquel trance espantoso, esta es la primera vez, que no me han sido amargas mis lágrimas; porque puedo abrir mi corazon, decir al menos cuanto he sufrido.... ¡Ay de mí! mientras gocé de aquella felicidad sin nombre, no tuve necesidad de confiarla á nadie; pero despues.... ¡oh! despues!... esta necesidad, creedme, es espantosa. ¡Si supieseis, que vida es la mia! ¡verme obligada á ocultar mi dolor, mis punzantes recuerdos, de la manera misma que habia ocultado mi felicidad! Porque ¿á quién hubiera podido decir: Yo padezco? ¿Quién quisiera creerme? ¿quién compadecerme? ¿quién consolarme? Compadécese á veces la sociedad de un sentimiento culpable,

pero para un pesar sagrado, como el mio, no tiene mas que miserable ironía. Porqué á sus ojos es una ridiculez, una mentira.... ¡Llorar á su esposo!... ¡Suspirarle con amargura, vivir de angustiosas memorias, no existir mas que por el pensamiento de un ser á quien se amaba!... ¿quién lo creyera?... Y luego ¿porqué decirlo? ¿á quién? Mis deudos y parientes eran demasiado adictos á la sociedad para comprenderme: y además yo habia sido, lo confieso, tan egoista de mi felicidad, que mientras duró, jamás intenté buscarme ningun amigo. Él.... ¿no lo era él todo para mí?... ¿Qué necesidad tenia de repetir á nadie sino á él cuan dichosa me creia?... Por otra parte, en la imprevision de mi ilimitada felicidad, no pensaba nunca ser presa de la desgracia.

— ¡Oh! ¡muy desgraciada seriais! ¡infelíz mujer! ¡Son tan crueles los despedazamientos de un dolor concentrado!

— ¡Oh! sí! mucho he padecido, creedlo! Y luego por una debilidad de que me ruborizo, la soledad muchas veces me aterraba; en la sombra y el silencio se reforzaba mi dolor. Crecia, y algunas veces era tan amenazador, que me sentia horriblemente sobresaltada, me refugiaba entonces casi despavorida en esa sociedad que tanto detestaba; mas era porque necesitaba de su bullicio y brillantez para distraerme un rato de aquella concentracion del pensamiento que me hubiera privado de la razon. Despues de tranquilizada, empezaba á maldecir las necias vanidades que habian turbado mi quebranto.... lloraba mi flaqueza.... y mis dias se pasaban en esas contradicciones tan terribles, como incalculables. Pero no consistia todo en esto: yo no ignoraba que mi dolor era atrozmente calumniado; y con todo, ni podia ni queria justificarme.... ¡Oh! si supieseis cuán cruel es no tener para justificarse mas que una sola verdad.... pero tan santa, tan venerada, que no se atreve uno á profanarla diciéndola á los indiferentes ó á los incrédulos!...

Sin serle otra vez posible contener sus lágrimas, calló Margarita un instante, y luego continuó: — Ahora podréis

comprender, ¿no es verdad? mi desprecio de todo y de todos. Agriada por el sufrimiento, me fuí poniendo de un humor receloso y quimérico; y como nadie comprendia el porqué, me llamaron extravagante.... Las personas que me rodeaban eran vulgares en mi concepto, comparadas con aquella cuyo recuerdo será siempre sagrado para mí: esta es la razon por que pasé por desdeñosa ó disimulada. Ese coquetismo en fin sin objeto aparente que me reprochaban, ó por mejor decir que atribuian á los motivos mas escandalosos, es, ¿quién lo dijera? otro tributo que pago á su memoria Me engalanaba de este modo porque era su gusto verme engalanada: ese aparato, esas flores, ese claroscuro, con que se complacia en velar mis facciones, todo esto, ah! fueron para mi otros tantos recuerdos amados y preciosos. Hasta esa misma ciencia, de que yo hacia como alarde, no era mas que un triste reflejo de lo pasado, porque siendo él un gran sabio, tenia un placer en entretenerse á veces conmigo sobre los conocimientos mas variados. ¿Qué mas podré deciros, amigo mio? Para una mujer sola, tal vez sea demasiado el tren de este palacio: así es que me tienen por vana y orgullosa; y sin embargo, por la sola razon de ser esta casa la suya, he procurado conservarla religiosamente. Ahora sabeis el secreto de mi vida: antes de conoceros me importaba poco parecer fantástica, vanidosa y coqueta; miraba con desprecio los mas odiosos rumores.... pero despues que he calculado toda la generosidad y elevacion de vuestro carácter, despues que he visto cuanto influjo podia tener en vos, en el afecto y estimacion de una persona que tanto aprecio.... la murmuracion de la sociedad, autorizada quizás por una conducta cuyo secreto no le es dado penetrar, he querido que.... no me juzgaseis á lo menos como los demás.... Como tambien me habeis defendido á menudo generosamente, he querido probaros que el instinto de vuestra alma era tan noble como justo.... Pero falta aun haceros otra confesion.... muy costosa para mí.

— Margarita, no me oculteis nada....

— Pues bien, añadió con rubor, mucho tiempo he contrariado este deseo; esta misma mañana, cuando me sorprendisteis tan infelíz y anonadada, estaba pidiendo á Dios me diese suficiente valor, para vencer la necesidad que sentia de justificarme á vuestros ojos.

— ¿Y porqué?... ¡oh! ¿porqué lo haciais? ¿No soy digno de vuestra confianza?

— Sí.... sí, digno sois.... y espero que lo seréis.... pero... reconveníame amargamente, porque no me daba por satisfecha con la pureza de mis acciones y la sinceridad de mi dolor, pues que no queria parecer á vuestros ojos.... indiferente á las calumnias de la sociedad.... porque quizás en adelante podrá ser una fatalidad para mí. . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*(Aquí faltan muchas páginas del Diario de un desconocido).*

## XXIV.

## Dias de sol.

Pocas personas, creo, se habrán formado una especie de lenguaje interior y secreto que les sirva para dividir y clasificar, por decirlo así, en su pensamiento, las diferentes fases y los varios acontecimientos de su vida. Así llamaba yo en otro tiempo mis *dias de sol* á aquellas horas, tan escasas como venturosas, cuyo recuerdo brilla mas tarde tan mágicamente en el curso de la existencia, que su magnífico reflejo es capaz de matizar las mas pálidas desazones.

En la mayor parte de estos dias, gracias á una de esas dichosas fatalidades del destino, que se complace alguna vez en encumbrar al hombre hasta la cima de la posible felicidad, en estos *dias de sol*, todo lo que nos sucede, no

solamente es conforme con nuestros deseos, sino que tambien está siempre engastado, como en un maravilloso marco.

Y ¿quién no ha tenido en la vida su dia de sol? Uno de esos dias, en que todo es ventura y esplendidez, en que el alma se siente inundada de un bienestar incalculable, que parece que hasta la misma naturaleza viene á pagar su brillante tributo á nuestra felicidad? Si una voz amiga nos dice trémula: ¡ Hasta la noche!! Aquella noche acontece que el firmamento es puro, los árboles verdes y frondosos, las flores brillantísimas, y el aire saturado de aromas, y por una adorable casualidad, todo cuanto hiere nuestra vista es risueño y apacible. Nada vemos que sea triste ni sombrío, nada viene á empañar nuestra luminosa auréola. Si necesitamos decir con amor cuanto gozamos de aquella extraordinaria y divina armonía, brotan las expresiones llenas de frescura y de gracia, nuestra imaginacion festiva y dilatada reboza de agudezas; si calla, nuestro corazon entonces habla y expresa delicias inefables; y luego se siente uno tan valiente, tan atrevido, tan seductor, que el porvenir se presenta sin límites á sus fascinados ojos, y con todas sus numerosas y radiantes perspectivas; nos parece, en fin, que ninguna desgracia nos puede alcanzar, protegidos como estamos por el tutelar y glorioso genio que nos cubre con sus alas de oro!...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Despues que Margarita me hubo declarado su amor, amor tan dolorosa y largamente combatido por los recuerdos de su pasada felicidad; mi incurable desconfianza debia ceder, á lo menos por algun tiempo, á las pruebas de la mas deliciosa ternura.

Nunca han lucido dias mas felices y hermosos que los que siguieron á aquella confesion.

Casi todas las noches, al entrar en mi casa, me deleitaba en formar el *memento* de aquellos dias de embeleso.

Así es que al trasladar estos renglones á mi diario, vuel-

vo á leer con una especie de tierno y respetuoso recogimiento estos fragmentos diseminados, escritos en uno de los mas dulces períodos de mi vida.

## §. I.

Abril 18**

Hoy he sido bastante feliz para evitar á Margarita un minuto de disgusto, pero el pobre *Cándido* ha muerto....

Acabo de presenciar su agonía.... ¡Bravo y noble caballo por esto le queria tanto!...

Jorge no llora, pero siente una estúpida desesperacion: me ha dicho en inglés con una expresion indefinible, al ver que espiraba: ¡Ah, señor! ¡morir de esta manera.... *¡y sin correr contra nadie!*

¡Pobre *Cándido*! su muerte ha sido dulce por lo menos: ha doblado sus rodillas y ha caido: entonces ha levantado por dos ó tres veces su noble cabeza, abriendo todavía sus grandes ojos tan brillantes.... medio cerrándolos despues y dando un profundo gemido, ha muerto.

Jamás he querido, ni querré de esta suerte á un caballo; pero habia en este tanta inteligencia, energía, destreza y una intrepidez tan franca!! Nada le hacia retroceder: si se ofrecian obstáculos ante los cuales hubieran vacilado muchos caballos, venia él arrogante, sereno y atrevido, y los pasaba como por recreo.... Y luego se presentaba con tanta soltura y jovialidad, que se hubiera dicho que no sufria el freno, sino que se engalanaba con él.

¡Pobre Cándido! ¡él era mi fuerza, mi orgullo! Confiado en su valor, arrostraba sin miedo peligros que con otro me hubieran hecho extremecer.

Convencido de su ligereza y de su enérgica obstinacion, aceptaba toda apuesta. ¡Pobre Cándido! Esa misma ligere-

za y obstinacion te han muerto.

Ninguno de mis caballos podia hacer lo que él ha hecho, lo que muy pocos harian, ha concluido valientemente su carrera me ha valido una sonrisa de Margarita, y luego ha muerto.

¡Pobre Cándido! Yo no ignoraba á cuanto le exponia; y sin embargo no sé si tendria ahora el mismo valor para sacrificarlo!

Ved aquí porque ha muerto Cándido:

Esta mañana he ido con Margarita y don Luís á ver la quinta de ***, que ella desea comprar y dista tres leguas y media de París.

Mientras íbamos recorriendo las habitaciones, llevaba del brazo á Margarita, seguida de don Luís y del administrador de aquellas tierras.

Ál entrar en la librería, hemos reparado un hermosísimo retrato de mujer del siglo XVII, cuyas manos en particular eran sumamente delicadas y de una forma admirable.

Tanto, que me parecieron semejantes á las de Margarita.

Como ella lo quisiese negar, la he dicho que se sirviese quitarse el guante, para compararlas, y se han parecido muchísimo.

Ver tan lindas manos sin aplicarlas un delicado beso era imposible. Oimos los pasos de don Luís, y seguímos examinando la pintura.

Cumplido nuestro objeto, hemos regresado á París.

Encontrándose Margarita algo fatigada del paseo me ha pedido que fuese á pasar la noche con ella. Se lo prometí.

Al entrar en su casa la encontré triste, pálida, visiblemente agitada.

— ¿Qué tienes? la he dicho.

— Vas á burlarte de mí: las lágrimas la saltaban á los ojos, pero has de saber que no puedo encontrar un brazalete que me regaló mi madre: esta mañana lo llevaba puesto; tú sabes cuanto lo estimo, figúrate si no he de estar afligida; lo he hecho buscar por todas partes, y nada.... no parece.

A estas palabras me acordé confusamente como de haber visto caer del guante de Margarita una cierta brillantez, en el momento en que le besé la mano en la librería; pero extasiado en aquel beso, nada fuera bastante para hacerme distraer.

— Tengo tantos motivos para estar enamorada de este brazalete, que seria muy doloroso para mí no poder encontrarlo pero ¿qué esperanza puedo temer? ¿me queda acaso ninguna? ¡Ah! perdona, querido Arturo, este dolor de que tú no formas parte; mas si supieses cuanto vale para mí aquel brazalete.... ¡Ah! qué noche tan triste pasaré! ¡que inquietud la mia!...

Acudióme entonces uno de aquellos pensamientos que solo nos ocurren cuando amamos con idolatría.

Yo tenia un caballo de carrera muy ligero; este era *Cándido*. Tres leguas y media dista de París la quinta de *** La noche estaba hermosa, la luna clarísima y el camino muy bueno: quise saber dentro del menor tiempo posible á fin de evitar á Margarita no solo una noche sino una hora y hasta algunos minutos de pesar, si el brazalete habia quedado ó no en la librería de ***, aunque costase la vida á mi caballo.

— Disimula mi egoismo, dije á Margarita; tu dolor y la pérdida de tu brazalete me recuerdan que he dejado impensadamente una llave en un cofre, que contiene papeles de importancia: aunque tenga la mayor confianza en mi ayuda de cámara, sé que otros pueden tambien entrar en mi cuarto; permíteme, pues, que escriba un billetito que mandaré por mi carruaje para que quiten la llave y me la traigan en seguida.

Púseme á escribir estas palabras:

« Jorge ensillará inmediatamente á *Cándido*, marchará á
« la quinta de ***, preguntará al administrador si ha encon-
« trado un brazalete de oro en la librería. Cuando Jorge re-
« cibirá esta órden serán *las diez*; es menester que á las *on-*
« *ce* el brazalete ó la respuesta esten en el palacio de Pe-
« ñafiel.

Llevάronse la esquela.

Habia poco mas de tres leguas y media de París á la quinta de *** era pues hacer mas de siete leguas en una hora, cosa posible para la ligereza y fogosidad de *Cándido*; pero habia una probabilidad de ciento contra uno que no resistiria á aquella carrera.

Hasta las once tuve bastante imperio sobre mí para distraer á Margarita de su dolor, y lo logré.

Dieron las once, Jorge no se habia presentado aun.

A las once y cinco minutos entró un ayuda de cámara llevando en una bandeja un papelito que me presentó.

Era el brazalete de Margarita.

No sabré explicar el encanto que su vista me causó.

— ¿Querrás perdonarme, la he dicho, la pesadez de mis criados? No sabiendo la estimacion que tenias á este brazalete, te lo habia *robado;* pero al ver tu dolor, me he valido del pretexto de la llave para escribir á mi ayuda de cámara que me enviase un paquetito que encontraria en mi cofrecillo.

— ¡Téngolo!... ¡téngolo!... ¡oh! lo he vuelto á encontrar.... estás perdonado! exclamó Margarita besando el brazalete con entusiasmo: alargándome luego su mano añadió: ¡Ah! qué bien has hecho en compadecerte de mi flaqueza! ¡cuánto te agradezco el que hayas enviado á tu casa, y cuán delicado has sido en querer evitarme algunos instantes de desazon!

Confieso que á pesar de la alegría y felicidad de Margarita, mi inquietud fué grande hasta las once y media, hora en que salí del palacio de Peñafiel.

A media noche mi ansia se acabó.

¡Pobre *Cándido!*... ¡acaba de morir!

He dicho á Jorge para explicar esta muerte, que habia apostado trescientos luises que *Cándido* iria y volveria de noche á*** en una hora.

## §. II.

Abril 18··

He encontrado á Margarita en los Campos-Elíseos.

Hablando de caballos, me ha dicho: ¿Cómo ès qué no haces correr tan á menudo á Cándido? Dicen que es tan ligero, tan hermoso y que le quieres tanto.... ¡oh! ¡tanto! añadió sonriendo, que estoy casi zelosa.

Acercóse en este momento el señor de Cernay, que iba como yo á caballo, y me dijo:

— ¿Será cierto que *Cándido* ha muerto?

Miróme Margarita con sorpresa.

— Ha muerto, contesté.

— Así me lo han dicho; pero nada tiene de extraño, andar mas de siete leguas de noche en una hora y cuatro minutos: sea el caballo que se quiera es muy difícil que resista á semejante prueba: ¿y la apuesta consistió en trescientos luíses?

— En trescientos luíses.

— Pues ea, francamente, habeis hecho una calaverada, sobre todo cuando os he visto no aceptar por él mucho mas que eso. Y con razon, porque por quinientos luíses no encontraréis un caballo como aquel: os lo digo ahora que ha muerto.... añadió con mucha ingenuidad.

— Sucede pues con la reputacion de los caballos lo que con los grandes hombres, le dije riendo, la envidia no permite que se les aprecie mientras viven. . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La mirada de Margarita casi me recompensó la muerte del pobre *Cándido*.

## §. III.

Abril 18**

¡Dia verdaderamente esplendoroso! Tan deliciosamente vibra todavía en mi corazon esta felicidad, que me divierto en escuchar sus mas imperceptibles ecos.

El tiempo estaba hoy sumamente agradable. Conforme á lo que me dijo ayer Margarita, la he encontrado en la arboleda; su pálido semblante parecia reanimarse y renacer á los rayos del sol. Paseábase á pie: antes de alcanzarla, he querido seguirla algun tiempo con la vista por la calle de acàcias. Nada tan elegante como el majestuoso paso que llevaba, y aquel talle cuya flexibilidad y gracia se divisaban al través del largo chal que le cubria. Largo rato y con mucho amor estuve mirando como sus piececitos levantaban á cada paso los ondulantes pliegues de su vestido.

Me he reunido con ella y se ha sonrojado al verme. Ahora mas que nunca estoy convencido del sublime precio de este síntoma. Luego que desaparece, luego que la vista del objeto amado no hace ya agolpar la sangre al corazon y al rostro, ha pasado el amor vivo, ardiente y tierno. Sucédele un débil y frio afecto, la indiferencia no está lejos.

La he tomado del brazo. Como apenas se apoyaba sobre el mio, la he rogado que se cargase mas.

El aire era suave y puro; empezaba el césped á cubrirse de verdor y á nacer la violeta. Al principio hemos hablado poco. Ella volvia de cuando en cuando su rostro hácia mí y me miraba tiernamente con sus grandes ojos que parecian bañados por un límpido cristal, y entreabriendo sus labios de rosa, me dijo con cierta avidez: ¿No es verdad que es buena esta aspiracion de primavera y felicidad?

Al ver las alturas del Calvario, hemos departido mucho

sobre el campo, los dilatados bosques, los prados y la hermosa y vasta naturaleza. Esta conversacion ha sido interrumpida por largos silencios. Despues de uno de estos intermedios, Margarita me ha dicho: —Quisiera verte en Bretaña para dar larguísimos paseos: *te sembraria* en nuestras tierras, para coger mas tarde en mi soledad una rica cosecha de tiernos recuerdos.

He contestado riendo que nada encontraba que decirla en cambio de tan divinas *lisonjas*, de lo que en parte me alegraba; porque me parecian muy inaguantables aquellas personas que inmediatamente nos *reembolsan* de un gracioso cumplimiento, de una atencion delicada, como si quisiesen desembarazarse á toda costa de una deuda insuportable.

Hemos encontrado muchos conocidos que paseaban á pié como nosotros. Apenas han pasado y saludado recíprocamente, cuando nos hemos confesado riendo el deseo que ambos teniamos de saber lo que de nosotros decian.

Con esta ocasion me ha dicho Margarita que París empezaba á fastidiarla, y que tenia entre manos un hermoso proyecto, que no queria confiarme hasta el primero de mayo. No me ha querido decir mas.

A las cuatro ha venido á encontrarnos el anciano D. Luís, que ha seguido paseando con nosotros algun tiempo; teniendo la señora de Peñafiel que hacer algunas visitas y yo tambien, nos hemos despedido; y como ella debia ir al baile de esta noche, hemos quedado en que antes iria á verla en su casa para coger la primera flor de su tocado, del que me habia hablado con misterio.

Al separarme de Margarita fuí á visitar á la señora de***.

Todo el mundo está enterado de nuestra felicidad. Antes se hablaba en mi presencia de la señora de Peñafiel con toda libertad; ahora apenas oigo pronunciar su nombre, y aun cuando llega este caso, lo acompañan de fórmulas exageradamente lisonjeras. Este pensamiento me ha ocurrido durante mi visita á la señora de***.

Un amigo suyo recien llegado de Italia, que no está todavía al corriente de los nuevos amoríos sociales, despues de haber preguntado por otras muchas conocidas, le ha dicho:
— Ahora que me acuerdo: ¿y la señora de Peñafiel? ¿Tendréis la bondad de contarme alguna linda historia sobre esa señora? ¿Vaya quién es el dichoso ó desgraciado actual? ¿os serviréis decírmelo? Soy muy acreedor á ello, porque viniendo de los antípodas, y no estando enterado de las novedades ocurridas, necesito saber estos pormenores para no incurrir en alguna necedad.

— ¿Está V. loco? ha contestado la señora de***, sumamente sonrojada y echando una mirada casi imperceptible hácia el lugar en que yo estaba, bien sabeis que detesto la murmuracion, y sobre todo cuando se trata de una de mis mejores amigas; porque habeis de saber que el cariño que tengo á Margarita data de la infancia.

— ¡Una de vuestras mejores amigas! ¡hola! ¡bonita cosa! replicó aquel diantre de hombre, que nada comprendia. Una de vuestras mejores amigas, convengo si es en el sentido de *quien bien te quiere te hará llorar*; porque no habréis olvidado que me teneis contadas de ella cien historias á cual mas divertida.

El apuro de la señora de*** iba siendo tal, que la tuve lástima.

— ¿Con qué no he sido solo, señora, á quien habeis tendido este lazo? la he dicho riendo.

— ¿Un lazo? ha contestado el recien llegado.

— Un lazo, sí señor; un lazo lleno de astucia, en el que por poco he caido, yo que soy uno de los amigos mas declarados de la señora de Peñafiel.

— ¡Ah! ¿me creiais capaz? me ha respondido sonriendo la señora de***, que ignoraba lo que yo iba á decir.

— Cierto, señora, que os creo capaz. Porque lo tengo por un excelente medio de conocer á los verdaderos partidarios de nuestros amigos; aparenta hablar mal de su amiga para que segun que las personas conocidas la defienden ó la ca-

lumnian, le sea fácil juzgar de los que la son afectos ó desafectos: de este modo, informada la amiga, puede en lo sucesivo apreciar en su justo valor las cariñosas protestas que le son hechas.

—¡Ah! vuestra indiscrecion es inaguantable, me ha dicho la señora de*** con zalamería.

El recien llegado de Italia se ha quedado estupefacto: entraron nuevas visitas y me retiré. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A las diez he ido á ver á Margarita. Creia tener que aguardarla, porque encuentro siempre un placer en estar un rato solo en contemplacion, sentado en la pieza frecuentada por la mujer amada, y ver de repente alumbrada la estancia con su aparicion.

No tuve este placer, ella me estaba esperando. Aquel triunfo que yo obtenia sobre las demoras ordinarias é incalculables del tocador, aquella rara y delicada atencion de procurar estar pronta para recibirme, me llenó de entusiasmo.

Estaba Margarita admirable de aquel modo: llevaba un vestido de muér de un verde muy claro, guarnecido de encajes, con lazos de cintas de color igual al de las rosas que sostenian: una de estas flores en la cabeza y otra en la cintura completaban su adorno: habíame graciosamente reservado un brazalete para que se lo abrochara; híceło no sin besar con veneracion aquel brazo tan lindo, tan blanco, tan fresco y tan torneado.

He querido saber los secretos del 1.º de mayo. Margarita me ha dicho que queria hacerme un misterio de aquella *primavera de esperanzas*. La he informado de mi visita á la señora de***, y despues de habernos reido mucho, me dijo que era demasiado feliz para pensar en la falsedad de los otros. Hablando luego de una hermosa extranjera que habia llamado mucho la atencion en la sociedad, me ha agradecido Margarita con muy buen humor mis frecuentes visitas á esa bella mujer. —¿Y porqué me lo agradeces? la

he preguntado : —Porque nunca se muestra el hombre mas obsequioso con las damas que cuando está seguro del corazon en que reina. Así pues, me doy por dichosa y me envanezco de inspirarte esa certidumbre y esa seguridad. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A las once ha pedido el coche. Al oirme encomiar esa libertad que nos permitia vernos tan íntimamente, me ha contestado Margarita : — Esto es poca cosa, ya verás mi primero de mayo.

He ido un rato á la ópera : la funcion era brillante : encontré á Mr. de Cernay en nuestro palco. Lo que él llama mi dicha continua siéndole insoportable, porque no cesa de decirme lo sorprendido que está de verla tan de veras apegada, añadiendo que era preciso que así sucediese un dia ú otro. Por otra parte, ya debia fastidiarla una vida tan agitada. Su aficion á Ismael no habia sido mas que una locura; un capricho su inclinacion á Mr. de Merteuil, y extravíos de la imaginacion sus demás aventuras misteriosas aun que adivinadas ; mientras que el afecto que me profesaba era enteramente distinto, etc. Me he empeñado, como acostumbro, en negar *mi dicha;* entonces ha empezado de Cernay á acusarme de disimulado, pues queria negar lo que sabe todo París, concluyendo con pronosticarme seriamente que si persistia en ser tan reservado, nunca encontraria un verdadero amigo. Prediccion que verdaderamente me ha entristecido.

He ido al baile de la señora de*** para ver en él á Margarita, al entrar en los salones no he tenido que buscarla mucho : ¿quién es capaz de explicar ese instinto, esa rara facultad, merced á la cual basta un minuto y una sola mirada tendida sobre un grupo de mujeres y de hombres para encontrar en medio de ellos á la persona que buscamos con ansioso ardor ?

Margarita estaba hablando con la señora de***, cuando me acerqué á saludarla. Recibióme con una gracia encantadora y muy notable distincion, á pesar de verse rodeada

de adoradores. Cito esta particularidad, porque muchas mujeres cuyo interés se ha descubierto, creen obrar con mucho tino y prodigiosa finura recibiendo con afectada y á veces grosera indiferencia las cariñosas demostraciones de aquel que aman.

La señora de*** es muy vivaracha, discreta y jovial ; su carácter muy franco y sólido ; es indulgente con la sociedad, pero no trivial, y su crueldad es extremada cuando se habla mal de sus amigos ausentes. Margarita y yo tenemos mucha confianza con ella. Se han sentado las dos en un confidente, y colocado yo á su espalda, nos hemos divertido en hacer mil curiosas observaciones sobre todo y sobre todos: la señora de*** me ha dicho :

— Sé que teneis una hermosa coleccion de cuadros y dibujos: convidadnos pues á cenar con algunas señoras y caballeros conocidos para que podamos admirar vuestras maravillas.

— Con el mayor gusto, he contestado : pero con el bien entendido de que los maridos no han de entrar en el número de los convidados, porque pegaria tan mal como un bailarin en un baile.

— Al contrario, ha replicado, esto halagaria mucho á la insulsez desabrida, zelosa y casi conyugal que reina en la mayor parte de los amoríos; muchos maridos muy amables no tienen mas delito en contra que el ser maridos; y puesto que muchos dejaron de serlo, tendrán mil ocasiones de parecer muy lindos. Despues de haber debatido extensa y jovialmente esta cuestion, hemos dispuesto la cena con una proporcion razonable de maridos y de amantes.

Era ya tarde, y Margarita ha dicho á su primo D. Luís que pidiese el coche. Mientras ella lo esperaba, y al tiempo de colocar su capotilla sobre sus hermosas espaldas, la he dicho en voz baja: —Hasta mañana á las once... ¿no es así?

Llena de rubor, me ha apretado suavemente la mano al entregarla su abanico y su pomito....

La he comprendido.

D. Luís la ha ofrecido el brazo y se han marchado.

Retirado en mi casa, acabo de escribir los pormenores de este dia, tan hueco en apariencia, y sin embargo tan lleno de mágicas delicias. Delicias que son todo y nada: nada aisladamente, todo consideradas en conjunto. De este modo forman una felicidad dilatada, radiante y esmaltada de mil gratos recuerdos tan encantadores como el perfume sin nombre de un ramillete compuesto de mil suaves y frescos aromas!

Hasta mañana.... á las once....

## §. IV.

Abril 18**

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

He ido á su casa á las tres.

La he encontrado, como siempre, tierna y afectuosa, pero recogida, pensativa y casi triste.

Su tristeza no era amarga, sino apacible, llena de encanto y melancolía, las ideas que ha emitido han sido nobles, serias y elevadas.

Este contraste me ha causado una profunda sensacion....

Hay en el alma de ciertas mujeres inagotables tesoros de delicadeza.

Se purifica todo con el sacrificio, todo se realiza con el ardor casi religioso con que aman, con el sentimiento de los sagrados deberes que encuentran en el amor, y con una especie de dolorosa contemplacion en que les sumerge todo pensamiento de porvenir.

En nosotros es mas limitado el horizonte: una vez satisfechos con la posesion, nuestro afecto y vanidad; las impresiones que sentimos son muy netas y determinadas. Los

mas privilegiados muestran tal vez alguna ternura y gratitud, pero todos los demás casi siempre saciedad y desabrimiento.

En ciertas mujeres, por el contrario, por la misma razon que las impresiones felices y tristes, mas las tristes por lo regular que las felices, que suceden á la embriaguez de los sentidos, se contrarian y se chocan, predomina la melancolía, porque lo que sienten es indefinible. Es á un mismo tiempo dicha y desesperacion, llanto y esperanza, recuerdos gratos y vergonzosos, amor intenso, remordimiento terrible, y deseo invencible de entregarse otra vez!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Estuve mucho tiempo en casa de Margarita. Nuestra conversacion ha sido deliciosamente íntima. Me ha hablado muchísimo de mi familia, de mi padre....

Estos pensamientos ¡ah! que tanto tiempo hacia no me habian ocupado, me han entristecido: ¡ay! se lo he confiado todo, mi olvido, mi ingratitud, y la culpable indiferencia con que renuevo su memoria....

Margarita no ha podido menos de deshacerse en llanto, y me ha dicho: Y sin embargo, creemos en la eternidad de otros afectos.... puesto que osamos entregarnos á ellos....

Yo era tan profundamente felíz, que poco á poco he logrado tranquilizarla. Su tristeza se ha disipado en parte, y es imposible expresar la ternura inefable y casi maternal con que me ha hablado del porvenir, de mis proyectos y de su impaciencia por verme abandonar mi vida estéril y ociosa, cuyo vacío me habia causado ya tantos disgustos.

La he contestado que sus reconvenciones no eran en el dia fundadas, y que no debia llamarme desgraciado ni ocioso, porque empleando todos mis momentos en adorarla, me tenia por el hombre mas felíz y mas deliciosamente ocupado.

Como yo mezclase mil locuras en este comentario, Margarita, tomándome la mano y fijando sobre mí sus ojos bañados de lágrimas, me ha dicho con una indecible expre-

sion de bondad, de amor y dulce reconvencion: — Estás muy alegre.... Arturo!

— ¡Es que soy tan felíz, tan completamente felíz!!

— Cosa extraña, me ha dicho, yo tambien soy felíz, completamente felíz.... ¡y sin embargo lloro! necesito llorar.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Luego hablando de presagios, no sé como hemos venido á tratar de agüeros y de adivinos. Hemos debatido este manoseado tema: ¿Debemos ó no creer en el conocimiento anticipado del porvenir? etc.

Hemos convenido por último en probar de consultar el destino, y encontrarnos mañana en la calle de Tournon, para entrar en casa de la señora Lenormand á fin de saber nuestra estrella.

A las seis y media he dejado á Margarita.

Ha hecho cerrar la puerta y me ha dicho que pasaria la velada escribiéndome. . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entrado en mi casa y sometido á la sola influencia de mis ideas, me ha llamado de nuevo la atencion la gran diferencia que existe entre las impresiones de los hombres y las de las mujeres. Así es que despues de esta mañana del todo sensual, Margarita tenia la misma necesidad de silencio, de recogimiento y soledad, que yo de bullicio, de estrépito y animacion! Mi dicha, aunque concentrada, era radiante. Me sentia jovial, locuaz, amable, ¡tanto nos matiza la satisfaccion! Por esto la sociedad con todos sus goces y esplendores me parecia el solo teatro digno de mi felicidad.

Ántes de ir á una ó dos *soirées*, he entrado en los Bouffons para oir el segundo acto de *Otelo*. He visto á la señorita de V* sola en su palco.

Estaba, como siempre, hermosísima y primorosamente vestida.

Nada mas delicioso que una hermosa figura de mujer, que se destaca luminosa y risueña del fondo muy obscuro de aquellos magníficos palcos de en frente.

En el intermedio, he ido á visitar á la señora de V*. Dijera que me ha recibido con una coquetería muy seductora, si no supiese que nació seductora y coqueta, así como nacen otras ó rubias ó morenas. Es además un genio brillante, chistoso y original; lo dice todo, pero con una agudeza y una malicia al parecer tan naturales que de todo la disculpan.

Ha comenzado por embromarme fuertemente sobre mis continuadas visitas á cierta marquesita, y me ha dicho que esa marquesa debia alegrarse de ser casi enemiga suya, por que á no ser así, ella habria puesto quizás un gran disturbio de por medio.

—¿Cómo? ¿porque sois su enemiga os absteneis de la venganza?

—Seguramente, esas maldades se reservan ordinariamente para las íntimas amigas; y es una lástima, añadió riéndose como una loca, porque si se me hubiera antojado, en veinticuatro horas os haria enamorar de mí, pero de manera que no pudieseis escaparme.

—Pero esto, he dicho, se ha verificado ya desde mucho tiempo, sin necesidad de que os molestaseis: luego al través de mil solícitos galanteos, he encomiado el hechizo de esos amores efímeros y de esos encuentros de corazon, tan frecuentes en otros tiempos y encantadores, pero tan escasos por desgracia en nuestros dias. Encuentros celestiales que no dejan en la vida mas que un solo recuerdo pero divino.

—No soy de vuestra opinion, ha contestado con la misma jovialidad; en materia de perlas.... prefiero un collar á una sortija.

—Muy bien, señora; pero las perlas de un collar son todas iguales y su forma es monótona, mientras que hay ciertas perlas inestimables por su misma singularidad que valen mas solas que todo un collar.

—Por esta misma razon me habréis parecido siempre tan singularmente precioso.

Y entre otras mil locuras se concluyó el *Otelo*, me rubo-

rizo al decirlo, casi inadvertidamente. Empezaban los palcos á quedar vacíos.— Ea, dijo la señora de V*, mi marido va tambien á dejarme salir sola.

— Vuestro marido no lo extraño, porque solamente los ricos desconocen su tesoro; pero lo que me admira es que...

— Y viéndome titubear, me dijo desembarazadamente: ¿Que el señor de*** no esté aquí para darme el brazo y llamar mis lacayos? ¿esto quereis decir?

— Esto es precisamente lo que por una feroz envidia y unos zelos de tigre no queria absolutamente recordaros.

— Le he despachado á cazar por ocho dias para que recobre su gracia, pues su ausencia es deliciosa.

— Deliciosa para todos, pues le seré deudor de un magnífico privilegio, si os dignais aceptar mi brazo.

— Pues ya, bien confiaba en él.

— ¿Y mis privilegios se limitarán, ¡pobre de mí! á este favor?

— Muy curioso é indiscreto sois.

— Enhorabuena, con tal que despues de haber sido curioso como el deseo, pueda ser indiscreto como la felicidad.

— Pero, ha añadido, sin contestarme y haciéndome reparar en una mujer soberanamente ridícula. Mire V. á esa pobre señora de B.; dicen que tiene los ojos bobos.... ¡Qué disparate! A mí me parecen los mas discretos del mundo porque parece como que vayan á escaparse de su feo rostro.

No recuerdo otra infinidad de observaciones llenas de malicia que acompañaba con risas y agudezas, ella en una grada de la escalera y yo en otra.

En el momento de separarnos, me ha recordado cuanto tiempo hacia que yo no habia visto sus dibujos, y que estando muy satisfecha de sus adelantos, deseaba que yo los estimase.

— Mucho placer me cabrá, señora, en ir á censurar ó admirar tantas maravillas; pero como soy muy severo, sentiria encontrarme con un tercero que no me dejaria decir francamente lo que bien me pareciere; por esta razon pues

no estaria por demás que hicierais cerrar la puerta para todo el mundo.

— ¿Vos me pedís una cita, una entrevista secreta?

— Ni mas ni menos, señora.

— ¿Y la gente de casa?

— Dais la órden para que no se admita á nadie mas que.... á vuestro notario.

— ¿Y consentiriais en pasar?...

— Por un notario, por un procurador, por cuanto vos querais; cogeré si importa un legajo de papeles, unos anteojos verdes, y con esto tratarémos extensa é impunemente de negocios.

— ¿De testamento, eh?

— Seguro, del de ese pobre ***, cuyo legatario universal quisiera ser ahora de todo corazon.

— ¡Válgame Dios! ¡y qué bien habiais de desempeñar vuestro papel!

En este momento han venido á avisarla que el coche estaba pronto.

— Y bien, la he dicho acompañándola, esperaréis á vuestro notario mañana á las tres?

— Que venga y lo sabrá.

— ¿No vais esta noche al concierto de la señora T***?

— No, me retiro á casa.

— ¡Como tan pronto!

— He de arreglar algunos asuntos, porque he de avistarme mañana con el mas detestable y mas importuno de los legistas.

Esto diciendo á risa tendida, ha subido al coche.

He vuelto al peristilo para aguardar el mio; y encontrando al gordo Pommerive, me ha dicho al pasarme por delante: — ¡Infidelidades ya!... Muy pronto.... ó muy tarde principiais.

He encogido los hombros sonriéndome.

He ido al concierto... Demasiado gentío.... La música pierde para mí todo su encanto cuando no puedo oirla con

alguna comodidad. Entro en mi casa y acabo de encontrar una larga y tierna carta de Margarita.

Conversando los dos esta mañana, la he manifestado mi loca aficion á las violetas de Parma.... He encontrado en mi salon dos canastos verdaderamente colosales de estas flores.

Esta memoria, está delicada atencion, me ha enternecido, me ha entusiasmado; pero no me ha recordado con rubor mi obsequiosidad para con la señora de V***, cuya viveza y brillantez me han parecido encantadoras.

Estoy leyendo con amor la carta de Margarita: es tierna y humilde, llena de una hermosa melancolía; se da mil parabienes por esta larga noche que ha empleado sola pensando en mí. En posdata me recuerda que mañana á las tres debemos encontrarnos en casa de la señora Lenormand para que nos diga la ventura.

Precisamente á las tres he prometido á la señora de V*** que iria á ver sus dibujos. ¿Qué he de hacer? Cierto que no hay punto de comparacion entre el profundo y verdadero amor que tengo á Margarita, y el capricho, muy fuerte sí, pero efímero, que me inclina á la señora de V*** tan bella y seductora como veleidosa y coqueta.

Pero estoy seguro del afecto de Margarita, su amor es sincero y duradero; el instantáneo gusto que podré dividir con la señora de V*** en nada alterará esta intimidad tierna y formal.

Con una mujer tan inconstante y variable como la señora de V***, puede que no se me vuelva á presentar esta ocasion. La casualidad es su Dios. Mañana pues iré á su casa. Voy á buscar una escusa para diferir nuestra partida de *porvenir* hasta pasado mañana. ¿Qué pretextaré? ¿Un negocio.... de notario?

No, seria una perfidia pueríl.... ¿Qué diré pues?

—En fin, estoy resuelto; pero en cambio escribiré á Margarita una carta muy apasionada. . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

He leido y releido esta carta que acabo de escribir á la se-

ñora de Peñafiel. Está muy bien, rebosa de amor, de ternura, de pasion, y esto no es ficcion, es muy verdadero y profundamente sentido. ¡Cosa singular! Pienso firmemente en engañarla, y por ventura jamás la he tenido un amor tan vivo y sincero como hoy. No teniendo motivo alguno para no ser franco conmigo mismo, quiero escuchar la voz de mis pensamientos... No admite duda; amo mas que nunca á Margarita; tiempo atrás hubiera tal vez retrocedido ante algunos sacrificios; pero ahora hasta iria al alcance de todos los que pudiera exigirme, y sin embargo, repito que trato de engañarla!

¿Me causa esta idea rubor? ¿remordimiento? ¿pesar? —No.

¿Me inspira la señora de V* ningun sentimiento noble y elevado?—No. Es un deseo ardiente, que me figuro ha de apagarse tan pronto como se encendió.

Y sin embargo, digo que me sorprende el ver que hoy quiero mas á Margarita. ¿A qué viene esta progresion de sentimiento? ¿No es una ilusion? ¿un engañoso fantasma evocado por la conciencia de mi perfidia? ¿No busco alguna escusa al imponerme á mí mismo, y quizás sin advertirlo, esta creencia falaz? No, no, escucho mi pensamiento... y me parece positivamente amarla mas.

¡Extraña contradiccion del alma! ¿Será pues que mi amor á Margarita aumente en razon del dolor que presiento he de causarla?

## §. V.

Abril 18**

¿Dias de sol?... ¡ah! no; aquel tiempo de radiante felicidad que habia durado mas de dos meses debia oscurecerse de repente y ponerse sombrío y desolado!...

Dia es este verdaderamente singular.

Esta mañana al dispertarme he recibido una esquela de Margarita. Está un poco disgustada por esa dilacion de *buena ventura.* Como es hoy su cumple años, hubiera preferido este dia como mas *fatal.*

Debiendo salir á comprar alguna loza de Sevres y de Sajonia, me ha rogado que á las dos y media estuviese en casa de*** mercader muy en voga y consultaria mi gusto.

No he faltado.

Habiendo entrado los dos en el almacen interior para ver un mueble de taracea, hemos quedado solos un momento. Margarita me ha preguntado si queria ir á pasar la velada con ella, y me ha prometido decirme su secreto del 1.º de mayo.

Se lo he tiernamente agradecido: la he encontrado mas hermosa que los otros dias. Llevaba una capotillo de terciopelo pajizo guarnecido de encajes, que le iba divinamente.

La he dejado á las tres, y he ido á casa de la señora de V***.

A pesar de nuestras locas conversaciones de la víspera, segun las cuales habia yo de pasar absolutamente por un notario si queria tener la dicha de verme á solas con ella, me hice anunciar con mi nombre, y la he encontrado sola.

Me ha enseñado sus aguadas, que estaban muy bien formadas, porque tiene muchísima disposicion. No obstante, para entretener el rato he hecho como que no me gustaban, diciendo que el dibujo era incorrecto, el color falso y chillon, y que estaban por fin mal acabadas.

— Vos no lo entendeis, me ha contestado riendo: mi talento es extraordinario, sino que, como tambien dibujais, los zelos del arte os hacen hablar así.

— Nunca nos entenderémos, señora; vos decís que las aguadas estan bien, y á mí me parecen malas; no hablemos mas de ello; tratemos de una materia sobre la que estarémos pronto de acuerdo.

— ¿De qué materia?

— La perfeccion de vuestro ingenio y de vuestra hermosura.

— ¡Pues bien! vais muy equivocado, porque haciendo yo el papel de censor, que tan injustamente acabais vos de representar contra mis dibujos, os contestaré que si me encontrais hermosa, yo me encuentro detestable, porque tengo mil feas cualidades. De consiguiente, como sobre este particular no nos entenderémos jamás, hablemos de otra cosa.

— ¡Ah! es que es empeño vuestro, señora, porque por mi desgracia no teneis todos los lindos defectos que yo quisiera, particularmente uno....

— ¡Estais loco! ¿quereis entre tanto una prueba de mi odioso carácter?

— De muy buen gusto.

— Escuchadme pues, y sobre todo no me interrumpais. Una de mis íntimas amigas, tambien muy perversa, tiene que vengarse de una señora conocida suya; el porque no necesitais saberlo. Esta amiga es bella, ó por mejor decir primorosa, vivaracha, coqueta y veleidosa; lo que os presento como cualidades para hacer vuestro gusto, y no como defectos; añadid á eso un genio muy divertido, grande atractivo y mucha *seduccion* (disimulad este vulgarismo), y tendréis su retrato. La señora de quien quiere vengarse mi amiga es bella, pero vanidosa, altiva y fingida á mas no poder; á pesar que está aparentando una pasion formal por un caballero.... ¿porqué no lo he de decir? Sí, por un hombre muy agradable, bastante excéntrico, y que en fin no se parece á todos; hoy se le encuentra alegre, chistoso, amable; mañana extravagante, desapacible, fastidioso y fastidiado. Sin embargo, en uno de sus curiosos dias de razon se ha demostrado muy galan con mi amiga, que le encontró, me dijo, muy perfecto, tal vez demasiado.... En tal circunstancia vino mi amiga á consultarme.

— Supongo que habréis aconsejado á vuestra amiga lo que hubiera hecho yo, que se vengase de la mujer vani-

dosa labrando en secreto la felicidad del caballero excéntrico. Una pensionista hubiera discurrido lo mismo y los medios mas sencillos son los mejores.

— No me interrumpais. Antes de dar mis consejos, he querido conocer el carácter del caballero excéntrico, y ver si era firme y sincero, ó indiscreto y atolondrado.

— ¿Y qué ha resultado?

— Ha resultado ser uno de esos hombres bastante raros, á quienes una mujer puede confiárselo todo, porque lo comprenden todo, todo lo calculan, todo lo admiten, con la condicion de manifestar despues francamente lo que sienten; pero que sepultan la confianza en el mas impenetrable secreto. Si es así, dije á mi amiga, no teneis mas que ser inconsecuente, audaz y atrevida; ó sino, ser lo que nunca acostumbramos ser nosotras, franca é ingenua, decid en fin al hombre excéntrico: — Vos quereis agradarme; pero me consta que teneis ya ocupado el corazon; de consiguiente, no solo no puede convenirme la division de vuestro afecto, sino que para aceptar vuestras atenciones quiero tener una prueba, un medio seguro de imposibilitar para en adelante todo regreso á la persona que me habréis sacrificado. En una palabra, mandadme todas sus cartas con una nota expresiva y muy compromitente sobre este asunto, y.... Dios ayudará.— Pues bien: ¿no daba un diabólico consejo á mi amiga?

— Podria contestaros, señora, merced á la misma alegoría, creando al instante un amigo verdadero, que vendria á ser precisamente el hombre excéntrico de vuestra íntima amiga. Mas ¿para qué tantos rodeos? Seamos francos, vos me conoceis bastante para no dudar de mi secreto. ¿Exigís de mí una iniquidad? ¿No apreciaréis mis obsequios, á no ser bajo esta condicion?

— ¿Pero qué decís, estais loco?...

— No por cierto.

— Pero, ¿porqué suponeis que lo que he dicho de mi amiga sea un pretexto para hablar de mí? ¿ni que tenga

la mas mínima intencion de corresponderos?

— Pues vaya, sea como decís, figuraos que el hombre excéntrico, y no yo, haya hablado de este modo.

— Enhorabuena, de este modo se puede hablar, puesto que volvemos á entrar en la verdadera senda, ¿hubierais pues preguntado á mi amiga, si efectivamente exigia de vos una perfidia? ¿Y si ella hubiese contestado que sí, qué hubierais hecho?

— La hubiera dicho que me sentia dispuesto particularmente por ella á cometer toda suerte de infidelidades.... pero de ningun modo á hacer una traicion.

— ¿Y si mi amiga hubiese puesto á ese precio sus favores?

— Esto no lo hubiera hecho.

— ¿Cómo?

— Yo lo hubiera tomado por una broma y no hubiera querido de ningun modo ser presa de ella.

— ¿Y porqué habia de ser broma?

— Porque ninguna mujer seria capaz de obrar de este modo.

— ¡Fuerte cosa es esta!

— Esta es mi opinion.

— ¿Ninguna mujer?

— Ninguna.

— Pues sabed que yo le dí á mi amiga este consejo.

— Permitidme que ponga en duda lo que decís.

— Esto no tiene aguante, os digo y repito que he fraguado esta maldad, y que se la he aconsejado á mi amiga.

— Me es imposible creeros; demasiado conozco la nobleza de vuestro carácter para dar crédito á estas calumnias que levantais contra vos misma.

— Pero suponed que os lo digo ahora.... á vos.

— ¿A mí?

— A vos.

— Yo no puedo suponer el imposible.

— Humilde sois por lo menos.

— Al contrario, muy altivo para pensar que me creais capaz de cometer una vileza. Pero dejémoslo, no hablemos mas de los otros, concretémonos á nosotros dos, corresponded á mis obsequios sin condicion, ó por mejor decir bajo la condicion de que me haréis volver tan infiel como querais.

— ¿Y las cartas?

— Otra vez con eso. ¿Os figurais que no veo que es esto un medio muy bien calculado para probar á un hombre, para saber si podeis contar conmigo, con mi firmeza y con la probidad de mi amor? Os digo pues con franqueza que no puedo menos de prometerme el cumplimiento de mi futura felicidad en vista de la precaucion que habeis tomado.

— Confianza teneis de sobra.

— ¿Pues qué, es vanidad el desear, el esperar fervorosamente?

— Esas cartas, esas cartas.

— ¿Continuais la broma? Lo que es la prueba, repito, me parece excelente; porque ¿qué mujer podria tener sombra de confianza, de aprecio ó ternura en favor de un hombre capaz de semejante ruindad? ¿No temeria con razon que otro dia sus cartas?...

— Seguro que podria temer lo mismo si fuese bastante necia para escribir, añadió la señora de V*** con un desembarazo que me chocó. . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por conclusion de nuestra entrevista, me convencí de que efectivamente la señora de V*** no me dejaria esperar cosa alguna, á no ser con tan pérfida condicion.

Este cálculo me ha parecido por su parte doblemente odioso; pues que debió resentirse mi amor propio de ver que el deseo de la señora de V*** de vengarse de la marquesa de Peñafiel (venganza cuyo motivo ignoro) superaba al gusto que demostraba sentir por mí.

He salido muy disgustado de su casa. Habia contado con una entrevista, si no mas tierna, á lo menos mas decisiva;

puesto que su fama de veleidosa me habia hecho concebir que seria correspondido sin ninguna condicion; y veo que las que positivamente me ha propuesto son tan exorbitantes como inadmisibles.

¡Cosa rara! en la misma proporcion en que me habia parecido aumentarse mi amor á Margarita cuando trataba de engañarla.... hoy despues de esta especie de descalabro que ha sufrido la traicion que meditaba, mi afecto va menguando. Esta impresion, quizás exagerada, será por lo regular efímera; pero es cierto que la estoy sintiendo.

Al pensar en la noche que voy á pasar á su lado, conozco que me hubiera mostrado mucho mas tierno y amable si hubiese tenido alguna verdadera falta que echarme en cara, y de consiguiente que ocultarla.

No hay duda que cumplo mi deber al rehusar lo que de mi esperaba la señora de V***; pero no puedo encontrar en mi conducta, que no fué sino muy natural, ninguna satisfaccion de conciencia; puesto que gustándome Margarita mucho mas que su *enemiga*, y no vacilando entre las dos, ningun sacrificio me ha costado.

No obstante, me es casi imposible dejar de sentir una especie de violento despecho contra la señora de Peñafiel porque, á no ser por la enemistad que ha inspirado á la señora de V***, me hubiera sido seguramente muy fácil hacerla una momentánea infidelidad que me hubiera embelesado.

Nada mas egoista, mas injusto ni mas cruelmente ridículo que mi cólera contra Margarita, por haberme involuntariamente privado de un placer, cuyo trasluz podia causarle un amargo sentimiento.

Confieso estas debilidades; pero poseido de ellas, voy á ver á la señora de Peñafiel.

¿Cuál será el resultado de esta visita? No lo sé, pero mis presentimientos son tristes.

## XXV.

## Desconfianza.

¡Noche fué aquella verdaderamente fatal! ¿Podré recordarla?... ¡Sí! ¡son aun tan dolorosos mis recuerdos, que no es fácil se me olviden!

A las nueve y media he llegado al palacio de Peñafiel, con una disposicion de ánimo acrimoniosa y desapacible.

¡Cuán tarde te presentas! me ha dicho Margarita sonriéndose y en tono de amistosa reconvencion; pero estoy tan impaciente por decirte mi secreto, mis proyectos del mes de mayo, que no quiero perder tiempo en reñirte. Siéntate aquí, á mi lado, y prestame atencion.

Satisfecho de esta recomendacion que me permitia ocultar mi mal humor, besé la mano de Margarita y la dije con aire de seriedad que ella creyó fingida: — Aquí me tienes clavado y silencioso, ya te escucho.

— Confio que este aire de gravedad y esa atencion quedarán en breve desconcertados con la estrepitosa sorpresa que voy á causarte, añadió riendo la señora de Peñafiel; pero ¿qué importa? No me interrumpas... Esta mañana deseaba ir á casa de la señora Lenormand, no solo por ser hoy mi cumpleaños, sino tambien porque tenia la curiosidad de ver si esta rara adivina habria sabido pronosticarme que la mayor dicha que nunca haya esperado tener estuviese á punto de realizarse. Esta felicidad es que el primero de mayo salgo do París.

— ¡Tú te marchas!...

— Silencio, me dijo Margarita poniendo su precioso dedo

(1) Este capitulo del diario de un desconocido parece haber sido escrito algun tiempo despues de los sucesos que refiero.

encima de sus labios; vete ya aquí conmovido, cuando esto es nada; ¿qué será dentro de un instante? Repito, el primero de mayo me voy, llevando solamente conmigo un hombre de confianza y una antigua camarera la señora Vandeuil. El objeto aparente de mi viaje será pasar algunos meses en una de mis haciendas de Lorena, que no he visitado desde mucho tiempo....

—Comprendo.

—Nada comprendes. Hago alto á unas seis leguas de París; dejo el coche en casa del padre de mi criada, que me quiere entrañablemente, y vuelvo á París: ¿adivina á dónde?

—¡Quién sabe!..

—¿En una modesta, pero hermosa habitacioncilla situada al extremo de un barrio extraviado, y me instalo allí bajo el nombre de señora de Val, jóven viuda recien llegada de Bretaña con motivo de cierto pleito... ¿Qué te parece? ¿no te decia yo? ya estás como esperaba atónito y estupefacto.

No sentia estupefaccion ni asombro alguno, sino un sentimiento muy distinto.

Fuese consecuencia de la desapacible disposicion de mi espíritu irritado, ó bien de mi natural desconfianza, aquellos 'proyectos de aislamiento me recordaron de repente uno de los mil odiosos rumores divulgados antes sobre la señora de Peñafiel, y en particular las misteriosas aventuras que decian haberse pasado en una casita oculta que tenia al efecto destinada, aunque Margarita me habia despues negado constantemente aquel hecho, como tantas otras absurdas detracciones que no pudiendo apoyarse en ninguna evidencia, se limitaban á suponer mil secretos incidentes. Fascinado por la felicidad ideal de que estaba gozando dos meses hacia, ó mas bien durante aquel exceso de razon y de ventura, habia tenido valor para no pensar un momento en lo pasado. Al lado de aquella mujer preciosa habia creido ciegamente lo que es siempre tan cómodo, bueno y prudente creer, que yo era el único á quien ella

amaba ; habia ciegamente creido la noble explicacion que me hiciera de su conducta ; habia olvidado en fin las viles y miserables desconfianzas que me habian hecho ya tan cruelmente injusto con ella. ¿Por qué pues incurrir de nuevo con ocasion de aquel proyecto de retiro en todos mis abominables sueños de desconfianza? No lo sé ; pero ¡ ah ! me sentí dolorosamente asediado por ellos.

— Una vez instalada en mi casita, continuó la señora de Peñafiel, recibo en ella cada dia á mi hermano, este hermano.... eres tú. Porque tú quedas ostensiblemente en París; solo de vez en cuando te presentas en la ópera y en las sociedades, y abandonando en seguida todas las brillantes molestias de sus elegantes prácticas, te vienes modestamente allí todos los dias á fin de pasar largas horas con tu amada hermana, todas las horas en fin que te sobrarán despues de tus sociales apariciones. ¡ Ea, Arturo! ¿qué dices de esta locura? ¿no es magnífica? ¡ Oh ! amigo mio, si vieras la alegría pueríl que me promete esa existencia tan íntimamente dividida contigo, esa obscuridad, ese misterio, esos largos paseos, esas noches pasadas lejos de una sociedad importuna y zelosa, esos dias todos nuestros y tan diferentemente ocupados! Porque tú no sabes, Arturo, allí tendrémos un salon provisto de todo lo necesario para pintar y ejercitar la música; allí tendrémos los libros que te gustan y los que yo aprecio. La casa es pequeña, pero cómoda ; el jardin grande, muy poblado de árboles y muy solitario. Nuestra familia ( no te burles de estos detalles tan circunstanciados ) se compondrá de mi camarera, de otra doncella que esta se encargará de buscar y de un criado para tí. Me lisonjeo anticipadamente de conocer, como verdaderamente conozco, que se puede ser completamente felíz haciendo la vida mas mediana, y juzgando por nosotros mismos de esas modestas existencias, de cuyas condiciones nosotros los ricos ni siquiera tenemos la menor idea.... En fin, amigo mio, mientras no llegue á causarte esa soledad, no hago ánimo de abandonarla, y luego, tal vez sea esto una puerilidad,

pero este retraimiento completo de París en medio de París será para mí una idea muy agradable, si nuestra dicha me da tiempo para ocuparme en ella. Por lo demás, mi proyecto no puede llevarse á cabo sino en París, porque si desapareciéramos los dos, pronto se descubriria la verdad, mientras que permaneciendo en medio de la sociedad, sus sospechas quedarán extraviadas. Pero, lo mas delicioso será los comentarios sobre mi ausencia, las mentiras de todas clases que se estrenarán, y sobre todo las pruebas aducidas en su apoyo. ¡Válgame Dios, cuando pienso en todo lo que vas á oir llego á tenerte envidia! Mas, ya empiezas á conocer que abuso del derecho que reclamé de no ser interrumpida, y es que no es tan fácil dejar de hablar de una felicidad que se espera, que se desea.... ¡oh! que se desea con toda la vehemencia del amor y de la esperanza, añadió Margarita alargándome la mano con aire animado y esplendoroso.

Apenas la habia escuchado: sus proyectos, como he dicho, acababan de remover en mi corazon infames sospechas, adormecidas por dos meses de soberana felicidad. Aquella veneracion piadosa y profunda á la memoria de su marido, que me debió aclarar la vida de Margarita, no me pareció entonces mas que una fábula grosera que yo miraba con indignacion, como un artificio del cual habia sido miserable presa. Otra vez creí con mas obstinacion que antes en todas las odiosas calumnias del tiempo pasado, y así cruelmente irritado por haber cedido á un impulso de noble confianza, y olvidado lo que yo llamaba *mi penetracion y mi sagacidad*, se suscitaron dentro de mi pecho los sentimientos mas detestables. Partiendo en fin de la suposicion que lo que Margarita me proponia con una gracia tan encantadora habia sido igualmente propuesto á otros en los mismos términos, y fingiendo la misma sencilla y jovial esperanza; y no encontrando entonces nada tan escandaloso como aquella espontánea falsedad, nada mas ridículo que mi papel si mostraba dar crédito á aquel repentino deseo de

felicidad ignorada, que se me suponia haber inspirado á Margarita, contesté concentrando mi rencoroso despecho en una ironía glacial:

— No se puede negar que este proyecto es sobre manera primoroso, y esta idea de misteriosa soledad en medio de Paris me pareceria muy original, si no supiera que es una repeticion.... Y si he de decir verdad, hay ocasiones en que las encuentro insulsas.

— ¡Valgame Dios! ¡Con qué frialdad acogeis mi proposicion! me dijo tristemente Margarita, advirtiendo la alteracion de mi semblante, ¡yo que creia verte participar de mi alegría!... ¡Yo tan felíz, tan profundamente felíz, con ese porvenir de dicha y de misterio!

— Ese imperturbable gozo prueba al menos la frescura siempre nueva de sus sensaciones; sin esto me parece que te hallarias á estas horas un poco fastidiada de esa especie de felicidad y de misterio....

— ¿Qué estás diciendo?

— Digo que esta sociedad no será por la primera vez testigo de esos amores secretos y apasionados, cuyo héroe me toca ser.... esta vez.

— De veras que no te entiendo, Arturo, hazme el favor de explicarte.... No sé porqué ha de ser, pero.... tú me hielas de espanto.

— ¿Quieres que me explique?... ¡Pues sea! voy á hacerlo. Hacerse explicar ciertas cosas que una sabe es un capricho como algun otro, por ejemplo, el de probar sucesivamente á sus amantes por medio de la soledad.... última prueba, despues de la cual quedan definitivamente clasificados segun sus méritos.

— Repito, Arturo, que no te comprendo; sin embargo ese mirar frio é irónico me hace daño, me recuerda aquel horrible dia en que.... Pero ¿qué es lo que tienes? ¡Explícate Dios mio! ¡dime lo que tienes! ¿qué tienes contra mí? ¿No te gusta ese proyecto? No hablaré mas de él, dejémoslo; pero por Dios dime lo que tienes. ¿De qué procede esta mu-

danza? ¡Ayer, mañana, aun estabas tan dócil, tan amable... tú última carta.... era tan afectuosa!!

— Ayer y esta mañana yo era todavía un necio y un ciego; ahora si soy necio, tengo á lo menos abiertos los ojos.

— ¡Los ojos abiertos! repitió Margarita sin comprenderme.

— Por lo que hace á mi última carta, tú sabes como yo... mejor que yo, que si es algo difícil fingir bien la verdad en la conversacion, en el gesto y en el acento; nada es mas fácil ni mas comun que mentir en una frase estudiada, reflexionada con toda comodidad.... Prueba además lo que digo, que cuando te escribí esta última carta.... tan tierna como dices, acababa de merecer una cita de la señora de V***.

— ¡Arturo! ¡Arturo! muy crueles son tus chanzas! y sin quererlo me llegan al corazon!

— No me chanceo á fé; hablo sí con mucha formalidad y muy amistosamente.... para que no seas en adelante presa de mi falsedad.... pues no quiero serlo de la tuya.

— ¿Presa de mi falsedad?

— Sí.

— ¿Presa de mi falsedad?... ¡Qué palabra tan extraña en tu boca!... ¿Y porqué habia de engañarte? ¿Qué significa ese misterio? Pero, si es inexplicable.... ¿Y á qué fin, ¡Dios mio! me hablas de este modo?

— Hablo de este modo por una razon que conoces mejor que yo, cuando no soy el primer querido á quien hayas propuesto esa divertida bucólica de arrabal.

Cruzó Margarita sus manos, y dejó caerlas sobre sus rodillas clavando en mí sus ojos dilatados por el asómbro y el dolor. Pero aunque sentia palpitarme violentamente el corazon y atravesar mi pensamiento ardiente y dolorosa como una saeta de fuego la memoria de la última conferencia que habia tenido con Elena, proseguí impávido:

— ¿No veis, querida mia, que en medio de las distracciones del mundo se puede muy bien desempeñar el oficio

de amante, é ignorar de buen grado los antecedentes amorosos del objeto amado? Nada hay tan ridículo como esa inquietud por el tiempo pasado, porque sea como quiera, falla todavía el porvenir, y el diantre sabe lo que se nos espera. Mas para representar con alguna ventaja este papel de amante sin abuelos.... en ese misterioso idilio que por espectadores ordinarios se tiene á ti y á tu criada; para jugar á lo menos como los demás á *una casita y su amorío*, necesito ser mejor ó peor cómico que no soy. A fe, querida Margarita, me esmeraria mucho en no parecer inferior á mis numerosos predecesores, y tengo demasiado empeño en conservar la buena opinion en que me tienes.

— ¡Ah! ¡Dios mio!... dijo llevando sus manos trémulas á su frente, tengo un presentimiento aterrador y me martiriza demasiado!...

Daban mis arterias estrepitosos latidos, roíame en aquel instante la conciencia que me estaba acusando del horrible pesar con que atormentaba á aquella desgraciada, marchitando con una ironía tan grosera é insolente aquel risueño porvenir que habia soñado mi amor. Extremecióme la sola idea de lo que ella sufriria si verdaderamente habia sido yo su primera pasion desde la muerte de su marido.... Pero mi recelosa desconfianza, exaltada aun por los recuerdos de tantos rumores odiosos publicados contra Margarita, y sobre todo *mi temor de ser presa de artificiosos engaños*, ofuscaron estos luminosos intervalos de razon, y no me fue posible ya encontrar expresiones bastante miserables para insultar lo que yo llamaba la implacable falsedad de esa mujer.

Deshízose al momento en amargas lágrimas.

¡Con que no la indignan mis sospechas! ¡aguanta tamañas insolencias! La inocencia no seria tan sufrida; solo es cobarde la mentira; ella ha cedido por mí, ¿porqué pues no habia de ceder por los demás?... Estos fueron los únicos pensamientos que dispertó en mí aquel dolor mudo y desconsolado.

Estuvo llorando largo rato. La estaba mirando sin hablar palabra, con aire sombrío é iracundo, enfurecido contra mí, y acusándola á ella de los mil dolorosos pensamientos que me estaban agitando.

Levantó de pronto Margarita su rostro pálido é impasible como el mármol; echó en torno de sí misma una mirada de extravío; púsose en pie, y dió uno ó dos pasos diciendo no, no, no, ha sido un sueño.... es la realidad.... está bien; y como si le faltasen las fuerzas, se dejó caer sobre el sofá.

Entonces, enjugándose las lágrimas, con voz bastante sosegada dijo: —Perdona esta flaqueza: es que, como sabes, desde que te lo he dicho todo.... ha sido la primera vez que me has tratado así.... No obstante, no te miro tan cruel como pareces.. Es imposible que espontaneamente me hagas un daño tan atroz. No, esto es imposible: con que así no te doy á ti la culpa, te han fascinado y has dado crédito á la maledicencia. ¡Pero no! ni tú ni yo, ¿no es verdad, querido? no podemos sacrificar nuestra dicha á tan miserables calumnias. Vas pues á decirme á confiarme tus sospechas, las pruebas que crees tener de mi falsedad; y yo con un soplo las desvaneceré, ¿lo oyes? con una sola palabra, porque la verdad habla un lenguaje irresistible.... ¡Repito que no te culpo á tí, Arturo! Para tratar á una mujer del modo con que me has tratado á mí, y en un momento en que radiante de amor y de esperanza iba á ti para.... mas no, no, ya esto se acabó. .. Para tratar á una mujer, digo, con ese desprecio y esa dureza se necesita tener muy graves pruebas contra ella: ¿no es así? Pues bien, dí... dí... ¿cuáles son?

Esta serenidad y noble lenguaje me irritaron, porque me cubrieron de vergüenza. ¿Cómo habia de atreverme á confesar que un vil capricho de irremediable desconfianza, el vago recuerdo de una calumnia, el despecho en fin de no haber sacado tan pronto como deseaba el partido que me prometia de la señora de V*, habian bastado á provocar mi

brutal é insolente contestacion? Impidióme el orgullo confesar que habia obrado como un insensato, y continué siendo cruel é injusto, ó por mejor decir un monstruo de iniquidad.

— Señora, dije con arrogancia, no hay para que dar explicaciones, me basta mi conviccion y en ella me apoyo.

— ¡Pero no me basta á mí! ¡He sido indignamente calumniada ante vos, y quiero justificarme!

— Nadie os ha calumniado; creo lo que creo.

— ¡Lo cree! gran Dios! él dice que cree!... ¿Y creeis sin avergonzaros que haya hablado á otros de este sueño de felicidad?... ¿Y os atreveis á creer que soy tan vil, tan miserable, tan soez, que mienta todos los dias y que la infamia tenga en mí su ordinario asiento?

— No se trata aquí de infamia, ni de vileza, ni mentira; habeis hecho la felicidad de muchos.... muchísimos.... y comprendo que su dicha debió ser muy deliciosa. Me habeis contado una muy linda historia de fidelidad conyugal que sobrevive al difunto, muy parecida á la de las viudas del Malabar. Esta memoria de un finado, querido, adorado, festejado, acariciado, como una realidad, era una traduccion algo libre, pero al menos bastante original, de una vida que por el contrario habeis pasado en tantos amoríos, y además era un buen método para hacerme creer en mi *unicidad*. A esto he correspondido con otra buena medicina, fingiéndome bien engañado para que no tuvieseis que devanaros los sesos para alcanzarlo: pasaba tambien por el primero que habia triunfado del querido muerto.... lucha en verdad poco lisonjera.

— ¡Miserable! exclamó Margarita interrumpiéndome y levantándose majestuosa é imponente con sus ojos centellantes y encendida de indignacion. Luego, apoyándose sobre una repisa, dijo en voz baja y como aterrada por algun remordimiento. Muy bien, bien merecido lo tengo... Sufre, mujer desgraciada.... ¡á quién te atreverás ahora á contar tus querellas!!!!

Al través de las mil tumultuosas impresiones que me despedazaban el alma, sentí un movimiento de profunda compasion y de espantoso terror, é iba á convertirme quizá á la razon, cuando enjugando Margarita sus lágrimas me dijo con aire muy resuelto. Por última vez os ruego me querais decir si creeis ni una sola de esas infames calumnias. Pensadlo bien.... porque vuestra contestacion fijará mi destino y el vuestro.... Exasperóme tanto este tono de amenaza, que me pareció enloquecer ó ser presa de un horroroso delirio.

Acerquéme á Margarita, y cogiéndola por la cintura, la dije: —A fe querida, que la indignacion te favorece, por lo menos tanto como un gorro de la señora Baudrand; nunca te has presentado tan hermosa. Vaya, ángel mio, mi don Juan femenino, ven á engañar de una vez á los amantes de ayer y de mañana.... y hacer al difunto marqués una nueva infidelidad póstuma....

Escuchóme despavorida, y lanzando un desesperado grito, me repelió con violencia, y se retiró á su alcoba cerrando la puerta detrás de sí. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entré en mi casa: no conservaba mas que una idea confusa de lo que acababa de sucederme.

Entróme una violenta calentura; toda la noche creo que estuve delirando.

Al dia siguiente mi ayuda de cámara me entregó un pliego cerrado.

Eran mis cartas á Margarita.

— ¿Quién ha traido esto? le pregunté.

— La señorita Sandeuil, señor, á las dos de la mañana.

— ¿Y la señora de Peñafiel?

— La señora marquesa ha salido esta noche con la silla de posta: sus criados ignoran su direccion.

## XXVI.

## Encuentro.

Inútil es decir la acritud de mi pesar y de mis remordimientos despues de la partida de la señora de Peñafiel. Sentí, aunque en distinto órden de ideas, la misma desesperacion que cuando el rompimiento con Elena; solo que antes de renunciar del todo á aquella noble criatura, me habia quedado por mucho tiempo una dulce y viva esperanza de obtener su mano; pero esta vez era imposible volver á hablar á Margarita. Como suele siempre suceder despues de semejantes conmociones, la pasion que me habia demostrado se me presentó luego de haberla perdido con toda su celestial dulzura; y por una contradiccion fatal, sentí que la amaba con mucho mas delirio que antes.

Lamentábame con una especie de cruel satisfaccion de todo lo que acababa tan indignamente de sacrificar, no ya á la desconfianza, sino á una especie de monomanía tan inicua como imbécil; esto me hacia sufrir horriblemente; pero ¿de qué me aprovechaba mi dolor? El furioso sufre tambien; pero el daño que causa ¿es por esto menos daño?

¿Qué mas? la imágen de aquella mujer seductora me parecia incomparablemente mas bella, mas voluptuosa, que nunca.... En fin ese triste vulgarismo *que no se conoce el bien hasta que se ha perdido* fué el doloroso lema que mi desesperacion me presentó bajo infinitas formas.

Subyugado por un pesar tan atroz, ¿qué podia yo hacer?

¡Ay de mí! cuando el hombre es de una condicion tan infelíz que el amor, la ambicion, el estudio ó las obligaciones sociales no son bastantes para ocupar su espíritu y su corazon; cuando desdeña ó desconoce este benéfico alimento espiritual, que la religion le ofrece como un prove-

choso é inagotable maná; privada su alma de todo principio generoso, se alza contra sí misma en el vacío.... entonces las penas sin nombre, las tétricas y pálidas inquietudes, las roedoras dudas, amenazadoras fantasmas, nacen casi siempre de esas tenebrosas, solitarias y enfermizas vigilias.

Si, por el contrario, aplica el hombre esa energía que se gasta y se consume por sí misma á la rigorosa observancia de las leyes que le son impuestas por su Dios y la humanidad; si llega á alinear, como quien dice, su carrera con el cumplimiento de sus deberes, á trazarse un camino recto y despejado que conduzca á una esperanza de inmaterialidad despues de la muerte; la vida del hombre viene á ser lógica, y por lo mismo la deduce del principio que le hace obrar y de los bienes á que se dirige. Todo se eslabona entonces de un modo prodigioso, cada efecto con su causa y resultado. En vez de vagar en fin miserablemente, sin interés, sin esperanzas sin freno, se dirige hácia un objeto. Falsa ó verdadera, sigue al menos una senda... y si las mágicas perspectivas que la coronan, y sobre las cuales fija tan ardientemente su mirada, no son mas que un espejo deslumbrador.... ¡nada importa!... con tal que ese consolador y divino espejo le haya conducido al término de su existencia con el corazon lleno de alegría, de esperanza y de amor. . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mas ¡ah! por mas que estos nobles pensamientos me acudiesen á la imaginacion, no me sentia con voluntad ni con fuerza para seguirlos.

Así pues, volvia á caer con todo el peso de mi abatimiento en el vacío de mi corazon. Sentia mi mal y no tenia valor para buscarle su remedio. Obraba con la debilidad de aquellas personas que obstinadas en el dolor, prefieren un padecimiento sordo y continuo, á la accion heróica, pero benéfica, del hierro ó del fuego. . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Vivia una vida miserable; negábame durante el dia á las

pocas visitas que mi reserva y retraimiento en tiempo de felicidad no habian bastado á alejar de mí. Entregábame tambien alguna vez á ejercicios violentos; montaba á caballo, esgrimia con furor á fin de quebrantarme, de aniquilarme con la fatiga, creyendo embotar el pensamiento con la extenuacion del cuerpo.

Entrada la noche, tomaba cierto singular y desabrido placer en embozarme con la capa, y vagar á discrecion por dentro de París, sobre todo cuando estaba el tiempo sombrío y tempestuoso.

Decíame entonces con una especie de desdeñoso delirio tan ridículo como pueril al pasar por delante de suntuosos palacios, de teatros iluminados, y al ver aquellas veloces carretelas cruzarse en todas direcciones para ir á aquellas diversiones: A mí tambien, si quisiera, como que tengo un asiento en esos festivos salones, en esa sociedad tan espléndida y envidiada, si ahora quisiera, mis impacientes caballos me llevarian á ellos! Esa existencia que desprecio era el gozo y el orgullo de muchísimos; y sin embargo, por un vergonzoso capricho que insulta á la felicidad ya labrada que me dió el destino, prefiero divagar de este modo y á pie arrastrando una incurable tristeza por estas pringosas calles. Una mujer hermosa, jóven, noble é instruida que reune cuanto es capaz de lisonjear la vanidad del hombre, me ha embriagado del mas puro amor, y al cabo de dos meses de una felicidad ideal, sin razon y sin vergüenza he conculcado ese mismo amor, insensata y brutalmente, con cólera y con desprecio! Y ni siquiera me ha quedado la fuerza de esa cólera y de ese desprecio; porque me ruborizo ahora de mi conducta; lloro y soy el mas desgraciado de los hombres; ando oculto como un criminal; y hasta esas inmundas y descaradas criaturas que van perdidas por acá y acullá mezcladas con el barro de estas calles me dirigen la palabra.... á mí.... ¡A mí que á estas horas podria sentarme al lado de una mujer que encanta á todo un mundo con su elegancia, su ingenio y su primor! De una

mujer que me habia afrecido realizar el sueño de la felicidad mas soberana, y que por ventura en este mismo instante calentaria mi mano con la suya, y con su voz armoniosa y sus ojos enternecidos me diria: — ¡Tuya soy, alma mia; tuya, vida mia! . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Esta idea era verdaderamente infernal; y con todo, por una extravagancia funesta de mi desgraciada imaginacion, encontraba un cierto placer tan amargo como inexplicable en el contraste de este presente sombrío y miserable con aquel pasado tan glorioso.

Era una noche, cinco ó seis dias despues de la partida de Margarita, encontrábame en el doloroso parasismo de mis angustias; estaba el tiempo lúgubre y la lluvia caia muy espesa y glacial: embocéme en la capa y salí.

Nunca me habia formado una idea de la asombrosa tristeza que á esa hora presentan las calles de París: nada mas tétrico que la pálida luz de los faroles reflejada por aquellas lozas cubiertas de un barro negro y hediondo y por el agua estancada de los arroyos: caminando así al azar, pensaba á menudo en la espantosa suerte de un hombre sin asilo, sin pan, sin recursos y errante como yo.

Lo confieso, si al acosarme estas ideas llegaba á encontrar en mi camino y en medio de la tempestad de aquellas noches alguna mujer cargada con un niño consumido ya por la miseria, ó algun viejo pordiosero, trémulo y descarnado, les hacia una rica limosna, y aun que por lo regular el vicio mucho mas que su destino les hubiese sumergido en aquel miserable estado, sentia, sin embargo, un momento de alivio al contemplar la estupefaccion con que tocaban una moneda de oro.

¡Desplegábase luego á mi vista el espantoso cuadro de la miseria! No de la miseria del hombre aislado que levantando una choza ó acurrucándose en la cavidad de una roca, puede respirar por lo menos un aire puro y vivificador y tener por consuelo al sol y la soledad; sino de aquella sór-

dida y bulliciosa miseria de las capitales, que se agrupa ó se comprime en infectos reductos para sentir calor.

Padecia entonces insuperables sobresaltos, suponiéndome obligado por una oculta fatalidad á vivir de aquella vida y confundido con aquellos infelices, depravados tanto por la pobreza como por el crímen.

Palidecia de espanto: pues la suerte mas dura y laboriosa pero sufrida en el retiro y el aire libre, no me hubiera aterrado jamás: mas cuando volvia á pensar en esa existencia fuertemente apiñada, en ese continuo y asqueroso contacto de la gente salida por ejemplo de cárceles y presidios, atormentábanme terrores tan extraños, que seria imposible manifestar con cuanta expansion y felicidad entraba en mi casa y me gozaba en ver su hermosa iluminacion, mis criados tan atentos, mis libros, mis cuadros, mis dibujos, todo aquel interior en fin apacible y positivo, en que me precipitaba como en un lugar de refugio.

¡Oh! ¡entonces era cuando prosternado daba gracias á mi padre por la fortuna que me dejó! ¡triste reconocimiento aquel que necesitaba un sórdido temor para elevarme el corazon y reanimar un momento aquellos recuerdos tan lejanos. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Volvamos á mi paseo nocturno.

Una noche en que iba siguiendo casi maquinalmente aquellas calles, llegué al baluarte de la Bastilla. La luna proyectaba una indecisa claridad al travé de las tumultuosas nubes que oscurecian su disco por causa del furioso viento que hacia: la lluvia caia espesa y abundante: serian sobre las nueve.

Entre algunas casas aisladas que ví junto al antiguo jardin de Beaumarchais, llamóme una sola la atencion por su singular aseo; era muy pequeña, y una reja muy baja cerraba la especie de patio que tenia, semejante á las que se ven en frente de las casas de Inglaterra. En la parte exterior de aquella especie de jardin y en una de las esquinas de

la casa habia una puerta verde con aldaba de cobre; no habia mas que un solo piso con tres ventanas y otras tres en el entresuelo. Reparé en las puertas cerradas dos agujeros muy pequeños; probablemente destinados á dejar penetrar la luz del dia en el interior de la habitacion, y un vivo resplandor salia por entre aquellas aberturas praticadas á la altura de mis ojos. Cedí á un impulso de indiferente curiosidad y miré.

Estaban descorridas las cortinas, por cuyo motivo pude inspeccionar al través de los cristales toda aquella estancia.

Pero ¡qué sorpresa la mia, gran Dios, al reconocer á Elena!

Quedéme estupefacto, pues la creia en Alemania con su madre.

Extravié un instante mis miradas, porque la emocion fue profunda y violenta.

Dábame el corazon tan estrepitosos latidos, que me sentia horriblemente lastimado. Pero dominado por una ardiente curiosidad volví á mirar.

¡Oh! ¡cuán hermosa me pareció! no la ví ya débil y algo encorvada como en otro tiempo, sino al contrario ensanchadas sus espaldas y todas sus formas mas desenvueltas y redondeadas; pero su hechicero talle no era por eso menos delgado y esbelto. Sus frescas y rosadas mejillas, su frente pura y serena, todo su exterior en fin revelaba una apariencia de quietud y sosiego que me hizo un daño horrible, porque en ella me veia olvidado para siempre.... pues que Elena no daba ninguna señal de sufrimiento.

Llevaba un vestido de seda negro: su admirable cabello blondo caia en anchos bucles sobre su frente y sus espaldas; y como siempre, estaba primorosamente calzada.

A medida que me acostumbraba á mirar por un espacio tan reducido, se dilataba el horizonte que yo habia alcanzado abarcar: imposible es que describa la impresion que sentí al descubrir al través de una puerta entreabierta una cuna de niño!...

Sentada Elena en un profundo sillon y con sus pies lindamente cruzados el uno sobre el otro, estaba leyendo á la luz de un velon con pantalla de seda, que me recordó nuestra sala de Serval. De tarde en tarde, dejaba el libro sobre sus rodillas y por un movimiento que me trajo de una vez á la memoria mil dulces y amargos recuerdos, ayoyaba su blanco y sereno rostro sobre el dorso de su mano izquierda, cuyo dedo meñique se extendia solo á lo largo de su mejilla con su uña lisa y reluciente como concha rosada.

Dirigia Elena de vez en cuando una mirada tan pronto inquieta hácia un reloj de sobremesa, tan pronto distraida hácia la llama viva de la chimenea: otras veces tambien, despues de satisfecha la atencion que la hacia estar ligeramente inclinada hácia la cuna, proseguia su lectura, estirando al mismo tiempo maquinalmente uno de los suaves y elásticos bucles de su hermosa cabellera y lo llevaba á su boca: maña infantil, por la que solia reconvenirla su madre muchas veces, y que de nuevo ¡ah! vino á recordarme los felices tiempos de Serval!

Reinaba la mayor sencillez en aquel pequeño salon: al lado de Elena y sobre una mesa cubierta con un tapete descubrí un jarro de Sajonia perteneciente á su madre, que contenia una de sus flores predilectas: los lienzos de las paredes, forrados de papel encarnado, estaban tendidos de una infinidad de marcos de encina, llenos de aguadas á otros dibujos. Yesos amoldados en bajos relieves antiguos y perfectamente escogidos, y algunas bellas muestras de las tintas fuertes de Rembrand completaban los modestos adornos de aquella piececita.

Mientras la estaba examinando con un interés y angustia indecibles, oí el ruido de un carruaje y me alejé precipitadamente. Apenas estuve en medio del Baluarte, cuando vi que se detuvo un fiacre en frente de la casa de Elena, y un hombre de alta estatura, pero cuyas facciones no pude ver, bajó del coche y pasándome por delante abrió la

puertecita verde que se volvió á cerrar detrás de él.

Mas curioso que antes, volví inmediatamente á la ventana, pero la luz habia desaparecido ya. . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tomé el número de aquella casa, y me retiré á la mia....

Imposible seria explicar el daño que me hizo esta nueva complicacion de tristeza.

Elena era ya esposa; pero ¿de quién? ¿dónde estaba su madre? ¿cómo no se me habia comunicado á mí que era el pariente mas cercano aquel enlace? Era preciso pues que la aversion de Elena fuese muy tenaz, pues que ni siquiera habia cumplido con respecto á mí con lo que prescribe el decoro. Pero ¿quién era su esposo? por lo que yo habia podido penetrar, su fortuna aparentaba ser muy mediana; ¿era Elena felíz con su posicion? ¡Ay de mí! bastante me lo aseguraba su hechicero semblante tan plácido y sereno, pues habia podido observar en otro tiempo cuan dolorosas ó profundas huellas imprimia el pesar en sus facciones.

¡Con que era felíz!... ¡felíz sin mí! felíz.... aunque pobre por ventura! Si lo era en efecto, si la riqueza debia servir de tan poco para su felicidad, ¿cuán odioso desprecio no debí inspirarla cuando tan villanamente la acusé de codiciosa?

Pasé una noche muy triste. Mi impaciente deseo de adquirir nuevas noticias sobre la suerte de Elena fué una poderosa diversion para mis pesares, debida á aquella especie de variedad.

Anhelando saber todos los pormenores concernientes á mi prima, discurrí diferentes medios de lograrlo.

Tenia un criado que me servia de correo en mis viajes; era un mozo avispado, diestro y de una rara disposicion. Entráronme deseos de ponerle en acecho y encargarle la averiguacion de los datos que fuera adquiriendo. Pero pensando que seria quizás comprometer gravemente á Elena, me decidí á obrar por mí mismo.

El éxito me pareció difícil, porque la casa estaba aislada,

no habia vecinos ni porteros con quienes informarme, y por nada de este mundo me hubiera atrevido á presentarme en ella.

Inseguí no obstante mis proyectos.

## XXVII.

## El museo.

Un felicísimo azar me presentó un medio muy sencillo para descubrir quien era el esposo de Elena.

Por la mañana del dia siguiente fui en un fiacre con las cortinas tiradas á colocarme en frente de la casita del jardin Beaumarchais, con objeto de aguardar á que alguna imprevista circunstancia facilitase mis proyectos.

No fué precisa una larga espera: á eso de las nueve, un hombre cargado de un paquete de periódicos llamó á la puerta verde, y entregó su pliego á una mujer anciana, que no me fué desconocida por haber servido en casa de mi tia. Mandé al cochero que siguiese al repartidor de periódicos, y cuando despues de haber distribuido tres ó cuatro mas en varias casas del Baluarte, iba á entrar en una calle inmediata; bajé del coche y me dirigí á él diciendo: —Dígame V. el nombre de las cinco personas para quienes acaba V. de dejar esos diarios, y cuente V. con dos luíses.

Miróme aquel hombre sobresaltado.

—Se lo pregunto á V. con motivo de una apuesta, le dijo. Esta noticia si me la da V. no puede comprometerle en manera alguna, y puse dos luíses en su mano.

—A fe mia que lo haré de buena gana, porque como los sobres de mis diarios están en letra de molde, no creo hacer gran cosa en enseñároslos.

Cogí un lapicero y escribí los nombres que me dictó; nombróme tres ó cuatro muy insignificantes para mí, y

llegando por último al número de la casa de Elena, me dijo: Mr. Frank.... pintor.

Preguntéle para desviar sus sospechas si habia en el número de los suscritores de aquel barrio un tal Mr. de Verneuil?

Miró la lista, y me respondió que no; me dió las gracias, y me retiré casi felíz.

El nombre de Frank me parecia extranjero. Elena pues debia haberse casado durante su viaje en Alemania con algun artista, que segun todas las apariencias era poco conocido todavía, pues que nunca lo habia oido nombrar.

Dirigíme al museo aquel mismo dia, con la esperanza de encontrar quizás en el librete algunas indicaciones sobre el marido de Elena.

No sé darme la razon del interés que me movia, estando casi convencido de que Elena era felíz, no podian menos de serme sensibles mis descubrimientos; pero sea que no viese en esta triste ocupacion mas que un medio de distraer mi pensamiento de la memoria de Margarita; sea que obedeciese á pesar mio á la influencia de un sentimiento mal apagado en mi corazon; saliendo de la apatia en que estaba adormecido despues de algunos dias, desplegué en aquellas investigaciones una admirable actividad.

Iba á concluirse la exposicion, cuando entré en la galería donde no encontré casi á nadie. Abrí el librete y leí efectivamente el nombre de Mr. Frank, Boulevard Beaumarchais, nº. . . . . . Habia inscritos debajo de aquel nombre un cuadro y dos aguadas.

Un fragmento de una escena del *conde de Egmont* de Goethe indicaba el asunto del cuadro.

Habia escogido el pintor el final de la deliciosa entrevista de Clara y del conde de Egmont, que accediendo á los sencillos ruegos de su querida, ha ido al modesto asilo en que ella vive con su madre vestido con el pomposo lujo de la corte. ¡Qué magnificencia! exclamó Clara, admirando con una prolijidad pueríl el lucidísimo traje del que ha encendido

su tan cándida y frenética pasion. ¡ Qué terciopelo ! prosigue ¡ y qué bordados ! no sabe una por donde empezar : ¡ y el collar del Toison de Oro ! ¡ Me dijisteis un dia que era una distincion tan grande ! Yo podria compararla al amor que me teneis.... porque yo tambien la llevo ahí en el corazon.

Voy á continuar aqui la indicacion del cuadro, explicado como estaba en el libro.

N.º . . . . . . Mr. Frank, *pintor.*

## CLARA y EGMONT.

CLARA.

« ¡ Ah ! ¡ déjame que calle ! ¡ déjame que goce de tí ! ¡ déjame fijar mis ojos en los tuyos ! encontrarlo todo en ellos : consuelo, esperanza, alegría, dolor *(Ella le abraza y tiene su vista clavada en él)*. Dime, di, ¿ no lo comprendo ? ¿ De veras qué eres tu Egmont ? el conde de Egmont, aquel grande Egmont de que tanto se habla en el mundo y de que se ocupan las gacetas? de quien esperan su felicidad las provincias ?

EGMONT.

« No, Clara, ese que tú dices no soy yo.

CLARA.

« ¿ Cómo ?

EGMONT.

« Escucha, amiga mia; voy á sentarme *(Siéntase y Clara se pone de rodillas á sus pies, apoya ambos codos en las rodillas de Egmont, y no le pierde de vista)*. El Egmont que tú dices es un Egmont desabrido, majestuoso, frio, precisado á estar siempre sobre sí, á representar un papel hoy y otro mañana : es perseguido, despreciado, injuriado, mientras que el mundo le cree festivo, libre y jovial; es amado de un pueblo que ignora lo que desea, festejado por amigos de quienes no puede fiarse; observado por hombres que se

han empeñado en penetrarle y hacerse dueños de sus pensamientos; que trabaja y se fatiga siempre sin objeto y muy á menudo sin provecho. ¡Oh! déjame prescindir de la penosa enumeracion de todo lo que aquel Egmont piensa y siente!. Pero este Egmont que tú ves, Clara, es sincero, feliz y vive tranquilo, es amado y conocido de un corazon muy sensible, que él conoce tambien á fondo y estrecha contra su seno con un amor y una confianza sin límites.... Ese Egmont, en fin, Clara.... *(la estrecha en sus brazos)* ¡es tu Egmont!

CLARA.

« ¡Muera yo pues! El mundo no tiene goces comparables con el que ahora siento. »

(GOETHE. —*Egmont, acto II, escena 3.ª*).

La libre eleccion del asunto de un cuadro me ha parecido siempre contener el justo alcance de la inteligencia del artista; su pensamiento, su poesía, están allí; confieso pues que aquella escena me pareció una maravillosa prueba de buen gusto.

Busqué no obstante aquel cuadro con la secreta esperanza de encontrarlo mediano y poco digno de la sublime inspiracion que el pintor habia exigido á una de las obras maestras de Goethe.

Habíame parecido Elena demasiado felíz.... Si la hubiese encontrado triste, no me hubiera probablemente ocurrido este maligno y envidioso pensamiento.

Busqué pues aquella obra con decidido empeño, hasta que la descubrí en la exposicion menos favorable, medio encubierta por la gigantesca orladura de un gran retrato.

El lienzo de Frank era lo que se llama un cuadro de caballete, de unos tres pies y medio de alto y dos y medio de ancho.

Mala era, como he dicho, la predisposicion con que me acerqué á reconocerlo; pero lo que de repente la desconcertó sin destruirla, fué en primer lugar mi sorpresa, y en

seguida mi involuntaria admiracion al descubrir la hermosa figura de Elena por representacion de la persona de Clara...

Allí estaba Elena con sus encantos é indecibles gracias, poetizados todavía con el divino poder del arte; porque solo el arte puede imprimir en las fisonomías, aunque fielmente reproducidas, ese carácter inexplicable, grandioso y casi sobrenatural que es quizá para las facciones animadas, lo que la perspectiva histórica para los acontecimientos.

Cuanto mas adelantaba en el exámen de aquel trabajo, mas admiraba á pesar mio, y con la angustia de los miserables zelos, un talento lleno de frescura, melancolía y elevacion, junto con un alto conocimiento de la naturaleza y de las pasiones.

En cuanto á Egmont, su semblante era el mas expresivo y varoníl. Si algunas arrugas en la frente revelaban la inextinguible huella de los cuidados políticos; si descubria su palidez la reaccion roedora y concentrada de aquella ambicion que ocultaba Egmont con sus frívolas exterioridades; veíase tambien que una vez al menos al lado de Clara, libre de tantas desazones, y olvidando sus arriesgados proyectos, refrescaba su abrasada frente con el dulce aliento de aquel ángel de cariño y de candor, que, como dice Goethe, *habia tantas veces adormecido á ese grande niño.* La sonrisa del conde estaba llena de calma y serenidad, brillaba en sus ojos la confianza y el amor; su actitud, tan jovialmente desembarazada de la tiesura de la etiqueta, presentaba el mas gracioso abandono; mientras que sus bellas manos apretaban suavemente las manos de Clara, que apoyada sobre las rodillas de su Egmont, le contemplaba con idolatría. En su profunda y portentosa mirada podian leerse estas palabras: « Yo, infelíz muchacha, de tan pobre condicion.... soy amada de Egmont.... ¡del grande Egmont! » ¡Sencilla y encantadora modestia, que hace que el amor de aquella jóven sea tan casto, humilde y apasionado!

Por lo que respecta á los demás accesorios de aquel cüa-

dro, su extremada sencillez habia sido hábilmente calculada, con el objeto de realzar mas y mas el espléndido traje de Egmont. Representaba el interior de un pobre hogar flamenco con el torno de Clara y unos muebles de nogal con pies entorcillados y lustrosos; á la izquierda una ventanilla con vidrios sostenidos con cintas de plomo, y obscurecidos en su parte exterior por los verdes tallos de un lúpulo que medio encubria la jaula de un pajarito. Por esa misma ventana habria seguramente visto Clara por la primera vez á Egmont, cuando al pasar montado sobre su hermoso caballo de guerra al frente de su ejército, la habia saludado con su gracia sin igual, agitando su espada de oro é inclinando su ondulante penacho.

Veíase finalmente encima de la alta chimenea con campana de jerga una estampa sencilla y popular del *Grande Egmont.* Tosco grabado que Clara habia contemplado á menudo pensativa, sin calcular por cierto que habia de ver algun dia á aquel gran capitan arrodillado á sus pies; ó por mejor decir arrodillada ella á los pies de Egmont; porque el pintor habia escogido con extraordinaria sagacidad esa actitud de Clara, verdadero símbolo del amor de tan prodigiosa jóven, siempre tan tímidamente postrada, y tan agradecida á la felicidad que ella da.

Una rara y débil luz iluminaba aquel cuadro, velado casi enteramente de claro-oscuro, porque el colorido aunque bien extendido, fuerte y vigoroso, conservaba una armonía y una suavidad maravillosas, nada habia en los accesorios de vivo, chillon ó muy notable. Vestida Clara con el traje negro y sencillo de las doncellas flamencas, y de Egmont de terciopelo negro recamado de plata, concentraban todo el interés en sus dos admirables figuras.

Confieso que á pesar de mis prevenciones contra Frank, desde el *Carlos Quinto* de Mr. Delacroix, la *Margarita y el Fausto* de Mr. Scheffer y los *Hijos de Eduardo* de Mr. Delaroche, nunca me habia visto mas profundamente conmovido por la irresistible potencia del genio.

Subyugado por tan mágico embeleso, y no pensando mas que en gozar de lo que estaba viendo; me dejé llevar de las mil impresiones que en mí produjo aquella obra; pero luego de calmada esta primera efervescencia de involuntaria admiracion, presentóse otra vez la envidia tanto mas punzante ahora, cuanto mas convencido me hallaba del grande y elevado talento del esposo de Elena.

Miré en el librete, y ví que aquel hermoso cuadro estaba para vender. Un pobre marco cuya desnudez me hizo daño á pesar mio, ceñia aquella obra maestra, visible apenas y relegada á la extremidad de la galería, confundida entre todas las miserables pinturas que se arrinconan en aquel paraje.

Inferí de aquí la poca celebridad del nombre de Frank, que recien llegado probablemente de Alemania, sin apoyo ni proteccion, habia abandonado su trabajo á todos los azares de la exposicion.

Dícese que algunos grandes y verdaderos talentos mueren ignorados ó viven desconocidos; yo opino lo contrario; creo que una primera tentativa puede salir frustrada; pero el verdadero mérito alcanza inevitablemente su nivel. Esta reflexion que tengo por justa, la hice entonces, pensando con afliccion que tarde ó temprano el singular mérito de Frank llegaria á ser sublimado, y aquella obscuridad en que hubiera querido gozarme no seria mas que pasajera.

Busqué el número y el asunto de las aguadas, indicadas tambien en el librete, y encontré que revelaban como el cuadro la poética inteligencia desplegada por el pintor.

La una estaba sacada del *rey Lear* de Shakespeare, y la otra tambien del hermoso drama de Goethe. *Goetz de Berlinchingen*.

No lejos del cuadro de Frank, encontré aquellos dos dibujos de grande dimension.

El asunto del primero era aquella triste y tierna escena en que mientras Cordelia, la noble hija del anciano rey enloquecido por la crueldad de las demás hermanas, expia

el momento en que su padre vuelva á la razon; este exclama: —¿Dónde estoy? ¿Es esta la hermosa claridad del dia? ¡Me siento cruelmente maltratado! Moriria de compasion si viera que otro sufre como yo. —¡Oh! miradme, señor! le responde la dulce Cordelia, bendecidme!... No, padre, no os toca á vos arrodillaros, exclama asiendo las manos de su padre que todavía trémulo y delirante quiere arrojarse á los pies de su hija, diciendo: —Ruégote que no te burles de mí; yo soy un pobre anciano que chochea, he cumplido mis ochenta años, y si he de decir lo que siento, temo no se me haya extraviado la razon. —¡Soy yo, es vuestra hija! le grita Cordelia llorando y anegando sus brazos de lágrimas. —¿Mojan tus lágrimas? dice el buen rey, ¡sí, no hay duda! prosigue. ¡Oh! te suplico que no llores! si tienes un veneno para mí, dámelo; sé muy bien que no me amais, porque tus hermanas por lo poco que recuerdo, se han portado ¡oh! muy terriblemente conmigo.

Toda la tímida tristeza del pobre anciano y toda la valerosa ternura de Cordelia respiraban en aquel hermoso dibujo, profundamente empapado del genio melancólico y sombrío de Shakespeare.

La otra aguada ofrecia una vigorosa contraposicion con la primera: descubríase en ella toda la rústica y salvaje energía de los alemanes. El lugar de la escena era la vasta y antigua cocina del castillo del anciano Goetz, convertida en almacen y hospital durante el sitio con que estrecharon su territorio feudal las tropas del imperio. Isabel, esposa de Goetz, matrona piadosa y serena, pero fuerte y varonil, como debia ser la compañera de Goetz, se ocupa en curar una herida: todos los hombres están sobre los muros; se ven por uno y otro lado muchachos y criadas que se ocupan en fundir balas, ó en preparar provisiones para los sitiados; el anciano Goetz acaba de entrar, su tosca, franca y belicosa fisonomía respira la bravura y la indomable tenacidad de aquel carácter de hierro: ceñidas las armas encima de su ajustador de ante, ha dejado por un momento el

casco y el arcabuz sobre una mesa de encina, en que está tendida la mitad de un ganso que no se ha tenido tiempo de destrozar. Pásase Goetz una de sus anchas manos por la frente para quitarse el sudor, y asiendo con la otra un gran vaso de estaño, va á apagar su sed y renovar sus fuerzas....

— ¡Mucho padeces, mujer! dice á Isabel. ¡Ojalá fuese por mucho tiempo! responde; pero será difícil que resistamos. — Carbon, señora, pide una criada. — ¿Para qué? — Para fundir balas, pues se acabaron ya. — ¿Qué tal nos hallamos de pólvora? — Economizamos los tiros, señora.»

Para dar una idea de las poderosas y variadas bellezas de las principales figuras de aquel dibujo, bastará decir que expresaban á pedir de boca toda la rústica energía de aquellas palabras tomadas de Goeth.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Volviendo á casa y ocupada mi imaginacion en aquel hombre desconocido que acababa de subyugarme con su prodigioso talento, mis zelos, mi rencorosa irritacion, dieron lugar á una especie de tristeza mas sosegada, pero tambien mas dolorosa. Ruboricéme por la vez primera de mi ociosidad, al comparar las puras y sublimes emociones, los nobles recursos que el hombre á quien aborrecia, que Frank encontraba precisamente en las artes, con la vida sin objeto que yo pasaba en medio de tanta obscuridad, sin tener siquiera la grosera idea de gozar de lleno de los placeres materiales que me ofrecia!

No podia sin embargo ocultarme á mí mismo que los únicos móviles de estas reflexiones fuesen la envidia y los amargos recuerdos. Semejantes ideas no me hubieran ocurrido si Elena hubiese tenido por esposo á un hombre rico, ocioso, noble y que estuviera en fin en una posicion análoga á la mia: así es que preveia con rabia que pronto pondria seguramente la fama una distancia enorme y eternamente insuperable entre Frank y yo! Tarde ó temprano presentaria él á Elena no solo la fortuna que yo hubiese podido ofrecerla, sino tambien un nombre y un nombre

grande! ¡un nombre perpetuamente ilustre, uno de esos gloriosos nombres tal vez, que encienden de orgullo á la mujer que los lleva!

¡Oh! esto, como digo, era horroroso para mí, porque me dejaba sin consuelo, sin esperanza posible.

Parecíame sin embargo descubrir alguna, á fuerza de remover todas las vergonzosas miserias de mi alma acibarada por la envidia. Figuréme con una alegría cruel que Frank, á pesar de su talento y poesía, pudiera tener una figura vulgar y repugnante, y que no habria recibido seguramente aquella educacion esmerada, cuya elegancia comunica á las menores relaciones un atractivo que Elena, mujer de tanta distincion, sabia tan altamente apreciar. Acordándome con una malignidad pueril de cuan pocos hombres de talento ó de genio habia encontrado que tuviesen tanta seduccion y nobleza en su exterior como brillo y majestad en su inteligencia, alimentaba la esperanza de que no entraria Frank en ese reducido número de privilegiados....

¿Me atreveré á decirlo? con una increible y ansiosa impaciencia esperé la noche para acercarme á las ventanas de la casa de Elena, y ver si me engañaba la idea concebida sobre el exterior de Frank.

Nada mas insensato ni mas ridículo que aquella especie de espionaje. Y luego, ¿para qué girar en este círculo fatal? yo no sé, pero mi curiosidad era invencible.

No podia ir sino á una hora avanzada á casa de Elena, para no llamar la atencion de los transeuntes. Eran pues las diez cuando llegué á aquel retirado Baluarte.

Brotaba la luz de las pequeñas aberturas de los postigos, á los cuales me acerqué con mucho tiento.

Á pesar de la iluminacion de la pieza, no reparé de pronto en Elena. Al lado de la chimenea estaba un hombre dibujando á la luz de un velon: ese hombre no podia ser sino Frank.

Sentíme despedazado por los zelos y la rabia al verle tan

jóven y de tan agradable presencia.

Su perfil, cuyo noble contorno presentaba una notable y extraordinaria semejanza con las facciones de Rafael á los veinte y cinco años, estaba iluminado por la viva luz de un velon; en su boca aparecia una sonrisa á la vez seria y bondadosa; sus largas pestañas proyectaban una ligera sombra sobre sus pálidas mejillas; su cabello castaño caia en numerosos bucles, á la moda de los estudiantes de Alemania, sobre su cuello, cuya gracia y elegancia llamaban prodigiosamente la atencion; porque Frank llevaba una especie de bata de terciopelo negro sin cuello, ceñida á la cintura con un cordon de seda purpurino; en fin, la blanca y esbelta mano con que de vez en cuando sacudia su pincel en un vaso de cristal tenia una admirable forma.

Nada, por cierto, tan mezquino como mi desesperada angustia á vista de la hermosura de Frank; pero si las secretas y vergonzosas llagas del orgullo alcanzan los mas profundos pliegues del corazon, ¿son por esto menos dolorosas?

Así pues, con la insaciable avidez de aquella desesperacion que apura su amarga copa hasta las heces, volví á mirar aquel salon, apoyando mi frente abrasada sobre la húmeda tabla de los postigos Dirigí la vista hácia la puerta que comunicaba con la otra pieza en que la víspera habia visto aquella cuna. Por esta puerta abierta de par en par vi en el interior de la alcoba á Elena, dormida junto á su hijo.

Frank continuaba dibujando, y echaba de cuando en cuando una tierna mirada sobre aquel lindo grupo.

Nunca olvidaré el espectáculo sublime de aquel noble jóven, trabajando de aquel modo, en medio del silencio de la noche, y del piadoso recogimiento del hogar doméstico, para asegurar la existencia á su esposa é hijo, que descansaban tranquilos bajo su égida tutelar.

No pudo toda la vileza de mi envidia resistir á aquella escena tan sencilla y grandiosa: mi alma, hasta entonces fria é implacable, se sintió poco á poco penetrada de admira-

cion. Comprendí cuanta esperanza y fuerza necesitaba aquel jóven, de un talento tan sublime como desconocido, para luchar contra la escasez á pesar de las terribles previsiones de un porvenir incierto. . . . . . . . . . .

¡Qué hermosa estaba Elena de aquel modo! ¡Qué calma tan angélica se sentaba en sus adormecidos párpados! ¡Qué serenidad tan grande en su pura y blanca frente, ceñida por dos cintas de cabello blondo! ¡Con qué gracia tan maternal abandonaba una de sus adorables manos á su niño, que aun durmiendo la estrechaba entre sus deditos alejando por este medio la cuidadosa Elena el miedo de que dispertara!... ¡Qué delicia tan grave comunicaba á todas sus facciones la melancólica y dulce sonrisa de aquella jóven felíz y orgullosa con su dignidad de madre!

¡Qué recuerdos los mios tan crueles en aquel momento! ¡Con qué amargura me vino de nuevo á la memoria todo cuanto habia perdido, al contemplar aquel cuadro cándido y casto, al admirar aquel interior tan pobre, y que sin embargo parecia estar lleno de las bendiciones de Dios. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No sé cuanto tiempo estuve sumergido en aquellos pensamientos, pero debieron durar mucho; porque cuando miré otra vez en el salon, Frank ya estaba en pie y parecia contemplar su obra con aquella fugitiva é inexplicable confianza del artista que le llena por intervalos de un noble orgullo. Revelacion rápida y efímera, que dicen no dura mas que un instante, pero que en aquel instante le enseña su obra resplandeciente y con todas las bellezas imaginables! Y luego, ¡singular fenómeno! una vez desaparecido aquel divino resplandor, una vez extinguido aquel grito de conciencia del genio, el artista apenas se acuerda de él. Ya no es mas que un sueño vago y lejano, cuya memoria le agita todavía; pero que sin acabar de tranquilizarle, vuelve á hundirle en sus horrorosas dudas acerca del verdadero valor de su talento: martirios eternos de las almas escogidas que comparan con desaliento las vanidades del arte con la

magnificencia de la naturaleza.

Despues de haber contemplado Frank su dibujo con una triste sonrisa, lo cubrió, y fué á un pequeño escritorio colocado á la otra parte de la chimenea; abrió un cajon, sacó un bolsillo, y poniendo á parte algunas monedas de oro, mostró su abatimiento al ver lo poco que quedaba...

Casi á un mismo tiempo dirigió una rápida y dolorosa mirada hácia su esposa é hijo, y quedó despues sosteniéndose la frente con sus manos, apoyando el codo sobre el mármol de la chimenea.

Todo lo comprendí.

¡Seguramente aquella noble criatura sentia entonces uno de aquellos horribles temores, durante los cuales la inexorable realidad le agobiaba con todo su peso tétrico y helado! Las radiantes alas de su esplendoroso genio, desplegadas un momento, venian á chocarse con aquel terrible é infernal fantasma, cuya boca está siempre abierta como un sepulcro.... *¡La necesidad!* y tenia una mujer y un hijo.... ¡y aquella mujer era Elena!

No obstante, despues de algunas reflexiones, levantó Frank su hermoso semblante, y sus ojos, húmedos todavía, brillaban ya de valor y de esperanza. Ignoro si seria por casualidad; pero aquella mirada tan tierna al mismo tiempo que tan enérgica, se fijó en el *Descendimiento* de Rembrand, uno de los grabados que adornaban el salon.

La contemplacion de aquel símbolo de sufrimiento sobre la tierra serenó gravemente las facciones de Frank, quien se avergonzaria sin duda de su debilidad y desaliento, al pensar en los inmensos dolores y en la angélica paciencia de aquel, cuyo Calvario habia sido tan alto y cuya cruz tan pesada!...

Retiréme á casa mucho mas triste, pero menos desgraciado: algunos fundados instintos habian ya calmado el punzante ardor de mis angustias. No tuve la odiosa fuerza de envidiar á Frank su felicidad y gozarme en aquella pobreza tan valerosamente sufrida. El amor que habia teni-

do á Elena, la memoria de mi madre que tanto la queria, y de mi padre con quien ella se habia portado como una hija, todo en fin me sugirió mejores pensamientos: quise, sin ver á Elena, ser útil á los dos, y con este objeto me presenté al dia siguiente en casa de Lord Falmouth.

## XXVIII.

## Marcha.

Era mi intencion pedir á Lord Falmouth que comprase para mí, pero en nombre suyo, el cuadro y las dos aguadas de Frank, y que me hiciese además el favor, siempre en su nombre, de encargar al mismo pintor una coleccion de grandes dibujos, cuyos asuntos fuesen entresacados de Schiller, Goethe y Walter Scott.

El objeto era asegurar con aquel trabajo fácil y cómodo que en nada perjudicaria la necesaria inspiracion para mas grandes obras; asegurar digo, para mucho tiempo la suerte de Frank y Elena, librando por este medio á aquel noble jóven de los tristes y dolorosos temores que muchas veces se alzan de un modo fatal contra los mas bellos genios.

Valíame con preferencia de Lord Falmouth, porque, á pesar de su reputacion de hombre enteramente aburrido, y de su desdeñoso y hondo escepticismo de todo y de todos, era el único de mis conocidos á quien pudiese yo hacer aquella delicada confianza. Por otra parte, habia notado alguna vez en su casa, seguramente por el axíoma vulgar de que *los extremos se tocan,* una gran propension, sino ó sentir, á lo menos á contemplar, si así puedo decirlo, emociones juveniles, sinceras y venturosas.

Era bastante difícil penetrar en su cuarto antes de las cuatro de la tarde, hora en que solia levantarse; sin embargo, fuí introducido en él.

— ¿Y de dónde salis? me dijo: ocho dias ha que no se os ve en ninguna parte. Bien sé que la señora de Peñafiel se ha marchado; pero no por eso habeis de estar desconsolado, tanto mas, cuanto una marcha es siempre lisonjera. . cuando queda uno....

— Tengo que hablaros de un asunto interesante, le dije, temiendo que si la conversacion seguia con aquel tono de ligereza la interpretacion del favor que iba á pedirle sentiria su influencia.

— ¿Qué se ofrece pues?

— Ós lo diré en dos palabras: un jóven pintor extranjero y de gran talento, pero hasta ahora enteramente desconocido, casó con una prima mia que me servia de hermana; con la cual me crié, y basta eso para que comprendais que la venero tanto como la aprecio. Un miserable pleito contra mi tia, que en uno de mis viajes entablé por decirlo así y gané, á pesar mio por el abuso de un poder de que se sirvieron sin prevenirme mis procuradores, ha entibiado muchísimo nuestro cariño, ó por lo menos el suyo; porque ignorando la verdad, no ha visto en mi conducta mas que una vergonzosa codicia. Las ventajas de este pleito son ningunas para mí; pero servirian de un grande alivio á mi prima y su marido, que hablando francamente son pobres; por otra parte, habiéndose interrumpido ya nuestras relaciones y conociendo la orgullosa susceptibilidad de aquella jóven, me seria absolutamente imposible restituirla abiertamente lo que he ganado sin querer. He discurrido, pues, un medio que lo conciliaria todo si me hicieseis vos la fineza de ayudarme. Ese jóven pintor á llevado á la exposicion un cuadro y dos aguadas, que demuestran grandemente su incontestable talento; pero su nombre no tiene todavía ninguna celebridad. Desearia pues que compraseis estas obras como si fueran para vos, y además le encargaseis una coleccion de dibujos sobre diferentes asuntos de Shakespeare, Goethe, Schiller y Scott, hasta una suma de cincuenta mil francos. Ya veis que es un

modo indirecto, no de devolverle el dinero que me hizo ganar el maldito pleito, esto me es desgraciadamente imposible; sino de ser útil á mi prima y su marido, á quien circunstancias mas felices y un trabajo asegurado podrán colocar en breve á la altura que merece....

De conformidad con su carácter impasible no demostró Lord Falmouth la menor sorpresa, ni puso el menor inconveniente; sino que con la mas afectuosa benevolencia me prometió hacer lo que le pedia; y acordamos ir al dia siguiente al museo para ver las obras de Frank.

Ofrecióme tambien recomendar muy particularmente aquel artista á cinco ó seis amigos suyos muy inteligentes, quienes podian sacar en breve de la obscuridad á *mi gran pintor*, si verdaderamente poseia el talento que yo indicaba.

Volví pues al dia siguiente al museo, acompañado de lord Falmouth, que antiguamente habia sido tambien muy aficionado á la pintura; pero fastidiado ya de todo, la miraba en el dia con indiferencia. Afectóle sin embargo sobre manera el inestimable genio que tan pronto se revelaba en aquellas obras de Frank; admiró en particular el cuadro de Clara y Egmont, estimándolo, con una maravillosa sagacidad, y me confesó despues que no se habia fiado mucho de mi entusiasmo, pero que se veia obligado á reconocer allí á un gran pintor.

Lord Falmouth debia ir á casa de Frank la noche del dia siguiente despues de haberle escrito por la mañana si podia recibirle.

Con el pretexto de llevar á lord Falmouth el dinero destinado á aquellos encargos, fuí á encontrarle, movido del pueríl deseo de saber la contestacion de Frank: que fue muy sencilla, pero muy cortés, y desprendida de aquella hipócrita modestia ú obsequiosa humildad que empañan á menudo á los esclarecidos ingenios.

—Si quereis venir á cenar conmigo, despues de la visita á nuestro grande artista, dije á lord Falmouth al salir de su

cuarto, os esperaré.... pero que no hayan dado las seis de la mañana, añadí sonriéndome.

—Antes de media noche estaré con vos, me contestó: creo que no os parecerá gran cosa. Porque os hago saber que hace cinco ó seis dias que no he jugado, pues estoy de suerte y esto me fastidia; además el juego de sí es ya la cosa mas estúpida: no tengo el valor de jugar bastante para arruinarme, y si lo tomo por distraccion la pérdida y la ganancia me interesan muy poco.

—¿Y á qué hora iréis á casa de Frank?

—¡Toma! á las nueve, como él me dice en su esquela. A propósito, voy á pareceros tal vez singular, ridículo, añadió lord Falmouth; pero no puedo menos de notar el estilo material con que está escrita una carta y hasta el modo con que está doblada, pues saco siempre de estas observaciones consecuencias indudables acerca de la educacion de la persona; y al menos bajo este punto de vista, nuestro gran pintor me parece un verdadero gentleman.

Me separé de lord Falmouth.

No puedo ocultar que esta frívola aunque muy significativa particularidad de la carta de Frank me hizo experimentar, á pesar de mis generosas intenciones, un nuevo y cruel sentimiento de envidia.

Entonces, á consecuencia sin duda de aquella celosa reaccion, me puse á insultar por la primera vez á mi noble proceder respecto de Frank y Elena: echéme en cara mi delicadeza con una amarga ironía, y me encontré ridículo é ignorante por favorecer á personas que no hablaban seguramente de mí sino con desden: y por medio de este eslabonamiento de miserables ideas llegué á acusar de nuevo á Elena. No se hubiera consolado tan pronto si me hubiese amado; habia correspondido á mi cariño, á mis angustias, á mis remordimientos con su inexorable crueldad, cuando me negó su mano obedecia á la loca exaltacion de un falso *pundonor*. Tenia mas altivez, que egoismo y ambicion. Pero afortunadamente ella ignora el origen de esta especie de

limosna, y nadie llegará á saber mi necia generosidad excepto lord Falmouth, en cuya discrecion puedo descansar, á mas de que tampoco sabe el verdadero motivo de mi proceder; y sobre todo, decia entre mí, deseando por fuerza atribuir un fin mezquino á mi conducta: — ¡Me queda el cuadro y los dibujos!... y cuando Frank será conocido, *habré hecho un buen negocio.*

Desvanecida la sombra que por un momento viniera á ofuscar el solo rayo de felicidad, cuyo benéfico influjo me habia en parte reanimado, quise ver, si posible fuera, por última vez á Elena, y ser al mismo tiempo testigo invisible del modo con que ella y Frank recibirian á lord Falmouth.

A las nueve de la noche fuí á situarme en el Baluarte, pues no queria arrimarme á la casa hasta despues que hubiese entrado lord Falmouth.

No tardé mucho tiempo en ver un coche que se detuvo en frente de aquella casa: era el suyo. Acerquéme á la ventana.

Por un efecto de un tacto exquisito que me convenció de que Elena en todo era la misma, no habia en su modesta mirada ningun preparativo que indicase el advenimiento de un *Mecenas.* Ella estaba vestida con aquel gusto y sencillez que tanto la caracterizaban.

Cuando entró lord Falmouth hizo un profundo saludo á Elena, que á su vez le recibió con una circunspecta delicadeza, llena de encanto y dignidad. Constituyóse Frank con sus ademanes en el punto preciso y conveniente para que la altivez del artista pueda acomodarse á la afabilidad de hombre de tono. Enseñando luego á lord Falmouth algunas carpetas, noté en el semblante ordinariamente impasible de este un asomo de entusiasmo, originado de la inspeccion de alguno de los dibujos; mientras Elena se llenaba de orgullo y placer al oir aquellas alabanzas que Frank acogia con una especie de modesta y cortesana seriedad.

Despues de una visita que duró una media hora: Lord

Falmouth se despidió de Elena la cual le contestó sin levantarse con suma amabilidad.

Y tirando Frank del cordon de la campanilla, le acompañó hasta la puerta del salon y le saludó.

Escondíme mientras Lord Falmouth iba á subir al coche, y en seguida volví al postigo de la ventana.

Frank y Elena habian salido del salon y estaban contemplando á su hijo sonriéndose junto á su cuna y mirándole con amor, como si hubiesen llevado á aquella criatura la inesperada felicidad que se les acababa de presentar. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Miré por la última vez y con una tristeza indecible aquella casa de la cual me separé, diciendo tácitamente adios á Elena.

Entrado en mi casa, esperé con impaciencia á lord Falmouth, á fin de saber la impresion que Elena y Frank habian hecho en él.

Llegó poco despues.

— ¿Sabeis me dijo que vuestra prima es una muy gran señora? ¿qué es imposible reunir mas gracia y dignidad? que su conversacion es encantadora? y que encuentro bien fundado vuestro enojo contra esos agentes que os han hecho ganar un pleito á una mujer tan linda?

— ¿Y qué me decís de Frank?

— ¡Nuestro gran pintor! os aseguro que dentro de un año ese hombre ha de llegar á su altura, y que su posicion será muy bella: lo infiero tal vez menos de su admirable cuadro, que de su diálogo, aunque poco ha sido en verdad lo que hemos hablado; pero en algunos modelos que me ha enseñado y en cinco ó seis pensamientos muy notables que me ha descubierto con mucha naturalidad, he visto verdaderos rieles de oro puro y fino, que solo esperan la forma y el cuño para ser de los mas magníficos. Añadid á esto los mejores ademanes, y á pesar de su medianía, un cierto aire de instintiva elegancia que me ha sorprendido. En una palabra, son entrambos tan reservados y majestuo-

sos en su pobreza, que me han robado el corazon: por cuyo motivo os soy deudor de una de las mas suaves impresiones que he sentido desde muchos años. He desempeñado vuestra comision, los cuadros son vuestros; nuestro Frank va á ocuparse en los dibujos; por lo que hace al precio, librará á la vista á cargo de mi banquero. Le he encargado tambien dos cuadros para mí, porque me ha hecho recobrar un poco mi aficion á la pintura; le enviaré además dos ó tres inteligentes de mucha fama, que sabrán hacerle valer dentro de seis meses: en fin ganará cuanto quiera, y entonces perderá la única cosa que en mi concepto le sienta mal, y es la reserva un poco altiva de sus modales; por que la fortuna encadena á las almas sublimes, mientras que encumbra á las almas bajas hasta la sublime ridiculez é insolencia.

Estas alabanzas prodigadas á Frank por un hombre siempre tan frio como lord Falmouth, me hicieron daño; porque consagraban á mi vista de un modo irrecusable todo lo bueno que á mi pesar veia en el esposo de Elena: agradecí á lord Falmouth sus atenciones, pero reparando sin duda; en la desagradable impresion que me agitaba, me dijo:

— ¿Parece qué estais pensativo?

— Mucho que lo estoy, y porque os cuento en el reducido número de personas á quienes no se habla con la sola punta de la lengua, es que os lo confieso.

— A decir verdad, mejor estais así que muy alegre, me respondió; no sé porque razon me encuentro dias hace de peor humor que de ordinario. Y despues de una pausa bastante larga, añadió: — ¿Y os divierte mucho la vida que uno hace por acá?

— ¡Gran Dios! no tal, exclamé.

— ¿De veras?

— ¡Oh! muy de veras!

Entraron en este momento á avisarme que la cena estaba pronta.

— Tened á bien mandar, me dijo lord Falmouth en inglés,

mientras pasábamos al comedor, que nos sirvan solamente las criadas y de este modo hablarémos con mas libertad.

Nos quedamos solos.

— Gracias á Dios, me dijo: nunca tengo mas apetito que cuando me siento fastidiado: diríase que la bestia da entonces de comer á la bestia.

— Yo soy tambien algo gloton, pero en ciertas circunstancias solamente; entonces llego hasta los límites del imposible, y cuando necesitaria de un genio creador ó inventor, no halló mas que un cocinero. Además, tal vez os reiréis de mí; pero ello es que me es indispensable la razon para comer *con conciencia,* si así puede decirse en algunos casos, como por ejemplo, despues de una larga caza y muy cómodamente tendido en un sofá, encuentro en ello una sensualidad muy delicada; al paso que hacer de los manjares un estudio y reflexionar seriamente sobre lo que como, es para mí un placer muy limitado; porque pronto vuelve uno á las andadas y tropieza con la hartura.

— Pues yo, replicó Falmouth, he tenido en esta materia á un verdadero Cristoval Colon que me ha descubierto mundos desconocidos: el pobre ha muerto ya, pero no suicidado cobardemente como vuestro Vatel, sino en un valiente reto (1) con el repostero mayor del señor de Nesselrode; porque el infelíz Hubert despreciaba altamente la repostería, tal cual vez se entretenia en el arte, para descansar.... por pasatiempo, como él decia: pretendia pues que el pudding congelado á la Nesselrode era fruto de uno de sus entretenimientos, y que su rival no era mas que un plagiario. Pero, ¡triste suerte de las cosas de este mundo! mi pobre Hubert fué dos veces víctima, y tan solo se salvó el gran nombre diplomático que habia canonizado al pudding en la leyenda de los glotones.

— ¡Cosa extraña que el reto y el suicidio lleguen hasta ese punto, y cuán cierto es que las pasiones solo mudan de nombre!...

(1) Hecho histórico.

— Es que para mi pobre Hubert, la cocina era una verdadera pasion. Saciar el hambre no era mas que un arte vil, como decia él mismo; pero hacer que se coma cuando ya no se tiene gana, este era un gran arte y un arte que á su juicio superaba á muchos otros.

— Y tenia razon, dije á lord Falmouth, porque si fuésemos bastante sabios para atenernos á los placeres sensuales, ¡qué vida entonces la nuestra tan sosegada! Lo que se encuentra de mas prodigioso en el goce de los apetitos materiales, es la facultad que tenemos de satisfacerlos siempre, y es que su satisfaccion causa un embotamiento y un estupor que será una nueva maravilla si atendemos á que las producciones del espíritu, aun las mas espléndidas no dejan, segun dicen, sino pesares y amarguras.

— Tal es mi modo de pensar, repuso lord Falmouth: es evidente que de cualquiera pensamiento abstracto que llegue á ocuparnos mucho tiempo no nos resulta mas que duda y desazon, porque no es dado al entendimiento del hombre conocer la *verdadera* verdad, ni alcanzar el verdadero bello ideal; mientras que un apetito físico cumplidamente satisfecho deja la organizacion tranquila y dulcemente saciada, porque el hombre ha llenado completamente una de las miras indispensables de la naturaleza.

— Esto es mucha verdad, el pensamiento gasta y mata.

— Y á pesar de todo eso, dijo lord Falmouth apurando lentamente su copa: uno vive, se pasa el tiempo, y exclamamos todos los dias: ¡qué fastidio! Pero esto no impide, gracias á Dios, que corran los meses y los años.

— Y así llegamos, continué, al termino de la vida, dia por dia, hora por hora.

Hizo lord Falmouth un movimiento de resignacion, y llenando otra vez su copa me aproximó la botella.

Estuvimos un rato sin decir palabra. Lord Falmouth, rompiendo el silencio me dijo:

— ¿Teneis corriente vuestro coche de viaje?

— Seguramente, le contesté sorprendido de tan brusca pregunta.

— Pues escuchad, dijo como si se tratara de la cosa mas sencilla, á la hora de esta sois muy desgraciado, no me habeis dicho el porqué, y de consiguiente lo ignoro; París os fastidia como yo le detesto; alguna vez he pensado en un proyecto extraño, loco y por esto mismo me ha seducido tanto; pero necesitaba un compañero que se sintiese con bastante energía para querer comprar emociones nuevas, fuertes y poderosas, á costa quizá de su vida.

Miré fijamente á lord Falmouth, que continuó apurando su copa á sorbos.

— Necesitaba para llevar á cabo mi proyecto encontrar una persona, que para asociarse conmigo, estuviese, como dicen los buenos, pronto á darse al diablo, no por escasez, sino al contrario por superabundancia de placeres y bienes de este mundo....

Volví á mirar á lord Falmouth, figurándome que se chanceaba, pero le ví como siempre muy sereno y muy formal.

— ¡Pues ea! me dijo sosegadamente, ¿quereis ser vos este compañero.

— Pero sepamos de que se trata.

— No puedo decíroslo aun; pero si aceptais mis ofertas, debeis hacer lo siguiente: en primer lugar, contar con un viaje de un año á lo mas.... ó sino....

— Eterno.... ya entiendo. ¿Y luego?

— No llevar con vos mas que un hombre fiado, valiente y determinado.

— Esto no me falta en casa.

— Muy bien, tomar quince ó veinte mil francos no mas.

— ¿Y luego?

— Proveeros tanto vos como vuestro criado de muy buenas armas.

Estaba mirando á lord Falmouth, sonriéndome al mismo tiempo.

— Esto se va poniendo serio, le dije.

— Dejadme que acabe y haréis despues lo que os parezca, contestó: debeis llevar excelentes armas, el pasaporte y

mandar por caballos al instante....

— ¡Cómo! ¿marchar.... esta noche?

— Esta noche, ahora mismo: me dais recado para escribir dos renglones á mi ayuda de cámara; mi lacayo se los va á llevar, y volverá aquí con mi coche de viaje y lo demás necesario; porque importa que tomeis vuestro coche y yo el mio.

— ¡Pues qué! ¿hablais con formalidad?

— Venga recado de escribir y se desvanecerán vuestras dudas.

Efectivamente, escribió lord Falmouth, y uno de sus criados llevó la carta.

— ¿Pero y la ropa, le dije, y maletas?

— Si quereis creerme, no traigais mas que ropa blanca y la necesaria para el camino.

— Pero este camino, ¿es largo, ó cuál es?

— El de Marsella.

— ¿Con qué vamos á Marsella?

— Precisamente no; sino á un puerto muy inmediato á aquella ciudad.

— ¿Con qué objeto?

— Embarcarnos.

— ¿Para qué punto?

— Este es mi secreto, fiaos de mí y no lo sentiréis.... no obstante, debo deciros, añadió con un aire que me impresionó á pesar mio, debo deciros, sin que sea broma, que no hariais mal *por si no volviésemos*, en dar las disposiciones que mas pudiesen conveniros.

— ¡Mi testamento! exclamé riendo esta vez con todas mis fuerzas.

— Como querais, me contestó lord Falmouth con su aire impasible.

Á pesar de parecerme ese viaje una especie de burla, en la que por otra parte consentia de muy buena gana, tan grande anhelo tenia de salir de París, donde memorias demasiado crueles me entristecian; no sabia si verdadera-

mente convendria dar algunas ulteriores disposiciones; por lo mismo dije á lord Falmouth.

— ¿Vaya, será alguna apuesta que habeis hecho, de inducirme á escribir mi testamento?

— No lo hagais, me dijo sin pestañear.

Sabia muy bien que muchas veces habia partido bruscamente lord Falmouth para muy largos viajes. Pensé pues que no seria tan extraño tuviese en fin gana de ausentarse. Y como su compañía me gustaba mucho, y el objeto del viaje que queria ocultarme para excitar mi curiosidad con aquellas misteriosas apariencias, podia convenirme, y tener quizá resultados que no me era posible prever, creí prudente escribir algunas palabras para *el caso de no volver,* como él decia.

En el dia, aquella tan pronta determinacion me parece tan extravagante, á lo menos, como las consecuencias que tuvo; pero estaba yo tan fastidiado desde algun tiempo, tan libre de todo afecto y de toda obligacion, que la misma prontitud de aquella resolucion me gustó, como gusta siempre una cosa extraña á los veinte y cinco años.

Mandé llamar á mi antiguo preceptor, y le dejé mis órdenes y mis poderes.

Terminados mis preparativos al cabo de una hora, lord Falmouth y yo nos sentamos en su coche, que ya nos aguardaba, y nuestros criados nos siguieron en el mio.

Diez minutos despues habíamos salido de París.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.





FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

